

LOLES LÓPEZ

NO ME AVISASTE,
corazón



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparto

Sinopsis

Tras recuperarse de un accidente automovilístico, Idalia decide hacer un parón en su esquematizada vida y viajar a Verona para pasar una temporada con su alocada y querida prima Alba. Nada más llegar, ésta la arrastra a la casa de Julieta, donde, a los pies de la famosa estatua, Alba pide que el amor les sonría a las dos.

Idalia no ha viajado hasta Italia con esa intención, sin embargo, la petición de su prima hace que ella piense que el destino, el azar y el influjo de ese personaje literario son los responsables de que conozca a dos hombres tan magníficos como distintos. Por un lado, está el apuesto, caballeroso, educado y perfecto Fabio; por otro, el canalla y divertido Landon, tan terriblemente atractivo, tan provocador, que hace que Idalia vibre por primera vez en la vida. Con ambos vivirá cosas tan distintas como dispares que la ayudarán a desprenderse de todos sus miedos e inseguridades, y sacarán a la luz su verdadera personalidad.

¿Conseguirá Idalia acallar su corazón y darle una oportunidad al amor?

NO ME AVISASTE, CORAZÓN

Loles López

zafro

Vivimos esperando a que reaccione primero el otro, y así es cómo nos quedamos: con mil cosas por decir, por hacer, por sentir, por disfrutar.

ANÓNIMO

El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.

WILLIAM SHAKESPEARE

Prólogo

No consigo dejar de pensar en ella... En su rostro pálido, en su fragilidad, en ese hilo de sangre recorriendo su pequeña y delicada cabeza; en su cabello castaño ocultando sus labios entreabiertos, en su pesada respiración, en el amasijo de acero en que se convirtió su coche... ¡Joder! ¿Por qué tenía que estar allí en ese momento? ¿Por qué no pudo retrasarse unos minutos, los justos, para que no fuera ella? Mierda, mierda, mierda... Desesperado, comienzo a despeinarme el cabello, intentando así paliar un poco mi frustración, pero es inútil. ¡Necesito saber que está bien! ¡¡Que está viva!! Es tan joven... Tiene tanto por descubrir que sería una verdadera putada que todo acabara en esa fatídica tarde, que no pudiera descubrir todo lo que le queda por vivir, que no pudiera volver a sonreír. ¡Joder! Seguro que tiene una de esas sonrisas que te llenan el alma, de esas que son capaces de enmudecer a cualquiera, de esas que deberían persistir eternamente para dar luz a algún corazón desquiciado. Con una decisión clara y concisa en mi mente, me dirijo al hospital donde sé que está ingresada, con la esperanza de obtener una noticia que me sosiegue lo justo para poder retomar mi vida, sin sentir esta desazón que me imposibilita seguir adelante.

—Hola... —digo con la voz alterada por esta ansiedad que me impide hablar con normalidad—. Ayer trajeron a una chica que sufrió un accidente de coche, me gustaría saber cómo se encuentra. —Intento encontrar las palabras adecuadas, ya que mi español no es tan fluido como querría.

—Dígame el nombre de la paciente —me exige la enfermera con seriedad mientras me mira con desaprobación, como si le molestase mi presencia o

como si no le agradase que la importunara.

—No lo sé... —susurro avergonzado—. Pero fue ayer por la tarde en la Gran Vía...

—Sin esa información no puedo decirle nada más. Que pase un buen día. —Y, sin más, pasa a atender a la persona que tengo detrás, ignorándome y dejándome con cara de asombro.

Sin rendirme, ando por el hospital tratando de hallar una pista, alguien que hable de ella, pero no consigo nada y cada vez estoy más nervioso, sintiendo en mi pecho un mal que auguro y que intento desechar rápidamente. No quiero pensar en esa posibilidad. Voy a la cafetería con la tonta esperanza de oír a alguien que la mencione y, después de tres cafés, dos zumos y un bocadillo de jamón serrano, al fin encuentro una pista: dos mujeres hablando entre susurros y pronunciando las palabras «accidente», «ayer» y «coche», y, no sé por qué, intuyo que hablan de *ella*. Sin que se den cuenta, cuando se levantan para volver a la habitación, las sigo a una distancia prudencial hasta que las veo entrar donde espero encontrarla. Permanezco en el pasillo, deambulando como un alma en pena. La gente me mira extrañada, ya que no hago otra cosa más que dar vueltas como un león enjaulado, sin entrar en ninguna habitación, simplemente esperando, pero a mí me da igual lo que piensen. Sólo quiero saber cómo está, y ahora que intuyo dónde se encuentra no quiero marcharme de aquí hasta verla con mis propios ojos, hasta comprobar que sigue viva, que está bien... Cuando, al fin, las dos mujeres se marchan, accedo a la habitación velozmente y contengo la respiración cuando la veo inerte sobre la cama, todavía más pálida de cómo la recordaba, tan frágil, tan pequeña... que aprieto con fuerza los puños... ¡Joder, es *ella*!

—Hola... —le digo, pero tras unos segundos incómodos me doy cuenta de que no puede responderme.

Observo la habitación tratando de encontrarle alguna lógica a lo que le ocurre, en estos momentos me gustaría cambiarme por ella y ser yo quien se hallara postrado en esa cama, con esa máquina pitando acompasadamente, con

esa venda envolviendo mi cabeza en vez de la suya... En la mesilla veo un bloc y un bolígrafo azul, los cojo en un acto reflejo, sin pensar, como necesitando plasmar mi preocupación sobre el papel, como si ansiara demostrarle que he estado aquí visitándola, y le escribo un escueto mensaje, algo que espero y deseo que lea.

—Vive, muchacha, vive —le susurro dejando la nota sobre la mesilla.

Cuando oigo unos pasos que se acercan, me dispongo a salir de la habitación, no sin antes echar una última mirada a esa chica que ha tenido la mala fortuna de encontrarse en el lugar equivocado a la hora incorrecta, y, sin más, me marcho de este hospital y de esta ciudad, sin dejar de pensar en la dulce muchacha del cabello castaño.

Un año después

Bajó del avión oyendo el melodioso acento de aquel país que siempre había adorado pero que jamás había visitado por falta de tiempo o de agallas, notando un ligero temblor en las piernas y un nudo en el estómago al ver que comenzaba a ser tangible su sueño. Aguardó para recoger el equipaje y salió del acceso restringido de los pasajeros, observando a toda la gente que se arremolinaba cerca de la puerta esperando ver a sus seres queridos tras un largo o corto período de tiempo. Al final la encontró, se hallaba en un lateral, buscándola con la mirada, y sonrió al verla con ese cambio de *look* tan llamativo antes de que ella se diese cuenta de que ya había llegado.

—¡Idalia! —exclamó su prima con sorpresa cuando la tuvo delante de sus ojos mientras abría los brazos para fundirse en un afectuoso abrazo.

—¿Qué te has hecho en el pelo, Alba? —preguntó mientras la estrechaba con fuerza, observando muy de cerca el cabello de una tonalidad rosa chicle.

—Ya sabes mi lema: ¡hay que reinventarse! —soltó con alegría haciendo que Idalia negase con la cabeza, divertida por su contestación—. Anda, vamos, que tengo el coche mal estacionado y como vengan los *carabinieri* veremos a ver cómo llegamos —dijo cogiendo a su paso una de las dos maletas que llevaba su prima y comenzando a andar en dirección a la puerta.

Salieron del aeropuerto casi a la carrera. Desde fuera parecía que no tuvieran nada que ver: Alba vestía de una manera muy llamativa tanto en los colores como en las prendas que llevaba (una minifalda fucsia combinada con un top negro y, para rematar, unas sandalias de tacón muy altas de su color

fetiché); Idalia, en cambio, vestía de una forma sencilla, con colores neutros (unos pantalones negros y una camiseta de tirantes azul muy clarito, combinados con unas sandalias bajas negras). Pero, sin duda, lo que más las diferenciaba no era la forma de vestirse, sino, más bien, la de comportarse: Alba era una polvorilla inquieta, incapaz de callarse cualquier disparate que se le pasase por la cabeza, mientras que Idalia era la prudencia personalizada, una mujer práctica y cabal. En aquel instante, Alba accionó el mando a distancia de su vehículo, un Fiat 500 en color amarillo, e Idalia sonrió al percatarse de que su prima no había cambiado en todo ese tiempo y continuaba con gustos poco convencionales.

—¿Te gusta? —preguntó Alba cuando metió el equipaje en el pequeño maletero.

—Es muy tú —confesó observándolo.

—Sí, yo también lo pensé cuando lo vi —terció con orgullo dándole unas palmaditas al techo—. Ay, Idalia, ¡qué feliz me hace volver a verte!

—Yo también lo estoy, Alba —comentó con una sonrisa.

—Ya verás cómo te encanta esta ciudad, es tan romántica y tan bonita que no querrás volver a España —dijo mientras arrancaba el automóvil y salían flechadas hacia el centro.

—Como te ha ocurrido a ti —indicó Idalia con ternura.

—Uf, lo mío no tiene nombre —comentó entre risas—. El amor me trajo a Verona y al final me he quedado prendada de este lugar.

—¿Cuántos años llevas viviendo aquí? —preguntó, puesto que no lo sabía con exactitud.

—Tres —repuso con una sonrisa—. Y ésta es la primera visita que recibo. ¡Nadie quiere venir a verme, con lo remaja que soy! —exclamó Alba en tono dramático.

—Por eso te has puesto el pelo del mismo color que el algodón de azúcar, para que vengamos a verte... —comentó en broma.

—Perdona, pero mi pelo es más oscuro que ese dulce y, sí, lo confieso, me

he teñido de este color para comprobar si así os animabais a ver el esperpéntico *look* de la oveja rosa de la familia. ¡Y ha funcionado! —replicó su prima siguiéndole la broma—. Por cierto, te acordarás de hablar italiano, ¿verdad?

—Sí... —sonrió Idalia—. Lo tengo un poco oxidado, pero aún lo recuerdo.

—En nada lo pones otra vez en marcha...

—Te agradezco que me acojas en tu casa. Estaba deseando visitarte, aunque haya tardado tanto en hacerlo...

—Anda, tonta, no me agradezcas nada. Para eso está la familia. Además, como te dije por teléfono, llevo una temporada que casi no paro por casa, por eso me sabe tan mal que hayas venido precisamente ahora y no antes, cuando estaba más tranquila para poder enseñarte esta preciosa ciudad.

—Lo sé, y te agradezco, que, aun yendo tan liada, me acojas en tu casa. Además, si te parece, durante el tiempo que esté aquí puedo ayudarte en el negocio, no quiero tampoco estar a la bartola, y así puedes ir un poco más desahogada... Necesito hacer cosas y moverme. ¡No puedo parar tan drásticamente! —informó Idalia.

—Claro que sí, ¡con eso contaba yo! —exclamó Alba en broma mientras le guiñaba un ojo—. Pero me he tomado un par de mañanas de relax para disfrutarlas contigo, luego me pondré de nuevo al lío, y es que, querida prima, ¡comienza la temporada alta: el verano! —añadió haciendo una mueca de terror que hizo sonreír a su prima.

Idalia se relajó un poco. Alba era una persona tan optimista y fuerte que era imposible estar mal a su lado. Observó por la ventanilla las calles por las que pasaban, repletas de turistas y de espléndidos monumentos que le llamaban la atención, ansiando descubrirlos uno a uno.

—¡Ya hemos llegado! —anunció al rato Alba, estacionando el coche con soltura.

Idalia bajó del vehículo y observó aquella calle, que se convertiría por un tiempo en su hogar. Los edificios eran de estilo gótico, la calzada era

adoquinada, el sol cálido de finales de junio le hacía cosquillas en la piel, y el aroma a especias y a pasta le hizo cerrar los ojos por un instante, grabando a fuego en su mente aquella primera impresión al pisar aquella ciudad que tanto había deseado visitar, aunque no había podido hacerlo hasta ahora.

—¿Vamos? —preguntó Alba cogiendo una de las maletas mientras le guiñaba el ojo.

—Sí.

—El apartamento es pequeño, pero suficiente para las dos. Lo mejor es su ubicación. Este local de aquí —dijo señalando a la derecha— es mi negocio.

—¿Vives en el mismo edificio?

—Sí —asintió, haciendo que su larga coleta rosa se balanceara y abriendo de paso el portal del edificio—. Así, cuando hecho el cierre, tengo mi casa a un par de pasos. ¡No sabes lo que ahorro en gasolina o transporte público!

—Me lo imagino —terció Idalia riendo mientras observaba el cartel negro y fucsia brillante del negocio de su prima, donde se podía leer: *Chi sa?*—. Me gusta el nombre de tu negocio... «¿Quién sabe?» —dijo traduciéndolo al español.

—¡Sí, a mí también me gusta! Uf, no sabes lo que me costó encontrarlo —repuso Alba pasando al interior del vestíbulo mientras cerraban la puerta a su paso—. Quería un nombre que fuera una incógnita, algo tentador, algo que llamara la atención, ya que cuando vas a un bar de copas no sabes lo que ocurrirá o a quién conocerás —explicó mientras entraban en el ascensor y oprimía el botón del tercer piso.

—Es ideal —terció Idalia totalmente de acuerdo con la elección.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Alba al poco rato saliendo del ascensor y acercándose a la puerta de la izquierda—. El vecino que vive enfrente es supermajo, ya lo conocerás —dijo señalando la puerta de delante mientras introducía la llave en la cerradura—. Y ésta es mi morada.

Idalia siguió a su prima, que se adentraba en el pequeño apartamento. Nada más traspasar la puerta de entrada y cruzar un pequeño recibidor, se

encontraba el salón comedor, con un sofá de tres plazas justo enfrente del televisor y una mesa cuadrada con cuatro sillas a un lado de la estancia. La decoración era moderna y para nada sobrecargada, ya que los pocos metros de que consistía aquel habitáculo no daban para más. Justo al lado del salón se hallaba la cocina, minimalista, de tonos blancos y encimeras negras, que daban amplitud y luminosidad. La encimera tenía forma de «L», y en el extremo de ésta había una coqueta barra de desayuno con dos taburetes. A continuación, Alba le enseñó el único cuarto de baño de que disponía la casa, de color blanco y sanitarios modernos, muy práctico y funcional, que se encontraba pegado a la cocina, y justo enfrente se hallaba el dormitorio de invitados. Al lado estaba la habitación de Alba, delante de la cocina y el salón, y era la más amplia de las dos.

—Aquí tienes un armario, lo he vaciado para que metieras tus cosas —comenzó a decir Alba, abriéndolo y mostrando la profundidad del mismo—. Instálate. Estaré en el salón mientras tanto.

—Gracias —dijo Idalia con una sonrisa.

—Ven aquí, boba —respondió su prima, dando un paso hacia ella mientras abría los brazos para darle otro afectuoso abrazo—. Estaba deseando volver a verte, aunque por nuestra última conversación pareciera que no. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar juntas.

Idalia sonrió mientras observaba cómo Alba la dejaba sola en el que sería su dormitorio. Sin duda, para ser primas hermanas, no tenían nada que ver, aunque suponía que era por eso por lo que congeniaban tan bien. Alba era mucho más alta que ella y, aparte de ser más atrevida con su propia imagen, era también más intrépida y mucho más alocada. Desde bien pequeñas se habían llevado bien, el hecho de ser hijas únicas las había convertido en casi hermanas, y la pequeña diferencia de edad —Alba era tres años mayor que Idalia— las había hecho prácticamente inseparables; además, las ideas descabelladas de la mayor contrastaban con la serenidad de Idalia, creando un equilibrio maravilloso entre ambas. Incluso de adultas habían mantenido el

contacto; era cierto que desde que Alba se había marchado a Verona se habían distanciado un poco, pero sus caracteres eran tan afines que sabían que era cuestión de poco tiempo que su relación volviera a ser como antes. Pensando en aquel dulce pasado, comenzó a abrir las maletas para guardar su ropa en el armario y en una cómoda que había justo enfrente de la cama, dándose cuenta, con cada camiseta que guardaba, de que se encontraba en Italia. *¡Ella!* ¡¡En Italia!! Cuando lo hubo guardado todo, metió las maletas debajo de la cama y se dirigió al salón. Encontró a su prima sentada en el sofá mientras tecleaba en su ordenador portátil.

—¿Ya lo has guardado todo? —preguntó Alba cuando la vio sentarse a su lado, cerrando el portátil rápidamente y dejándolo sobre la mesa de centro.

—Sí.

—Pues vámonos. Tenemos unas cuantas horas libres antes de abrir el bar —comentó dando un salto para ponerse en pie—. *Andiamo, piccola bambina* —terció exagerando el acento italiano, lo que hizo que Idalia se levantara con una amplia sonrisa en el rostro, dispuesta a contagiarse del buen humor de su prima.

Bajaron de nuevo a la calle, pero esa vez dejaron estacionado el coche para descubrir la ciudad andando.

—¿Por qué hay tanta gente en esa acera? —preguntó Idalia al cabo de un rato al percatarse del gran revuelo que había.

—Precisamente ahí es donde nos dirigimos ahora: la casa de Julieta.

—No puede ser —dijo con expectación observando con detenimientos los detalles de aquel famoso lugar.

Era una casa medieval de estilo gótico, una fachada que reflejaba el poder adquisitivo de sus propietarios, pero lo que más destacaba era el pórtico semicircular que daba paso a un maravilloso patio. Justo en ese pasadizo, Idalia se detuvo para fijarse en las paredes repletas de mensajes en cualquier idioma, con dibujos de corazones enmarcando iniciales e incluso preguntas sobre el amor.

—Casi es obligado dejar tus mensajes de amor si visitas la casa de Julieta —comentó Alba, percatándose de que su prima los observaba con atención—. Hace poco me enteré de que hay una asociación que contesta a las preguntas que formula la gente sobre el amor o el desamor.

—¿En serio?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Es impresionante cómo esta ciudad vive el amor, y también lo es ver estos muros limpios, sin nada, ya que retiran todos los mensajes dos veces al año: antes de San Valentín y antes del cumpleaños de Julieta, que creo recordar que era el 17 de septiembre... Pero también te digo que dura poco sin nada, quien viene aquí no puede marcharse sin escribir algo en estos muros...

—Vaya... —susurró Idalia, realmente impresionada por la explicación de su prima.

—Mira —dijo Alba cogiéndola del brazo para adentrarse en el patio interior de la casa.

—Es precioso —indicó con emoción al observar el esplendor de aquel lugar.

Se acercó casi titubeante, observando el balcón donde se decía que Julieta se asomaba para hablar con su Romeo. Justo debajo, se encontraba la famosa estatua, esa a la que miles de turistas se acercaban a tocar el seno derecho, ya que la leyenda contaba que con esa acción se podría volver a Verona en otra ocasión o se podría encontrar el verdadero amor.

—Idalia, antes de irnos tienes que tocarle una teta a Julieta —terció Alba con seriedad.

—¿Tú se la has tocado? —preguntó con guasa al saber por qué lo decía.

—Sí, y varias veces; pero nada, que no encuentro el verdadero amor —indicó haciendo una mueca de disgusto mientras ponía los ojos en blanco resignada—. ¿Y si lo hacemos juntas? A lo mejor nos hace más caso —comentó con seriedad, creyendo firmemente en la leyenda.

—Venga, vale, vamos a tocarle los pechos a Julieta —repuso Idalia con

paciencia, haciendo que su prima diese un saltito de júbilo para después cogerla de la mano y acercarla a la estatua.

—A la de tres —indicó Alba posicionándose enfrente de la figura de bronce—. Tú la derecha y yo la izquierda, que la última vez le toqué la otra y no quiso saber nada de mí... —señaló con decisión—. Venga, Julieta, bonita, somos dos españolas locas por enamorarnos de un italiano encantador —dijo dirigiéndose a la estatua, haciendo así que Idalia la mirase mientras negaba divertida con la cabeza al comprobar que su prima seguía como siempre.

—Yo no estoy desesperada por enamorarme de nadie, Alba —la corrigió—. Es más, si te soy sincera, esto lo hago por ti, a ver si con mi ayuda encuentras a tu Romeo...

—Anda, calla, que te va a oír y al final no va a funcionar el invento —susurró señalando la estatua de bronce, como si ésta fuera capaz de oír lo que decían—. No le hagas caso, Julieta, que aunque diga eso yo sé que está ansiosa por vivir una bonita historia de amor de las de verdad, de esas que te hacen palpar el corazón y te ponen cara de boba.

—¡Qué loca estás, Alba! —exclamó Idalia entre risas al oír cómo hablaba con la estatua.

—Chist... —chistó ésta poniéndose seria, como si aquello fuera de vital importancia—. Julieta, simpática, haz que el amor entre en nuestras vidas. Una, dos y... ¡tres!

Y, las dos a la vez, posicionaron sus manos en cada uno de los senos de Julieta. Idalia observó la estatua primero y después a su prima, que se encontraba con los ojos cerrados sin dejar de presionar su mano sobre el pecho, concentrada en que su petición surgiera efecto.

—¡Ya está! —exclamó de golpe Alba, abriendo los ojos y apartando la mano—. Ahora nos vamos al balcón —indicó mientras la cogía del brazo para separarla de la estatua y dirigirse al interior de la casa, sin darle tiempo para nada más que andar hacia donde ella la arrastraba—. Mi sueño es casarme aquí, aunque ahora mismo lo tengo bastante complicado, primero tengo que

encontrar a un novio decente. A ver si Julieta me echa un cable de una vez por todas...

—Es un lugar precioso para casarse... —confesó Idalia, maravillada por todo lo que la rodeaba.

El balcón, del mismo estilo que toda la casa, había sido construido posteriormente para darle mayor credibilidad a la leyenda de que en realidad existieron los dos famosos amantes que describió Shakespeare. No obstante, Idalia no sabía si era la influencia de aquella maravillosa e idílica historia o el optimismo desbordante de su prima, pero podía imaginárselos en aquel preciso lugar: Romeo jurando su amor a los pies de ese balcón y Julieta asomada a él, mirándolo con ojos de enamorada. Allí se respiraba amor, era tan tangible como aquellos muros, y quien entraba en la casa se veía arrastrado por aquel influjo que hacía pensar que el verdadero amor existía de verdad, aunque para Idalia aquello fuera un simple cuento.

Permanecieron en el lugar un buen rato, observando los muebles de los siglos XVI y XVII, varios objetos de cerámica del Renacimiento veronés y muchos frescos y cuadros que mostraban varias escenas de la historia de Romeo y Julieta.

—Esto es precioso —comentó Idalia saliendo ya a la calle.

—Y sólo acabas de llegar —indicó con una sonrisa—. Te voy a llevar a comer la mejor pasta que hayas probado en tu vida.

—¡Qué hambre me está entrando de repente! —exclamó de mejor humor.

Alba no había exagerado, e Idalia disfrutó con cada bocado de aquellos ñoquis, deleitándose con su sabor, con su textura. Para acompañar tomaron un vino espumoso que entraba casi solo, aderezado con la animada conversación de su prima, que le hablaba de todos los platos típicos que tenía que probar en su estancia, y, de postre, un delicioso tiramisú con el que poco le faltó para que se le saltaran las lágrimas del gusto. Con los estómagos llenos y algo mareadas, más Idalia que Alba, volvieron al apartamento, dispuestas a descansar un poco para comenzar los preparativos de la apertura del local de

copas de Alba, que, según ésta, sólo abría por las noches, ya que por el día la magia se perdía. Sentadas en el sofá y con la televisión encendida a un volumen muy bajo, se quedaron en silencio e Idalia se sumió en un dulce sueño.

Abrió los ojos y se encontró sola en el sofá. Su prima no estaba por ningún lado, y en su lugar halló una nota escrita de su puño y letra que descansaba en la mesa de centro. La cogió y la leyó:

Me ha dado pena despertarte, estabas tan monaaaaaa durmiendo, con la babita cayendo, que me he bajado sola al bar. Si te apetece y tienes fuerzas, te espero abajo para enseñarte el local. Sé que estarás agotada por el viaje y por todo lo demás...

Te he dejado un juego de llaves en el aparador del recibidor por si te animas.

Un besote.

Idalia sonrió mientras se levantaba del sofá estirándose y, con decisión, fue hacia el cuarto de baño para darse una ducha y prepararse para bajar a echarle una mano. ¡Necesitaba sentirse activa! Ya había permanecido demasiado tiempo quieta, sin hacer nada y dejando que otros marcaran el ritmo de su vida.

Después de una refrescante ducha, se anudó una toalla al cuerpo y salió del baño para dirigirse a su dormitorio. Tras un buen rato delante del armario, optó por algo cómodo que le sentara bien: unos vaqueros ceñidos estilo *leggings* de color negro y una vaporosa blusa blanca sin mangas; para rematar el *look*, unas sandalias con un poco de tacón del mismo color que el pantalón. Volvió al cuarto de baño para aplicarse un poco de maquillaje en su rostro macilento; la falta de sol y los disgustos eran contraproducentes para tener un rostro radiante... Cuando estuvo perfectamente maquillada y peinada —se

anudó su cabello castaño en una prieta y alta coleta—, cogió el bolso y las llaves y bajó a la calle.

Entró en el bar de copas pasando junto a un hombre del tamaño de un armario que la miró ceñudo. El local se encontraba muy animado a esas horas de la noche, la gente se arremolinaba en la maravillosa barra negra con luces de neón en rosa fosforescente. El local tenía el carácter de su prima: extravagante pero detallista, y era muy amplio y moderno. Al fondo del mismo había varias mesas altas con taburetes a juego con los colores de la barra. Las paredes estaban pintadas de negro, y pequeñas lucecitas encastradas de diferentes colores creaban una atmósfera especial, casi mágica... Idalia se acercó a la barra sin perder detalle de todo lo que la rodeaba y sonrió al ver a su prima, que atendía a unos clientes con su alegría desbordante.

—¡Has bajado! —exclamó Alba cuando reparó en ella.

—Deberías haberme despertado —indicó acercándose para que la oyera, puesto que la música se encontraba alta para invitar a la gente a bailar en el centro del local.

—Me daba mucha pena, se notaba que estabas a gusto... Dime, ¿te gusta?

—Sí —contestó Idalia sin perder detalle de todo lo que la rodeaba—. ¡Me encanta!

—Pasa, pasa —dijo señalando el acceso al interior de la barra—, te voy a presentar a Martina —comentó mientras Idalia hacía lo que le había pedido—. ¡Martina, ella es mi prima! —informó a una escultural mujer de cabello moreno y largo que se encontraba preparando un laborioso cóctel. La mujer la miró un nanosegundo para después dirigirle un gesto con la cabeza a modo de saludo y proseguir con su trabajo.

—Hola... —saludó Idalia en el idioma oficial de aquel país—. No es muy comunicativa, ¿no? —le susurró en español a su prima.

—Es muy maja, pero también muy responsable. Cuando hay trabajo sólo se centra en eso —comentó Alba, sonriendo a un cliente que se había puesto delante de ellas, para después preguntarle qué deseaba beber y preparárselo

—. Ay, mira, ahí está Tiziano —anunció después de cobrar la bebida al hombre—. Tiziano es el alma de este bar, sin él estaría perdida: él es nuestro portero, nuestro camarero y nuestro guardaespaldas. Vamos, es un chico para todo. Cualquier cosa que te pase y yo no esté cerca, díselo a él —indicó señalando a un hombre fornido, el mismo que la había mirado serio cuando había entrado, que marcaba con orgullo unos exagerados músculos embutidos en una estrecha camiseta negra de manga corta.

—De acuerdo —repuso Idalia, fijándose en que el portero seguía con su labor de controlar a los clientes que entraban en el establecimiento y comprobar que todo marchaba bien en su interior—. Hay muchísima gente —observó al ver que cada vez entraban más personas.

—¡Sí! —exclamó su prima con alegría mientras atendía a otro cliente—. ¿Ves la puerta que hay al fondo del local donde pone ACCESO RESTRINGIDO? —Idalia asintió—. Toma la llave y entra. En una taquilla verás un top rosa, es de tu talla; te lo pones, cierras y te vuelves. ¡Hoy te necesito en la barra!

—Pero me tendrás que enseñar... ¡No tengo ni idea de cómo se desempeña este trabajo! —exclamó un pelín agobiada. Idalia pensaba que su prima la enseñaría en un día menos concurrido y no con el local desbordado.

—Eres lista, seguro que lo coges enseguida. ¡Anda, ve y no tardes! —la apremió empujándola fuera de la barra.

Cruzó todo el local hasta donde le había señalado su prima, observando a la gente a su alrededor, cómo bailaban o hablaban acercándose mucho al que tenían enfrente. Sin perder tiempo, entró donde le había indicado Alba y encontró enseguida el top. Era anudado al cuello, en color rosa fosforito, y en él se podía leer en un lado el nombre del local, el mismo que llevaban puesto tanto su prima como la despampanante camarera. Se quitó su blusa para después ponerse la prenda con aquel color que no pegaba con su manera de ser, sintiendo cómo se adhería a sus curvas, pronunciando su escote, el cual no era desbordante, pero con esa prenda llamaba la atención, y salió del habitáculo cerrando con llave para dirigirse de nuevo a la barra. Cuando Alba

la vio, comenzó a explicarle todo lo que había que hacer. Idalia intentó prestar atención a cada palabra suya, observando sus movimientos seguros, cómo se dirigía a los clientes y cómo le sonreía a todo el mundo, y se dejó llevar por el fantástico ánimo que siempre tenía su prima, sintiendo que había sido una buena idea dejarlo todo para marcharse allí. Quería empezar de cero, reencontrarse con la verdadera Idalia, esa que temía al amor, esa que no quería saber nada de los hombres, esa que había dejado relegada a un segundo plano por aquel sentimiento ensalzado, esa que ansiaba redescubrir en aquella ciudad. No sabía qué le depararía su estancia en Verona, pero lo que sí sabía era que iba a disfrutar al máximo de su estancia, que se desprendería de todo lo que siempre la había condicionado en el pasado y que haría cada una de las locuras que se le ocurrieran, porque la vida era eso, ¿no? Un montón de pequeños instantes juntos.

—¡Tiziano, cierra! —exclamó Alba al observar que no quedaba nadie en el local—. Idalia, gracias por echarnos una mano hoy... ¡Menuda noche! —exclamó agotada.

—No se te da mal... ¿Has trabajado antes como camarera? —preguntó Martina con un tono de voz sugerente que le salía de manera innata, mientras se servía una copa de licor y se sentaba en un taburete haciendo que su cortísima falda se subiera sobre sus muslos.

—No, jamás —contestó Idalia con una sonrisa—. Soy de las que están delante de un monitor de ordenador ocho horas al día, casi sin levantar la mirada de la pantalla, haciendo cálculos como un ratón de biblioteca para que su jefe se ahorre unos céntimos al año... —explicó de buen humor.

—¡Ya sé quién me va a llevar las cuentas a partir de ahora! —exclamó con guasa Alba, sirviéndose también una copa—. ¿Quieres? —preguntó a Idalia, invitándola a beber algo.

—No, sólo necesito agua fría —respondió mientras cogía una botella y vaciaba en un vaso el contenido para, después, refrescar su garganta seca.

—Pues para no haberlo hecho nunca, te has defendido muy bien —comentó Martina asintiendo con la cabeza, como si con esa acción le diese el visto bueno—. Familia, ¡me voy a mi casa! —exclamó a continuación levantándose del taburete y apurando el contenido de su copa de un largo trago—. Hasta mañana, no seáis muy malos —indicó mientras guiñaba un ojo, cogiendo de paso su bolso, que Tiziano le había acercado a la barra.

—Hasta mañana, Martina —se despidieron de ella las chicas.

—Vamos a casa, estarás molida. ¡Hoy no has parado! —comentó Alba dirigiéndose a su prima.

—Estoy bien, no te preocupes por mí... —indicó con una sonrisa.

Las horas se le habían pasado veloces, y lo más importante era que no había tenido tiempo para pensar en todo lo que había dejado en España...

—Alba —llamó Tiziano desde la puerta.

—Sí, ya vamos —respondió con celeridad mientras cogía el dinero de la caja y comenzaba a apagar todas las luces a su paso para, justo después, programar la alarma.

Una vez estuvieron los tres ya en la calle, esperaron a que la reja cerrara el establecimiento. Tiziano aguardó a ver a las dos mujeres en el interior del edificio para después despedirse y marcharse a su casa.

—¿Siempre espera a que entres? —preguntó Idalia subiendo en el ascensor al apartamento de su prima.

—Desde que me atracaron hace seis meses, Tiziano siempre me acompaña.

—¿Te atracaron?! —exclamó preocupada—. Pero ¿te hicieron algo?

—No, sólo fue el susto y la pérdida de la caja de esa noche... —murmuró saliendo del ascensor para abrir la puerta y entrar en el apartamento.

—Vaya...

—No te preocupes. Son cosas que ocurren, desde entonces estoy yendo a clases de defensa personal. Nunca se sabe cuándo una lo va a necesitar. Si quieres, podemos ir mañana juntas, ¿te apetece?

—¡Claro! —exclamó su prima, entusiasmada con la idea.

—Genial. Ahora, a descansar, a ver si después de la clase nos da tiempo a dar una vuelta por la ciudad. Buenas noches, Idalia.

—Buenas noches, Alba —dijo mientras se dirigía a su dormitorio.

Después de ponerse un cómodo camisón de verano y de desmaquillarse, se metió en la cama y se quedó profundamente dormida, percibiendo una paz en su interior que hacía mucho tiempo que no sentía.

La despertó la luz del sol entrando con descaro por la ventana. Sonrió al notar la calidez de aquellos primeros rayos, incluso se detuvo a jugar con las pequeñas partículas que se podían ver sobrevolando aquel halo de luz, sintiéndose, con cada hora transcurrida en aquella ciudad, más animada. Se levantó de un salto y fue directamente al baño; sin más demora, se metió en la ducha para estar preparada para cuando su prima se levantara. Tenía ganas de asistir a clase de defensa personal y, sobre todo, seguir recorriendo aquellas calles con ella, de escucharla hablar de todo lo que había aprendido en los años que llevaba viviendo allí, para después, por la tarde, ayudarla en su negocio. Jamás había pensado que trabajar como camarera podía ser tan divertido. La noche anterior lo había disfrutado muchísimo, poder hablar en italiano con esas personas, observar cómo se divertían y aprender algo nuevo la habían hecho sentirse bien consigo misma y la habían ayudado a desprenderse de aquella frustración que la perseguía desde hacía meses. Era una buena rutina, muy alejada de su anterior vida, mucho antes de todo lo ocurrido, cuando temió por su vida cuando creía tenerla bien encaminada... Era cierto que se había pasado muchísimos años delante de una pantalla de ordenador, en el interior de un pequeño cubículo gris que no se parecía en nada a un despacho —ya que no tenía ni una diminuta ventana por la que respirar aire fresco—, pero a ella le había dado igual, ya que se esforzaba diariamente, casi sin levantar la vista, porque todos los números cuadrasen y que su jefe estuviese contento con su labor, hasta el punto de ignorar todo lo que no tuviera que ver con dicha tarea. Vivía para y por el trabajo, sin importarle nada más que eso, hasta que sucedió... Desechando esos pensamientos funestos con un rápido movimiento de la cabeza, abandonó la ducha y se envolvió con una toalla. Al salir del aseo, se metió de nuevo en su dormitorio para vestirse, sin darse opción a darle vueltas al pasado. ¡Ya le había dado suficientes! Se puso la ropa interior y cogió unos pantalones cortos

de deporte del armario. Justo cuando se los estaba subiendo, oyó movimiento en la cocina y, mientras se acomodaba la cinturilla del pantalón, se aproximó a saludar a su prima.

—Buenos días, madrugadora —exclamó Idalia con alegría.

Casi a cámara lenta, la nevera se cerró y la sonrisa se le congeló en el rostro al ver que quien se encontraba en la cocina no era su prima.

—Buenos días.

Oír aquella voz, áspera y rasgada, hizo que la presencia fuera todavía más real e intimidante. Delante de ella había un hombre alto, moreno, con una barba oscura muy cuidada que enmarcaba unos labios definidos. Sus miradas se encontraron un segundo, lo justo para que Idalia percibiera el tono de sus iris, de un azul hielo, casi grisáceo. Su cuerpo se preparó para lo peor, ya que ese hombre destilaba algo que jamás había sentido con anterioridad delante de alguien: peligro. Dio un paso hacia atrás, cogiendo con fuerza lo primero que encontró a mano, una fuente de cristal, y anheló que aquel hombre que se hallaba en casa de su prima no tuviese escondida alguna arma de fuego con la que acabar de un movimiento su recién apreciada vida.

—¡Quieto! —soltó con dureza sin apartar la mirada de él—. ¡¡ALBA!! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡¡Llama a la policía!!

El hombre la miró sin parpadear, como analizando su imagen o su reacción, ya que Idalia nunca había sabido interpretar los gestos de las personas para decantarse por una opción, y observó cómo él apretaba con fuerza los puños, los nudillos marcándosele hasta el punto de ponerse blancos, frenando cualquier tipo de impulso. No sabía si estaba preparando su ataque o si también estaba impactado por verla a ella allí...

—¿Qué pasa? —dijo Alba casi sin aliento entrando atropelladamente en la cocina, despeinada y descalza—. ¡Hola, Landon! —exclamó a continuación como si nada saludando al hombre, que continuaba impassible observando a Idalia.

—Buenos días —susurró él desviando al fin la mirada y centrándola en

Alba, que iba vestida con una camiseta larga que tapaba su trasero y poco más.

—¿Lo conoces? —preguntó Idalia desconcertada mirando a uno y a otro mientras depositaba de nuevo la fuente de cristal sobre la encimera, mucho más relajada al saber que no se trataba de un ladrón—. No subiste con nadie anoche... ¡Claro! A lo mejor vino después y yo ni me enteré —soltó pensando que, tal vez, fuera un ligue de su prima.

—No, él y yo..., ¡no! —repuso negando con la cabeza y riéndose ante su alocada ocurrencia—. Landon es nuestro vecino de enfrente. A veces entra para coger algo de comida. Es un poco, por no decir bastante, desastre y, harta de que me despertara todos los días, le di un juego de llaves. Perdóname, Idalia, se me olvidó decírtelo. Te habrás llevado un buen susto...

—Es el vecino... —susurró volviendo a observar a Landon.

Éste cruzó los brazos, marcando así debajo de su camiseta blanca unos espectaculares músculos decorados con llamativos tatuajes. Siguió observándola en silencio, evaluándola, incomodándola hasta el punto de que no sabía por qué razón la estaba mirando tan fijamente, hasta que carraspeó y miró con insolencia su escote.

—Bonito sujetador —susurró Landon con sorna.

Esa frase hizo que su rostro se tornase de un tono bermellón, incendiando sus mejillas y sintiendo la necesidad de taparse, ya que se le había olvidado que sólo llevaba esa prenda íntima y unos pantalones cortos... Pero ¿qué más daba? Ya le había dado tiempo a echar una buena mirada, era absurdo ocultar algo que ya había contemplado durante largo rato.

—Si tanto te gusta, te lo puedo prestar —replicó mostrando su mejor sonrisa y ese carácter olvidado con los años.

—Ese color no me favorece, pero gracias —soltó él con insolencia, cogiendo una taza de uno de los armarios y preparándose un café con toda tranquilidad.

—Harnos un café también a nosotras, Landon —indicó Alba bostezando con fuerza mientras adecentaba de paso el caos de su cabello alborotado—.

Creo que hoy lo voy a necesitar muy cargado. ¡¡Qué sueñooooo!!

—Ahora vuelvo —informó Idalia, saliendo de la cocina para terminar de vestirse. Una cosa era afrontar aquella situación y otra bien distinta recrearse en ella.

—¿Ésa es tu prima? —preguntó en voz muy baja Landon cuando ella se hubo marchado.

—Sí, ya te comenté que iba a venir a vivir conmigo una temporada porque lo ha pasado mal, así que sé simpático con ella —susurró Alba acercándose a él para hablar con mayor intimidad.

—Ya... —masculló de mal humor mientras preparaba el café.

—¿Qué te pasa? No me digas que te ha gustado... —replicó Alba clavándole el codo en el costado para que él admitiera que le ocurría algo extraño.

—No es eso —informó con dureza, fijando su mirada en ella—. Lo que ocurre es que me esperaba a una chica como tú, con el pelo de un color imposible y con ese descaro innato en ti. Cuando la he visto no he sabido reaccionar. Ella es...

—Ella es la releche, ya la conocerás.

—Ya... —susurró mientras depositaba sobre la barra de desayuno dos cafés recién hechos—. Bueno, os dejo solas, hoy debo salir pronto: tengo una cita a primera hora.

—De acuerdo. ¡Nos vemos! —exclamó cogiendo unos cruasanes para ponerlos al lado del café.

Landon apuró su café, cogió un cruasán y salió de la cocina con paso decidido. En ese momento, Idalia se encontró con él en el pasillo. Él la miró a los ojos una fracción de segundo mientras se llevaba el cruasán a la boca para después darle un gran mordisco al tiempo que desviaba la mirada y salía del apartamento sin decir nada.

—Tu vecino es muy raro —anunció Idalia al entrar de nuevo en la cocina.

—¿Landon? —preguntó Alba asombrada por aquella definición—. ¡Qué

va! Es supermajo, pero hoy lo has pillado con el pie izquierdo. No te preocupes por él y ven a desayunar conmigo. ¡Vamos a hacer planes para esta mañana! —exclamó con alegría.

Después de desayunar y vestirse, las dos primas salieron dispuestas a asistir a una clase de defensa personal. El gimnasio estaba bastante próximo al apartamento, era un espacio grande que albergaba diferentes clases colectivas, servicios de fisioterapia, actividades acuáticas, de defensa personal... Dejaron sus mochilas en los vestuarios y se dirigieron hacia la clase, que se encontraba delimitada por cristales, donde todo aquel que pasara cerca podía ver lo que se hacía en su interior.

—Ya verás qué profesor tenemos —susurró Alba al oído de Idalia cuando esperaban a que éste entrase—. La mayoría de las que estamos aquí venimos a alegrarnos la vista, y quien te diga lo contrario miente como una bellaca —sentenció con seriedad observando a todas las mujeres, de diferentes edades, que esperaban la llegada del instructor.

Un hombre atlético, con el cabello ligeramente ondulado y largo hasta ocultar su nuca, apareció por la puerta con una sonrisa de anuncio saludando a todas las presentes. Idalia contuvo la risa al ver a Alba hacerle morritos; se notaba que le gustaba y seguramente no pararía hasta conseguir tener una cita con él. La clase comenzó e Idalia tuvo que aguantar con seriedad estoica la visión de su prima, con esas mallas fucsias y una camiseta negra de licra muy ceñida, que intentaba defenderse del ataque del profesor. Objetivamente, era más fácil que huyera él de ella que al revés, ya que Alba comenzó a hacer mil posturas sensuales para que él se diera cuenta de su existencia, pero no había manera, ese hombre era un profesional como la copa de un pino y no se había percatado de cada roce intencionado de ésta.

—¡A ese hombre lo tendrían que santificar! —exclamó Idalia dirigiéndose a la ducha después de la clase—. Jamás había visto tanta paciencia concentrada en una persona.

—Uf... Ese hombre me pone verraca —soltó su prima girándose para observar cómo éste, en el interior de la clase acristalada, se limpiaba el sudor de la frente con una toalla.

—Con lo que tú eres, no entiendo cómo no lo has invitado ya a tomar algo —comentó Idalia mientras entraban en el vestuario y se dirigían a coger la toalla y el neceser de las taquillas.

—Porque sé que se negará. No soy la única que suspira por sus huesos, ¿sabes? —repuso con desgana—. Y, aquí, nuestras primas las italianas tienen un máster en seducción que es para quitarse el sombrero... Pero te digo una cosa, como me lo encuentre por ahí... Ay, ¡Piero no se me escapa! —exclamó con rotundidad—. Me transformo en lapa y hasta que acepte una cita conmigo no me despego de sus increíbles y tonificados músculos —murmuró mientras se mordía el labio inferior con lascivia.

—¡Que empiece a temblar! —soltó Idalia siguiéndole el juego.

Las dos primas se miraron y comenzaron a reírse a carcajadas hasta el punto de que las demás mujeres que se hallaban en el vestuario las miraron extrañadas mientras negaban con la cabeza con desaprobación.

Después de una ducha rápida, se dirigieron de nuevo al apartamento para dejar sus cosas y volvieron a salir para seguir disfrutando de aquella maravillosa mañana. Visitaron la tumba de Julieta, muy cercana a la plaza de Brà; se trataba de una cripta subterránea que se hallaba en el interior de un claustro, en la que se podía ver un sarcófago de mármol rosado descubierto, bastante austero, donde, según la leyenda, fue enterrada Julieta. Al terminar, pasearon por la plaza cercana, descubriendo la Porta Nueva, un ejemplo de la arquitectura militar de la ciudad. Idalia se quedó maravillada con la Arena de

Verona, un espectacular anfiteatro romano todavía muy bien conservado, donde en verano se organizaban grandes obras líricas. De allí, pasaron por el palacio Barbieri y se quedaron a comer en el Listone, donde se podían encontrar una gran variedad de tiendas, bares y restaurantes con terrazas al aire libre. Lo más característico y lo que más llamó la atención a Idalia de aquella zona tan pintoresca de Verona fue, sin lugar a dudas, la acera de piedra rosada, que daba un toque majestuoso a esa preciosa y concurrida calle.

—¡Qué bien se come aquí! —exclamó dejando el tenedor sobre el plato ya vacío, en el que no quedaba ni rastro de la deliciosa lasaña que había almorzado—. A este paso, recupero los kilos que he perdido...

—Ya te digo —reiteró Alba con una sonrisa, dándole la razón—. Por eso hay que contrarrestarlo con el ejercicio...

—Ahora entiendo por qué te quedaste aquí... Esto es precioso.

—Sí lo es... —susurró con una sonrisa observando a su alrededor—. Descubrí el encanto de Verona por Marco. Me enseñó todo lo que te estoy mostrando ahora a ti, hablándome de su historia, sintiendo aquel ardor que me transmitía cuando hablaba de su ciudad, y me enamoré de ella tanto como de él... —informó con un ápice de añoranza en la voz y algo más que Idalia no supo distinguir.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con curiosidad, ya que jamás había tenido la oportunidad de hablar de ese tema con su prima.

—Aún me lo pregunto, ¿sabes? —soltó Alba desviando la mirada de la de su prima para centrarla en el paisaje que la rodeaba en aquella terraza—. Lo más triste fue que antes de marcharse me dijo que todavía me quería mucho, pero que no podía estar ya más conmigo, porque nuestros caracteres eran tan fuertes que chocábamos una y otra vez, y que él ya no podía seguir viviendo de ese modo... —comentó con una melancólica sonrisa—. Después de la primera

ruptura, intentamos darnos una oportunidad pasados unos meses, cortábamos y otra vez nos buscábamos para volver a intentarlo... Pero siempre obteníamos el mismo resultado: él echaba el freno y me decía que no podía seguir conmigo... La verdad es que después de tanto tiempo aún lo echo de menos y, aunque sé que tenía razón, ya que nuestra relación era tan intensa en tantos sentidos que daba miedo, no sé si algún día podré encontrar a alguien con quien sentir ese amor tan fuerte que lo llenaba todo.

—¿Has vuelto a verlo? —preguntó Idalia, observando cómo después de tanto tiempo su prima todavía seguía afectada por aquel triste desenlace.

—No... Hace un año que no lo veo. Es lo mejor para ambos. Lo nuestro cada vez iba a peor y no nos hacíamos bien. ¡Una pena, pero la vida es así! —exclamó mientras sonreía ampliamente intentando animarse y desprenderse de aquella tristeza que asolaba sus ojos.

—Y ¿desde entonces no has salido con nadie?

—Seriamente, no. He tenido mis cositas, ya sabes... —indicó guiñándole un ojo—. Pero no he encontrado a un hombre lo suficientemente bueno como para prestarle atención.

—Has encontrado al profesor de defensa personal... —murmuró Idalia con intención, observando cómo su prima se reía.

—¡Qué va! Piero es sólo un capricho sexual. Sé que, cuando me acueste con él, perderé el interés de golpe. No es la primera vez que me ocurre... —alegó restándole importancia.

—Bueno, si no es Piero, será otro, ya lo verás. Eres una mujer increíble, y no entiendo cómo aún no se han dado cuenta los italianos.

—¡Eso digo yo! —exclamó desechando con esa frase la seriedad de la conversación—. Pero tengo la esperanza de que nuestra Julieta nos eche una mano a las dos. ¿Te imaginas que encontramos el amor a la vez y nos casamos en el balcón de su casa? ¡Sería la releche! —soltó con entusiasmo imaginándose esa idílica escena.

—Esa historia te la dejo para ti... Ahora mismo no puedo pensar en

enamorarne, ni siquiera en conocer a un hombre... Quiero centrarme en lo que he ido relegando con el tiempo: viajar, divertirme y hacer lo que me dé la real gana —dijo Idalia con convicción.

—Antes de... ¡ya sabes! —soltó haciendo un movimiento con la mano para indicarle a lo que se refería—, ¿qué pasó? Ni mi madre ni la tuya me lo quisieron decir cuando pregunté por qué se había anulado la boda...

—Dicen que las desgracias no vienen solas... —terció Idalia con una sonrisa irónica—. Cuando tuve el accidente, sé por mi madre que Arturo lo pasó muy mal y que prácticamente no me dejaba sola en el hospital. Pero cuando desperté yo lo noté raro... Más distante conmigo, más frío de lo que siempre había sido..., ya que nuestra relación no era muy pasional que digamos —confesó mientras negaba con la cabeza con desaprobación—. Un día, todavía ingresada, le pregunté qué le ocurría y me dijo que se había dado cuenta de que ya no estaba enamorado de mí, que me quería, sí, pero que aquel amor del principio había menguado tan progresivamente que no se había percatado hasta ese momento... En aquel instante no lo entendí, y le pregunté si aquella excusa escondía algo más, si detrás se hallaba otra razón, si había conocido a alguien... Al final, después de rogarle que me dijera la verdad, me lo confesó —susurró todavía afectada al recordar aquel duro momento—. Se había dado cuenta de que amaba a su compañera de trabajo y de que por eso no podía seguir conmigo...

—¡Qué cabrón! —exclamó Alba molesta.

—En aquel momento pensé lo mismo que tú has dicho —terció con una fugaz sonrisa—. Pero luego me di cuenta de que había sido lo mejor para ambos. Yo siempre anteponía mi trabajo a estar con él, creyendo que lo hacía porque ansiaba ser la mejor en el ámbito laboral, aunque lo cierto era que lo hacía por no estar con él... De manera inconsciente, lo iba apartando de todo lo que me incumbía, como si me molestase, como si no quisiese que formase parte de mi vida... Dejé de quererlo, Alba, y me convencía de que lo que nos ocurría era normal, ya que las relaciones pasaban por esos pequeños baches

emocionales y era lógico no sentir aquella pasión que relatan las novelas o las películas románticas, creyendo que era afortunada por haber encontrado a esa persona con la que pasar el tiempo juntos, sin importar no sentir aquel amor ensalzado. Hoy en día me alegro de que él diese ese paso, si no, ahora mismo estaría casada con un hombre al que no querría y quien tampoco me amaría a mí.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Cinco años...

—Y ¿cuánto tiempo llevas sola?

—Diez meses —terció Idalia con una sonrisa forzada que hizo reír a carcajadas a su prima.

—Y ¿en esos diez meses no has tenido nada? —preguntó Alba asombrada.

—¡No! Y ni ganas —soltó con gracia—. He estado concentrada en recuperarme. La rehabilitación, la vuelta al trabajo, tener que retomar mi vida después del accidente y de la ruptura no ha resultado un camino sencillo.

—Me imagino... ¿Quieres que contrate a un gigoló para que te dé una alegría al cuerpo? —preguntó con seriedad, haciendo que Idalia se atragantase con el último sorbo de café al reírse.

—¡Lo peor de eso es que eres capaz de hacerlo! —comentó con guasa.

—Por supuesto, si no, no te lo habría dicho. Es mi deber como prima mayor descubrirete los placeres terrenales de la vida —informó con solemnidad, haciendo que Idalia negase con la cabeza divertida.

—No hace falta, pero te lo agradezco, ¡oh, salvadora de las mujeres sin sexo! —exclamó en broma, haciendo que Alba riese complacida—. Lo que necesito es atreverme a hacer cosas que jamás he hecho por miedo, soltarme el pelo y dejar de ser tan bobalicona.

—Ya que lo dices tú, un poco bobalicona siempre has sido —reiteró, haciendo que su prima la mirase ofendida mientras ella le guiñaba un ojo y se echaban a reír las dos—. ¡Pero aquí estoy yo para ayudarte a desmelenarte! —exclamó con alegría—. Eso sí, deberás obedecerme en todo.

—¿Cómo? —preguntó siguiéndole el juego.

—Si yo te digo que hagas una cosa, ¡lo que sea!, deberás hacerla sin objeciones —terció con elocuencia—. Dime, Idalia, ¿te atreverás?

—Alba, tú estás muy loca y yo no sé si podré seguirte el juego.

—¿Cómo que no? No te voy a pedir que saltes de un balcón, sólo cosas que sé que necesitas hacer por lo menos una vez en la vida, ¿qué me dices? —preguntó haciendo que Idalia lo pensase seriamente.

—¡Acepto! He venido hasta aquí a quitarme este yugo que llevo y que me impide hacer cosas —dijo con convicción, sin pensar siquiera en las consecuencias de aceptar semejante locura viniendo de su prima.

—¡Toma ya! Ésa es mi Idalia.

Llegaron al apartamento cansadas pero satisfechas de haber pasado un rato juntas, poniéndose al día y haciendo planes para el futuro, uno que a Idalia se le antojaba caótico al llevar la batuta su alocada prima. Bajaron al bar y comenzaron a trabajar, con aquel buen humor que siempre revoloteaba alrededor de Alba y esa sensación de que podía lograr cualquier cosa que se propusiese.

—Madre mía, ¿hoy se han puesto de acuerdo todos los guapos para venir a tomarse algo? —soltó Martina acercándose a Alba y a Idalia mientras señalaba con la cabeza a un extremo de la barra, donde se podía ver a un grupo de hombres trajeados, a cuál más atractivo.

—Están para invitarlos a lo que quieras, pero con la condición de que nos enseñen la tableta de chocolate. *Mamma mia!* —exclamó Alba con sorna.

—Anda, no disimules, que como tu Ma... —añadió Martina jocosa.

—¡Cierto! Como mi Marc Anthony, ¡ninguno! —cortó Alba mordiéndose el labio inferior y haciendo reír a Idalia—. ¡Valió la pena...! —comenzó a entonar la famosa canción.

—No sabía que te gustara ese cantante —dijo Idalia, observando cómo su prima comenzaba a bailar tras la barra mientras los clientes sonreían al verla mover las caderas al son de aquella canción que tarareaba sin vergüenza alguna.

—¡Me vuelve loca! —soltó mientras le guiñaba un ojo.

Idalia sonrió mientras se acercaba a un cliente para atenderlo, pero al poco notó de nuevo la presencia de su prima, que le clavaba el codo y le hacía

señas para nada disimuladas.

—¿Qué? —preguntó al no saber qué quería enseñarle.

—¡Joder, Idalia! Que te lo tengo que decir todo. Mira a tu derecha, los hombres que está atendiendo Martina, la muy espabilada, parece que los huele. Yo creo que en el fondo tiene un radar para que no se le escape ninguno... —dijo observándolos detenidamente—. ¡A lo que iba! El morenazo con pinta de saber ponerte la libido a tope en cero coma.

—Sí.

—Ve y habla con él —añadió mientras le guiñaba un ojo, poniéndole el primer reto de ese juego que se había inventado para que su prima se desprendiera de aquella rigidez que siempre la había acompañado.

—Ay, Alba, que soy muy nueva en estas cosas. ¿Qué le digo?

—Pues si empiezas con un «Hola», todo irá rodado —dijo ella mientras la empujaba en su dirección.

Idalia se puso delante de ese hombre que le había señalado su prima con una sonrisa que reflejaba los nervios y la vergüenza que sentía en esos momentos. Decir que se encontraba en presencia del hombre más guapo que había visto en su vida era quedarse corta. Era alto, moreno, con unos increíbles ojos marrones y una sonrisa que hechizaría a cualquiera. Su tono de voz al hablarle a Martina, con aquel acento italiano que podría volver loca a cualquiera, era ronco y varonil. Su porte era elegante, y bajo aquella camisa blanca que parecía sacada de un anuncio de detergentes se podía intuir el magnífico cuerpo que ocultaba. Los pantalones de vestir se deslizaban por sus fuertes y varoniles piernas, capaces de enmudecer a cualquier reunión de féminas. Era el italiano perfecto, parecía que se había escapado de una revista de moda, y ella no podía articular palabra.

—Hola, bombón, ¿cómo te llamas? —preguntó Alba de repente, posicionándose al lado de su prima con ese descaro tan natural en ella y salvándola de una situación incómoda, con ella mirándolo sin decir nada, como un pasmarote.

—Hola, me llamo Fabio —respondió con una maravillosa sonrisa que hizo enmudecer, todavía más, a Idalia.

—Encantada, Fabio. Nosotras somos Idalia y Alba, y nos gustaría invitarte a esta copa —dijo haciendo que él sonriese divertido.

—Vaya y ¿a qué se debe esta invitación por parte de dos preciosas españolas? —preguntó con una sonrisa resplandeciente.

—¿Cómo sabes que somos españolas? —preguntó Idalia al fin, sorprendida de que hubiese acertado.

—Vuestro acento es inconfundible, aunque tengo que decir que habláis a la perfección nuestro idioma —indicó con una dulce y maravillosa sonrisa—. No como yo, que estuve en España hace tiempo y hablaba con dificultad vuestra fantástica lengua.

—¿Dónde estuviste? —preguntó Idalia a continuación, un poco más cómoda al hablar con ese atractivo hombre.

—En Madrid.

—¡Nosotras somos de allí! —exclamó con una sonrisa, un poco más relajada al observar que no era para tanto y que podía afrontar aquella conversación sin parecer boba.

—Qué lástima que no nos encontráramos allí... —susurró él sin dejar de mirarla.

—Sí... Un segundo —dijo a continuación, cogiendo del brazo a Alba y llevándosela lejos de aquel seductor hombre—. Pero ¿qué pretendes?

—Ay, Idalia, ¿no habíamos quedado en que te ibas a dejar llevar por mis decisiones? Pues ésta va a ser la primera. A ese tío le has gustado, sólo hacía falta ver cómo te miraba, ¡no te gires! Ahora mismo te está haciendo un escáner por detrás, y él está para hacerle un molde con saliva. ¡Ay, *mamma mia*! —exclamó mirando al techo y mordiéndose el labio inferior—. ¿Por qué los haces tan increíblemente atractivos? ¡¿Por qué?! —preguntó con dramatismo sin dejar de mirar hacia arriba, esperando alguna respuesta divina a esa peliaguda cuestión.

Idalia negó con la cabeza resignada. Alba era incluso más enamoradiza que ella, aunque lo negara de todas las maneras posibles. Ella no había viajado a Verona para vivir un maravilloso romance, ni tampoco a buscar novio —¡ya había quedado escarmentada con su ex!—, había elegido esa ciudad porque siempre había soñado con vivir en Italia, conocer sus costumbres, sus gentes, y ¿qué mejor que hacerlo acompañada de su prima? Simplemente deseaba vivir al máximo, aunque no podía negar que ese hombre era un adonis y... ¿Por qué no? Le había prometido a su prima no negarse a cualquier experiencia que ésta le sugiriera, y ése era el primer paso para reencontrarse con la verdadera Idalia.

—¡Estás como una cabra!

—Una cabra montesa. Anda, corre, que no quiero que te lo levante nadie —dijo apremiándola para que fuera con él.

Idalia se acercó a ese hombre, tan guapo y tan fuera de su alcance, sintiendo que las manos le temblaban y que su mente se cerraba al no saber qué decir.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó mientras maldecía por dentro su falta de originalidad.

—No, es la primera vez. Me han traído mis colegas... —dijo señalando a los hombres que estaban a su lado.

—Claro...

—¿Llevas mucho trabajando de camarera?

—¡No, qué va! —exclamó dándole la risa tonta y haciendo que él sonriese divertido—. Prácticamente acabo de aterrizar. He venido a pasar unos días con mi prima —explicó señalando a Alba, que le guiñaba el ojo para así darle el valor que necesitaba.

—Entonces he venido en el mejor momento —comentó mostrándole aquella sonrisa encantadora.

De repente, Idalia se percató de que alguien se ponía al lado de Fabio. Cuando comprendió quién era, tragó saliva sin saber qué hacer o qué decir

mientras intentaba pensar rápido, cosa que se le daba fatal —no tenía los reflejos de su prima—, pero algo debía decir para no parecer tonta.

—Perdóname un segundo —se disculpó con Fabio—. Hola, ¿quieres tomar algo? —preguntó a continuación con una sonrisa.

—¿Ya te ha convencido tu prima para que trabajes aquí? —preguntó Landon con esa manera entre chulesca y soberbia que la hacía erguirse, dispuesta a pelear y a enfrentarse a él, mientras éste se apoyaba en la barra sobre un codo, demostrando con esa pose lo seguro que estaba de sí mismo.

—Fui idea mía. ¿Quieres tomar algo? —preguntó con decisión mientras observaba que la barra comenzaba a llenarse de gente. Landon la miraba intensamente y no parecía tener mucha prisa por pedir.

—Una cerveza —soltó apartando la vista de ella para mirar a su alrededor.

Idalia se dio media vuelta y fue a por ella, abrió con destreza el botellín y se lo dejó encima de la barra sin titubear. No le gustaban los hombres intimidantes, y él era un claro ejemplo. Mientras tanto, se percató de que Martina comenzaba a hablar con Fabio con esa naturalidad tan sugerente que eclipsaría a cualquiera, y mucho más a ella, que no tenía ni idea de cómo seducir a un hombre, y menos a uno como él.

—Ten cuidado porque aquí hay mucho baboso suelto que se quedará prendado de tu escote —señaló Landon con desgana indicando su top.

—¿Como tú? —preguntó Idalia, haciendo que éste la mirase a los ojos, asombrado de su rápida respuesta.

«¡Zas!, y en toda la boca», pensó ella, sintiendo que se crecía ante las adversidades y que se le estaba pegando un poco aquel carácter que tanto adoraba de su prima.

—No, yo ya lo he visto sin esa prenda encima y sé que tampoco son de las mejores que hay por el local —contestó con frialdad aguantándole la mirada, intentando que ella bajara la vista avergonzada.

En cambio, Idalia se la aguantó con estoicismo y coraje.

—Pues ya sabes, busca las más voluminosas, como, por ejemplo, las de

Martina —replicó sin achantarse.

Él sonrió irónicamente sin dejar de mirarla de arriba abajo, y ella aprovechó esa pequeña tregua para decirle cuánto costaba la cerveza. Landon pagó y, al girarse para darle la vuelta, Idalia vio que Fabio seguía mirándola mientras ignoraba a la sensual italiana, centrando su mirada en sus ojos. «¡Debería ser ilegal ser tan guapo!», pensó sin poder apartar los ojos de él.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó Fabio, haciendo que Landon reparase en él, ceñudo, mientras le daba un trago a su cerveza pendiente de la reacción de Idalia al tenerlo delante. Parecía que temblaba como un flan.

—Estábamos hablando de la casualidad de que hayas venido a este bar precisamente ahora —dijo Idalia un poco más relajada mientras ignoraba al vecino de su prima, que se había quedado observando la conversación. «¿Es que no tienes otra cosa que hacer, Landon?», pensó centrándose en Fabio.

—Es cierto, a lo mejor no es tanta casualidad y son cosas del destino, que ha hecho que tu camino se cruce con el mío —indicó echándole una mirada seductora que la hizo sonreír como una colegiala.

—¿Te apetece tomar algo más? —preguntó Idalia, agarrándose al borde de la barra para así mantener el equilibrio y que él no notara el efecto que tenía sobre ella. ¡Temblaba como un pajarito!

—Otro Martini seco —dijo de una manera casi pecaminosa.

Idalia se dio la vuelta para buscar la botella y volver después donde él se encontraba. Cogió una copa, con tal mala fortuna que le resbaló de las manos y se rompió en mil pedazos, dejándola con cara de boba y con cientos de pequeños cristales esparcidos por el suelo.

—¡Mierda! —masculló en español.

—¿Estás bien? —preguntó Fabio preocupado.

—Sí, sí... —susurró avergonzada de que hubiese ocurrido aquella torpeza delante de él—. Un segundo —pidió mientras limpiaba con cuidado los cristales con la ayuda de un cepillo y un pequeño recogedor de mano para después tirarlos al cubo de la basura.

—¡Landon, ven aquí! —llamó Alba desde el otro lado de la barra, haciendo que Idalia se girase para mirarla. ¡La que había liado en un momento! Mientras, le hacía gestos a su prima con la mano, echándoles la culpa a los altísimos tacones que Alba se había encabezonado en que se pusiera esa noche y que la hacían trastabillar cada dos por tres.

Como si fuera a cámara lenta, Landon cogió el botellín de cerveza y se alejó de Idalia y de ese hombre que la miraba fijamente para posicionarse enfrente de Alba, que observaba la escena con una sonrisa.

—¿No te parece bonito? —preguntó ella sin quitarle ojo a su prima, que sonreía azorada mientras le servía, al fin, la copa a ese seductor italiano.

—¿El qué? —soltó él de malos modos.

—El amor, Landon, el amor... —dijo con un tono soñador mientras seguía trabajando.

—El amor... —susurró él con dejadez mientras se llevaba el botellín a los labios y le daba un largo trago, mirando de reojo lo que hacía la prima de su vecina, que de repente sonreía como una bobalicona a ese hombre que la contemplaba seductor y había dejado de lado aquella manera de comportarse con él, tan decidida y dura.

—¿A qué hora terminas de trabajar? —preguntó Fabio llevándose la copa que le había preparado Idalia a los labios, lentamente, como si supiese que ella estaba pendiente de todos sus movimientos, incluido ése.

—No... no lo sé —respondió desviando la mirada de aquellos labios seductores para centrarse en sus maravillosos ojos—. Si te soy sincera, llevo trabajando aquí dos días —terció sonriente, intentando que su voz no temblara.

—¿Has venido de vacaciones?

—Más o menos. He venido a pasar una temporada con mi prima... —contestó mientras observaba cómo otro cliente le pedía algo para beber—.

Perdóname —le dijo a Fabio para atender la petición del otro hombre.

—Tranquila —repuso él sin dejar de observar sus movimientos nerviosos.

—Hola —dijo Alba aproximándose a ellos casi como un huracán—. Idalia, puedes cogerte unos minutos para descansar. Ahora mismo podemos defender el fuerte Martina y yo —comentó cogiendo la bebida que su prima estaba preparando para llevársela ella al cliente.

—¿De verdad? —preguntó apurada por dejarlas solas.

—Claro. Anda, corre y vete con él a una mesa —susurró Alba mientras le guiñaba el ojo.

—Como quieras, pero si me necesitas...

—Sí, no te preocupes, que te llamaré —apremió a punto de sacarla a empujones de la barra para que se fuera con aquel hombre—. Pégate mucho a él y provoca que te bese —susurró en voz muy baja para que sólo ella la oyera.

Idalia abrió los ojos por la sorpresa y no le dio tiempo a contestar a su prima, ya que ésta la sacó de la barra y se alejó rápidamente de allí. Fabio se acercó a ella y se dirigieron a un lateral retirado del local, donde pudieron sentarse en un cómodo sofá con una mesa en el centro.

—Entonces ¿eres camarera? —preguntó colocándose muy cerca de ella.

—No, ¡qué va! —rio divertida, sintiendo la presión de dar pie a que él la besara. ¡No sabía cómo hacerlo!—. Llevo trabajando de camarera desde que estoy aquí. En España me dedicaba a llevar la contabilidad de una empresa.

—Vaya, una cerebritito.

—Más o menos.

—Me gustan las cerebritos —dijo Fabio, posando su mirada en ella y cogiendo el vaso para darle otro trago.

—Y ¿tú a qué te dedicas? —preguntó intentando desviar su mirada de aquellos labios.

Pero ¿qué le pasaba con la boca de ese hombre? No podía dejar de mirar esos labios y pensar cómo sería lamerlos. «¡Alba me está poseyendo!», pensó

mientras intentaba aguantar la risa que le había provocado ese pensamiento.

—Soy profesor de literatura en la universidad —comentó colocando su brazo sobre el respaldo del sofá, aproximándose más a ella y haciendo que Idalia dejase de respirar por unos segundos al notarlo tan cerca.

—Serás el amor platónico de muchas jóvenes —susurró ella como pudo, sin dejar de observar sus ojos oscuros fijos en ella y ansiando que la besase.

—¿Tú crees? —inquirió con una magnífica sonrisa.

—Totalmente —murmuró mojándose los labios con la lengua despacio y observando cómo éste prestaba atención a esa, en apariencia, inocente acción.

—No me interesan las niñas, prefiero las mujeres, y si son españolas mejor —dijo acercándose un poco más a ella.

—¿Te gustan las españolas? —pudo preguntar después de un leve carraspeo producido por la proximidad de él.

—Me gustas tú —soltó con seriedad.

—No te andas por las ramas.

—Nunca —añadió con seguridad.

—Ya veo.

—Nunca he ligado en bares y ya sé por qué. Es muy difícil hablar con esta música —confesó Fabio observando el barullo a su alrededor y el volumen de aquella música que dificultaba hablar con tranquilidad con ella.

—¿Estás ligando conmigo? —preguntó divertida al observar su sinceridad.

—Por supuesto. Sería un estúpido si no lo hiciera —dijo aproximándose un poco más a ella, lo justo para sentir su aliento cálido cuando le hablaba—. ¿Mañana tienes libre?

—Tengo todas las mañanas libres. El bar sólo se abre por la noche.

—Estupendo. Yo tampoco trabajo, podríamos hacer algo tú y yo solos, si te apetece, claro.

Idalia sonrió y observó de reojo la barra del bar. Su prima los miraba con alegría y levantaba el pulgar con entusiasmo, como si lo aprobase sin ni siquiera conocerlo, mientras comenzaba a gesticular con los brazos y ponía

morritos sin cesar, animándola a que se colgara del cuello de éste y les diese un buen beso a esos labios tentadores. A continuación, como si nada, se dispuso a atender a otro cliente. La barra comenzaba a llenarse de gente y las dos camareras iban a destajo atendiéndolos. De nuevo, Idalia centró la mirada en aquel italiano que había entrado de golpe en su vida, sin previo aviso, gracias a las alocadas ideas de su prima. Jamás había salido con un hombre como él, tan guapo y seductor, y pensó que no podía negarse a salir con él.

—Claro, me encantaría —respondió.

—¡Genial! Dime dónde y paso mañana a por ti.

—Vivimos en este mismo edificio —comentó ella con una sonrisa.

—Entonces mañana a las diez vendré a por ti. Te dejo que sigas trabajando, mis colegas están a punto de venir a por mí. En teoría, era una noche sin chicas —explicó guiñándole un ojo.

—Claro —dijo levantándose del sofá, observando con estupor que aquella tensión que había crecido se disipaba con la misma rapidez—. Toma mi número de teléfono y así podemos estar en contacto. —Cogió la pequeña libreta que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Por supuesto —susurró Fabio agarrando el pequeño papelito con el número de ella—. Mañana nos vemos, bella Idalia —comentó cogiéndole la mano y depositando en el dorso un suave beso que la hizo suspirar de frustración al sentir sus labios en aquella parte de su cuerpo, cuando lo que deseaba era sentirlos en otro lugar...

—Hasta mañana, Fabio —logró decir con una tonta sonrisa. ¡Jamás la habían besado en la mano!

Volvió a la barra aguantando una carcajada por lo que había decidido hacer. Nunca había sido una mujer de tener citas esporádicas, era bastante clásica en esos temas —a su primer y único novio le había costado bastante dar el siguiente paso con ella—, pero Idalia ya no era la dulce chica que suspiraba por tener una bonita historia de amor que contarles a sus nietos: ahora ansiaba disfrutar de todo lo que no había podido hacer. Ahora le tocaba

a ella tomar las riendas de su vida y hacer lo que le diese la gana. Diez meses era mucho tiempo sin tener sexo, y Fabio tenía pinta de ser un maestro en esas lides.

—Cuenta, cuenta, cuenta —pidió Alba sin darle opción a negarse.

—He quedado mañana con él.

—¡Toma ya! Ésta es mi Idalia —soltó dándole un cachete en el trasero y volviendo al trabajo con una amplia sonrisa. ¡Su plan marchaba!

Idalia se despertó antes de que le sonara la alarma de su teléfono móvil y fue directamente a la ducha. ¡Quería estar preparada antes de que llegara Fabio! Ay, Fabio... Aquella noche había creído soñar con él, aunque no había podido ver su rostro perfectamente, ¡pero tenía que ser Fabio!, ya que ansiaba besar sus labios tentadores, había podido oír su voz seductora y provocadora y, no sabía por qué, pero estaba exultante por tener una cita con él. ¡Hacía muchísimo que no quedaba con un hombre! «¡Haz que todo salga bien, Julieta!», pensó riendo al haber acabado como su prima, pidiéndole favores a un personaje literario. Se duchó rápidamente para después volver a su dormitorio, donde encontró una nota de Alba en el suelo:

Primita:

He salido a correr y después me iré a mis clases de defensa personal, por tanto, no estaré para desearte que te vaya genial en tu cita con el adonis italiano. Recuerda, no hagas nada que yo no haría... Aunque, pensándolo bien, ¡yo haría de todo! No le hago ascos a nada, ya me conoces, y como Piero se me ponga a tiro, ¡le doy un mordisco!

Diviértete mucho con ese bombonazo italiano y dale un buen bocado. ¡Te quiero!

Idalia dejó la nota sobre la cómoda mientras sonreía y comenzó a ponerse la ropa interior. ¡Su prima era un caso aparte! Volvió a mirar la hora en su teléfono móvil, ¡ya no sabía cuántas veces la había mirado esa mañana!, se

puso la ropa interior y pensó en aprovechar la soledad del apartamento de Alba para desayunar así. Luego terminaría de vestirse, con lo torpe que era cuando estaba nerviosa, sería capaz de tirarse el café con leche en la ropa elegida para ese día, y al final llegaría Fabio a recogerla y aún estaría sin vestir... ¡Vamos, un estropicio! Entró en la cocina y comenzó a prepararse el desayuno, mientras tanto, puso el Spotify en su móvil y empezó a bailar con la canción que sonaba. ¡Ésa le encantaba! Era la de David Bisbal y Sebastián Yatra. Subió el volumen y comenzó a entonar el estribillo a pleno pulmón, ansiando, como decía la canción, a partir de ese día vender su corazón para no volver a caer en los brazos del amor fallido. Poco a poco, se dejó llevar por el buen rollo que le daba esa letra, sin dejar de cantar y de bailar, algo que necesitaba con urgencia: desprenderse de aquel nerviosismo que le había cerrado de golpe el estómago y sentirse segura de sí misma. ¡Iba a una cita y no al cirujano! Mientras contoneaba su cadera al ritmo de aquella música, vertió el café en una taza, para después echar un chorro de leche y, poniéndose de puntillas, cogió los ricos cruasanes que compraba su prima para desayunar. Aunque no tuviera hambre, debía comer algo, no quería que su estómago rugiese en el momento menos indicado. Pero, al levantar la vista, se encontró con la última persona que esperaba ver allí, delante de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en el marco de la puerta, con ese halo de perdonavidas que no lo abandonaba, sin perderse detalle de sus movimientos y, sobre todo, de su cuerpo.

—¡Joder! —maldijo en español, sobresaltada—. ¿Es que no sabes llamar a la puerta antes de entrar? —preguntó en italiano y de malos modos.

—Lo he hecho, pero yo no tengo culpa de que no me hayas oído —replicó Landon como si nada, sin mover un ápice su postura.

—Pues, si no te he oído, te esperas —añadió molesta por su falta de deferencia, acercándose al móvil para bajar un poco el volumen de la música.

—¿Siempre vas medio desnuda por casa? —inquirió con curiosidad sin dejar de mirar su cuerpo.

—Estaba sola hace un momento —dijo con rabia. Aquel hombre sacaba lo peor de ella, ¡y no sabía por qué!—. Pero ya veo que tú entras y sales sin dar importancia a cómo nos encuentres.

—A tu prima jamás la he encontrado en ropa interior, y a ti...

—Sí, ya... —soltó interrumpiéndolo—. Al paso que vamos, sólo te falta encontrarme desnuda. —Chasqueó la lengua con disgusto mientras se sentaba en el taburete y comenzaba a remover el café.

—¿No te vas a vestir? —preguntó extrañado de que no fuera corriendo a su dormitorio a ponerse algo encima, como había hecho el día anterior.

—¿Para qué? Ya me has visto. Sería absurdo ir a taparme cuando ya me has echado una buena mirada —indicó levantando los hombros con indiferencia.

—Tampoco hay mucho que ver... —murmuró con seriedad.

—Mejor para ambos: tú no tienes mucho que ver y yo poco que enseñarte —soltó con decisión—. Haz lo que hayas venido a hacer, Landon —le animó mientras cogía un cruasán y lo mojaba en el café para después darle un

mordisco—. Joder, ¿ves? —soltó para sí al notar una gota de café que se deslizaba por su escote—. ¡Menos mal que no me he vestido!

—¿Vas a algún lado? —preguntó él aproximándosele sin perder detalle de sus movimientos.

—Sí —respondió sonriente mientras se limpiaba el escote con una servilleta de papel.

—¿Con el hombre de ayer? —preguntó con los dientes apretados.

—Oh, sí —contestó asintiendo efusivamente con la cabeza mientras le daba otro mordisco al cruasán.

—Ya —masculló Landon vertiendo el café en una taza y dejándola al lado de ella.

—Por eso no me he vestido. Me conozco y soy capaz de mancharme entera —explicó observando cómo él cogía el azúcar y se le acercaba.

En ese momento, sin decir nada y bajo la mirada de Idalia, Landon se quitó la camiseta negra que llevaba y la dejó sobre la encimera, dejando al descubierto un impresionante torso musculado con diversos tatuajes que envolvían sus pectorales y que descendían hasta ambos brazos.

—¿Qué... —Idalia se aclaró la voz— qué haces? —preguntó de pronto incómoda por aquella escena surrealista: los dos semidesnudos en la cocina.

—Yo tampoco me quiero manchar —soltó como si nada, sentándose a su lado—. ¿O sólo tú puedes desayunar en ropa interior?

—Eh... No, no... —titubeó sin saber qué decir—. Haz lo que quieras, es lo que sueles hacer, ¿no?

Un silencio incómodo se instaló de golpe en la cocina, tan sólo roto por las canciones que se oían en la aplicación del teléfono móvil. Idalia miró de reojo a ese peculiar hombre al que no entendía, desayunando como si nada, sin rozarse, pero sintiendo el calor que emanaba de su impresionante cuerpo tatuado a pocos centímetros del suyo.

—No... —carraspeó para aclararse la voz, intentando llenar aquel silencio — no sabía que tuvieras tantos tatuajes.

—Sí —dijo él como si nada dando otro mordisco al cruasán, concentrado aparentemente en su desayuno.

—¿Aparte de entrar en casa de mi prima a desayunar haces algo más? —preguntó tratando de mantener una conversación medio normal con él: ¡odiaba los silencios incómodos!

—¿En qué sentido?

—¿Trabajas?

—¡Claro! ¿No te lo ha contado tu prima? —preguntó cogiendo la taza para darle un buen sorbo al café.

—No, no hemos hablado de ti.

—Tengo un estudio de tatuajes en esta misma calle —dijo mirándola de reojo para después coger otro cruasán y darle un gran bocado.

—¿Haces tatuajes? —preguntó impresionada.

—Sí —masculló sin mirarla concentrado en degustar su desayuno.

—Vaya, jamás había conocido a nadie que se dedicara a eso —soltó impresionada.

—¿Te gustan los tatuajes? —preguntó mirándola, al fin, con atención.

—Nunca he pensado en tatuarme, pero es posible que me anime a probar... —indicó dejando la taza sobre la mesa y pensando en esa posibilidad.

—Tienes una piel muy blanca —susurró observando el brazo que tenía casi pegado a él—, ideal para trabajar —musitó pasando el dedo sobre la piel desnuda de su brazo.

Aquel roce la hizo levantarse de golpe del taburete —de manera inconsciente, como si su mente no permitiese aquel contacto íntimo—, haciendo que éste impactase contra el suelo por culpa de la velocidad de aquel súbito movimiento. Aún sentía el cosquilleo en la piel, latente, como si la quemase y la recorriese de la cabeza a los pies, dejándola agitada y confusa. Landon continuaba mirándola fijamente, casi sin respirar, percibiendo la respiración alterada y la mirada de sorpresa en su rostro.

—Pero no te atreverás —añadió él para romper aquella tensión instalada

entre ambos y centrando la mirada en el desayuno.

—Eso no lo sabes tú —replicó Idalia mientras levantaba el taburete del suelo para, después, apretar los puños a ambos lados de las caderas—. Si quiero, puedo hacerlo —terció con tozudez y arrojo.

—Tú lo has dicho: si quieres... Pero no es así. No eres la típica mujer que se tatúa. Eres de las que llegan con la piel impoluta a la vejez —comentó levantándose de la barra y llevando las tazas del desayuno al fregadero para después fregarlas bajo la atenta mirada de Idalia, que repasaba con descaro su espalda ancha, fijándose en los tatuajes que bordeaban sus formidables omóplatos, intentando diferenciar cada uno de los dibujos que decoraban su piel: una calavera con una corona, unas iniciales, una frase en inglés, el número trece, un tablero de ajedrez...

—No me conoces para asegurar algo así, Landon —informó sin perder detalle de cada movimiento de éste, de cómo sus músculos se contraían o se relajaban, dependiendo del movimiento que hiciera.

—Se ve a la legua que eres una tierna flor de lis, Idalia... —dijo dejando las tazas para que se secan—. Eres de las que se enamoran del chico guapo de la película, de las que se casan para después tener hijos y desvivirse por ellos... Ésa es tu meta en la vida.

—¡Te equivocas! —exclamó poniéndose al lado de él, encarándose a ese hombre que había descrito a la anterior Idalia, esa a la que ansiaba dejar relegada en el pasado—. No sabes nada de mí para asegurar eso. Yo no quiero esa vida. Yo necesito sentirme viva, hacer cosas, descubrir mundo... ¡Sentir que cada día es distinto! No podría anclarme a una vida rutinaria, no podría volver a confiar en el amor, de nuevo no...

—Entonces me das la razón —alegó él dejando la última cuchara sobre una de las tazas y girándose hacia ella mientras se secaba las manos con el trapo para situarse, cara a cara, a poco menos de un paso de ella, tan cerca que notaba como su cuerpo temblaba por la rabia que sentía al oír aquello.

—¿La razón?

—Sí... Has dicho que de nuevo no podrías anclarte en la rutina, lo que significa que antes vivías así, que incluso deseabas una vida como la que yo he descrito.

—Sí, no te lo discuto, pero eso fue hace tiempo. Ahora las cosas han cambiado. ¡Yo he cambiado! —exclamó Idalia alzando la cabeza. Ese hombre era bastante más alto que ella, y para mirarlo a los ojos debía levantar mucho la vista.

—Si has cambiado, demuéstralo —exigió Landon con voz áspera, rozando la ronquera, sin dejar de observarla—. No se cambia sólo verbalizándolo.

—Lo hago —susurró convencida de sus palabras pero sin bajar la vista de aquella mirada azul, dura como el acero, que la observaba sin pestañear, exigiéndole algo que no lograba adivinar.

De nuevo el silencio los envolvió de golpe mientras ellos no dejaban de mirarse, evaluándose, como si estuviesen rivalizando por ser el último en desviar la atención del otro, como si no existiera nada más que aquel momento, en aquella cocina, ellos dos solos, parcialmente desnudos.

—Te has manchado aquí también —señaló Landon con voz ronca mientras se lamía lentamente el dedo bajo su atenta mirada y lo dirigía hacia el estómago de Idalia, que al sentir su cálido y húmedo tacto abrió los ojos de golpe, notando un cosquilleo en el bajo vientre, algo que la sorprendió y le extrañó a partes iguales. ¡Jamás había vivido un momento tan erótico y difícil de catalogar como ése!—. Vístete ya. Tu cita debe de estar al llegar... —comentó desviando la atención de ella mientras cogía de la encimera la camiseta y la dejaba sola en la cocina y en la casa.

—¡Mierda, mi cita! —exclamó Idalia de repente, dejando a un lado aquel momento vivido y dirigiéndose corriendo al dormitorio para terminar de vestirse. ¡Se le había olvidado por completo que Fabio estaría al llegar!

Se puso un vestido de manga corta estilo camisola que le llegaba por la mitad del muslo. Alrededor de la cintura, una correa trenzada daba forma a la prenda, marcando sus curvas. Unas cuñas de esparto completaban el atuendo

elegido para esa cita. Después se cepilló a conciencia el cabello, planchando un poco sus amplias ondas y se aplicó un maquillaje suave y un brillo labial que la hizo sonreír. ¡Ya estaba lista y justo a tiempo! El sonido de su teléfono móvil la avisó de que él se encontraba abajo, esperándola.

Salió de la casa cogiendo su bolso casi a la carrera, entró en el ascensor y bajó dispuesta a olvidar lo sucedido esa mañana en la cocina, centrándose en conocer a ese atractivo hombre que esperaba que la hiciera olvidar su agrio pasado.

—¡¡Bellísima!! —exclamó Fabio nada más verla.

Idalia sonrió con timidez mientras le echaba una buena mirada. Era un pecado para la vista, ese pelo blanco le resaltaba el moreno de la piel, los vaqueros oscuros le daban un toque arrebatador, y las gafas que llevaba eran para quitarse el sombrero de lo espectacular que lo hacían. Se encontraba apoyado sobre un asombroso coche negro, el complemento perfecto para un hombre como él.

—Muchas gracias —dijo acercándose a él. A continuación, Fabio le abrió la puerta del acompañante—. Vaya..., gracias —susurró Idalia tras ese gesto tan caballeroso, algo a lo que no estaba acostumbrada.

El amplio y confortable automóvil la abrazó cuando se sentó. Se notaba que era un coche de alta gama. Buscó el distintivo en el volante y se sorprendió al ver el logo inconfundible de Mercedes-Benz. «Vaya con el profesor», pensó. Al poco, Fabio se sentó a su lado y la miró sonriente. Idalia tragó saliva, ¡menudo hombre!

—¿Conoces el Castelvecchio? —preguntó él arrancando el coche para salir a la carretera.

—No.

—¡Mejor! Porque ahí es adonde te voy a llevar —indicó con una asombrosa sonrisa que la hizo olvidar de un plumazo el cosquilleo que había sentido por culpa de su desagradable vecino.

—¡Genial! —comentó de buen humor observando el paisaje de Verona.

Después de unos pocos minutos que a Idalia se le hicieron muy cortos gracias a la extensa oratoria de Fabio mientras le resumía la historia de aquel palacio medieval que iban a visitar —el cual, le comentó con gran entusiasmo, era la construcción militar más importante que había dejado la dinastía Della Scala, la que gobernaba Verona en la Edad Media—, anhelando verlo con sus propios ojos, el coche se detuvo ante la magnífica fortificación. Idalia bajó casi a cámara lenta, embebiéndose de aquella imagen con sus retinas, maravillada de la magnitud de aquella construcción y emocionada por ver lo que contendría en su interior, ya que el exterior sencillamente la había enamorado.

—¿Te ha gustado? —preguntó Fabio después de visitar las veintinueve habitaciones, que albergaban una importantísima colección de arte medieval.

—Sí... Es sencillamente maravilloso —susurró ella emocionada por todo lo descubierto—. Resulta asombroso observar todo lo que realizaron años atrás, prácticamente sin medios si lo comparamos con la actualidad, y con una precisión pasmosa...

—¡Exacto! —exclamó fascinado de que ella pensara así—. Te voy a confesar una cosa, Idalia —dijo acercándose a ella con una sonrisa encantadora—. Temía haberme equivocado contigo...

—¿Y eso? —preguntó divertida.

—Es muy complicado encontrar a una mujer que disfrute con la cultura de verdad —comentó Fabio abriéndole la puerta para que ella saliese primero—. Como te dije ayer, me gustan las cerebritos —reiteró guiñándole un ojo con complicidad.

—No podría considerarme una cerebritito sólo por disfrutar de la gran historia de los lugares que visito —comentó admirando de nuevo el esplendor de aquel jardín perfectamente cuidado.

—Puf... Si yo te contara, tú misma te calificarías como la reina de las cerebritos —soltó en broma mientras se dirigían hacia el coche.

—¿Has salido con muchas mujeres? —preguntó con curiosidad.

—No tantas como todo el mundo cree —confesó Fabio—. A veces las apariencias engañan, y te puedo asegurar que en mi caso es así. Soy bastante tradicional en estos temas.

—¿En qué sentido eres tradicional? —preguntó ella, tragando saliva al oír esa palabra viniendo de esos labios jugosos, mientras observaba cómo él abría el automóvil con el mando a distancia.

—Soy de los que cortejan a una mujer hasta enamorarla, de los que se desviven por su dama y que no miran a otra porque ella ya lo es todo... —dijo clavando sus ojos oscuros en Idalia.

—Vaya... —farfulló ésta mientras se mordía el labio. Esperaba que aquello no fuera tan literal como pensaba...

—Por favor —dijo Fabio abriendo la puerta del acompañante para que ella entrase—. Te voy a llevar a uno de los mejores restaurantes de toda Verona —comentó sentándose tras el volante.

Idalia sonrió con alegría, jamás había conocido a un hombre como él, tan atento, tan culto, tan caballeroso y tan increíblemente guapo.

—Me quedaría aquí todo el día —susurró embobada con las maravillosas vistas de Verona que se podían vislumbrar desde donde estaban sentados, en un magnífico restaurante en el que habían almorzado ricos platos italianos aderezados con una magnífica conversación sobre aquella ciudad que observaban desde allí.

—Es un lugar único, ¿verdad?

—Sí... —suspiró Idalia, observando las casas con los tejados rojizos que contrastaban con el verde de los árboles.

—Sabía que te gustaría este restaurante. Es uno de mis preferidos, por la maravillosa ubicación donde está construido, en lo alto de la colina del Castel San Pietro, y sus formidables vistas...

—Me encanta —confesó dejando la cucharilla del postre sobre el plato—. Además, la comida estaba deliciosa. Dime, aparte de ser profesor y de que adores la historia de esta ciudad, ¿tienes más aficiones?

—Me encanta practicar esgrima, suelo ir tres veces por semana, además de ir al teatro o a la ópera.

—Qué interesante —dijo imaginándoselo enfundado en un traje típico de esgrima—. ¿Eres de Verona?

—Sí.

—Me comentaste que estuviste en Madrid, ¿fuiste de vacaciones?

—No, asistí a una convención sobre literatura internacional y me encantó lo que me dio tiempo a visitar —informó con seguridad—. Y, dime, bella Idalia, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—La determinación de comenzar a decidir por mí —repuso en tono soñador—. Siempre me ha gustado este país, por eso estudié latín e italiano, aunque no tuviera nada que ver con la carrera que escogí. Pero deseaba saber más, tener la posibilidad de, cuando me decidiera a venir, tener solventado el escollo del idioma. Siempre había ansiado viajar a Italia, desde bien pequeña, pero nunca encontraba el momento adecuado...

—A veces nos olvidamos de pensar en nosotros mismos, ¿verdad? —susurró Fabio sin dejar de mirarla—. Me alegro de que al final te decidieras a venir hasta aquí, así, he podido coincidir contigo... —indicó galante—. Dime, ¿nos da tiempo a visitar un lugar más?

—Sí, claro —contestó Idalia, sintiendo que aquella cita iba mejor de lo que había pensado.

—¡Perfecto! —exclamó él con entusiasmo mientras le hacía una señal al camarero para que les llevase la cuenta.

—Dime, ¿a cuánto salimos? —preguntó ella cogiendo su monedero cuando

el camarero dejó la cuenta al lado de Fabio.

—Oh, no... No voy a permitir que paguemos a medias... —replicó él con seriedad, dejando el dinero sobre la bandejita plateada.

—¿Por qué no? —preguntó Idalia extrañada.

—Porque, como te he dicho antes, soy muy tradicional para según qué cosas...

—Vaya... Muchas gracias, Fabio —susurró volviendo a guardar el monedero en el bolso y sintiéndose fuera de lugar. No estaba acostumbraba a tantas deferencias hacia su persona y la hacían sentir rara...

A continuación, él dio un salto de la silla para ayudarla a levantarse, con un gesto muy galante que a Idalia la hizo sonreír con timidez. ¡Aquel hombre no se cansaba de ser caballeroso! Después fueron al coche y prosiguieron su conversación sobre la cultura de Verona e Italia, hasta que Fabio detuvo su flamante automóvil para invitarla a tomar un delicioso capuchino delante de la estatua de Dante. Aquello era una maravilla para todos los sentidos, sentados en aquel lugar, escuchando la historia de aquel personaje tan famoso y sintiéndose a gusto con aquel hombre que sólo la miraba a ella y le contaba tantísimas cosas de la cultura e historia veronesa.

—¿Vives solo? —preguntó Idalia dejando la taza de café sobre el platito.

—Sí —susurró él sin dejar de mirarla un segundo.

—¿Desde hace mucho?

—Unos años... ¿En España vivías sola o con tus padres?

—Vivía con mi ex hasta que lo dejamos —dijo con una mueca parecida a una sonrisa—. Después tuve que volver a casa de mis padres...

—¿Se acabó el amor?

—Supongo que lo podríamos resumir así, sí.

—Es difícil encontrar a alguien que encaje perfectamente en tu vida, ¿verdad? —preguntó Fabio con seriedad.

—Sí. ¿A ti también te ha pasado?

—Algo parecido... —susurró Fabio con un deje melancólico, desviando

por primera vez la mirada de ella para observar la estatua de Dante.

Idalia no quiso preguntar demasiado. Sabía, por experiencia propia, que a veces costaba hablar de según qué cosas, por lo que cambió de tema y volvieron a conversar sobre aquella ciudad que estaba descubriendo gracias a ese maravilloso hombre.

Más tarde, con pocas ganas, por no decir ninguna, se bajó del coche de Fabio para acercarse al portal donde vivía su prima. Había pasado un día excepcional con un hombre maravilloso, había disfrutado como hacía tiempo que no lo hacía, escuchando la gran sabiduría que él atesoraba, disfrutando del bello paisaje de esa ciudad y conociendo, poco a poco, a Fabio. Éste, como era de esperar, la acompañó hasta la misma puerta, con esa galantería que era su sello personal.

—Muchas gracias por este fantástico día, Fabio —comentó Idalia con una sonrisa, dispuesta a retrasar unos minutos más la despedida. ¡No quería que ese día finalizase!

—Gracias a ti por hacerlo así de fantástico —susurró él, acercándose un paso más.

—Si te apetece, vente esta noche al bar... —comentó Idalia observando sus ojos oscuros y preparándose para que él le diese el beso de despedida, que ansiaba que fuera espectacular, como había sido toda la cita. «Espero no desmayarme cuando lo haga. ¡Debe de dar besos de película!», pensó emocionada y con gran expectación.

—No sería justo para los demás clientes que estuviese ahí, ya que sólo ansiaría tenerte para mí... —repuso él con aquel tono seductor que a Idalia la hacía flaquear.

—Vaya... —soltó Idalia sintiendo cómo sus piernas fallaban, hasta el punto de tropezar con el único escalón que había para entrar en el portal del edificio.

—¿Estás bien? —preguntó él cogiéndola con delicadeza del brazo para sostenerla y que no se cayera.

—Sí, sí —contestó velozmente. Lo único que no deseaba era que se hiciera añicos aquel momento tan maravillosamente desquiciante previo al beso—. Entonces, nos vemos otro día...

—Me encantaría poder verte mañana, pasar el día juntos y conocerte un poco más... —señaló Fabio, dibujando círculos con las yemas de los dedos en el brazo que tenía cogido, haciendo que ella no apartase la mirada, mientras se acercaba poco a poco a él, invitándolo a que diese el siguiente paso. ¡Lo estaba deseando!

—A mí también me gustaría —logró decir Idalia sin dejar de mirarlo intensamente a los ojos.

—Entonces aquí estaré, a la misma hora que hoy —indicó deslizando su contacto por todo el largo del brazo hasta alcanzar su mano y depositar un suave beso en el dorso—. Hasta mañana, bella dama —susurró con la vista centrada en ella.

—Hasta mañana —titubeó enarcando una ceja con sorpresa al ver que él simplemente le había dado un beso en la mano, mientras lo observaba caminar con sus perfectos y estudiados movimientos hasta el coche.

Antes de entrar en el vehículo, le guiñó un ojo de una manera que podría ser considerada ilegal, haciendo que Idalia sonriese pletóricamente, olvidando, con ese hecho, que no había conseguido ningún contacto extra con aquel adonis con el que había disfrutado de un día perfecto. Con una sonrisa embelesada, se dio media vuelta y entró en el edificio para dirigirse al apartamento de su prima.

—¡Al fin! —exclamó Alba al verla entrar—. Por poco llamo a los *carabinieri* para saber dónde estabas.

—Ay, Alba... ¡Menudo hombre! —exclamó entusiasmada mientras se mordía el labio inferior al volver a imaginarse la perfección de su rostro y sus modales, la exquisitez de su manera de hablar, la madurez en sus conversaciones y la elegancia innata de sus movimientos.

—Mala pécora. ¡Cuéntamelo todo con pelos y señales! —exclamó su prima

con emoción dando toquécitos en el sofá para que Idalia se sentara a su lado —. ¿Cómo besa? ¡Buaaa! Seguro que te ha besado y se te han puesto las bragas de diadema.

—¡Qué brutas eres! —rio divertida mientras se sentaba a su lado—. Aún no me ha besado... —masculló haciendo una mueca de resignación.

—¿No te ha besado? ¿Y eso? No me lo digas... ¡Has comido pan de ajo! Sé que está bueno, pero en una cita hay que obviar el ajo y la cebolla, siempre, siempre —informó mientras negaba con la cabeza, riñéndola con cariño.

—No he comido ni ajo ni cebolla, Alba —dijo entre risas—. Es tan caballeroso, tan... ¿tradicional? —farfulló pronunciando la última palabra casi en una pregunta, ya que era tan raro que un hombre fuera así...

—¿Qué me dices? Parece que has encontrado al último de su especie. Prima, cógelo fuerte y que no se te escape —indicó Alba con seriedad.

—Pero yo no quiero nada serio aún, Alba. Prácticamente acabo de salir de una relación larga y lo que menos me apetece es volver a embarcarme en otra...

—A ver, vayamos por partes, Idalia. Llevas diez meses más sola que la una, y salir con alguien tradicional no conlleva que tengas que casarte mañana. Conócelo y a ver qué pasa. No te pongas trabas nada más comenzar. Aún tienes que comprobar cómo besa y cómo te hace el amoooooooooooo —dijo la última palabra como si entonase una canción melodiosa.

Idalia sonrió al ver a su prima de tan buen humor. Era curioso, pero Fabio tenía todo lo que siempre había deseado en un hombre, cumplía cada requisito de su estricta lista, esa que desechó por ser demasiado irreal, cuando se dio cuenta de que no encontraría a ningún hombre tan perfecto con el que compartir su vida. Ahora, precisamente en ese momento en que no quería nada serio y ya no confiaba en que hubiese hombres tan buenos, acababa de conocer a uno. Pero ¿sería realmente así o escondería su verdadera personalidad tras unos estudiados modales?

—Perdona por haber llegado tan tarde —dijo Idalia pasando al interior de la barra y observando que ya había bastantes clientes esperando a que los atendieran.

—No te preocupes, sé que ahora no paras por casa. Tu italiano te tiene muy liada —replicó Alba mientras le guiñaba un ojo antes de servir un par de cervezas que le habían pedido.

—¿Aún sigues viéndote con aquel hombre? —preguntó Martina, que había estado pendiente de la conversación.

—Sí —sonrió Idalia—. Llevo una semana quedando con él todos los días.

—¡Esto ya va solo! —exclamó Alba con sorna.

—Pero, chicas, no sé qué pasa, de verdad que no lo entiendo... —bufó consternada—. Él sigue dándome besos en la mano y yo ya estoy hasta las narices de que no intente nada más —explicó entre cliente y cliente.

—¿No te ha besado aún? —preguntó Martina cogiéndola del brazo y mirándola con atención, como si fuera de vital importancia que ella respondiese a esa pregunta.

—No... —resopló Idalia poniendo los ojos en blanco, harta de acabar en la puerta del edificio con un beso en la mano y la libido por las nubes.

—¿Me estás diciendo que un hombre como ése, guapo hasta decir basta, aún no ha intentado nada contigo? —inquirió Martina con urgencia en la voz.

—No... ¿Es malo? —susurró Idalia, sintiéndose todavía más inexperta de lo que ya era.

—Anda, anda —repuso Alba restándole importancia—. Mi prima ha

encontrado al hombre perfecto, y ¿ya le estas poniendo fallos, Martina?

—Fallos ninguno, lo que ocurre es que me asombra que haya un hombre así por el mundo.

—¡Y ha ido a parar a los brazos de mi prima! Ay, qué bonito es el amoo —soltó mientras manoteaba en el aire.

—A lo mejor es como dice tu prima —susurró Martina alzando los hombros sin entender aquel comportamiento por parte del italiano—. Normalmente a mí me pasa lo contrario.

—Martina, te pasa eso porque les plantas tu *pechonalidad* nada más conocerlos —indicó Alba con cariño.

—¡No las puedo esconder, Alba! —exclamó mientras alzaba con orgullo su voluminoso pecho.

—Y, aunque pudieras, no lo harías —sentenció Alba, haciendo que Martina riese divertida.

—Si es que los hombres ven un par de tetas y se les cae la baba. Si lo pensáis fríamente, hago un bien comunitario. Ellos se alegran la vista y yo me siento una diosa capaz de levantar miembros sin ni siquiera rozarlos.

—¿Y las que tenemos poco pecho qué hacemos? —preguntó Idalia intentando absorber todos esos nuevos conocimientos.

—Todas las mujeres somos deseables, Idalia —confesó Martina en voz baja—. Haz una prueba. Acércate a ese morenazo y te inclinas un poco para que te vea el canalillo. Te apuesto veinte euros a que antes de que acabe la noche ya te está tirando los tejos e intentando meterte en su cama —añadió mientras la cogía del hombro y le señalaba al hombre en cuestión, que no era tan atractivo como Fabio, pero no estaba nada mal.

—Deja a mi prima, que ahora está concentrada en su bombón italiano y no tiene que distraerse con una simple chocolatina —añadió Alba separándolas de golpe y haciendo que Martina atendiese a un cliente.

—Sólo quiero que sepa que es capaz de volver loco a cualquiera. Está claro que yo lo tengo más fácil —dijo dando una vuelta sobre sí misma y

haciendo que los tres hombres que se encontraban delante de ella comenzaran a gritarle piropos.

—No hagas caso a la locuela de Martina. ¿A ti te gusta Fabio? —preguntó Alba llevándose a su prima al otro extremo de la barra para que su empleada dejara de incitarla a ser más provocativa.

—Sí, es un hombre maravilloso. Además de guapo, es muy inteligente y me trata de una manera..., como jamás nadie lo ha hecho antes, Alba.

—Pues si te gusta, y a él debes de agradarle para quedar todos los días contigo, ¿qué problema hay?

—Sí, tienes razón —dijo Idalia con una sonrisa acercándose a un cliente para atenderlo.

—Tienes que reconocer que es raro que ese hombre no haya intentado siquiera besar a tu prima —le susurró Martina a Alba.

—Sí, es extraño, pero es perfecto para Idalia. Ella no es como nosotras.

—Será como yo, porque tú llevas una temporadita más rara...

—¿Rara, por qué?

—No sé, tú sabrás. Ya que no quieres decirnos la verdad... —declaró Martina mientras la dejaba sola y se ponía a despachar a otro cliente.

Alba sonrió mientras bajaba la mirada al suelo para después observar a su prima, que atendía a un cliente con una alegría que hacía tiempo que sabía que no había experimentado, sintiéndose mal de golpe por tener que hacer cosas que no le gustaba hacer. Pero ella era una superviviente, una mujer capaz de mover el mundo si le estorbaba, a ella no le temblaba el pulso hasta realizar sus sueños. Observó a Martina con una sonrisa divertida, el modo en que comenzaba a contonearse de manera exagerada porque su vecino acababa de entrar en el bar.

La miró por enésima vez aquella noche. Se encontraba tras la barra, como

iba siendo ya costumbre, hablando con los clientes, riéndose alegremente con las bromas de su prima o las salidas de la otra camarera, llevando a cabo aquella tarea que le habían enseñado Alba y Martina de una manera casi natural, como si hubiese nacido para desempeñar ese oficio. Le dio el último trago a su cerveza y se encaminó a la barra, lejos de la española...

—Ponme otra, Martina —pidió a la despampanante camarera.

—Claro, Landon —dijo mientras se daba la vuelta contoneando sus caderas enfundadas en una minúscula falda negra que dejaba poco a la imaginación—. ¿Haces algo después? —preguntó con coquetería mientras le ponía delante el botellín.

—No —contestó mientras depositaba el dinero en la barra para, después, darle un largo trago intentando no mirar a Idalia, que se encontraba riendo a carcajadas por alguna tontería que debía de haberle dicho su prima.

—Si quieres puedes esperarme y podemos hacer algo... —susurró mientras le guiñaba el ojo.

—No me interesa —soltó dándose la vuelta para no ver el gesto contrariado de Martina, que no estaba acostumbrada a que la rechazaran de esa manera.

Luego volvió a su mesa, apartada de la barra, pero lo suficientemente cerca para no perder detalle de los movimientos de la española.

«¿Qué me ocurre? ¡Joder! ¿Qué me pasa para que no pueda dejar de mirarla? Si no me gusta, es más, se puede apreciar, tras esa fachada de mujer dura que me quiere mostrar cada vez que estamos cerca, que es tan damisela en apuros que me da hasta escozor... Sé que es la típica mujer en la que jamás me fijaría, de la que nunca me encapricharía, de la que se ve claramente que lo único que desea es encontrar un futuro marido que la mantenga a ella y a un equipo de fútbol de niños. Pero, a pesar de todo eso, aun sabiendo que en otras circunstancias jamás me fijaría en una mujer como Idalia, no puedo dejar de mirar sus movimientos, de observar su sonrisa franca y fresca, la manera que tiene de gesticular... ¡Jamás había visto una mujer que lo hiciera tanto

como ella!, esa simpatía desbordante que hace que todos los hombres se acerquen a pedirle una copa con la excusa de poder hablar un rato con ella, de poder tenerla a pocos centímetros, con la tonta esperanza de que ella se fije en ellos... ¡Me estoy volviendo loco!», pensó Landon mientras le daba vueltas al botellín sobre la mesa que ocupaba, sin perder detalle de todos los movimientos de Idalia, sintiendo que aquello se le escapaba de las manos y sin saber las razones por las que se encontraba en esa tesitura. Con un rápido movimiento de la cabeza, se obligó a no pensar más en ella y, así, con esa determinación, acabarse la cerveza casi de un trago para después dirigirse a su apartamento, lejos de aquella mujer de cabello castaño y sonrisa amplia.

Se quitó la ropa de malas maneras, desechando con esa acción la frustración que sentía, y se tumbó en la cama sin un ápice de sueño. Como era de esperar, no se quedó dormido enseguida, simplemente miraba el techo y escuchaba los ruidos del edificio, hasta que las oyó subir entre susurros y risas, atento a sus pasos —se había convertido en una actividad insana, lo sabía, pero era imposible no estar pendiente de todo lo relacionado con ella —: cuando entraron en el ascensor, cuando salieron, cuando se metieron en el apartamento, cuando fueron al aseo comentando la gran noche vivida. Después, el repiquetear de los tacones cesó, y en su lugar se oyeron un par de pies descalzos que intuyó serían de Idalia, ya que Alba solía utilizar zapatillas de estar por casa, aproximándose a su dormitorio, para, así, en segundos, instalarse el silencio en su apartamento. Landon suspiró tratando de que el sueño lo venciera y poder descansar, pero no lo lograba. Siguió mirando al techo en la penumbra parcial de su dormitorio, peleando con su mente para que ésta dejara de pensar en esa mujer. Llevaba más de una semana intentándolo, concentrando todas sus fuerzas en aquella empresa, pero siempre obtenía el mismo resultado...

A la mañana siguiente se levantó de un salto con una idea clara en mente que intentaría llevar a cabo costara lo que le costase y, sin más, se duchó y se vistió, para después entrar en el apartamento de las dos primas.

—Buenos días, Landon —saludó Alba al verlo en la cocina preparando el desayuno—. Eres un amor —indicó al observar que le había preparado un café a ella.

—Lo sé, pero no se lo digas a nadie —terció en broma haciendo sonreír a la española.

—Mañana nos iremos a pasar el día y la noche libre al lago de Garda... ¿Contamos contigo?

—¿Cuándo me he negado yo a una fiesta de las tuyas? —preguntó de buen humor.

—¡Di que sí! —exclamó con júbilo—. Eres el mejor. Ahora, cuando se lo diga a Martina, le hago el día.

—Uf, Alba... A mí Martina, como que no.

—Chico, si ella sólo quiere acostarse contigo. Si te apetece, le das un buen repaso y que deje de molestarme con el tema y, si no, pues que se fije en otro —comentó Alba mirando el reloj de su muñeca—. ¡Mierda! Llego tarde y mi prima sigue durmiendo, ¿le dices que me he ido al gimnasio? —preguntó terminándose de un trago el café.

—Claro, pero no puedo tardar mucho.

—Si ves que tienes que marcharte, le dejas una nota y listo. Gracias, Landon. ¡Me marcho!

Él levantó la mano a modo de despedida y la observó marcharse. Después se quedó en la cocina, maldiciendo por dentro, ya que no deseaba ver a Idalia, quería apartar su imagen de su mente, y lo mejor para conseguirlo era empleando la distancia y la indiferencia, esa misma que había utilizado todos esos días, pero que esa mañana iba a poner en práctica con más ganas, arrancándola por completo de su mente. No obstante, no podía negarle eso a su vecina, ella siempre se había portado bien con él, por eso se preparó otro café

y esperó a que Idalia apareciese. Estuvo allí durante más de media hora, hasta que al final la oyó maldecir en español y, sin demora, se quitó la camiseta con una sonrisa traviesa —una cosa era apartarla de su mente y otra bien distinta provocarla, y no se le ocurría mejor forma de empezar el día que haciéndolo — y se sentó en un taburete a tomarse otro café, como si nada, disimulando que no la estaba esperando, como si lo más natural del mundo fuera que él desayunase de esa manera...

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó Idalia en su idioma natal nada más entrar, sin asegurarse siquiera de quién se encontraba en realidad en la estancia.

—¿Cómo? —preguntó Landon en italiano. Lo había entendido a la perfección, ya que tenía nociones de español, aunque nadie lo sabía, y mucho menos su vecina.

—¡Nada! —bufó ella con mala cara al darse cuenta de que era él quien estaba en la cocina—. ¿Es que nunca desayunas en tu casa? —soltó molesta de encontrárselo siempre. Aunque los anteriores días lo veía de pasada, sabía que desayunaba allí.

—Me gusta el café de tu prima —informó observándola de arriba abajo—. Bonito camisón —objetó con guasa al observar el estampado infantil del mismo, donde mil coronas de princesa rosas recorrían su cuerpo dejando al aire unas preciosas piernas.

—¿Ahora desayunas sin camiseta? —soltó Idalia sin dejar por un segundo de mirarlo e ignorando el comentario malicioso sobre su camisón.

—Le he cogido el gusto a hacerlo así —contestó con sorna aguantándole la mirada. ¡Le encantaba picarla!

—¿Y mi prima? —preguntó obligándose a no observar los formidables tatuajes que envolvían su torso.

—Se ha ido esta mañana muy temprano.

—Joder... —murmuró despeinándose todavía más—. Hoy me pilla en bragas...

—En camisón. La semana pasada te pillé en bragas —puntualizó mientras cogía la taza y le daba un trago.

—Tú no, ¡él! No me da tiempo a desayunar... ¡Me voy a la ducha! Si llaman, dile que bajo dentro de cinco minutos.

—No soy tu recadero, Idalia —añadió con parsimonia, molesto por que no se quedara a desayunar con él y se marchara con ese hombre.

—Mira, Landon, hoy no tengo el día para tus juegucitos —comentó mientras corría hacia el cuarto de baño y cerraba de un portazo.

—Hoy no tengo el día para tus juegucitos... —se burló él, repitiendo la misma frase que ella había dicho justo cuando desaparecía de su vista, centrándose en acabar su último café del día para recoger la cocina, mientras se recriminaba a sí mismo que le molestase que Idalia no se quedara con él un rato más.

Al rato de estar Idalia duchándose, el sonido del teléfono móvil de ella hizo que Landon se acercara hasta el dormitorio de la española y, aprovechando que ésta se encontraba todavía en el baño, lo cogió para después salir casi a la carrera y volver de nuevo a la cocina. Al segundo, la oyó maldecir mientras salía velozmente del baño, tropezaba con el marco de la puerta y se propinaba un golpe en el brazo. Jamás había visto a una mujer que se pusiera tan nerviosa como ella cuando se refería a ese hombre... ¿Sería eso el amor? Desechando la pregunta, se aproximó al dormitorio de la española y la vio rebuscar por cada rincón, tapada únicamente con una toalla, todavía húmeda, con su inmaculada piel reluciente, el cabello mojado y pegado a la espalda. Tuvo que aclararse la voz antes de comenzar a hablar, ya que esa visión le resultó de repente demasiado erótica. ¿Cómo era posible, si a él no le gustaban las mujeres como ella?

—¿Buscas esto? —preguntó juguetón con el teléfono en la mano.

Le estaba cogiendo gusto a sacarla de sus casillas, ver de qué era capaz, probar hasta dónde podía llegar esa mujer aparentemente formal, aunque con

él era otra mujer distinta, una que no se achantaba con sus continuas provocaciones, y eso le gustaba.

—Dame —dijo Idalia, cogiéndolo de un brusco movimiento para aceptar la llamada—. ¡Hola, Fabio! —exclamó casi sin respiración, sin percatarse de que Landon seguía observando sus movimientos, su manera de hablar con ese hombre, percibiendo el distinto matiz que adquiriría su voz cuando hablaba con él. ¡Era la dulzura personificada! Ver para creer...

—Dame cinco minutos y bajo —contestó casi en un suspiro con una sonrisa bobalicona que a él le provocó una arcada por tanta dosis de azúcar en tan pocas palabras. ¡Era la misma mujer que hacía segundos le plantaba cara con aquella fuerza arrolladora?

Idalia cortó la llamada y dejó el teléfono sobre la cómoda. Al girarse, su mirada se encontró con la de Landon, que seguía donde estaba, apoyado en el marco de la puerta, con el torso todavía descubierto, sin dejar de analizar cada uno de sus movimientos.

—¿Te vas a quedar mirando?

—¿Quieres que me quede? —preguntó burlón, sintiendo su mirada ofendida hacia él y divertido por el hecho de escandalizarla.

—Voy a vestirme, Landon —informó con un decoro digno de una reina.

—Me parece estupendo. No está bien ir con una toalla a una cita —soltó con seriedad, haciendo que ella se irguiese, sin dejar de coger el borde de la toalla para que ésta no se deslizará hacia abajo.

—Landon, tengo prisa. ¡Fabio me está esperando! —exclamó exasperada. Él simplemente sonrió mientras cruzaba los brazos abarcando la puerta para que ella no pudiese cerrarla en sus narices. Quería saber de qué era capaz la princesita española—. ¡Eres insoportable! —soltó Idalia envalentonada mientras cogía unas braguitas blancas y se las enseñaba con una sonrisa burlona para demostrarle que no iba a achantarse ante su presencia.

Sin quitarse la toalla y haciendo equilibrio para que ésta no se deslizará de su cuerpo, se puso las braguitas bajo la atenta mirada de Landon, que no se

había movido ni un centímetro de donde se encontraba. Éste tuvo que desplazarse un poco, lo justo para no perderse nada de lo que ella hacía delante de él. ¡Pensaba que se encerraría en el aseo para vestirse y que no se atrevería a hacerlo delante de él! Idalia se dio media vuelta de una manera tan terriblemente inocente que a Landon le pareció de lo más seductor y soltó la toalla al suelo en un suave movimiento, dejándolo casi sin respiración, quedando de espaldas a él, sólo con las braguitas, para poder ponerse el sujetador y que él no le viese los pechos. Su espalda desnuda, su trasero enfundado en aquellas braguitas blancas, sus piernas... Landon tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no cogerla allí mismo, darle la vuelta y saborearla entera. ¡Pero ¿qué coño le pasaba con la española?! Aquella imagen en su mente lo hizo marcharse casi a la carrera al sentir cómo su pene se endurecía de golpe y se izaba embutido en el interior de los calzoncillos y los vaqueros, anhelando salir a explorar ese maravilloso cuerpo que tenía el placer de contemplar, obligándose a pararse los pies, a no hacer algo que no quería hacer, porque a él no le gustaba Idalia. ¡No! ¡¡Para nada!! Cogió a la carrera la camiseta que se encontraba en la encimera de la cocina y se fue directo a la calle bajando atropelladamente por la escalera, sin darse tiempo siquiera a esperar el ascensor, mientras se ponía la camiseta con un par de movimientos. Necesitaba aire fresco, necesitaba poner distancia entre la suave y perfecta piel de Idalia y él. Cuando salió del edificio, vio a un hombre elegante apoyado en un carísimo coche y se le contrajo el estómago por las náuseas. ¡Ese hombre era el tal Fabio, el que hacía que ella hablase de aquella manera dulce y sumisa! Cambió de acera y se quedó esperando a que Idalia bajara. Debía verlo con sus propios ojos, necesitaba ver que ella era una tierna flor de lis que sólo se fijaría en hombres como ése, tan perfecto que le daba grima, tan galante que parecía una caricatura, alguien tan distinto de él como la noche del día. Cuando la vio salir, repasó con la mirada su cuerpo envuelto en aquellos pantalones de pitillo blancos y esa blusa desmangada rosa palo que le daba un aspecto sofisticado y casi etéreo. Llevaba el cabello todavía

mojado suelto, lo que le confería una apariencia aún más sensual. Al ver a ese elegante hombre, sonrió con alegría y algo más que Landon no supo diferenciar, pero que lo incomodó.

—Cada día más bella —susurró el tipo con zalamería mientras cogía la mano de Idalia y le depositaba un pretencioso beso en el dorso que a Landon le hizo poner cara de asco ante tanta muestra de caballerosidad.

Ella sonrió con timidez y, de repente, levantó la mirada y se encontró con la suya, pendiente de aquella tierna escena sacada de una novela de la Regencia, tan delicada y gentil que no cabía en el mundo en el que vivían. Apartándola rápidamente de él, se centró en la de su cita, que no le quitaba la vista de encima, como si fuera lo más valioso que tenía desde hacía años, como si fuera la única mujer de este mundo...

—¿Nos vamos? —preguntó Idalia.

—Sí —contestó Fabio con alegría mientras le abría la puerta del acompañante para que entrara.

Landon se quedó observando cómo desaparecía el coche por la transitada calle mientras se metía las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y admiraba el cielo azul desprovisto de nubes. Era domingo y no trabajaba, podía hacer lo que le apeteciera, quedar con sus amigos, visitar a su familia o machacarse en el gimnasio. La última alternativa le resultó más interesante, ya que podría descargar esa frustración que sentía con el ejercicio físico, por lo que cogió su mochila con la ropa de deporte de su apartamento y se dirigió al gimnasio de la zona. Nada más entrar, vio a su vecina, que se encontraba saliendo de su clase de defensa personal y, sin dudarlo, se aproximó a ella.

—Hola, vecino —saludó con alegría—. ¿Has visto a mi prima?

—Sí, acaba de irse con un soplagaitas más recto que un pino —soltó con desgana.

—Uy... —exclamó mientras ella le guiñaba el ojo y se tocaba la nariz con gracia—. ¿Son celos lo que huelo?

—¡No digas estupideces, Alba! —replicó exasperado mientras la

acompañaba hasta los vestuarios—. Tú me has preguntado y yo te he respondido. A ese tío deberían quitarle con urgencia el palo que lleva metido por el culo, porque no está bien que destruya la carísima tapicería de su Mercedes.

—¡Qué bruto eres! Es superguapo, e Idalia me ha dicho que la trata fenomenal y que además es todo un caballero, para mi gusto demasiado, pero, chico, para gustos los colores —terció Alba como si nada—. Siempre he pensado que tenía muy altas sus expectativas con el género masculino, pero parece ser que ha encontrado a alguien que entra dentro de sus exigentes cánones... —informó con tranquilidad—. Y ¿dices que tiene un Mercedes? Joder, con el profesor. Si es que tengo un ojo...

—Y ¿piensas que ese hombre le conviene?

—No lo sé, Landon. Yo lo único que quiero es que disfrute de todo, incluidos los hombres. Yo no sé si Fabio será el definitivo, pero si se lleva una alegría para el cuerpo con un hombre como ése, ¡bienvenido sea!

—Claro —masculló de malas maneras—. Voy a ver si hago algo de ejercicio —informó mientras se daba media vuelta y se dirigía a la zona de máquinas del gimnasio, dejando a su vecina delante de los vestuarios femeninos.

Estuvo dos horas machacando duramente sus músculos, sin dejar de pensar en Idalia y, a la misma vez, intentando no pensar en ella, algo que lo hizo acabar más agotado mental que físicamente. Después del duro entrenamiento, se dirigió a las duchas y, cuando terminó, se marchó a su apartamento. Necesitaba pensar bien cómo ponía en práctica su vía de escape, aquello que creía que le sucedía cuando Idalia estaba cerca. Era imposible que fuera atracción lo que sentía por ella, ¡imposible!

La oyó llegar mucho antes de la hora a la que venía últimamente, llamando

sin cesar a su prima, que no se encontraba en el apartamento. Sin dudarlo, salió de su piso y entró en el de las españolas.

—¡ALBA! —la oyó gritar mientras buscaba en todas las habitaciones del apartamento.

—No está —dijo Landon.

La observó acercarse a él, con aquella fuerza que vislumbraba siempre que hablaba con él, como en aquella ocasión, clavándole su mirada fiera, percibiendo que esa mujer era capaz de hacer muchas más cosas de las que ella misma pensaba y sintiendo de nuevo aquella ilógica atracción que lo arrastraba hasta ella.

—De verdad, lo tuyo no tiene nombre —masculló Idalia molesta de estar siempre asustándose por la inesperada presencia de su vecino.

—Me ha pedido que te lo dijera... —indicó cruzando los brazos sobre el pecho.

Idalia observó con atención los bíceps tatuados, que podían verse sin problemas gracias a la camiseta blanca de manga corta que llevaba.

—¿Sabes si vendrá pronto? —preguntó con una pizca de esperanza.

—No.

—Mierda —maldijo mirando al techo, desesperada por no poder contar con su prima en un momento como aquél—. ¿Es normal que no pare tanto por casa?

—Lleva una temporada que no para, sí... Supongo que irá muy liada con el bar. Dime, ¿te pasa algo? —preguntó Landon al verla más nerviosa de lo habitual.

—No... Bueno, sí, pero es una tontería —dijo mientras se dirigía a la cocina a por un vaso de agua para paliar la sed de su garganta.

—A ver, cuenta —apremió él siguiéndola y observando sus movimientos: temblor de la mano al coger el vaso, poco pulso al verter el contenido de la botella en el recipiente y largo trago mientras cerraba los ojos y saciaba aquella sed repentina.

—No te lo pienso contar a ti —replicó dejando el vaso sobre la encimera.

—¿Por qué? Necesitas hablar y yo estoy aquí —informó dándole a entender que no tenía mucho más donde elegir.

—Bueno..., a lo mejor me puedes ayudar... Eres un hombre, ¿no?

—Hace unos minutos lo era, espero no haber cambiado —soltó jocoso sin dejar de mirarla.

—A ver... —dijo ignorando su chascarrillo y centrándose en lo que le preocupaba mientras se observaba las manos, nerviosa por afrontar aquella cuestión con él—. ¿Invitarías a una chica con la que has quedado diez días a conocer a algún miembro de tu familia?

—¡Joder, qué rápido va el del Mercedes! —soltó con guasa, apoyándose en la encimera y aproximándose aún más a ella.

—No me hace gracia y no me has contestado.

—¿A quién quiere presentarte?

—A su hermana, que vive en Roma —informó haciendo una mueca de terror.

—¿Tú quieres ir?

—A Roma, sí; a conocer a su hermana, no. ¡Joder, que yo no quiero nada serio, y este hombre va con la quinta marcha puesta!

—Pues díselo —sugirió con determinación, extrañándose de que Idalia le hubiese confesado que no quería nada serio con el perfecto italiano.

—Ya, pero si se lo digo puede sentarle mal, y ahora que me falta poco para... —Se detuvo de golpe al no querer desvelarle lo que quería que llegara.

—Pues ve a Roma y conoce a su hermana —alegó observando sus gestos nerviosos, sin darle mayor importancia a que no acabara la frase.

—¡No me estás ayudando, Landon! —exclamó crispada de que éste no le diese una contestación firme, sino que simplemente divagara.

—Idalia, nada ni nadie tiene que decidir por ti. Tú eres dueña de tu vida, tú eres la que decide. Deja de pensar en los demás y empieza a pensar por ti. Si le gustas, lo entenderá. Si se molesta, allá él.

—Ya... —Idalia chasqueó la lengua con disgusto, al fin y al cabo, tenía razón—. Esto es una mierda, ¿sabes? Conozco a un hombre fantástico,

encantador y culto, me enseña lugares maravillosos de Verona y me hace sentir especial...

—Pero...

—¿Cómo sabías que iba a decir «pero»?

—Era demasiado perfecto para no tener un pero —concluyó Landon con elocuencia.

—Pero tengo la sensación de que esto va demasiado lento en unos aspectos que me conciernen y mucho más rápido en otros distintos... Es que él... es como si no quisiera tocarme... —confesó—. Vamos a ver, ¡me voy a explicar, que ha sonado fatal! No tengo mucha experiencia con los hombres, pero recuerdo que al principio siempre me tocaba pararles los pies, frenarlos, y con Fabio... ¡Me falta tirarme a su cuello para que se dé cuenta de que existo! —exclamó frustrada.

—¿Diez citas? —cuestionó con seriedad.

—Sí.

—¿Algún beso? —inquirió apretando la mandíbula sin que ella se percatase, ya que miraba a la pared de enfrente.

—¿Cuentan en la mano? —preguntó ella mientras se giraba hacia él y le señalaba el dorso de la misma—. De éstos voy bien servida

—¡No! —soltó entre carcajadas—. Y ¿no es gay?

—Joder, espero que no —terció contagiándose de su buen humor—. Ayer me cogió de la mano... Pero hoy ya no lo ha vuelto a hacer... —añadió encogiéndose de hombros sin entender el comportamiento de Fabio.

—No sé, es raro... —susurró Landon—. Cualquiera hombre estaría ya probando el siguiente paso: el beso...

—Puf... —resopló hecha un lío—. A ver qué hago al final. ¡Este hombre me lleva loca! —exclamó con gracia, haciendo que él se quedara callado sin dejar de mirarla a los ojos, con aquella intensidad que a Idalia la hacía sentir incómoda, ya que no entendía por qué lo hacía.

—La vida es muy corta para perder el tiempo con alguien que no te haga

vibrar, Idalia...

Y, sin más, dio un paso alejándose de ella, para después girarse y observar la reacción que había ocasionado su frase antes de marcharse, dejándola confusa y pensativa.

Idalia se fue al sofá a esperar a su prima, sin dejar de pensar en las palabras acertadas de Landon. Ella no quería nada serio con nadie, y Fabio iba demasiado rápido en ese aspecto. Intuía que era un buen hombre: sus modales, su seguridad, su manera de tratarla se lo habían demostrado en esos días. La realidad era que lo estaba pasando genial con él, descubriendo todavía más esa ciudad y deleitándose con la conversación profunda de Fabio. No obstante, no sabía por qué razón, él no se sentía atraído por ella en ese sentido, ya que en ningún momento había hecho un acercamiento que pudiese sacarla de dudas; en cambio, ella no podía separar la mirada de ese escultural hombre pensando en cómo sería besarlo o tenerlo entre sus piernas...

—¡Nos lo vamos a pasar genial! —exclamó Alba con ganas mientras metía unas mochilas en el maletero de su coche.

—Entonces ¿hoy tampoco se abre el bar? —preguntó Idalia observando el magnífico día que hacía.

—¡No! Todos los lunes los tenemos libres y, a principios de verano y justo al final, nos escapamos todos al lago de Garda a disfrutar del agua fresca, de la música y de las risas.

—Pero ¿nos podemos bañar en el lago?

—¡Claro! Ya verás, parece una playa, además, el paisaje es alucinante. Podrías decirle a Fabio que viniese —indicó mientras se subía al coche y su prima la imitaba.

—Él trabaja...

—Pues que se acerque después. No está muy lejos y así, con el dulce

arrullo del agua y la noche estrellada, consigues que se te tire al cuello o, ¡mejor aún!, tírate tú a su boca como si no hubiese un mañana. ¡No sé a qué estás esperando, Idalia! —exclamó poniendo en marcha el motor de su coche y saliendo con destreza del aparcamiento.

—Sé que me dijiste que lo hiciera, pero yo no soy como tú en esos temas. A mí me cuesta dar el paso. Sabes que Arturo fue mi primer y único novio, y en los cinco años que estuvimos juntos no recuerdo ninguna noche memorable.

—De verdad, prima, y ¿te ibas a casar con semejante muermo?

—Sí —respondió con resignación—. Creía que era lo mejor para mí en esos momentos: tenía un trabajo estable, una pareja con la que compartía gustos y una familia política respetable.

—¿Y la pasión? ¿Y el deseo? ¡¡¿Y el sexo?!! Por favor, Idalia, no puedes hacerme esto. Eres una mujer diez, no puedes contentarte con migajas cuando puedes tenerlo todo.

—No creo que pueda tenerlo todo. Soy demasiado tiquismiquis en los temas del amor... Sin ir más lejos, estoy conociendo a un formidable hombre, culto, educado, con ambición, guapo hasta decir basta y un caballero de los que ya no quedan, y me quejo porque no está metiéndome mano cada dos por tres. ¿Ves de lo que te hablo? ¡Me quejo de todo! —exclamó desesperada de encontrarle fallos a cualquier circunstancia.

—Es que no es muy normal tanto respeto, Idalia. Que me parece fenomenal que sea tradicional, pero, ¡chico!, un beso con lengua, un rocecito casual, un poner la miel en los labios, ¡no sé!, darle vidilla al tema, ¿no? —soltó Alba con gracia.

—Puf... Pues sí, pero bueno, sé que, si quiero continuar con él, tengo que ir a paso de caracol con artrosis... —bufó con resignación.

—¿Ya has pensando qué le vas a decir sobre la invitación?

—No. Me encantaría ir a Roma con él, a ver si, al estar los dos solos en una habitación de hotel, la cosa se anima, pero no me hace gracia que tengamos que ver a su hermana... ¡Es demasiado pronto, Alba!

—Menudo ojo que tengo, ¿eh, prima? Guapo, listo y con dinero —soltó con gracia—. ¿Te imaginas que vas a Roma y reserva dos habitaciones separadas? —preguntó aguantándose la risa.

—Me muero —bufó con frustración al habersele pasado aquella posibilidad por la cabeza—. En fin..., luego lo llamaré para que se acerque al lago, a ver si, como dices tú, el agua y la luna hacen que me mire con otros ojos y deja de besarme en la mano, que la tengo ya gastada.

—¡Claro! No pierdes nada en provocarlo un poco, ya sabes, arrastrarlo a que sea él quien te bese —indicó con picardía—. ¡Volverlo loco!

—Me tendrás que dar clases de cómo se hace eso, Alba —terció Idalia sin tener ni idea de cómo se seducía a un hombre.

—¡Para eso estamos las primas mayores! —exclamó con alegría—. A ver, lo primero que tienes que hacer es emplear el contacto físico. Puedes acariciarlo sin venir a cuento, posar con aparente timidez tu mano en su pierna, rozarle el brazo, aproximarte a él casualmente mostrando un poco de canalillo, ya te prestaré una camiseta ideal para hacerlo. Ya sabes..., tentarlo con todo lo que tienes para él.

—Ajá —respondió tras escuchar con atención y memorizarlo todo.

—Normalmente, con el primer paso ya lo tienes babeante y en modo pulpo, pero, si no funciona, puedes optar por humedecerte sensualmente los labios, deslizar tu mano por el escote o por las piernas. Cerciórate de que él te está mirando, si no, Idalia, harás la tonta y pondrás cachondo a otro y no a él —soltó Alba, haciendo que su prima riera ante la seriedad con que había pronunciado esa frase.

—De acuerdo, estaré pendiente de ese detalle.

—Y, si no funciona nada de eso, o puedes optar por tirarte a su cuello y plantarle tú el beso, o provocar que tenga celos... No sé por qué, pero los tíos, cuando ven que otro puede quitarle a la chica, se ponen territoriales y plantan el muerdo sin venir a cuento, como si fueran un perrete al acecho de una hembra en celo.

—Y ¿tengo que llegar a ese extremo? —preguntó arrugando la nariz, pensando que llegar a tanto sería pasarse. ¡Ella quería que la besara, no montar un espectáculo para que Fabio lo hiciera!

—También puedes pasar de él y buscarte a un chico malo —repuso Alba con convicción.

—¿Un chico malo?

—Sí, de los que no quieren novia y sólo pretenden pasar una noche divertida entre las piernas de una mujer.

—Y ¿cómo los diferencio? Joder, Alba, que llevo fuera del mercado cinco años, que lo he pasado mal con el amor y sólo quiero alegrarme un poco, de verdad, ¿pido mucho? —soltó frustrada de que le costara tanto conseguir algo que en apariencia era sencillo.

—No, al contrario, es tu deber darte una alegría al cuerpo. Yo intentaré que en esta fiesta se acabe tu virginidad del primer novio.

—¿«Virginidad del primer novio»? —soltó Idalia extrañada.

—Sólo has practicado sexo con Arturo, ¿no?

—Sí.

—Pues eso: virginidad del primer novio —reiteró, haciendo que su prima negase divertida con la cabeza.

Al rato, Alba detuvo el coche y se apeó. Idalia bajó también, observando aquel paisaje singular. Ante ella se podía ver un lago de aguas azules que contrastaban con el verde césped que lo bordeaba y unas montañas enormes que lo enmarcaban.

—Bienvenida a Riva del Garda —anunció Alba cogiendo las mochilas del maletero.

—Esto es... —susurró Idalia maravillada.

—Sí, lo mismo me pasó a mí la primera vez que vine. Es un lugar que hay

que verlo para apreciar su belleza y su singularidad. Esas montañas que ves son los Alpes.

—¡No puede ser! —exclamó emocionada.

—Sí, vamos a dejar las mochilas en la habitación. He reservado una con cinco camas —anunció negando con la cabeza ante la ocurrencia.

—¿Vamos a dormir todos juntos? —preguntó arrugando el ceño preocupada por aquel pequeño detalle.

—Claro, es lo mejor de esta escapada. Estar todos juntos, reírnos sin parar y disfrutar del tiempo libre. ¡Ya verás lo bien que lo pasamos! —exclamó entrando en el hotel para dar su nombre y que le entregasen la llave.

Entraron en una amplia habitación con cinco camas. Dos de ellas, dobles, estaban pegadas, y sólo había una individual junto a una ventana. A un lado se encontraba el cuarto de baño y al otro lado un armario. Idalia miró el reducido espacio que albergaría a cinco personas...

—¿Te has puesto el bikini? —preguntó Alba metiendo las mochilas en el armario.

—Sí.

—¡Genial! Vamos al lago, éstos estarán al llegar.

—¿Quiénes más vienen?

—Pues tienen que venir Martina, Tiziano y Landon.

El último nombre le cayó como una bomba nuclear a Idalia. ¡¿Tendría que pasar un día completo con su noche con un hombre que la desquiciaba de una manera irracional y que la había visto en varias ocasiones en paños menores?! Tragó saliva mientras cogía una toalla y la crema solar y salía con su prima a la calle, pensando en cómo sería compartir dormitorio con él...

El agua estaba fresca y la ayudaba a estimular los músculos animándola en cada brazada. Aquello era una gozada. Bañarse en un lugar como ése, teniendo tan cerca los Alpes, en aquel lago tan maravilloso y a pocos kilómetros de una ciudad tan preciosa como era Verona...

Al poco, su prima se cansó de nadar y se fue a tomar el sol al césped, donde había puesto una toalla en el suelo y, sentada sobre ésta, se había anudado un pañuelo vistoso alrededor de la cabeza para que el sol no desluciese el color rosa de su cabello. Idalia se percató de que ésta cogía el teléfono móvil y comenzaba a hablar, gesticulando con brío, como si estuviese enfadada o nerviosa, algo que la extrañó: su prima no era dada a tener ese carácter, normalmente era la positividad en persona. Mientras tanto, ella seguía nadando —recordándose en cada brazada que después le preguntaría a Alba con quién había estado hablando—, disfrutando como cuando era niña y se marchaban de vacaciones a Moraira, un encantador pueblecito costero del Levante español. Buceó sintiendo el agua fría aclarando sus ideas y decidiendo, en cada brazada, que en cuanto saliera del agua llamaría a Fabio y le diría que fuese a aquel lugar tan maravilloso. Esperaba hacerlo bien, ya que deseaba, al acabar ese día, llevarse un fantástico beso de ese hombre tan atractivo. Cuando emergió y buscó con la mirada a su prima, se dio cuenta de que ya no se encontraba sola: una exuberante Martina contoneaba su cuerpo con un, para nada, discreto bikini delante de Landon. Mientras tanto, Tiziano se desprendía de la camiseta para tumbarse al lado de Alba, a la que prácticamente podía tapar con el volumen descomunal de su cuerpo: ¡ese

hombre era grandísimo! Comenzó a nadar hasta aproximarse a la orilla, para después levantarse y caminar en dirección a ellos. Landon hablaba en aquellos momentos con Tiziano y sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol que lo hacían todavía más peligroso que los tatuajes de los que presumía sin pudor. Martina seguía contoneándose sugerente de pie, como si no encontrase el lugar indicado para dejar la toalla y tumbarse, y Alba reía por cualquier broma que los chicos hacían o decían.

—Hola —saludó Idalia al acercarse mientras buscaba la toalla que se encontraba pegada a la de Alba para sentarse y secarse con el calor del sol.

—¿Cómo está el agua? —preguntó Martina, dejando al final la toalla a los pies de las dos chicas y, así, quedar en medio del grupo y a la vista de Landon.

—Espectacular —contestó Idalia con alegría.

—Landon, ¿te bañas conmigo? —preguntó Martina clavándole la mirada e indicándole con esa acción todo lo que sucedería si accedía.

—No me apetece —dijo él con seriedad, ignorando su cara de decepción y centrándose en admirar las vistas.

—¡Voy contigo! —exclamó Tiziano levantándose de la toalla—. Y a nuestra jefa me la llevo yo a cuestras.

—¡Nooooooooooooo! —exclamó Alba entre risas al ver cómo la cogía sin dificultad y la llevaba hasta al agua—. Acabo de salir, ¡¡pedazo de animal!! —soltó entre risas mientras intentaba zafarse, sin éxito—. Idalia, coge mi pañuelo —pidió a gritos, notando cómo Tiziano no paraba y seguía metiéndola en el agua sin hacer caso de sus súplicas.

Idalia corrió hasta donde estaban para coger el pañuelo que llevaba su prima en la cabeza para que no se le mojase y se rio al ver cómo Tiziano la tiraba sin contemplaciones en las aguas frías, haciendo que Martina riese para después comenzar a escapar corriendo de él, que la perseguía para hacerle lo mismo.

—¡No me mojes el pelo, Tiziano! —pedía Martina entre gritos sin dejar de correr por el agua con una elegancia que a Idalia la sorprendió.

—¿Esto es siempre así? —preguntó cuando se sentó en la toalla sin dejar de observarlos.

—Sí —contestó Landon con resignación sin dejar de observar la escena de los tres amigos, chapoteando y gritando de júbilo como si fueran unos adolescentes al poder disfrutar de un día libre juntos, sin la presión del trabajo ni los problemas diarios, simplemente divirtiéndose.

Idalia buscó en su pequeña bolsa el teléfono móvil y envió un mensaje de WhatsApp a Fabio —esperaba que éste accediera a venir a ese espléndido lugar—, para después guardar el dispositivo y sentir cómo se calentaba su piel con el brillante sol.

—¿Hoy no abres el estudio? —preguntó después de unos minutos en silencio que le parecieron eternos.

—No, he pasado mis citas para mañana —respondió Landon sin dejar de mirar el lago.

—Ya... —susurró observando a los tres amigos que jugaban en el agua como si fueran niños, sin saber qué más decirle a ese hombre que no se lo ponía fácil para hablar y que seguía intimidándola de una manera que ella misma no comprendía.

—¡Qué bruto eres! —exclamó Martina dirigiéndose a Tiziano mientras se acercaban todos a donde estaban las toallas. A continuación, se tocó los voluminosos pechos para escurrir el agua del bikini y, de paso, tentar a Landon, que no la miraba ni por asomo.

—¡Qué bien se está aquí, por favooooooooooooor! —soltó Alba cerrando los ojos y sintiendo el calor del sol secándole la piel.

—No lo digas —terció Tiziano con guasa mirando a Alba—. ¿A que esto lo tenemos que hacer más veces? —preguntó adivinándole los pensamientos.

—Oh, sí, esto deberíamos hacerlo todos los lunes de nuestras vidas, y no sólo dos veces en verano —comentó ella muy seria mientras se ataba con maña el pañuelo a la cabeza.

Entre risas, miradas furtivas de Martina hacia Landon y bromas, se les pasó

la mañana. Cuando el hambre hizo su aparición, recogieron sus cosas y se fueron a un bar cerca del lago para comer con el mismo buen humor.

—Ahora nos cambiamos y alquilamos unas bicis —propuso Alba cuando estaban acabando el postre.

—¡Estás loca! ¿A esta hora quieres hacer ejercicio físico? —preguntó Martina escandalizada.

—Bueno... Si queréis, descansamos una hora y nos vamos. ¡Quiero enseñarle a Idalia los alrededores, y qué mejor que hacerlo en bici!

—Yo creo que paso —bufó Martina de nuevo.

—¡Yo me apunto! —exclamó Tiziano con ganas de hacer algo de ejercicio.

—¿Y tú, Landon? —preguntó Martina—. ¿Te quedas conmigo en el hotel o te vas con ellos? —inquirió mientras se humedecía los labios con coquetería y se inclinaba hacia él para que viese el escotazo que llevaba y, así, eligiese la primera opción.

—Me apetece hacer ejercicio. Lo siento, Martina, pero te quedas sola —repuso él, como si no surtiera efecto cada provocación intencionada por parte de ella.

—¡Mierda! —soltó Martina con frustración—. Vale, está bien, ¡iré! —resopló con desgana, haciendo que todos se rieran por su cambio de opinión.

Después de terminar de almorzar se dirigieron a la habitación del hotel y comenzaron a cambiarse de ropa para ponerse una más acorde con lo que iban a hacer después de descansar un poco. Landon se abalanzó a por la única cama separada que había, tumbándose y dando a entender que ésa era la suya. Martina lo miró ceñuda y se tumbó al lado de Tiziano, aunque habría preferido que su compañero para dormir hubiese sido el tatuador, y las dos primas se quedaron con la otra cama doble.

—Que sueñecito me está entrando... —murmuró Idalia somnolienta—. Alba..., ¿con quién hablabas antes en el lago? Estabas nerviosa y parecía que la conversación no era muy agradable.

—¿Cómo? —soltó ella casi en un susurro, asegurándose de que nadie

hubiese estado atento a aquella pregunta que le había formulado su prima—. Nada, no te preocupes, ¡ya sabes!, cosas del trabajo... Ahora duérmete un rato, cuando nos vayamos, te despierto —dijo con cariño.

Y, entre susurros, risitas y confidencias, Idalia se quedó plácidamente dormida, pensando en el maravilloso día que estaba pasando con los amigos de su prima.

—Despierta, Bella Durmiente —dijo Alba mientras le tocaba la cara para que se despertara.

—Hummmm... —ronroneó Idalia estirándose en la cama para ver que todos ya estaban de pie, esperándola—. ¡Voy! —exclamó dando un salto y recuperando la energía al saber que le esperaba una tarde movida.

Se dirigieron a una tienda que alquilaba bicicletas entre bromas de quién iba a llegar el primero o quién aguantaría sin quejarse del trayecto y, al poco, salieron de allí los cinco pedaleando, bajo el cálido sol de la tarde. Llegaron a un sendero que rodeaba el lago y los conducía por una zona montañosa hasta el pueblo colindante, mientras Idalia se maravillaba con el paisaje singular sin dejar de sonreír al oír el pique que llevaban Tiziano y Landon por ver quién era el más diestro con la bicicleta. Incluso llegaron a una pequeña cascada que hacía aquello idílico y perfecto para enmarcar en una instantánea que no dudaron en immortalizar con ayuda de un ciclista que pasaba por allí y que cogió el teléfono móvil de Alba e hizo la foto para recordar aquel maravilloso día. No todo fue magnífico, Martina iba quejándose a cada kilómetro que recorrían: del calor que hacía, de la distancia recorrida, de que Landon no le hacía caso, de que debería haber cogido unos pantalones de ciclista más ajustados, de que el cabello se le comenzaba a pegar por el sudor, de que Landon no se había percatado de que no llevaba bragas... ¡De todo! Después de más de tres horas pedaleando, entre risas y lamentos por parte de la

exuberante italiana, volvieron a la tienda para dejar las bicicletas y prepararse para la noche. ¡Estaban exhaustos!

—¡Me duele todo el cuerpo! —se quejó Martina por enésima vez.

—Anda, dúchate tú la primera y a ver si nos dejas descansar un poco. ¡Otro día no te vienes al paseo! —exclamó Alba con guasa, haciendo que ésta le sacara la lengua a modo de burla.

Poco a poco se fueron duchando todos, sin dejar que el buen humor se apagase, recordando cómo Tiziano había sido el más veloz o cómo Landon había hecho aquella cabriola con la bicicleta que había hecho gritar a Martina de entusiasmo. Era increíble lo cómoda que se sentía Idalia con ellos, era como si los conociese de siempre, como si fuese una más. Salieron hambrientos del hotel, el ejercicio físico era lo que tenía. Mientras hablaban de tomar una copa después de cenar en un bar de moda de la zona, el sonido del teléfono móvil de Idalia hizo que ésta se quedara rezagada del grupo para poder hablar con intimidad.

—¿Dónde estás? —preguntó Fabio nada más descolgar ella.

—En Riva del Garda —informó con una sonrisa.

—Ya lo sé —rio él complacido, ya que ella le había dicho dónde iba estar esa tarde—. Decía que dónde estás exactamente.

—Nos vamos a un restaurante a cenar. ¿Estás aquí? —preguntó conteniendo la respiración al esperar la respuesta que anheló fuese afirmativa.

—Claro —repuso galante, haciendo que ella sonriera complacida—. No podría estar un día sin verte, Idalia... —susurró, causando que ésta suspirase por aquella frase.

—Te envió la ubicación, ¿de acuerdo? —comentó exultante por tener la oportunidad de poner en práctica las artes de seducción que le había enseñado Alba.

—Ya la estoy esperando —apremió Fabio para después finalizar la llamada.

De inmediato, Idalia le envió la ubicación antes de acceder al restaurante al

que habían entrado sus amigos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Alba en cuanto la vio acercarse a la mesa que ocupaban.

—Con Fabio —respondió mientras se sentaba al lado de su prima—. Me ha comentado que está aquí y que va a venir a cenar con nosotros.

—¡Menos mal que me has hecho caso y te has puesto ese vestido! —exclamó observando detenidamente a su prima.

Idalia sonrió mientras se bajaba el borde de aquel vestido de licra negro que definía cada una de sus curvas. Era una prenda sencilla, pero, a la vez, vistosa. Era de tirantes finos con un pronunciado escote y muy corto, haciendo que ésta, a cada paso, tuviera que tirar del bajo para no enseñar el trasero.

—¿Va a venir tu enamorado? —preguntó de golpe Martina, que había estado pendiente de la conversación de las dos chicas.

—¡Sí! —contestó ella con una amplia sonrisa, deseosa de poner en práctica toda la teoría que le había explicado su prima.

—Hazme caso y tírate a la yugular. Seguro que acabáis follando en la orilla del lago —sentenció Martina, haciendo que todos atendiesen a sus palabras y que Landon volviera la cabeza centrando su visión alrededor de ellos, y no en la sonrisa de dicha de Idalia y en las palabras de Martina referentes a ese hombre.

—¡Mira, ahí está! —exclamó Idalia, haciendo que todos se girasen para ver cómo se acercaba a la mesa.

Pantalón de vestir, camisa blanca, cabello perfectamente peinado y zapatos de marca, aquel hombre parecía que fuera modelo, en vez de profesor.

—Buenas noches —saludó a todos, deteniendo su mirada en Idalia, que sonreía complacida por tenerlo delante.

Los cinco lo saludaron y ella hizo las presentaciones oportunas, pidiendo al camarero que les pusiera una silla más para que éste cenara con ellos.

—¿Todo bien, Fabio? —preguntó Alba con una amplia sonrisa.

—Sí —respondió mientras ambos se miraban fijamente, lo que provocó

que Idalia observara extrañada a su prima y a Fabio.

La velada transcurrió sin problemas —sin contar aquella extraña sensación que asaltó a Idalia cuando su prima había mirado con fijeza al caballeroso italiano— y las conversaciones y las risas llenaron la mesa. Fabio se centró en Idalia, en hablar exclusivamente con ella —como si le molestasen todos los demás, incluida Alba, que evitaba mirarla—, y en que ésta tuviese todo lo que necesitase. Mientras tanto, los demás hablaban animadamente de cualquier tontería que los hiciera reír, dejando a la pareja relegada a un segundo lugar, uno mucho más íntimo, donde los susurros y las sonrisas eran la tónica de aquella velada tan distinta. Después de cenar, fueron andando a un bar de copas que se encontraba muy próximo al lago. Mientras caminaban, ellos dos detrás, sin tocarse lo más mínimo, Fabio le hablaba de la historia de aquella localidad, de la famosa torre Apponale, una construcción que fue erigida para defender la ciudad, aunque posteriormente se le dio otros usos. Actualmente, le comentó, se podía subir hasta lo más alto y tener unas vistas privilegiadas de la zona. Además, justo en la parte más alta de la torre, se podía contemplar el Anzolim, una veleta en forma de angelito que era el símbolo de la ciudad. Mientras lo escuchaba atentamente, Idalia pensó las razones por las cuales esa noche tampoco quería cogerle la mano...

—Toma, lo vas a necesitar —dijo Alba cuando ya llevaban un rato dentro del local mientras le acercaba un cóctel con mucho alcohol a Idalia y le guiñaba el ojo para animarla—. ¡Hoy tienes que dar el paso!

—¡Sí! Oye, Alba..., ¿te gusta Fabio? —preguntó en un susurro muy cerca de su prima para que nadie las oyese—. No pasa nada, ¡me lo puedes decir, que no me voy a molestar! —exclamó intentando suavizar aquella pregunta tan directa.

—¡No! ¿Por qué piensas eso?

—No sé... Me he dado cuenta de que durante la cena no parabas de mirarlo, y he pensado que, tal vez, te parezca atractivo.

—Atractivo es un rato, Idalia, pero sólo lo he mirado porque resulta tan perfecto para ti que parece sacado de un catálogo de novios —indicó ella con una sonrisa divertida—. Anda, no pienses tonterías y céntrate en darle un besazo de esos que hacen historia.

Idalia asintió con la cabeza y prácticamente se bebió de golpe la copa que le había entregado su prima, sintiendo cómo le quemaba la garganta y se le subía irremediabilmente a la cabeza, observando el buen rollo que había entre Alba y sus amigos, las risas, los bailes, los brindis que lo llenaban todo. Mientras tanto, ella se hallaba al lado de Fabio, el cual no parecía estar pasándolo especialmente bien en aquel lugar, y tampoco parecía que se percatase de todo lo que Idalia estaba haciendo para que él se fijara en ella. ¡Y eso que había seguido todos los pasos que le había explicado Alba! Pero nada, que no reaccionaba con cada caricia que le había dado sin venir a cuento, cuando se inclinó para que le viese el escote o cuando se humedeció los labios con lentitud... ¡Ninguna de esas cosas había dado resultado! Prácticamente iba a tirar la toalla cuando decidió liarse la manta a la cabeza y optar por el siguiente plan: ¿y si lo ponía celoso? Pero... ¿con quién? Miró a su alrededor y no vio a ningún candidato óptimo. Martina se había pegado como una lapa a Landon, al que no dejaba ni a sol ni a sombra, Tiziano bailaba entre risas con Alba, y los demás hombres que había, unos pocos al ser lunes, no le llamaban especialmente la atención.

—¿Nos vamos fuera? —preguntó Fabio al rato, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, claro —contestó ella. ¡A lo mejor había llegado el momento!

Antes de salir, le guiñó el ojo a Alba mientras ésta comenzaba a levantar el pulgar y a hacer movimientos poco decorosos con la cadera que le hicieron reprimir una carcajada. Bajaron al lago en silencio, observando la noche

estrellada, la preciosa luna en cuarto menguante y el arrullador sonido de las aguas tranquilas que bañaban la orilla.

—Creo que me voy a ir ya —informó Fabio con seriedad.

—¿No te lo pasas bien? —preguntó Idalia extrañada. ¡Ella pensaba que la iba a besar, y no a despedirse!

—Sí... —susurró con poca convicción—. Pero mañana tengo que madrugar...

—Claro.

—Me ha gustado pasar un rato contigo, Idalia —dijo acercándose a ella mientras ésta levantaba la mirada dispuesta a recibir aquel beso que tanto ansiaba—. Despídete de tus amigos por mí.

—Claro, eso está hecho, Fabio.

—Mañana te llamaré después del trabajo.

—Vale —susurró poniéndole morritos, a ver si, al verlos, se lanzaba.

—Diviértete —añadió acariciándole el rostro con parsimonia, haciendo que Idalia estuviese más expectante del siguiente paso.

«¡Venga, que ya llega!», pensó al verlo tan cerca de su rostro.

Fabio la miró a los ojos, sonrió de aquella manera suya tan fabulosa, deslizó una mano por la clavícula de Idalia, recorriéndole el hombro, el brazo, hasta alcanzar la suya, que levantó con un gesto estudiado para depositar un beso en el dorso. «¡¡Venga ya!!», pensó ella frustrada observando cómo él la dejaba allí para marcharse en busca de su coche. Idalia se quedó con cara de tonta y con las hormonas revolucionadas.

—¡Joder! —soltó cerrando los ojos con desilusión.

«¿Tanto pido? ¿De verdad? No lo entiendo... Si le gusto, ¿por qué no da el paso ya? A lo mejor es que yo, inconscientemente, le hago creer que tiene que ir más despacio y por eso no para de darme besos en la mano. O, a lo mejor..., ¡a lo mejor no le gusto tanto!», pensó mientras se quitaba los tacones para mojarse los pies en el lago y poder pensar con mayor claridad al sentir el agua fría.

—¿Ya se ha ido tu Romeo? —preguntó Landon de repente, haciendo que saliese de sus pensamientos.

—Sí... —susurró desencantada mientras movía el agua con el pie—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Escapar de Martina —contestó mostrándole su mejor sonrisa canalla.

—¿No te gusta? Es guapísima y tiene un cuerpazo de escándalo —dijo Idalia.

—No es mi tipo, pero si tanto te gusta, ¡ve a por ella! —soltó haciendo que ella lo mirara ofendida.

—No me van las mujeres, gracias.

—¿Qué te ocurre para estar aquí fuera?

—Sólo estaba pensando... —susurró Idalia observando el reflejo de la luna y las estrellas en el lago, las ondas que iba creando con cada movimiento de sus pies y cómo el reflejo se distorsionaba generando otra imagen distinta.

—Ya —dijo acercándose todavía más a ella—. ¿Ya has decidido si te vas a Roma con él?

—No. Aún no le he dicho nada... —resopló encogiéndose de hombros, sin saber qué hacer aún con esa peliaguda cuestión.

—No te rebajes tanto por un hombre, Idalia —soltó con voz ronca mientras la miraba a pocos pasos de ella, justo en el borde del césped.

—¿Por qué dices eso?

—Te has pasado la noche intentando que ese hombre te besara o te tocara...

—¿Crees que me he rebajado? —preguntó mirándolo con atención.

—Creo que deberías preguntarte si merece la pena tanto esfuerzo por tu parte —terció él sin dejar de mirarla.

—Landon, ¿qué tengo de malo? —preguntó casi en un susurro.

—¿Por qué tienes que ser tú la que falla? —soltó él dando un paso más para aproximarse a ella, casi al borde del agua, pero lo suficientemente cerca como para acariciarla.

—No lo sé... —susurró con dejadez, mirándolo a los ojos—. No entiendo

por qué no da el paso...

—Cualquier hombre, en su sano juicio, estaría ahora mismo quitándote ese vestido con la boca —murmuró con voz ronca sin dejar de contemplarla—. Haciéndote jadear con sólo ese movimiento, manteniéndote expectante por saber qué ocurrirá después, y tú...

—¿Sí? —balbuceó centrada en lo que éste estaba describiendo mientras sentía en su piel cómo se erizaba y se calentaba con el tono de su voz y las palabras pronunciadas casi de una manera pecaminosa.

—¡Landon! —oyeron que decía entonces la voz inconfundible de Martina a sus espaldas, haciendo que él levantase la mirada con desesperación al cielo y se rompiera de golpe aquella tensión sexual que había ido creciendo poco a poco, envolviéndolos como un manto de estrellas.

—¡Qué mujer más pesada! —exclamó Landon—. No se da por vencida.

Idalia sonrió mientras él se alejaba del lago y del bar en el que se encontraban sus amigos e intentó recuperarse de aquella extraña sensación que había sentido cuando Landon le estaba relatando lo que haría cualquier hombre... Movi6 los pies de nuevo en el agua, cerrando los ojos, sintiendo cómo su cuerpo palpitaba de deseo frustrado. Había estado tan cerca de que Fabio le diese un beso, había puesto tanto empeño en que la noche hubiese acabado así que ahora no sabía qué hacer...

—¿Adónde va? —preguntó Martina en cuanto llegó a su lado.

—Ni idea —dijo Idalia, aguantando la risa al ver su cara de decepción.

—No hay manera con él... —bufó con los ánimos por los suelos—. Bueno, a ver si esta noche me meto sigilosamente en su cama y no tiene más remedio que hacerme caso.

—Martina, ¿no crees que estás llevando esto a un nivel que puede ser considerado acoso? —preguntó preocupada por la fijación insana que ésta tenía con Landon.

—¡Por supuesto que no! Cualquier hombre estaría más que encantado de acostarse conmigo, pero, dime, ¿por qué él no?

—Ni idea, aunque supongo que hay que respetar todas las opiniones... —
repuso Idalia, saliendo del agua para caminar por el césped y que así se le
secaran los pies—. Aunque, si te soy sincera, en lo referente a los hombres
ando bastante pez...

—¿Ya se ha ido tu chico? —preguntó Martina dándose cuenta de que ésta
se encontraba sola.

—Sí...

—Es guapísimo, pero un poco serio, ¿no?

—Un poco... A él le gusta más tener conversaciones profundas.

—Y ¿ya te lo has follado? —soltó la italiana de repente, haciendo que
Idalia se aguantara la risa.

—Buf... ¡Qué va! Aún estoy peleando para que me dé el primer beso.

—¿Qué me dices?! —soltó Martina asombrada—. ¿Todavía no ha habido
nada? Ésos no interesan, Idalia. Son de los que te tratan como princesas para
después follarse a otras.

—¿Tú crees? —preguntó preocupada por aquella opción que no se le había
pasado jamás por la cabeza.

—Es triste, pero cierto. Ten cuidado, Idalia. Es demasiado guapo para no
querer nada físico —reiteró Martina con dulzura.

Ella se quedó en silencio digiriendo aquellas palabras. Fabio no parecía de
ese tipo de hombres, pero, claro, tampoco había pensado jamás que Arturo
sería capaz de dejarla a pocos meses de celebrarse su boda y convaleciente de
aquel accidente... Con eso en mente, se puso los zapatos y volvió de nuevo al
bar acompañada de Martina, pensando en que esa mujer tenía mucha más
experiencia que ella en esos temas y sabría diferenciar a los hombres. ¿Sería
Fabio un lobo con piel de cordero?

Cerró los ojos y apretó los puños mientras observaba desde una distancia prudencial cómo Idalia y Martina entraban en el bar. Jamás pensó que aquella escapada se convirtiese en una tortura continua, y no sólo por tener que escapar, con buenos modos, de los incesantes coqueteos de Martina, que no lo dejaba ni respirar tranquilo, incitando a que se fijara en ella, sin darse por vencida ni un segundo. No... Lo peor había sido ver, aquella misma mañana, a Idalia salir del agua, con la piel brillante, con aquel bikini negro tan sencillo pero a la vez tan terriblemente tentador, moviéndose como si fuera una mujer tan normal que nadie se fijaría en ella, y a él le costó un mundo despegar su atención de ella y que su cuerpo no delatase lo que lo hacía sentir. No sabía qué le pasaba con Idalia, era imposible no prestarle atención, la manera que tenía de hablar, de reírse, aquella amistad que tenía con su prima, que la incitaba a la locura, incluso cuando se quedó plácidamente dormida al lado de Alba le resultó difícil no observarla con atención: su respiración relajada, sus labios entreabiertos, su cabello esparcido por el almohadón... Mientras tanto, se convencía de que era imposible que le gustara, intentando defender aquella postura enumerando sus fallos: poco pecho, baja estatura, risa estridente y gestos exagerados. Pero nada. No valieron para nada, ya que su cuerpo, el muy rebelde, seguía arrastrándolo hasta ella... Cuando vio aparecer al fabuloso hombre que la estaba haciendo perder el tiempo, le faltó poco para echarlo de allí a empujones. ¡Jamás había presenciado tanta caballerosidad edulcorada en una persona! No entendía las razones por las que Idalia se fijaba en él, y seguía sin comprender por qué ésta no paraba de coquetear, de tentarlo con sus

gestos para que él la mirase de otra manera, cuando aquel hombre sólo estaba pendiente de aparentar ser el más culto del lugar... ¡A punto había estado de cogerla y hacer lo que tanto suplicaba que le hiciera el otro hombre! Menos mal que Martina lo tenía distraído esquivando sus roces para nada casuales — ¡esa mujer era un pulpo!—, si no, lo habría hecho. Cuando los vio salir del bar donde estaban, no pudo quedarse quieto y, en un descuido por parte de Martina, se fue a observar de qué era capaz Idalia para que el tipo diese un paso más. Su rostro de decepción al ver que él se marchaba lo decía todo. Era tan cándida, tan inexperta pero a la vez tan atrevida; era la ternura personificada... Su rostro a la luz de la luna, su figura con aquel vestido que lo había empalmado nada más verla salir del cuarto de baño del hotel, el cabello cayéndole con frescura por la espalda y aquella manera de mover los pies en el agua lo hicieron acercarse a ella. Y tuvo que hacer un esfuerzo descomunal por no cogerla y besarla allí mismo, dándole lo que tanto ansiaba y permitiéndose aquella flaqueza con ella para saber si después de aquel beso su cuerpo aún seguía llevándolo hasta ella. Pero Martina apareció en el momento justo, ¡menos mal!, de lo contrario, ahora mismo tendría entre sus brazos a esa mujer que no entendía y que, a la misma vez, no podía apartar de su mente...

Llegó el primero a la habitación del hotel. No deseaba ser testigo de cómo contoneaba las caderas Idalia con aquel vestido, porque, si la veía, no tendría fuerzas suficientes como para alejarse de nuevo de ella, evidenciando ante todos la pelea incansable que estaba librando para alejarse precisamente de la española. Ya en la cama, todavía despierto, los oyó llegar entre risas y susurros. Parecía que el alcohol los hacía reír por cualquier cosa. Él se hizo el dormido, sin perder detalle de los movimientos de ella, cuando se fue al aseo para ponerse el pijama y desmaquillarse, y cuando se metió en la cama. Incluso se percató de cuándo se quedó dormida, su respiración lo ayudó para tal fin. De repente notó cómo alguien se metía en su cama y maldijo por dentro

al sentir la mano de Martina introducirse bajo su pantalón y envolverle el pene con lascivia mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Martina, no —dijo cogiéndole la mano para que dejara de masturbarlo.

—Déjate llevar, Landon. Vamos a pasarlo bien.

—Vete a tu cama, Martina —terció con seriedad clavando su mirada en ella.

—¿Por qué? Cualquiera estaría encantado de que me metiera en su cama.

—No te rebajes hasta tal punto, Martina. Puedes tener a cualquiera, pero a mí no.

—¿Por qué? —preguntó poniéndose encima de él sin dejar de acariciarlo y, de paso, tentarlo para que no le diera una negativa.

—Porque no me gustas —replicó con rotundidad.

—Eres un cabrón, que lo sepas —soltó ella enfadada mientras salía de la cama para meterse en la suya, disgustada porque la hubiese rechazado una vez más.

Y Landon tuvo que darle la razón: lo era. Si aquella mano hubiese sido de Idalia... Su pene se izó con descaro al pensar en la escena mientras cerraba los ojos intentando no seguir por aquel camino peligroso al que no veía salida. No podía dejarse llevar con una mujer como ella. Él no era bueno para Idalia; como bien había dicho Martina, era un cabronazo, un hombre que sólo deseaba sexo, nada de romanticismo, nada de cenas a la luz de la luna ni de palabras susurradas al oído. A él le gustaba follar, nada más. Y percibía que Idalia no deseaba eso... Aunque se quejara de que su Romeo no la besaba, se notaba que estaban hechos el uno para el otro, eran la pareja ideal, perfectos hasta decir basta...

Se despertó antes que sus compañeros de habitación, se vistió en silencio, dejó sobre la cómoda la parte proporcional que le tocaba pagar por la

habitación y salió de allí el primero, sin poder remediar echarle una última miradita a la dulce manera que tenía Idalia de dormir... Cogió su moto sin vacilación y se dirigió a abrir su negocio.

El día se le pasó con lentitud, aunque tuviera muchos clientes a los que tatuar, pero la imagen de Idalia, sensual delante de Fabio, lo perseguía sin remedio. A mediodía la vio desde la cristalera esperar al del Mercedes, como una ninfa del bosque, etérea y delicada cuando éste estaba delante; con él, en cambio, era pura fuerza, algo que le encantaba. A la hora del cierre, se dirigió a su apartamento y oyó movimiento en el piso de las españolas. Creyendo que se encontraría a Alba, ya que había visto a Idalia marcharse con Fabio hacía unas horas, entró para hablar con su vecina antes de que ésta bajara a abrir el bar. En el salón no había nadie y se dirigió a la cocina, viendo de espaldas a la persona que no deseaba volver a ver y, a la misma vez, que ansiaba con cada poro de su piel.

—¡Joder, siempre igual! —exclamó Idalia girándose y asustándose de su repentina presencia—. De verdad, tienes un problema muy grave con no llamar a las puertas.

—Creía que estaba tu prima y no tú. ¿Qué haces aquí tan pronto?, ¿es que tu príncipe azul se ha cansado de ti? —preguntó con sorna, haciendo que ella se molestase todavía más. ¡Adoraba verla así!

—¡Pues no! —exclamó encarándose a él—. Le he dicho yo que me quería venir a casa... ¡Joder, necesito pensar! Hoy me ha vuelto a preguntar si me voy a ir con él a Roma a ver a su hermana, la cual, según él, está deseando conocerme —bufó con desgana.

—Les das demasiadas vueltas a las cosas, Idalia. La vida es más sencilla.

—¿Sencilla? ¡Esto es una locura! Yo sólo quería sentir que podía atraer a un hombre como Fabio, sentirme deseada, poder tener sexo sin que haya un compromiso previo. ¡Jamás he hecho algo así! Y, de todos los hombres que hay en el mundo, me topo con el único que desea tener una relación tradicional. ¡Tengo muy mala suerte! —exclamó con desesperación.

—Vamos —apremió Landon sin pensar, dejándose llevar por una fuerza irreconocible de su interior que lo había llevado a formular esa petición.

—¿Adónde? —preguntó extrañada por aquella repentina oferta.

—No preguntes y déjate llevar. Las mejores cosas son las que no se planean —comentó con una sonrisa irresistible, creyendo que se sentiría mejor si veía a Idalia más relajada.

Ella sonrió al oírlo y, sin tener mejor cosa que hacer que pensar en la mala suerte que creía que tenía, acompañó a Landon fuera del apartamento. Bajaron en el ascensor hasta el garaje que había en el edificio, Idalia siguió a Landon por aquella zona subterránea repleta de coches y motos y, cuando vio a donde la llevaba, comenzó a negar nerviosa con la cabeza.

—Yo no me voy a subir en una moto —dijo con determinación cuando él se detuvo justo delante de su vehículo de dos ruedas.

—Toma —indicó tendiéndole un casco cuando hubo quitado el candado de la moto, sin prestar atención a sus palabras.

—¿Me has oído? No voy a subir en tu moto —volvió a la carga.

—Idalia, ponte el casco —apremió con seguridad poniéndose delante de ella para que lo mirase a los ojos—. Conmigo no te va a pasar nada, ¿de acuerdo? Déjate llevar —repitió haciendo que ella titubeara.

—¿Adónde me llevas? —preguntó todavía con el casco en la mano y observando sus movimientos seguros y gráciles al subir a la moto.

—A pasarlo bien —dijo mientras se colocaba el casco ocultando su rostro con él.

Idalia miró a ambos lados. No había nadie, sólo ellos dos, y no supo qué hacer. Se había prometido a sí misma que se dejaría llevar, que jamás se negaría a nada, porque lo que ansiaba era vivir, pero hasta entonces no había tenido la oportunidad de llevar a cabo aquella promesa... Tragó saliva mientras se ponía el casco y se acercaba a él temblorosa. Estaba loca por aceptar que la llevara —¡él!, al que parecía que su presencia lo molestaba—,

a saber dónde, en aquella motocicleta de gran cilindrada que se le antojó peligrosa e inestable.

—Apóyate en mis hombros para subir —dijo Landon percibiendo el titubeo de Idalia.

Ésta le hizo caso y se agarró a él mientras alzaba una pierna y se sentaba detrás.

—Cógete bien, Idalia —dijo sintiéndola a su espalda—. Vamos a hacer que las horas cuenten —soltó mientras arrancaba el motor de su Harley-Davidson, haciendo que todo el garaje retumbase con el sonido.

Idalia cerró los ojos al notar que se movía, agarrándose con fuerza al cuerpo de Landon. Abrió los ojos cuando la luz del sol apareció de golpe y observó su destreza manejando aquel vehículo de dos ruedas, cómo sorteaba a los coches y cómo, a medida que pasaban los kilómetros, ella se relajaba al sentir la seguridad de su vecino. Poco más de media hora después de salir del edificio, Landon detuvo la moto e Idalia observó a su alrededor para adivinar así dónde quería éste llevarla. Al ver un enorme cartel con el nombre del lugar, comenzó a negar con la cabeza.

—Espero que no me hayas traído ahí —dijo señalándolo con estupor.

—Por supuesto —repuso él con una amplia sonrisa mientras se quitaba el casco—. No me digas que te dan miedo los parques de atracciones —soltó socarrón mientras observaba cómo ésta bajaba de la moto y se quitaba el casco.

—Nunca he entrado en ninguno, la verdad.

—¡Pues con más razón vamos a entrar! —exclamó con un magnífico humor después de poner el candado a la moto con los cascos unidos.

—Ehm... —titubeó Idalia sin estar muy segura de querer pasar por ahí.

Sin darle tiempo a echarse atrás, Landon comenzó a andar cogiéndola de la mano. Aquella acción, que desde fuera podía parecer un contacto íntimo entre una pareja, a Idalia la sorprendió al tiempo que la reconfortó. Sentir su mano entrelazada con la suya, su firmeza, su seguridad y su naturalidad al caminar

hasta la entrada de aquel parque de atracciones, su concentración y esa sonrisa que reflejaba el estupendo humor que tenía la hizo relajarse lo justo como para acceder a entrar en aquel lugar del que siempre había huido. Idalia no era una mujer a la que le gustasen las emociones fuertes, siempre había sido muy cauta en aquellos temas, y prefería la tranquilidad que podía aportarle un museo a subir a una atracción en la que no podía tener control directo de los movimientos de su cuerpo.

—Vas a entrar en el parque de atracciones más famoso de toda Italia — explicó Landon después de pagar las entradas—. Además, está muy cerca del lago de Garda, de ahí su nombre: Gardaland.

—Ajá... —logró decir ella sin dejar de mirar a su alrededor.

Lo primero que vio Idalia al entrar fue la impresionante montaña rusa que abarcaba una gran porción de terreno y comenzó a sentir que las manos le sudaban por los nervios, imaginándose que, cuando éste se percatara, la soltaría inmediatamente, pero eso no ocurrió y siguieron cogidos de la mano como si siempre caminaran de esa manera.

—Tranquila, venimos a pasarlo bien —le susurró Landon mientras se acercaban a una atracción donde se podía ver una réplica de un monumento egipcio. En el cartel se podía leer el nombre de la atracción: *Ramses: Il Risveglio*—. Si quieres, otro día te enseño otra parte del lago.

—Si sobrevivo a esta tarde... —susurró muerta de miedo, haciendo que él riese con su contestación.

Se sentaron en una especie de coche con pistolas láser, Landon cogió una y comenzó a explicarle qué debían hacer: disparar a todo lo que se moviera. Al principio se sintió absurda, una mujer de su edad disparando con una pistola con un láser verde no se veía todos los días, pero las risas de Landon y su buen humor comenzaron a hacer que esos pensamientos se disiparan, e Idalia se concentró en disfrutar, importándole bien poco cómo, en teoría, debía comportarse y simplemente dejándose llevar por aquel momento tan distinto que estaba viviendo. ¡Y tanto que lo hizo! Al final se le hizo corta la atracción

y el buen humor comenzó a llenarlo todo. Landon no le dio tiempo a que se aburriera, de ahí la llevó a otra atracción, también bastante tranquila, en la que disfrutó desde el principio. Jamás había pensado que su vecino fuese tan divertido y alocado.

—No me pienso montar ahí —anunció Idalia observando que él la llevaba a la impresionante montaña rusa que había visto nada más entrar.

—No nos podemos ir de aquí sin montar una vez en ella. ¡Ya verás lo bien que te lo pasas! Es liberador, y puedes gritar tanto como quieras.

—No creo que sea para mí... —musitó con terror.

—Dime, ¿quieres ser una damisela que se queda mirando cómo la vida pasa o quieres ser una luchadora que hace que las horas cuenten?

—No vas a parar hasta que me monte, ¿verdad? —preguntó viendo que Landon podía ser un cabezón de cuidado.

—Por supuesto. No te llevo a trabajar hasta que te montes conmigo ahí —confesó con tranquilidad.

—¡Con lo bien que me lo estaba pasando y ahora me haces esto! —exclamó molesta dirigiéndose a la montaña rusa.

Landon sonrió triunfante. Estaba consiguiendo que Idalia se desprendiese de esa rigidez que poseía y que impedía que disfrutase de los pequeños placeres de la vida, esos que la sociedad estipulaba a una edad en concreto, cuando la realidad era que uno podía sentirse joven para siempre sin importar realmente los años que tuviese. Se montaron uno pegado al otro. Idalia cerró los ojos con miedo, jamás había montado en una montaña rusa y temía pasarlo mal.

—Mírame —dijo Landon al notar cómo comenzaban a moverse.

—¡No me da la gana! —exclamó ella enfurruñada, ya que verse subida allí hizo que aquello fuese todavía más real y, por tanto, sintiese aún más miedo de lo que tenía en un principio.

—Idalia, eres más valiente de lo que crees —comentó Landon haciendo que con esa frase abriese los ojos extrañada por su comentario—. Disfruta de

la subida. Admira el paisaje —añadió haciendo que ésta hiciese lo que le estaba pidiendo—. Mira a tu alrededor e inspira el aire fresco que nos llega desde esta altura. Ahora, cuando bajemos, grita con todas tus fuerzas, siente que puedes controlar tus miedos, que tú eres más fuerte que ellos, que tú puedes con todo lo que te propongas y que el miedo no te va a controlar, que eres tú quien lo controla. Y siéntete viva, Idalia, siente que respiras y que estás aquí y ahora, que eres la dueña de tus decisiones.

Esas últimas frases no tuvo tiempo de procesarlas, ya que el rápido descenso la sacudió por completo e hizo que gritara con todas sus fuerzas, descargando todo aquel temor que le impedía disfrutar. El alarido histérico se transformó en carcajadas al mirar a Landon, que no apartaba la mirada de ella, con una amplia sonrisa al verla divertirse, y al fin disfrutó como jamás lo había hecho, dejándose llevar y percibiendo cada instante como si fuera único.

—¡Estoy temblando! —exclamó con entusiasmo al bajar de la atracción.

—¿Te ha gustado? —preguntó Landon observando su rostro acalorado y su cabello alborotado. En aquellos momentos estaba adorable.

—¡Sí! —soltó entusiasmada caminando a su lado—. Me siento liberada, como si flotara —explicó con gran emoción—. Gracias por convencerme de que subiera. Era algo que nunca me había atrevido a hacer.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Porque me daba miedo que no me gustara, pasarlo mal —dijo mientras negaba con la cabeza al saber que aquel temor era absurdo, ya que no se puede tener miedo de algo que no se ha probado.

—El miedo es muy jodido, Idalia, el miedo nos hace hacer cosas impensables en nosotros, nos impide crecer, nos frena a nuevas experiencias, incluso nos hace ser distintos. El miedo hay que afrontarlo todos los días, ya que todos tenemos algún miedo que nos paraliza, que nos hace comportarnos de manera distinta, que nos impide vivir plenamente —comentó Landon.

El sonido del teléfono móvil de Idalia cortó aquella conversación que le estaba resultando tan interesante. Con una sonrisa de disculpa dirigida a

Landon, comenzó a buscarlo en su bolso para aceptar la llamada.

—¿Dónde estás, mala pécora? ¿Ya te ha besado el perfecto italiano y se te ha olvidado que tienes una prima que te espera? —soltó Alba entre gritos, haciendo que Idalia negase con la cabeza divertida.

—No, estoy en Gardaland con tu vecino —dijo en español, pues no quería que éste supiera que hablaba de él.

—¡Y ¿qué haces allí con él?!! Ay, madre mía, no me digas que ha intentado algo contigo, que ahora mismo voy y lo cojo de la barba hasta traérmelo hasta aquí. ¡Te tienes que centrar en el italiano buenorro, que es más de tu estilo!

—¡Qué bruta eres, Alba! —dijo entre risas al imaginarse la escena, observando cómo Landon seguía a su lado, en silencio, mirándose los pies, esperando a que ésta acabara de hablar por teléfono—. Me ha traído para que viese las cosas de otra manera. ¡Y ha funcionado! Ay, ya te contaré, pero te digo ya que este fin de semana que viene no trabajaré. ¡Me voy a Roma con él! —exclamó con entusiasmo.

—¿Con Landon? —preguntó Alba casi gritando, extrañada de aquel cambio de planes.

—No, con Fabio —dijo ella sonriente al haber tomado una decisión.

Landon le echó una fría y dura mirada para después aligerar su paso en dirección a la salida del parque de atracciones, sintiendo que ella lo seguía muy de cerca sin dejar de hablar en español con su prima, creyendo que él no entendía nada de lo que decía, cuando se había enterado de todo... ¡Él no la había llevado hasta allí para que aceptara irse a Roma con ese hombre! La había llevado a ese parque de atracciones para que entendiera que era capaz de cualquier cosa, incluso de abandonar la estúpida idea de que los príncipes azules existían y que ella necesitaba uno para ser feliz...

—Era mi prima —dijo Idalia cuando hubo finalizado la llamada—. Estaba preocupada por mí.

—Claro —susurró Landon acercándose a la moto.

—Muchas gracias por traerme hasta aquí y hacer que viviera una tarde

distinta. ¡Me ha encantado!

—Ya —masculló tendiéndole el casco para después ponerse él el suyo y subir con seguridad en la moto.

—Me siento ahora mismo tan liberada, tan segura de mí misma... ¡Uf! Qué subidón —añadió con entusiasmo mientras montaba detrás de él.

Landon no contestó, sino que directamente puso la moto en marcha y deshizo el camino hasta el edificio, sintiendo el cosquilleo latente de las manos de Idalia alrededor de su cintura, oliendo el dulce aroma de ella y notando cómo su cabeza se apoyaba sutilmente en su espalda... Mientras tanto, trataba de convencerse de que aquello era lo mejor para él, así tendría la excusa perfecta para dejar de pensar en ella, para arrancarla de su mente. Pero entonces ¿por qué sentía de repente unas ganas tremendas de poner rumbo a otra ciudad y desaparecer con Idalia?

Estaba exultante, el hecho de haber afrontado sus miedos le había dado unas fuerzas que creía no poseer, y había podido vislumbrar, subida en lo alto de aquella montaña rusa, que era capaz de ir a Roma a conocer a la hermana de Fabio y lo que fuera. Por eso, cuando Landon la dejó delante de la puerta del apartamento de su prima, y después de hablar con ésta de todo lo que había sucedido en ese día, fue corriendo a llamar al encantador italiano, que, aunque iba un poco rápido en según qué aspectos, tenía todo lo que siempre había anhelado en un hombre.

—¡Fantástico! —exclamó Fabio por teléfono cuando Idalia le dijo que iría a Roma con él—. Dile a tu prima que te dé la noche libre y nos vamos a celebrarlo por todo lo alto.

—¡Deseo concedido! —terció Alba, que, sentada al lado de su prima, había oído aquella petición.

—¿De verdad? —preguntó Idalia dirigiéndose a ella.

—Claro. No te preocupes, disfruta de esta noche. ¡Has venido a eso, y no a trabajar! —comentó Alba, haciendo que Idalia sonriese.

—¡Decidido! —terció Fabio, dichoso de poder cenar con la española—. Dentro de una hora te recojo en tu casa. ¡Ya estoy deseando verte!

—Hasta dentro de un rato —se despidió ella.

—Estás loca, prima —dijo Alba cuando ésta colgó, levantándose del sofá para comenzar a prepararse para bajar a trabajar.

—Sí, yo también lo creo, pero eso era lo que venía a buscar: locuras —comentó Idalia observando el trajín de su prima—. Aunque éstas me hagan ir

demasiado rápido con él.

—Fabio parece un buen hombre, pero intenta controlar tú también el ritmo de la relación.

—Ya... Llevamos doce días y parece que llevemos meses juntos. ¡Voy a ir a conocer a su hermana! —exclamó haciendo una mueca de terror.

—Doce días, pero sin contacto carnal.

—Sin contacto —reiteró Idalia haciendo una mueca de disgusto.

—A lo mejor te lleva a Roma precisamente para que ocurra. Si es tan romántico como me lo has descrito, querrá que suceda en un lugar especial.

—Es posible —dijo animada por aquella posibilidad tan tentadora.

—Perfecto. Creo que va a ser una experiencia muy bonita. Ya verás cómo al final la relación avanza como tú quieres. ¡Ánimo, Idalia, que tú puedes! Bueno, me voy a trabajar un rato. Por favor, prima, ¡sé terriblemente mala! —exclamó con dramatismo—. Si tienes que colgarte de su cuello para que te bese, ¡hazlo! ¡¡Es una orden!! —añadió en tono autoritario sin abandonar el buen humor que siempre la acompañaba.

—Lo intentaré, espero que no me rechace —rio divertida.

—Si te rechaza, ¡aborta misión! —soltó con rotundidad mientras le guiñaba el ojo y salía de la casa.

Idalia se fue a la ducha nada más marcharse su prima, para después ponerse un vestido de tirantes anchos en color negro, con plumas en la falda, que hacían más vistoso y divertido el atuendo. A continuación, se cepilló el cabello y se maquilló a conciencia. Cuando estuvo lista, cogió un bolso para salir del apartamento y esperar a Fabio en la calle.

—¿Hoy no trabajas? —soltó Landon, encontrándosela al salir del ascensor.

—No —contestó con una amplia sonrisa, sintiendo cómo éste le recorría el cuerpo con la mirada—. Mi prima me ha dado la noche libre.

—Ya... Por cómo vas vestida, vas a quedar con el del Mercedes —masculló con desgana.

—Sí, nos vamos a cenar para celebrar que este fin de semana me voy a

Roma con él.

—Ya... —soltó enfurruñado—. Disfrutad —añadió para luego dirigirse a su apartamento y cerrar la puerta de un golpe.

Idalia se encogió de hombros al no saber por qué Landon se encontraba de tan pésimo humor de repente y bajó por el ascensor. Al salir, vio a Fabio detener su flamante coche y una sonrisa se dibujó al observar lo elegante que se había vestido esa noche. ¡Aquel hombre era de ensueño!

—¡Bellísima! —exclamó él saliendo del coche a su encuentro mientras le tendía una preciosa rosa roja.

—Lo mismo digo —dijo comprobando lo bien que le sentaban el traje y la corbata—. Oh, vaya... Muchas gracias —susurró cogiendo la flor y observando la perfección de sus pétalos y su fragante aroma.

—Vamos, al final he podido reservar una mesa en mi restaurante favorito —dijo acompañándola hasta la puerta del pasajero para abrirla y que ella entrara.

—Genial.

El lugar elegido por Fabio era maravilloso, el romanticismo se palpaba en cada centímetro de aquel local, las luces invitaban a relajarse y a disfrutar de la compañía, la música amenizaba el silencio y la decoración era tan exquisita como carísima.

—Esto es precioso —susurró Idalia observando a su alrededor después de pedirle al camarero lo que deseaban para cenar.

—Tú lo eres más.

—Ay, Fabio, no me digas esas cosas, que me ponen nerviosa —dijo ella con una sonrisa—. Dime, ¿cómo es posible que un hombre como tú continúe soltero? ¡No me lo explico!

—Uf... Como te dije en nuestra primera cita, es muy difícil encontrar a una mujer con la que compartir mis gustos, con la que poder hablar de la historia, de las costumbres antiguas, de todo lo que nos rodea. Saber que contigo sí puedo hacerlo es como hallar al fin a la persona que andaba buscando...

—Vaya... —titubeó Idalia al no saber qué responder ante su declaración—. ¿Has tenido relaciones largas?

—Sí, después de los veintidós años, todas mis relaciones han sido estables. Con la primera duré dos, y con la última seis...

—Y ¿antes de los veintidós no? —preguntó con curiosidad ante aquel dato.

—No, antes era un picaflor, hasta que me cansé de tener sexo sin más...

—Claro... —Idalia chasqueó la lengua con disgusto, pensando que si hubiese conocido a Fabio antes de los veintidós habría tenido solventado el problemilla que le preocupaba tanto.

—¿Y tú?

—Cinco años con mi ex, del que ya te he hablado y... ¡nada más! Mi vida siempre ha girado en torno al trabajo y a los estudios... —comentó con una mueca de disgusto. En aquellos momentos sabía que se había equivocado en focalizar toda su vida alrededor de eso—. Dime, ¿llegaste a casarte?

—Con la última quise hacerlo, pero no aceptó —dijo Fabio observando cómo el camarero les ponía delante la bebida.

—¡No me digas! —exclamó ella con sorpresa.

—Sí... Bueno, no me gusta hablar de mis anteriores relaciones, pero entiendo que quieras saber... —susurró incómodo—. Ella no estaba segura de querer dar ese paso tan importante conmigo...

—¿Había conocido a otra persona? —preguntó al resultarle familiar aquel caso.

—No, simplemente no quiso seguir adelante... —resopló con disgusto.

—Vaya —soltó asombrada de que le pasara algo así a un hombre como él.

—Son cosas que pasan... —bufó con pesar.

—Pues sí... Estas cosas nos hacen ver el amor de distinta manera, ¿no?

—No te creas, soy un romántico, ¡qué le vamos a hacer! —exclamó con una sonrisa—. Bromas aparte, yo no buscaba encontrar a una mujer que me hiciera pensar en ella a cada segundo del día, pero así ha sido, y lo que tengo claro es

que no voy a desaprovechar la oportunidad de conocerte y de vivir esto —dijo señalándose a sí mismo y a Idalia con la mano.

—Yo... yo... —titubeó sin saber qué decir—. Yo tampoco buscaba tener nada serio, Fabio. Vine aquí a divertirme y descubrir un mundo distinto del que estaba acostumbrada. Poder conocerme de nuevo, poder aprender a ser un poco más alocada, como lo es mi prima, disfrutar de los pequeños placeres de la vida, pero no a enamorarme de nadie, ni tampoco a unirme a una persona tan pronto...

—Idalia, no te estoy pidiendo que te cases conmigo... aún.

—¡Joder, no me digas eso, que me da algo! —soltó nerviosa, haciendo que él riese divertido ante su reacción.

—Tranquila, que, hasta que esté seguro de que la respuesta va a ser afirmativa, ¡no se lo pido a nadie más! —soltó haciendo que Idalia se relajara—. Sólo quiero conocerte y que me conozcas, no te preocupes por nada más, ¿de acuerdo? —añadió con una maravillosa sonrisa.

—Vale.

—Ahora disfrutemos de esta velada y de todas las que vendrán después.

Idalia agachó la mirada, nerviosa y un poco temerosa de haber descubierto que Fabio había pedido matrimonio a otra mujer y, aun así, estaba dispuesto a ir en serio con ella, cuando ella misma ni sabía si aquello funcionaría o no, simplemente dejándose llevar por la idea de no negarse a nada...

—Ha sido una velada excepcional —dijo Fabio acompañándola hasta la puerta del edificio.

—Sí —susurró Idalia con una sonrisa.

—Espero que lo que has descubierto de mí no haya cambiado nada entre los dos —comentó al percatarse de que, desde entonces, ésta no había estado igual.

—No... Todos tenemos un pasado, sería absurdo pretender que tú no lo tuvieras... —respondió convencida de sus palabras, aunque en su interior sintiera otra cosa.

—Lo que pretendo ahora mismo es tener un futuro contigo —dijo cogiéndola de la mano para depositar un casto beso en ella que a Idalia ya le sabía a poco e incluso estaba llegando a aborrecer—. Y quiero hacer las cosas bien desde el principio...

—Ya... —susurró observando sus perfectos movimientos y aquella postura estudiada de auténtico caballero.

—Mañana te llamo para vernos después de mi trabajo, ¿de acuerdo?

—Sí... Buenas noches, Fabio —dijo Idalia, consciente de que la despedida terminaba ahí y Fabio no intentaría nada más con ella.

—Buenas noches, bella dama —murmuró alejándose de la joven para que entrara en el edificio.

Subió en el ascensor sintiendo de nuevo aquella alarma en su interior, algo que comenzaba a preocuparle porque iba y venía a su antojo, desquiciándola, volviéndola loca al no saber con certeza si lo que estaba haciendo estaba bien o no. Sentía un caos en su interior que ni ella misma entendía.

—Uf... —resopló hastiada y con ganas de gritar su frustración.

Salió del ascensor y se encontró de cara con su vecino, que la miraba con aquella presunción que comenzaba a aborrecer.

—¿Ya son las doce, Cenicienta? —preguntó con sorna.

—¡Ni lo sé ni me importa! —soltó de malas maneras haciendo que éste sonriera, ya que había conseguido lo que pretendía: provocarla.

—Veo que la velada con tu maravilloso Romeo no ha sido como esperabas —añadió Landon con aquel tono socarrón tan característico en él.

—Te equivocas. Ha sido una cena maravillosa con un hombre perfecto —indicó con orgullo mientras se acercaba a la puerta del apartamento de su prima.

—Y, dime, ¿ese hombre tan perfecto te ha hecho gemir? —soltó de repente,

apoyando una mano en la puerta, aproximándose a ella y clavando su mirada azul en sus ojos ofendidos.

—¿Cómo te atreves?! —exclamó Idalia levantando la cabeza para retarle aquella ofensa, observando su expresión divertida y chulesca, y una chispa de algo que no supo identificar pero que le resultó tan fascinante que no pudo despegar su mirada de él, como si la hubiese hechizado.

—Pobre Romeo, si supiera que te mueres por un beso, a lo mejor te lo daba... —susurró acercándose un poco más a ella, sintiendo el leve temblor de su cuerpo y las chispas fulgurantes de ira en sus ojos al mirarlo.

—Vuelves a equivocarte —pudo decir mientras sentía cómo se le secaba de golpe la garganta al tener tan cerca el rostro de Landon, a pocos centímetros de su cara, notando el cálido aliento de éste, aquella fuerza arrebatadora y aquel atractivo innato en él, donde todo su ser destilaba peligro y excitación en el estado más puro y tentador.

—¿En serio? —preguntó con voz ronca, acariciándole el mentón con las yemas de los dedos, haciendo que ésta cerrase los ojos al sentir unas maravillosas cosquillas recorriéndole toda la piel y que abriese los labios, deseosa de repente de un apasionado beso de ese hombre que hacía aflorar una versión de ella muy distinta—. No, Idalia, yo no soy un Romeo que besa dulcemente a cualquier Julieta esperando que se enamore... Yo soy un pirata que enloquece a las chicas perversas —soltó separándose un poco de ella y dejándola temblorosa delante de la puerta, para, así, con aquella confianza natural en él, entrar en su casa como si no hubiese pasado nada extraño.

Idalia cerró los ojos intentando recuperar el aliento mientras analizaba lo que había ocurrido allí con su desquiciante vecino, sin dar crédito a lo que éste le había sugerido. ¿El qué? ¿Que él sólo se fijaba en las chicas perversas? ¿Que ella era una damisela en busca de un auténtico caballero? Negó con la cabeza mientras se adentraba en el piso, sin dejar de pensar en cómo su propio cuerpo había estado a punto de dejarse llevar, ¡es más!, anhelando que él la besara, deseando ser tan perversa para que él hiciera realidad lo que había

dicho... Se quitó la ropa de malas maneras para ponerse el camisón y dejarse caer en la cama, sin dejar de pensar en la intensa mirada azul de Landon y en aquellas palabras que la habían excitado tanto que ya no sabía ni qué pensar. ¿Qué había pasado para que él hubiese pasado de la indiferencia más absoluta a provocarla de aquella manera? Y ¿qué había ocurrido para que ella, de repente, sintiese aquella atracción tan ilógica que la arrastraba hacia su vecino?

—¡Me voy a volver loca! —exclamó para sí al rato de intentar quedarse dormida sin éxito. No podía dejar de pensar en él, en lo que quería decirle, en lo que su cuerpo, de súbito, había deseado.

Con esa duda aún en su mente, se levantó de un salto con la firme decisión de poner claras las cosas con ese hombre que la había abordado en el rellano, dejándola todavía más confundida de lo que ya se encontraba. ¡No iba a permitir que nadie se riera de ella, y mucho menos él! Salió del apartamento de puntillas —no quería alarmar a su prima, que era capaz de arrancarle la barba a su vecino con unas pinzas de depilar, pelo a pelo—, y llamó a la puerta de Landon con los nudillos (no quería utilizar el timbre, ya que a esas horas todos los sonidos se oían a la perfección y no deseaba tener público cuando se despachara a gusto con ese hombre que la había descolocado por completo). Al poco oyó cómo él abría la puerta, tan sólo vestido con unos calzoncillos negros estilo bóxer y nada más. Idalia tragó saliva al ver su sugerente cuerpo, sus fuertes brazos, sus tatuajes y aquella mirada socarrona dirigida a ella. «Jo... derrrrrr», pensó poniendo esa imagen tan brutalmente sexual como una de sus preferidas. ¡Jamás había pensado que le pudiese provocar tanto verlo así!

—Dime —dijo él con una sonrisa burlona que la hizo erguirse con orgullo y determinación, obviando lo que su cuerpo le reclamaba casi a gritos.

—Explícame qué ha pasado antes ahí —susurró señalando la puerta de su prima.

—¿Qué ha pasado de qué? —preguntó apoyando un brazo en el marco,

haciendo que con ese gesto se le marcaran más los músculos y bajara su mirada para tener la suya enfrente.

—¡No te hagas el tonto, Landon! —masculló en voz baja, intentando mantener las hormonas a raya. ¡No sabía qué le pasaba, pero éstas se estaban revolucionando al tener a ese hombre tan cerca!—. ¿Qué has intentado decirme o hacerme cuando he llegado?

Él sonrió ladinamente mientras la miraba de arriba abajo, repasando su indumentaria: aquel camisón que ya había visto en una ocasión, el cabello alborotado, el rostro sin un gramo de maquillaje y los pies descalzos. Era la viva imagen de la inocencia, de una buena chica, de alguien que jamás haría algo fuera de lo normal, en cambio, ahí estaba, delante de su puerta, a altas horas de la noche, pidiéndole una explicación...

—Nada, Idalia —susurró sin apartar la mirada de ella.

—¿Nada? ¡Sabes muy bien que has estado a punto de besarme! —exclamó envalentonada.

—¿Ah, sí? —preguntó con guasa—. Yo creo que era al revés. Que quien quería besarme eras tú —soltó chulesco.

—Pero ¿qué te has creído? —preguntó ofendida por su acusación.

—¿Acaso me lo vas a negar, Idalia? —susurró sin dejar de mirarla, tentándola, provocándola.

—¡Eres el hombre más desquiciante que he conocido! —soltó dando un paso hacia él y clavándole el dedo en el pecho con frustración.

—Entonces ¿por qué vienes a que te bese? —preguntó con voz áspera, cogiendo su mano y atrayéndola hasta él, pegándola a su cuerpo semidesnudo, pudiendo sentir su calor y su tacto.

—Yo... —titubeó temblorosa, con el corazón latiéndole descompasadamente en el pecho, sin poder bajar la mirada de esos hipnóticos ojos azules que la miraban sin pudor, sintiendo una vorágine de sensaciones jamás vividas anteriormente y anhelando, ¡oh, sí!, deseando fervientemente que la besara.

—Dime —susurró burlón—. ¿No vienes a por esto? —añadió con voz ronca mientras la cogía por la nuca y posaba sus labios en los de ella.

El tiempo se detuvo y todo dejó de importar cuando Idalia sintió los labios de Landon sobre los suyos, haciendo de aquel beso algo tan brutal como terriblemente excitante. Él poseyó sus labios de una manera salvaje, conquistando su lengua, haciendo que Idalia gimiese mientras se agarraba a sus fuertes hombros para atraerlo más hacia sí, ansiando aquel beso de una manera enloquecedora, casi febril, disfrutando de cada nanosegundo como si fuera único e irrepetible. Jamás la habían besado con aquella fuerza, con aquel temple capaz de nublarle el conocimiento, de provocar que tuviera que zafarse con firmeza del tentador cuerpo de Landon, que la estrechaba contra sí sin darle opción a nada más que a disfrutar de aquel beso despiadado, poseyendo a su antojo lo que deseaba, dejando las pocas experiencias de esa índole que Idalia tenía a la altura del betún, como si descubriera, gracias a él, lo que significaba la pasión en el sentido más profundo de la palabra. Temblorosa y sorprendentemente excitada, sintió cómo él se alejaba, despojándola de golpe de aquel calor que la embriagaba y la enloquecía, deteniendo aquella fogosidad que crecía rápidamente, donde sólo existían ellos dos, en aquel rellano de la última planta, notando cómo sus respiraciones se encontraban agitadas y pesadas.

—Ya tienes lo que has venido a buscar —farfulló Landon con la voz muy ronca, casi áspera, sin dejar de clavarle su mirada fiera—. Ahora, vete a casa y sigue soñando con tu maravilloso Romeo.

Y, sin darle tiempo a reaccionar, le cerró la puerta, dejándola acalorada y temblorosa y sin opción a réplica. Idalia volvió a su cama casi sin darse cuenta, de una manera automática, sintiendo todavía sus magistrales labios poseyendo su boca, sus manos recorriendo su espalda, su increíble cuerpo junto al suyo, y una punzada de excitación en su sexo la avisó de que aquello era lo más enloquecedor que había vivido en sus veinticinco años. Se dejó caer en la cama mientras se acariciaba los labios, que todavía le

hormigueaban. Aquel beso había sido tan estimulante como sorprendente, todo lo que siempre había ansiado descubrir, y lo había hallado en la puerta de enfrente... De pronto, maldijo en su interior al recordar a Fabio, a aquel hombre paciente y romántico, tan caballeroso y perfecto que deseaba conocerla porque quería un futuro con ella. El tipo de hombre que siempre había anhelado encontrar y que de repente había llegado a su vida, no en el mejor de los momentos, lo sabía, pero eso no se podía elegir, ¿no? Y ahora... ¿qué podía hacer?

Landon permaneció detrás de la puerta esperando a ver qué hacía ella después de besarla y dejarla fuera de su casa. Sabía que se había comportado como un auténtico cabrón, pero si aquel beso hubiese seguido, él no podría haber parado. ¡¿Qué leches le pasaba con esa mujer?! No tenía la respuesta para esa pregunta que lo desquiciaba por completo, pero lo que sí sabía era que su cuerpo lo empujaba hacia ella, que le encantaba tentarla, llevarla al límite, simplemente para saber cómo iba a reaccionar. Aquella noche, cuando oyó el ascensor subir hasta su planta, salió de su casa para encontrársela casualmente —aunque de casualidad no tuviera nada— y, cuando la vio, tan digna, tan damisela en apuros, ¡no pudo resistirse a volverla loca! No obstante, después, cuando ella llamó a su puerta, eso lo descolocó... «Las chicas buenas no hacen visitas a estas horas, Idalia...», se dijo al verla con aquel camisón que lo excitaba como jamás pensó que lo haría ninguno, combinado con un tentador cabello alborotado y unos labios tan jugosos que era imposible despegar su mirada de éstos... Pensó, iluso de él, que si los probaba acabaría esa obsesión que comenzaba a desequilibrarlo cada día más, pero no... Fue hundirse en ella y el resto quedó relegado a un segundo o incluso un tercer plano. Idalia le devolvió el beso con una pasión desbordante, con una necesidad que hizo que se le nublara el poco juicio que poseía, mientras se estrechaba contra su cuerpo, dejándose llevar por aquello que él había provocado, y la temperatura comenzó a subir, sus manos empezaron a acariciarle el torso desnudo (lo que, por supuesto, era intencionado, pues no solía dormir sin camiseta). Sentir su tacto, sus manos acariciándolo, hizo que todo se desbordara y... ¡tuvo que

parar! Porque, si no..., ahora mismo la tendría contra la puerta de su casa, desnudándola con su boca, lamiéndola entera y haciendo que descubriera que era mucho más que una chica dulce y buena, que con él podía ser lo que ella quisiera. Cuando la vio entrar titubeante en su apartamento, regresó a su cama, sintiendo que aquello comenzaba a desmadrarse y que ya no tenía el control de nada. No pudo conciliar el sueño enseguida, aún sentía en su piel el cuerpo tembloroso de Idalia, sus dulces labios abriéndose con ansias a él, sus manos recorriéndole el cuerpo con tímido anhelo... Jamás pensó que se excitaría de esa manera al tenerla así, sólo para él.

—¡¡NOOOOOO!! —oyó nítidamente al rato.

Era la voz de Idalia y, sin pensarlo, saltó de la cama para dirigirse velozmente al apartamento de las españolas. Abrió con cuidado, por si había algún intruso en su interior y sorprenderlo, ya que no sabía qué había causado aquel alarido. Anduvo de puntillas hasta donde sabía que se encontraban los dormitorios. Primero pasó por el de Alba, pero estaba vacío, y oyó desde el pasillo iluminado las voces de las primas hablando desde el dormitorio que utilizaba Idalia.

—Era... era una pesadilla —gimió ésta consternada, haciendo que Landon prestase mayor atención a la conversación de las dos chicas.

—¿Has soñado con lo que te pasó? —preguntó Alba. Landon oyó movimiento en la cama, como si ésta se hubiera sentado al lado de Idalia—. Sé que no quieres hablar del tema, pero si te sientes mal, o te da un bajón o cualquier otra cosa, no me lo ocultes. Quiero ayudarte. Eres mi prima pequeña y quiero que estés bien.

—Lo sé, Alba... Estaba bien, de verdad... Hacía tiempo que no soñaba con eso —susurró un poco más calmada—. Es curioso cómo nos cambia la vida... —comentó con una chispa de ironía—. Antes me habría resultado impensable

disfrutar como lo estoy haciendo desde que he llegado. Jamás me he dado tiempo para pasear sin más, para descubrir lugares encantadores, para conocer a gente... Siempre estaba pendiente de la hora, de mi trabajo, de ser la mejor en él y de tener tiempo para Arturo...

—Has vivido demasiado pendiente de tu trabajo y de él y se te ha olvidado lo importante.

—Sí... Y, aunque esté mal decirlo, lo que me ocurrió hizo que abriera los ojos, que me diera cuenta de que estaba desperdiciando algo que jamás recuperaría: tiempo.

—¿Recuerdas algo de aquello? —preguntó Alba, haciendo que Landon cerrase los ojos, preparándose mentalmente para su contestación. No sabía las razones, pero todo lo que concernía a esa mujer le afectaba más de lo que le habría gustado admitir.

—No... Prácticamente nada. Sólo que conducía y de repente noté un golpe que me sacudió entera. Todo lo demás lo recuerdo vagamente, como si fuera un sueño, como pequeños *flashes*...

—¿No recuerdas que fui a verte y que te hablé?

—No... Lo sé porque me lo dijo mi madre, pero no lo recuerdo —susurró con un deje más alegre en su voz—. Cuando desperté y me di cuenta del tiempo que había pasado dormida, creí que era mentira, como si los médicos me estuviesen gastando una broma...

—No se supo quién fue el culpable de tu accidente, ¿verdad?

—No, aun después de un año sigue sin saberse nada. Simplemente se dio a la fuga y nadie vio nada... —murmuró Idalia.

—Debió de ser duro.

—Sí... Tengo un recuerdo amargo de cuando desperté. Lo primero que hice fue maldecir mi mala suerte, el verme postrada en aquella cama, llena de vendas y recién salida de un coma. Se juntó, además, el hecho de ver raro a Arturo, de su frialdad hacia mí. A los pocos días, fue cuando me dijo que me dejaba, que ya no me quería y que lo sentía mucho por decírmelo en mi estado,

pero que no podía casarse conmigo... —susurró con dolor en la voz—. Lo único que me ayudó a salir de aquella espiral de autocompasión fue cuando encontré esa nota...

Landon apretó los puños de golpe al oír esa última frase que lo puso en alerta, haciendo, incluso, que dejase de respirar para no perderse ninguna palabra de la conversación de las dos primas.

—Mi madre me habló de ese papel que encontraste en la mesilla del hospital.

—Sí. Aún no sé de quién es, y supongo que jamás lo sabré... Dice mi madre que seguramente fuera de algún enfermero en prácticas que pasaba por allí, pero yo no lo creo... El caso es que esa palabra hizo que mi mente cambiara el chip, que se reiniciase y no pensase en mi mala suerte, sino que comenzara a creer en mí y a centrar mi mente y mi energía en que debía salir de aquello lo antes posible, para poder cumplir la promesa que yo misma me hice cuando tuve esa nota en mi mano, llorando por lo que me había sucedido y sintiéndome al mismo tiempo afortunada de haber despertado sin secuelas... Es una sensación bastante extraña de describir, porque lo sientes todo a la vez: felicidad y rabia, alegría y desesperación, esperanza y miedo...

—¿Qué decía la nota? —preguntó Alba con curiosidad.

Landon cerró los ojos con fuerza, anhelando que no fuera lo que él creía, que fuera pura casualidad.

—«Vive.»

Landon abrió los ojos por la sorpresa y maldijo para sus adentros. ¡No podía ser! Sin más, con miedo de que lo descubrieran, deshizo el camino para salir del apartamento. Con cuidado, cerró la puerta y, antes de entrar en el suyo, pudo oír la voz clara de Alba, que le decía:

—¡Estamos bien, Landon!

Con el corazón latiéndole frenéticamente en el pecho, regresó a su cama. «No puede ser. ¡Es absurdo! ¿Cómo es posible que, de tantas ciudades que hay en el mundo, haya tenido que venir a parar a ésta? ¡A tan sólo unos pasos de

donde yo vivo! ¡¡Esto es una puta locura!! Es una broma que alguien quiere gastarme a sabiendas de que me marché temiendo por su vida, temiendo que esa frágil muchacha muriera... Y ahora la tengo al lado y se me ha metido bajo la piel... ¿Y si es por eso por lo que no puedo dejar de pensar en ella? Aunque la vi una vez, puede ser que mi subconsciente se acuerde de ella y por eso me lleva a su lado, por eso no me deja en paz, ansiando que ésta descubra lo que ha venido a vivir aquí... ¿Y si ése es precisamente mi cometido?», pensó sin dar crédito al cerciorarse de que Idalia era *ella*, la muchacha que había visto en el hospital y que se acordaba de la nota que le había dejado antes de marcharse de España... Por qué lo había hecho era sin duda una buena pregunta, una para la que no tenía respuesta. Había sentido la necesidad de dejar constancia de que había estado allí, de que la había visto, tan demacrada y tan frágil que se le había roto el corazón... No había sabido nada de ella durante ese año, y ahora era curioso —por no decir aterrador, ya que jamás había pensado que se la volvería a encontrar— saber que en todo ese tiempo, incluso más, ya que él vivía en ese edificio mucho antes que Alba, había tenido a su prima puerta con puerta. Con aquello rondándole la cabeza, al fin, se quedó dormido, pensando en que el mundo era un pañuelo o el destino un bromista...

A la mañana siguiente se levantó de un salto y fue al apartamento de Alba como todos los días, aunque su mente y su cuerpo se debatían entre ver o no a Idalia. Sin saber la respuesta, prefirió actuar con normalidad.

—Prepárame uno bien cargado, Landon —pidió Alba mientras se aproximaba a él con paso cansado.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó consciente de que no podía hacerse el loco sin más, ya que ella lo había oído abandonar el apartamento.

—Idalia tuvo una pesadilla... Revivió lo que le sucedió —murmuró Alba

con preocupación—. Sé que es fuerte y sé que lo superará por completo, pero es normal que tenga días menos buenos...

—Claro. ¿Qué le pasó? —preguntó con disimulo mientras observaba cómo ésta desayunaba.

—Un coche se saltó un semáforo y colisionó contra el suyo. El conductor se marchó dejándola malherida...

—Y ¿no lo encontraron?

—No... —susurró Alba

—Joder...

—Sí... Es una mierda que haya gente así por el mundo, que no piense que sus actos tienen repercusiones. Mi prima ha estado durante muchos meses recuperándose de aquel accidente, que, gracias al cielo, no le ha dejado secuelas...

—Tienes razón... —murmuró Landon—. ¿Adónde vas tan temprano? —preguntó cambiando de tema, ya que ése aún le resultaba algo incómodo de afrontar. ¡Había pasado toda la noche asimilando que Idalia era aquella muchacha!

—La vida del autónomo, que es muy divertida y tal... La conoces, ¿verdad? —soltó Alba con ironía mientras se tomaba el café y observaba cómo éste asentía con resignación al saber de lo que le estaba hablando—. Hoy me toca ir al gestor, después he quedado con Tiziano para ir a encargar unas cajas de bebidas a un nuevo representante y, después, iremos a encargar unos sofás rositas *cuquis* para la esquina desolada del bar.

—¡Menudo día!

—Ya te digo —bufó ya cansada por todo lo que tenía que hacer—. Mi prima, entre que llegó anoche tarde y la pesadilla que nos desveló, está ahora mismo durmiendo y me da apuro despertarla. Si la ves, ¿le dices que no sé a qué hora volveré a casa?

—Claro —susurró dejando la taza de café delante de ella.

—Creo que ayer hubo lío con el perfecto caballero, ¡al fin! Creí que jamás

se iba a lanzar el chico, porque mi prima para eso es más recatada, aunque yo no pare de animarla a que dé el paso.

—Y ¿qué te hace pensar que sucedió algo?

—Llegó tarde y se fue directamente a su dormitorio sin entrar en el mío para hablar —dijo guiñándole un ojo—. Cuando se despertó de la pesadilla no se lo pregunté, al final nos quedamos dormidas las dos en la misma cama —añadió negando con la cabeza con una sonrisa—. Ay, a ver si Julieta también me trae uno así, pero más pervertido y más malote —comentó dándole un trago al café.

—¿Julieta? —inquirió Landon sin entender nada.

—Sí, Idalia y yo visitamos la casa de Julieta y se lo pedimos... Bueno, para ser sincera, se lo pedí yo por las dos, que mi prima para estas cosas es más vergonzosa, pero, chico, a nadie lo amarga un dulce, y si nos puede echar una mano para encontrar el amor, mejor que mejor.

—Y ¿creéis que una estatua de bronce hará que encontréis el amor?

—Si no se prueba, no se sabe —replicó Alba—. ¡Mierda! Llego tarde —dijo mirando el reloj de su muñeca, cogiendo la taza y terminándose el contenido de un trago—. Nos vemos luego.

—¡Ánimo!

Antes de marcharse, Alba le sacó la lengua con guasa y luego salió corriendo de la casa. Landon terminó de desayunar y recogió la cocina sin perder tiempo.

—¿Ya se ha ido mi prima? —preguntó Idalia al poco, tan adorablemente arrebatadora como la noche anterior que visitó su casa, haciendo que éste dejara el trapo casi a cámara lenta sobre la encimera, observándola con atención, mirándola como si fuera la primera vez, sabiendo que sus caminos habían vuelto a cruzarse después de tanto tiempo y sin saber por qué razón.

—Sí —susurró Landon apartando la mirada de aquel camisón que lo incitaba a que se lo arrancara para descubrir su sensual cuerpo—. Tenía que

hacer unas gestiones, y me ha pedido que te dijese que no sabe a qué hora volverá.

—Puf... —resopló Idalia con una sonrisa—. Luego me dice que yo estaba obsesionada con mi trabajo...

—Por eso no te preocupes, que Alba no está precisamente obsesionada con el suyo —comentó dando un paso hacia ella.

—Hoy vas con camiseta... —observó echándole una buena mirada que hizo que éste sonriese complacido.

—Sí, no quiero que tu prima se enamore al ver mi torso tatuado —explicó satisfecho de que ella se hubiese fijado en aquel detalle.

—¿Es eso lo que pretendes conmigo? —preguntó haciendo que Landon enarcase divertido la ceja.

—No, Idalia, yo no pretendo que te enamores de mí; es más, no lo deseo.

—¿Entonces? —preguntó cruzando los brazos, dispuesta a llegar al meollo de aquel asunto que comenzaba a aturdirla.

—Sólo hago realidad lo que tu cuerpo desea pero tu mente impide —dijo dando un paso hacia ella, aproximándose peligrosamente a su cuerpo.

—A ver que me entere... —susurró con una inocencia que a Landon lo excitó de golpe—. ¿Me estás diciendo que tú sabes lo que desea mi cuerpo?

—Sí —contestó convencido.

—¿Cómo?

—Tu mirada me lo dice, cuando me miras, cuando te quedas embobada observando mis brazos, mis manos, mis labios... Todo tu cuerpo lo grita, pero tú no le haces caso... Una pena, porque lo pasaríamos bien —añadió levantando los hombros con resignación.

—Eres un poco creído, ¿no? —soltó obviando lo que sentía en esos momentos cuando éste estaba a pocos pasos de ella. ¡Su cuerpo estaba revolucionado sólo con tenerlo delante!

—No. Sólo digo lo que llevas pensando toda la noche, Idalia —susurró cogiendo un mechón de su cabello y acariciándoselo con una parsimonia

enloquecedora—. ¿Acaso me dirás que no soñaste que te follaba contra mi puerta? —preguntó en voz baja, haciendo que ella contuviese la respiración.

—¡Eres...! —soltó ofendida y a la vez sorprendentemente excitada por sus palabras.

—... un hombre que podría darte lo que deseas, sin preguntas y sin compromiso —añadió terminando la frase por ella—. Sin tener que esperar a equis citas para tenerlo, simplemente llamando a mi puerta y pasando al interior lo tendrías... Dime, ¿cuánto tiempo llevas sin follar?

—Eh... —susurró sin poder apartar la mirada de él. Landon era como un encantador de serpientes, era comenzar a hablar y no poder prestar atención a nada más que a sus increíbles ojos azules y a sus tentadores labios—. Mucho.

—¿Crees que tu Romeo te hará gemir como yo puedo hacerlo? —preguntó llevándose el mechón de cabello a su nariz para olerlo de una manera increíblemente seductora que a Idalia la excitó todavía más, sintiendo en su sexo mil pinchacitos que la avisaban de que aquello estaba muy bien.

—Es posible. —Al tiempo que pronunciaba esas palabras notó cómo su sexo se contraía a la espera del siguiente paso.

—Él te tratará como a la damisela que le has mostrado, a una mujer que hay que adorar antes de poder tocar, y yo te trataré como a la Idalia que vi anoche, capaz de llamar a la puerta de un hombre para pedirle explicaciones, a esa que oí gemir mientras la besaba, a esa que me demostró que no es tan rígida como todos creen. Piénsalo, Idalia... —susurró Landon apartándose de ella y dejándola sola casi al borde de la locura.

Cerró la puerta del apartamento de Alba y fue directamente a la calle. Necesitaba aire fresco enseguida, aquel juego lo estaba enloqueciendo, y ya sabía que no podría parar hasta tenerla donde él deseaba: desnuda y gimiendo con todo lo que él deseaba hacerle.

Abrió su negocio y se obligó a no pensar en la respiración entrecortada de Idalia, ni en cómo se adivinaban sus pezones erectos bajo la fina tela del camisón, ni tampoco en aquellos labios entreabiertos dispuestos a dejarse

besar. Negó con la cabeza tratando de concentrarse en su trabajo, aquello lo estaba desquiciando y no sabía si saldría bien o, simplemente, sería un mero espectador de la idílica relación de Romeo con su Julieta...

Durante todo el día estuvo expectante de los movimientos de Idalia, no sabía si pretender que ella se lanzara a su cuello era pedir demasiado, pero cosas más extrañas se habían visto, ¿no? La observó salir al rato, iba con ropa de deporte y supuso que iría al gimnasio. Después volvió, se cambió y por la tarde volvió a salir. Aquel vestido formal delató a quién iba a ver y eso hizo que a Landon se le agriase la tarde. ¿Qué tenía que hacer para que ella se diera cuenta de que con él podía tener todo lo que necesitaba? Bueno, era cierto que todo no..., ya que el amor para él no entraba dentro de esa ecuación, pero Idalia siempre decía que quería disfrutar y hacer locuras, ¡y él estaba dispuesto a cometer todas las que ella quisiera! A su hora, cerró el estudio, sabía que Idalia no había regresado aún de donde estuviera, pero su intuición le decía que estaba con aquel Romeo de imitación que comenzaba a caerle cada día peor. Se entretuvo por la calle, hablando con un vecino, y de repente observó cómo un Mercedes se detenía delante del edificio. Sin disimular, ya que él no valía para esas cosas, los vio salir sonrientes de aquel coche: él la miraba como si Idalia fuera de porcelana, y ella sonreía con una candidez que a Landon le revolvió el estómago. La mirada de ella se encontró de pronto con la suya y sintió, desde donde se encontraba, que su cuerpo comenzaba a temblar, que sus mejillas se tornaban rosadas y que su respiración se aceleraba. Fabio, cómo no, le dio un casto beso en la mano que a ella le hizo hacer una mueca parecida a una sonrisa, pero que escondía toda la frustración que sentía tras esa fría separación, y se despidió de él para, después, entrar en el portal. Sin perder tiempo, Landon se alejó del vecino con el que hablaba despidiéndose casi a la carrera y se metió en el edificio sin resuello, llegando justo a tiempo para entrar en el ascensor con ella.

—Hola —dijo Idalia sobresaltada observando sus movimientos seguros al apoyarse en la pared que se hallaba enfrente de donde estaba ella, como si

fuese casual que compartieran el ascensor, mientras disimulaba su respiración alterada por el esfuerzo realizado.

—¿Qué tal el día?

—Bien, como siempre... —murmuró. Su proximidad, su voz, su presencia la hacían titubear.

—Veo que tu Romeo sigue adorándote —masculló Landon observando su reacción.

—¡No es mi Romeo! —terció harta de que lo llamase de esa manera.

—Dime, ¿hasta cuándo vas a esperar para dar el siguiente paso? —preguntó acercándose a ella de una manera peligrosamente desquiciante.

—¿El siguiente paso? —repitió Idalia lentamente, observando cómo él se posicionaba a tan sólo unos centímetros de donde estaba ella, llenándolo todo con su calor y su aplomo.

—Sí... —susurró con una ladina sonrisa, observando cada pequeño cambio en ella—. Cuando él está cerca de ti, ¿ansías besarlo como a mí? —preguntó apoyando ambas manos a cada lado de la cabeza de ella, encerrándola con su cuerpo y obligando de esa forma a que ella sólo le prestase atención a él.

—Yo no deseo besarte —replicó en un perceptible jadeo que hizo sonreír a Landon, sabiendo que mentía al instante.

—¿No? —inquirió acariciando con su nariz la de ella. La joven cerró los ojos y abrió los labios—. Y, si no lo deseas, ¿por qué tu cuerpo vibra cuando estoy cerca?

Idalia reprimió un gemido al darse cuenta de cómo su cuerpo inconscientemente se amoldaba al de él. Landon sonrió, de aquella manera chulesca que Idalia aborrecía, apartándose de ella para salir del ascensor cuando éste se abrió y dejándola de nuevo excitada, alterada y sola.

—¡No puedes hacerme eso! —exclamó saliendo del ascensor para encararse a él.

—Yo no te he hecho nada —indicó con exagerada inocencia mientras abría la puerta de su casa.

—Eres... eres... —comenzó a decir buscando las palabras adecuadas, pero su mente estaba demasiado pendiente de aquella mirada fría y tentadora que la retaba como nadie lo había hecho antes, de aquel halo de sexualidad que lo envolvía todo y del que no podía ni quería escapar.

—Soy el que te hará sentir viva —soltó Landon acercándose a ella para deslizar con parsimonia y de una manera enloquecedora su lengua por los labios entreabiertos de ella, probando su sabor, aquel que llevaba recordando desde que había probado su boca.

Y, sin más, se metió en su apartamento, dejándola jadeante y frustrada por encontrarse de nuevo delante de su puerta cerrada, terriblemente excitada.

—¡Ufffff! —exclamó Idalia con rabia nada más entrar en el apartamento de su prima mientras observaba que ésta hablaba por teléfono sentada en el sofá.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alba al verla tan enfadada, mientras, rápidamente, finalizaba la llamada y dejaba el móvil junto a ella.

—¡Estoy que muerdo! Eso es lo que me pasa —soltó moviéndose nerviosa por el salón bajo la atenta mirada de su prima.

—¿Y eso? ¡No me lo digas! Fabio te ha besado y se te han desintegrado tus bragas favoritas —repuso, haciendo que Idalia riese por sus locas ocurrencias.

—¡Ojalá! —exclamó dejándose caer en el sofá a su lado—. Fabio sigue en la misma línea, Alba... Sólo besos en la mano y poco más. A veces pienso que únicamente le gusta hablar conmigo pero que físicamente no le atraigo... —informó comentando uno de sus problemas, ya que el otro vivía en la puerta de enfrente.

—Y ¿por qué no pruebas tú a atacarlo? ¡Es lo último que te falta por hacer! No esperes a que sea él quien mueva ficha, sé una mujer moderna y da ese paso con toda la naturalidad del mundo —añadió convencida.

—¿Tú crees que debería? —preguntó dudosa de que aquello fuera a resultar.

—¡Por supuesto, Idalia! —casi gritó—. Te gusta, ¿no?

—Sí... —susurró viniéndole a la mente el vecino. ¿Cómo reaccionaría su prima si se enterara de que éste ya la había besado y había estado a punto de provocar una combustión espontánea en sus braguitas?

—¡Pues ya está! Mañana le plantas un muerdo y a ver qué pasa —indicó Alba con rotundidad—. Pero hazlo de verdad. No como todas las veces que te he sugerido que lo hicieras...

—Ya, es cierto, lo haré... —susurró pensando en aquella posibilidad.

A lo mejor lo que necesitaba era precisamente eso, besar a Fabio para poder enfrentarse a Landon sin que se le erizara todo el cuerpo cuando éste la miraba de aquella manera tan salvajemente seductora. Su prima comenzó a hablarle de todo lo que había hecho ella ese día y, mientras tanto, Idalia no cesó de pensar en si reaccionaría de la misma manera cuando besara a Fabio, en si su cuerpo se amoldaría al de éste y dejaría de existir todo lo que hubiese a su alrededor cuando notase sus sugerentes labios...

—¡Vamos a prepararnos para esta noche! —exclamó Alba dando por finalizada la conversación y levantándose del sofá.

—Voy a cambiarme de ropa —avisó Idalia yendo hacia su dormitorio. Al entrar, se percató de que había varias cosas fuera de su lugar—. Alba, ¿has entrado en mi cuarto? —preguntó consciente de que su prima se encontraba en la habitación de al lado.

—Sí. Te he cogido unas sandalias que necesitaba, pero ya te las he devuelto —respondió ella desde el otro dormitorio—. Espero que no te moleste...

—Qué va —contestó mientras comenzaba a cambiarse de ropa.

El trabajo en el bar la ayudó a despejarse un poco, y no ver a Landon por allí, con esa mirada de ser supremo, la hizo estar más serena. No sabía qué le ocurría, pero era verlo y de repente se le secaba la garganta y comenzaba a sentir cómo cada terminación nerviosa de su cuerpo la arrastraba hacia él. Sabía que su presencia la hacía ponerse alerta, incluso se preparaba para contestar cualquier sandez que se le ocurriera decirle. Además, era tarea difícil no prestar atención a sus ojos, tan expresivos y fieros, y a sus labios,

tan sensuales y provocadores, y cuando lo veía sin camiseta..., un calor sofocante comenzaba a ascender desde los pies hasta su cabeza, llenándolo todo y haciéndole difícil incluso hablar. No obstante, lo que más la sorprendía era que con él podía ser la persona que siempre había querido, aunque le faltaba dar un pequeño paso más, ese que éste no cesaba de provocar una y otra vez, y ese que ella no sabía si era correcto darlo con él o pelear para darlo con Fabio...

A la mañana siguiente se levantó dispuesta a acabar con ese embrollo que tenía en la mente. Fue directamente a la ducha y, al salir, no pudo reprimir la necesidad que sentía de saber si él estaría esperándola en la cocina. Cuando comprobó que no había nadie, una desilusión le inundó el cuerpo, haciendo que enarcase una ceja sorprendida por sentirse así. Mejor para ella, ¿no?, se animó. Después de vestirse, secarse el cabello y desayunar, no supo qué más hacer, ya que Fabio hasta la tarde no podría quedar con ella y su prima no se encontraba en el apartamento, algo que últimamente estaba siendo costumbre, ya que siempre tenía cosas que hacer y poco tiempo libre. Se lo había comentado ya antes de que Idalia viajase a Verona, cuando comenzó a ponerle pegos al saber de su intención de pasar unos días con ella, por lo que era consciente de que no podía molestarse con su prima al no verla prácticamente hasta la hora de la apertura del bar. Como un león enjaulado, comenzó a dar vueltas por la casa, ordenando las ya de por sí organizadas habitaciones, intentando que pasase con la mayor celeridad posible el tiempo, ¡pero le estaba siendo imposible!

«¿Y si bajo y entró en su estudio de tatuajes?...

»¡No, ni se te ocurra! Si entras, ya sabes lo que pasará, y ¿qué harás entonces?...

»Joder, si Fabio fuera como Landon, no estaría volviéndome loca», pensó

y, de repente, con esa última frase, cerró los ojos y maldijo.

—Pero si Fabio es perfecto, ¿qué leches estoy diciendo? —soltó con frustración al sorprenderse de sus propios pensamientos.

Esperó a Fabio en la calle, ya que se había cansado de estar en el apartamento, y al poco lo vio con su deslumbrante Mercedes y su sonrisa de anuncio. Lo saludó con la mano intentando que no se bajase del coche, pero él era un auténtico caballero de los que abren las puertas y dan besos en las manos...

—Hola, ¿qué tal el día? —preguntó Idalia cuando él arrancó el coche para llevarla a dar un paseo por la ciudad.

—Con las últimas reuniones, que son todavía más tediosas que las de principio de curso, y con ganas de acabar para verte —susurró mostrándole su deslumbrante sonrisa—. ¿Y tú?

—Aburrida —comentó ella encogiéndose de hombros—. ¿Adónde vamos?

—Vi que te había gustado mucho el lago de Garda, y he pensado en enseñarte uno de mis lugares favoritos. ¿Has estado en más sitios por esa zona? —preguntó con curiosidad.

—No, sólo estuve en el parque de atracciones —comentó Idalia.

—¿Entraste en el parque? —inquirió él extrañado al no asociar aquel lugar con una mujer como ella.

—Sí, y monté en unas cuantas atracciones que pensé que me aterrarían —contestó con una sonrisa al recordar aquella espléndida tarde—. ¿A ti te gusta?

—No especialmente —repuso convencido—. Si me dan a elegir, prefiero ir a un museo o a la ópera antes que pisar un sitio como ése —añadió pendiente de la carretera.

—Ya... —masculló Idalia, observando su seriedad al conducir.

—Te va a encantar este lugar, ¡es precioso! —exclamó Fabio con emoción mientras ella lo contemplaba en silencio, preguntándose cómo haría para acercarse a él para besarlo.

Poco menos de una hora después, Fabio estacionó el vehículo y abrió la

puerta del acompañante para que ella bajase.

—Bienvenida a Sirmione —anunció con una amplia sonrisa dirigiéndola por un camino en el que se podía observar un maravilloso castillo pegado al lago.

—¡Oh! —exclamó fascinada por la preciosa estampa.

Fabio sonrió mientras la acercaba hasta el castillo Scaligero o, como lo llamaban actualmente, Rocca Scaligera, una fortificación de un puerto medieval, parte del cual se encontraba sumergido en el lago, creando una estampa original y preciosa. Idalia se dejó envolver por la maravillosa historia que él le contaba de aquel castillo, el cual no había sido residencia de ningún miembro de la corte, lo que había hecho que no aumentara en prestigio. Simplemente era utilizado antiguamente como paso obligado para entrar en Sirmione y, mucho después, se empleó como depósito de almacenamiento. Fabio no cesaba de hablar de aquella época, e incluso entraron en la sala principal, donde se podía ver una colección importante de hallazgos romanos y algunos medievales.

—Esto es maravilloso —susurró Idalia emocionada al ver con sus propios ojos parte de las murallas sumergidas en el lago.

—Sabía que te gustaría —indicó él sonriente.

—Fabio... —murmuró Idalia al rato de estar de pie, observando el horizonte, uno junto al otro, sin tocarse ni por un segundo, algo que seguía frustrándola.

—Dime.

—Yo... —balbuceó, pues le resultaba muy difícil dar ese paso con él.

—¿Sí? —preguntó Fabio observándola con detenimiento—. ¿Te ocurre algo? Te noto acalorada...

—Ehm... No, no..., estoy bien —contestó azorada porque su cuerpo delatase la dificultad que le estaba suponiendo dar ella el primer paso.

—¿De verdad? No sé, Idalia, me estás preocupando, jamás te había visto así. ¿Tienes fiebre? —preguntó tocándole castamente la frente con la mano.

—Fabio, bésame —soltó sin más, haciendo que él la mirase extrañado y retirara la mano de su frente casi a cámara lenta, como si estuviera procesando sus palabras.

—¿Quieres que te bese? —inquirió asombrado por su petición.

—¡Sí, joder! —soltó agotada de esperar aquel paso que jamás llegaba—. Perdóname por la última palabra, estaba fuera de lugar... Pero bésame, y no en la mano, ni en la frente, sino en los labios.

—Idalia —susurró Fabio acariciándole con ternura el rostro y clavando sus ojos en ella, queriendo decirle tantísimas cosas con esa mirada, como si aquella petición le supusiese un mundo entero—. Había pensado que nuestro primer beso debía ser en un lugar especial, a la luz de la luna, después de haberte hablado de amor y de haberte abierto mi corazón.

—Ya tuvimos la oportunidad de hacerlo en un momento así y no lo hiciste...

—¿Cuando estuvimos en Riva del Garda?

—Sí.

—Había demasiadas personas en aquel lugar... —susurró haciendo una mueca de disgusto.

—Bueno, ahora no hay nadie que nos conozca —informó observando a los turistas que se hacían fotos allí y ni siquiera reparaban en ellos—. Además, este sitio está bien, Fabio —bufó viendo que aquello seguía resultando complicado—. Y no hace falta hablar de tantas cosas para que me beses...

—¿En serio que es esto lo que deseas? —preguntó Fabio, apoyando su frente en la de ella, como si sufriese por las consecuencias de ese acto—. ¿No lo estropeará?

—No lo va a estropear, te lo aseguro. Por favor, ¡cállate y bésame de una vez! —soltó cogiéndolo por la nuca para ser ella quien lo obligase a acercarse a su boca.

Idalia juntó sus labios con los de Fabio casi con desesperación y él la recibió con delicadeza, besándola con lentitud, con esmero, con sosiego y

ternura. Luego, él le dio un último beso antes de separarse, dejándola todavía más confundida de lo que lo estaba en un principio.

—¿Lo has notado? —preguntó Fabio con entusiasmo—. Sólo ha faltado que saltasen chispas —dijo haciendo que Idalia parpadeara varias veces, tratando de encontrar alguna lógica a todo aquello, ya que ella no había notado nada.

—Sí... —musitó sin saber qué decir, dejándose llevar hasta el coche, mientras Fabio comentaba lo bien que compaginaban en todos los sentidos y lo felices que serían juntos.

—¿Has preparado ya la maleta? —preguntó Fabio deteniendo el coche delante del edificio donde vivía Idalia.

Ella prácticamente no había hablado desde que habían subido al vehículo, sumida en sus pensamientos y analizando sus sensaciones tras ese beso casi robado.

—No, aún no...

—Coge un vestido elegante, me encantaría llevarte al teatro —indicó con entusiasmo.

—Claro —asintió con una sonrisa.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí, por supuesto —susurró forzando una alegría que no sentía.

Fabio la acompañó a la puerta y ella esperó a que la besara nuevamente en los labios, pero, para su sorpresa, éste le dio el tradicional beso en la mano.

—Antes me ha encantado besarte, pero no soy de hacerlo en público —informó él al percibir la extrañeza en su mirada—. Me gusta la intimidad, poder hacerlo sin que haya nadie mirando. Te aseguro que habrá más, muchos más, Idalia, eres tan maravillosa que no puedo esperar a que llegue mañana para verte.

—Ya... —titubeó ella sin saber qué decir, ya que estaba en estado de

shock. ¡No había esperado esa reacción por su parte!—. Hasta mañana, Fabio —se despidió abriendo la puerta y subiendo con los ánimos por los suelos hasta el apartamento.

«Joder, y ¿ahora qué», se decía mientras se miraba en el espejo del ascensor, apreciando la desilusión en su rostro, pensando que algo fallaba, aunque no sabía qué. Entró en el apartamento con la misma apatía y vio a su prima, que cerraba rápidamente el ordenador portátil y lo dejaba sobre la mesa de centro para mirarla con curiosidad.

—¿Qué? —le preguntó sin ni siquiera saludarla.

—Me lo esperaba mejor... —bufó Idalia consternada, sentándose en el sofá y cogiendo un cojín para taparse la cara. Aquello cada vez se estaba complicando más y no sabía qué pensar.

—No me digas que el hombre perfecto no besa bien...

—No es eso... Besa bien. Fue agradable, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé, lo esperaba mejor —murmuró sin poder decirle que lo esperaba mejor que el que le había dado Landon, quien, tan sólo con un beso, la había dejado temblando de excitación. En cambio, con Fabio no había sentido nada de eso; había sido simplemente un beso, agradable, sí, pero sin magia, sin pasión, y sin esa desesperación que había sentido con su vecino...

—Esas cosas tienen remedio: enséñale tú —repuso Alba con tranquilidad.

—¿A besar?

—Enséñale cómo quieres que te bese —especificó—. A todas no nos gustan los mismos besos, a lo mejor él te ha dado el básico para no asustarte. Pídele cómo lo quieres.

—Sí, podría probar... —susurró abatida. Ella no quería pedirle nada, quería que saliese solo, como lo había sentido con el de Landon...

—¿Qué te pasa? —preguntó Alba divertida observando el rostro ceniciento de su prima—. ¿No me habías dicho que Fabio te gustaba?

—Sí...

—El primer beso a veces no es desencadenante de nada. A lo mejor lo vuestro se soluciona con el tiempo —susurró percatándose del gesto de apatía de su prima—. Pero, ya sabes, nadie te obliga a seguir conociéndolo. Si piensas que no es para ti, díselo, y a otra cosa, mariposa.

—No lo sé, Alba. Me encanta compartir mi tiempo con él, es un hombre superinteresante, guapo hasta decir basta, que me trata de una manera idílica, pero el beso me ha dejado fría...

—Date tiempo, Idalia, y decide lo que más te convenga —terció intentando animar a su prima.

—Sí, eso haré —respondió convencida.

—Anda, cámbiate y vamos a trabajar un rato. Dicen que las penas son menos si una se siente realizada —añadió Alba jocosa, animando a su prima a que se levantara del sofá.

Aquella noche no pararon de trabajar, parecía que se habían puesto todos de acuerdo para tomar una copa en el local de Alba, algo que le reportaría unos buenos beneficios.

Mientras preparaba un cóctel, con más o menos destreza, Idalia se percató de la magnética presencia de Landon, que hablaba con Alba en la barra, a pocos pasos de donde estaba ella. Intentó serenarse y concentrarse en su tarea, tratando de ignorar cómo Martina se acercaba rápidamente a él y se inclinaba insinuante en la barra para que éste pudiese ver sin dificultad su desbordante escote. Idalia le entregó la bebida al cliente, deteniéndose a observar de reojo aquella sonrisa canalla que mostraba Landon al hablar con Alba, bromeando sobre cualquier cosa, ignorando las mil y una insinuaciones que le hacía Martina. Por un instante, sus miradas se encontraron en un breve espacio de tiempo, lo justo para sentir cómo se le erizaba el vello y se le endurecían los pezones... Pero ¿qué le pasaba con ese hombre? Era mirarlo y su cuerpo

entraba en combustión espontánea, algo que jamás de los jamases le había ocurrido... Siguió trabajando pendiente de sus movimientos y, sobre todo, de los movimientos de las mujeres al posicionarse al lado de él. Idalia las comprendía, con esa camiseta negra ceñida a su magnífico cuerpo y dejando al aire sus fuertes brazos, cualquiera en su sano juicio se le habría acercado. «¿Por qué nos atraen más los chicos malos si siempre suspiramos por encontrar a uno bueno?», se preguntó apartando la mirada de él, que comenzaba a charlar con una morenaza espectacular, y fijándose en su prima, que hablaba con un hombre de aspecto muy intimidante de una manera demasiado cercana, como si lo conociera y estuviesen discutiendo algo de vital importancia por los gestos que hacían ambos al hablar. Fue aproximándose hacia ellos, pero, cuando Alba se percató de su presencia, despidió al hombre con la cabeza y lo animó con la mano para que saliese de allí con la mayor celeridad posible.

—¿Lo conoces? —le preguntó Idalia a su prima.

—Un cliente del bar, nadie importante —contestó quitándole relevancia al asunto mientras se dirigía a atender a otro.

Idalia la miró un instante, ¿veía fantasmas donde no los había o su prima estaba más extraña de lo habitual?

Landon salió del bar de Alba enfurruñado y disgustado al saber que Idalia había besado a Fabio, ya que su prima no dudó en contarle la nueva noticia. Lo cierto es que le sentó fatal, ¡terriblemente mal!, pese a que mejorase después, cuando Alba le confesó que a Idalia no le había gustado tanto como ella deseaba y, todo ello, disimulando con gran soltura que no le importaba nada de lo que ésta le contara sobre su adorada primita... Por eso se había quedado en el bar, dejando que las mujeres se le acercaran, hablando con una y con otra, intentando que ella lo viese, que espabilase... ¡Pero de nada había servido! Se metió en su apartamento pensando que Idalia era un caso perdido, una mujer a la que le gustaba ser una damisela —aunque dijera lo contrario, sus actos la delataban—, viviendo las cosas siempre a medias y no arriesgándose a vivirlas de verdad. Tumbado en su cama, las oyó subir después de cerrar el local y se convenció de que lo mejor era dejarla en paz, ¡no valía la pena todo lo que estaba haciendo! Al fin y al cabo, Idalia había elegido vivir aquella idílica y romántica relación con ese hombre que no había aprovechado que ésta quisiera besarlo. ¡Pero si a ella ni siquiera le había gustado el beso! Aun así, seguía adelante con su relación, sin importarles que con él podía llegar a vivirlo todo intensamente. Landon lo sabía. Lo había notado cuando le había dado aquel beso, lo había sentido los días siguientes cuando se la encontraba, su cuerpo lo llamaba a gritos, pero ella no lo escuchaba...

—¡Imbécil! —se dijo a sí mismo con resquemor por pensar que Idalia realmente quería dejar a un lado su anterior vida y dejarse llevar por todo lo que podía darle él.

Los siguientes días se concentró en no verla. Iba muy temprano a desayunar a casa de Alba, mucho antes de que Idalia se despertara, hablaba un rato con su vecina —a la que empezó a encontrar más nerviosa de lo habitual, algo que achacó a las grandes responsabilidades de tener un negocio—, para después marcharse a trabajar a su estudio de tatuajes, sin esperar a que Idalia saliese de su dormitorio, ya que intentaba desprenderse de aquella extraña sensación que lo llevaba irremediamente hasta ella para enloquecerla y tentarla... Trataba de no preguntarle a Alba por la escapada que su prima haría con su Romeo a Roma, ya que no quería saber nada del tema; era mejor no saber, era mejor apartarse de ella y que siguiera confeccionando su cuento de fantasía, donde todo era rosa y algodónado, aunque los besos no le supieran tan bien... Él, mientras tanto, después de trabajar, se machacaba en el gimnasio, visitaba a su madre y se tomaba unas cervezas con alguno de sus colegas —en otro local, ya que no pisaba el bar de debajo de su casa por la misma razón que intentaba no pisar el apartamento de su vecina cuando sabía que ella estaba—, procurando mantener a raya sus pensamientos y dejando de pensar que *ella* —aún no podía creer que sus caminos hubieran vuelto a cruzarse— se hallaba en la puerta de enfrente, tan cerca pero a la vez tan lejos...

El viernes llegó en un suspiro para Landon, tan veloz y desquiciante que tuvo que hacer acopio de fuerza para continuar con su vida, intentando despejar su mente de lo que sucedería en esos días con ella lejos de aquella ciudad, lejos de él.

—Hola —saludó alguien al entrar en su estudio.

Landon levantó la mirada y se encontró con la última persona que esperaba ver esa tarde.

—Hola —dijo observándola en silencio.

—No sabes dónde está mi prima, ¿verdad? —preguntó con una dejadez

notoria.

—No —terció Landon con rotundidad, percibiendo un ligero temblor en su cuerpo y deteniéndose en su tez pálida—. ¿No tendrías que estar viajando a Roma?

—Al final no voy —bufó ella con pesar mientras se aproximaba al mostrador donde estaba él—. Tienes un estudio muy bonito —comentó mirando alrededor, donde todo era de color blanco y negro, con un estilo minimalista muy moderno.

—Gracias —susurró pendiente de ella, de sus movimientos vacilantes, de su nerviosismo por encontrarse a solas con él—. ¿Ha pasado algo? —preguntó apretando los puños, esperando que el tal Fabio no la hubiese tratado mal, ya que no sabía cómo reaccionaría en ese caso.

—Más o menos... —dijo Idalia casi en un suspiro—. ¿Sabes una cosa? En España siempre me quejaba de que no tenía tiempo suficiente para vivir experiencias diferentes, distintas, de esas que cuando pasan los años las recuerdas con una sonrisa divertida o avergonzada, ¡da igual!, porque, aunque te arrepientas de haber hecho algo, eso te marca y te hace crecer como persona... —Hizo una pequeña pausa para mirar a su alrededor y después mirarlo a él, como si intentase hallar las palabras adecuadas—. Yo vine aquí queriendo realizarlas, una a una, todas las locuras que se me ocurrieran, y todavía no he hecho ni una... —resopló con dejadez—. Bueno, sí, sí que he hecho alguna, cuando tú me llevaste al parque de atracciones en moto —añadió con una sonrisa al recordar aquella tarde en la que se sintió más viva que nunca—, y cuando me besaste... —susurró ligeramente avergonzada.

—Irte a Roma a conocer a la hermana de ese hombre también puede ser considerado una locura, ¿qué haces aquí entonces? —preguntó él, obviando que Idalia recordara aquel beso que lo había perseguido todos aquellos días.

—Durante estas semanas he quedado con él todas las tardes, me ha llevado a lugares de ensueño, hemos hablado de la cultura veronesa, de la italiana y de la española. Hemos ido a tomar café a diferentes cafeterías, todas

maravillosas; hemos paseado por estas asombrosas calles, para, después, al finalizar la cita, dejarme ante la puerta del edificio, y en todos esos días no ha ocurrido nada —explicó Idalia ignorando su pregunta y contando todo lo que había sucedido para encontrarse en ese momento con el ánimo por los suelos y sin saber qué hacer a partir de entonces.

—¿Nada de qué? —preguntó él.

—No ha querido volver a besarme, ni siquiera rozarme, ni acercarse más a mí de la cuenta, ni siquiera cogerme de nuevo la mano... ¡Nada! —exclamó exasperada sin entender qué le ocurría a Fabio para comportarse de esa manera tan fría con ella—. Es un hombre maravilloso, de verdad, y sé que, si lo hubiese conocido mucho antes, yo... yo habría caído rendida a sus pies, porque siempre he anhelado eso en mi vida: un caballero, un hombre que me valore por cómo soy y no por mi cuerpo. Una persona que me corteje hasta enamorarme para después dar el siguiente paso sabiendo que nos amamos. Pero ahora no puedo... ¡Joder! —exclamó furiosa de no poder conformarse con lo que antes siempre había deseado—. No puedo irme con él a Roma, no puedo conocer a su hermana, no puedo dejar que esta relación tan perfecta siga adelante, porque sé que no voy a ser feliz hasta que haga cosas. ¡Yo necesito vivir! Necesito hacer locuras, necesito reírme a carcajadas, necesito tropezar mil veces y caerme otras mil, necesito hacer algo más, mucho más de lo que estoy haciendo ahora —explicó con una determinación aplastante—. Anoche prácticamente ni dormí pensando en el viaje a Roma y me di cuenta de que no deseaba ir... ¡Todo mi ser lo rechazaba! Por eso esta mañana lo he llamado y se lo he dicho.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Landon con seriedad, observando sus gestos y su preocupación, aquella lucha interna que había mantenido durante esos días para acabar tomando esa decisión.

—Que no estoy preparada para una relación tan formal y que lo siento mucho... —susurró con pesar.

—Y ¿él qué te ha dicho? —inquirió apretando los puños frenando su

carácter, ya que escuchar aquello no le estaba resultando sencillo.

—Que quería verme por la tarde... —murmuró Idalia con pesar—. De ahí vengo ahora mismo, de hablar con él, de ver lo perfecto que es para mí, de tener delante de mis narices a un hombre encantador, dispuesto a ir más lento de lo que iba, sólo para que me sienta cómoda con él... ¡Pero si ya iba a una velocidad de caracol conmigo! Dice que soy su alma gemela. ¡Joder, Landon! Nadie me ha dicho nunca nada parecido y, aun así, no he podido dejarme llevar, no he podido ignorar que ahora no necesito eso... —bufó consternada—. Le he dicho que de momento podemos ser amigos, nada más, ya que no puedo darle lo que él desea, y Fabio... ¡ha aceptado! —exclamó sorprendida de que éste estuviera de acuerdo con algo así—. ¡No sé! Sé que no soy la misma, el accidente y todo lo demás me ha cambiado, y lo que antes era perfecto para mí ahora no lo es tanto, y... ¡no sé qué pensar!

—No pienses, actúa de una vez por todas, es lo que quieres, ¿no? —soltó animándola a que se desprendiera de aquel yugo que le impedía ser ella misma.

—Sí, pero... ¡Joder! ¿Y si él es el hombre de mi vida y por culpa de mi obsesión por querer disfrutar de la vida lo pierdo? ¿Y si después de hacer las locuras que anhelo me doy cuenta de que no merecían tanto la pena y él ya no quiere nada conmigo? ¿Y si pierdo la oportunidad de estar con un hombre como él? —preguntó Idalia hecha un lío.

—Eso no lo sabes ni tú ni nadie. Las decisiones son eso, es tomar un camino sin conocer las consecuencias. Ese camino te llevará a vivir ciertas cosas y te alejará del otro, por el momento, pero nunca se sabe, a veces hay personas que vuelven a cruzarse de nuevo en tu vida... —explicó observándola con atención, diciéndole con la mirada que eso mismo le había pasado a él, que se la había encontrado de nuevo después de un año.

—Puf... —resopló hastiada de todo ese tema—. Eso espero, porque sé que Fabio merece la pena, pero no lo he conocido en el mejor momento. Él quiere

ya una novia formal, ¡me lo ha dicho! —explicó con una mueca de disgusto—. Pero yo no puedo atarme a alguien ya, yo necesito...

—Necesitas vivir —terminó la frase por ella.

—¡Exacto! —exclamó con alegría al saber que él la había comprendido.

—Pues ya está, Idalia. No te preocupes por Fabio, no te agobies por nada que no te haga sentir bien. Sigue adelante, continúa con tu plan de disfrutar de todo lo que te rodea y despréndete de esa rigidez que te impide hacer lo que deseas.

—Sí, eso es lo que haré... Aunque me cueste dar ese paso, tengo que deshacerme de este miedo y hacerlo —susurró ella—. Al final va a tener razón Alba y, debajo de todos esos tatuajes, hay un gran hombre.

—No te creas... —murmuró restándose importancia.

—Gracias por escucharme, Landon, y por ayudarme... Necesitaba hablar con alguien que entendiera por qué he dejado a un lado la oportunidad de estar con un maravilloso hombre...

—Tú misma te impones cosas que debes hacer, y eso es lo peor. Tienes que elegir lo que te haga feliz en cada momento. Lo que ayer creías que era perfecto para ti no tiene por qué ser lo mismo que necesitas hoy.

—Es verdad, tienes razón... Bueno, te dejo trabajar, no quiero molestarte más... Voy al apartamento a descansar un poco para esta noche y a ver si viene pronto mi prima... —titubeó mirándolo a los ojos unos segundos para después dar media vuelta casi a cámara lenta.

—Hasta luego, Idalia.

Landon la vio salir de su estudio y se quedó pensativo, a lo mejor no era tan damisela como pensaba; a lo mejor aquello que había vislumbrado con aquel beso no estaba tan apartado de la Idalia de verdad...

Cuando acabó su jornada laboral, Landon subió a su casa. Al rato, oyó salir

del edificio a las dos primas, dispuestas a trabajar en el bar de abajo y, aunque era tentador tener a Idalia tan cerca, hizo acopio de fuerzas y se quedó en su piso, con la televisión encendida pero sin ver nada, pensando en todo lo que había hablado con ella esa misma tarde, hasta que su amigo Maurizio lo llamó para invitarlo a una cerveza. ¿Cómo le iba a decir que no a su buen amigo?

Se cambió la camiseta por una negra de manga corta con una calavera estampada en blanco, se miró en el espejo para retocarse el cabello y bajó al bar, donde había quedado con Maurizio.

—Si no te llamo yo, no me llamas —soltó su amigo nada más verlo.

—Ando muy liado, Maurizio —dijo con una amplia sonrisa mientras se daban un abrazo con sonoras palmadas en la espalda.

Eran amigos desde hacía muchísimo tiempo, desde que coincidieron en el instituto y tuvieron que compartir mesa en clase de inglés. Maurizio había cambiado muchísimo desde entonces; Landon suponía que el tiempo y el matrimonio trataban a la gente de manera distinta. Era alto y fornido, su cabello había perdido esplendor en los últimos años y su tez se había redondeado más de la cuenta. Sus brazos, fuertes y prietos, conservaban el poderío de antaño, y además estaban decorados con tatuajes hechos por él, otorgándole aspecto de peligroso, algo que a Maurizio le encantaba, aunque su carácter estuviese muy alejado de dicha apariencia.

—Entremos, que estoy seco —soltó éste mientras saludaba con la mano a Tiziano, que los escudriñó con la vista mientras asentía a modo de saludo—. Uy, ésta es nueva —terció al ver a Idalia tras la barra.

—Es la prima de Alba —informó Landon yéndose lejos de ella para que les sirviera las cervezas una de las otras dos camareras.

—¿La prima? —Landon asintió con la cabeza—. Pues no se parecen en nada.

—Ya...

—Hola, bombones —saludó Alba con alegría al verlos delante de ella—. ¿Qué queréis beber?

—Tú no estás en la carta, ¿verdad? —preguntó Maurizio, haciendo que Alba riese a carcajadas.

—¡Qué guasón eres, Mau! No, de momento no estoy en la carta, pero si algún día lo estoy, serás el primero en probar esta bebida de fresa chispeante —terció con sorna, haciendo que Maurizio sonriese encantado al seguirle el juego.

—Dos cervezas —dijo Landon, deteniendo aquella escena que siempre se repetía cuando su amigo iba a tomar una copa con él.

—¡Marchando! —soltó Alba con alegría—. Oye, que muchas gracias por hablar con Idalia esta tarde. Me lo ha contado todo... ¡Eres un encanto! —comentó mientras les entregaba las cervezas.

Landon la observó impasible, haciendo que su amigo lo mirase extrañado.

—No ha sido nada —masculló.

—Éstas corren a cargo de la casa —dijo ella mientras les guiñaba un ojo y observaba cómo cogían las cervezas para abandonar la barra.

Los dos amigos se dirigieron a una mesa cercana, se sentaron en unos taburetes y Landon comenzó a darle vueltas al botellín mientras se concentraba en no mirar a Idalia, una difícil empresa cuando aquel top rosa lo estaba llamando a gritos y su sonrisa resplandecía por encima de todas las demás.

—Esta noche no estás muy hablador —comentó Maurizio, haciendo que él lo mirase extrañado.

—Estaré cansado —indicó dejando de mover el botellín para prestarle atención a su amigo.

—Martina no te quita ojo —informó su amigo socarrón.

—No me interesa.

—Aunque no te interese, tiene un buen polvazo.

—Ve a por ella —apremió Landon señalándole la barra, dándole el visto bueno para que lo dejara solo en aquella mesa.

—Aunque pudiera, ella sólo tiene ojos para ti —concretó alzando los hombros con resignación—. Además, a mí me pone más la rosita. Será su

descaro innato, pero me la pone dura.

—Es una tía difícil, pero si Rosetta no te dice nada, ¡adelante!

—Si Rosetta se entera, me deja sin huevos —soltó Maurizio convencido—. Además, no sabía que habías intentado tener algo con tu vecina.

—Y no lo he hecho. Alba no es mi tipo. Te he dicho que es difícil porque la conozco lo suficiente como para saber que no se lo pone sencillo a ningún hombre. Desde que finalizó su relación con su ex, no he conocido a otro que ella dejara que se le acercara.

—¿Y tampoco es tu tipo Martina?

—Martina sólo quiere cazar a alguien para casarse y tener hijos, y ya sabes que ninguna de esas cosas me interesa.

—¿Te lo ha dicho?

—Esas cosas se ven, Maurizio. Ella es joven y sólo le falta un cartel en la cara para gritar al mundo que quiere una boda de alto copete y ser madre en un breve período de tiempo.

—¿Y la otra?

—¿Qué otra? —preguntó Landon casi por inercia.

—La prima. ¿Tampoco es tu tipo?

—Tampoco —bufó con poca convicción.

—Pues tiene su qué: al ser bajita, parece más manejable que Martina o Alba...

—Ni lo sé ni me interesa —gruñó incómodo de que hablase así de ella.

—Antes no hacías ascos a nadie.

—Será la edad, pero me he vuelto más exigente —resopló cogiendo el botellín y dándole un largo trago.

—Joder, pues yo no le haría ascos a ninguna de las tres. Cada una en su estilo, las tres están para que uno se deje atracar —terció sin dejar de observar a las camareras del bar, que reían divertidas mientras brindaban y bebían a la vez unos chupitos.

—¿Qué tal todo? —preguntó Landon cambiando de tema, puesto que aquél

lo estaba incomodando.

—Bien, como siempre. A ver si mañana me paso por el estudio. Quiero que me hagas otro *tattoo*.

—Mañana te llamo y te digo a la hora que tengo hueco.

—¡Genial!

—¿Qué tal Rosetta y las niñas? —preguntó Landon observando la sonrisa que floreció en el rostro de su amigo al nombrar a las tres mujeres de su vida.

—Puf... Volviéndome loco, pero bien. Las niñas están muy mayores, y Rosetta me tiene a pan y agua desde hace dos semanas, dice que está muy cansada y que no tiene ganas ni de desnudarse... ¡No te cases jamás, Landon!

—soltó convencido.

—Ésa es mi intención —repuso convencido de sus palabras.

—No sabes cuánto te envidio. ¡Eres mi puto héroe!

—Tampoco tanto. Mi vida no es tan espectacular como crees.

—Porque tú no quieres. Parece ser que ahora no hay ninguna mujer que consiga deslumbrarte.

—Alguna habrá —contestó sonriente.

—Qué cabrón —soltó Maurizio negando con la cabeza—. Joder, ¡qué bien se lo están pasando las camareras, ¿no?!

Landon observó la barra. Las tres mujeres seguían sirviendo a los clientes, pero la baja afluencia de éstos a esas horas hizo que a cada parón se sirviesen ellas mismas un chupito para después bebérselo de golpe.

—Voy a por más cervezas —anunció mientras se bebía de un trago lo que le quedaba en el botellín para dirigirse de nuevo a la barra—. Ponme otras dos, Alba. ¿Qué estáis haciendo? —preguntó sin más preámbulos.

—Desinhibiendo a Idalia. ¡Tenemos un plan! —exclamó ésta con una gran sonrisa.

—¿Qué plan? —inquirió apretando la mandíbula, temiéndose cualquier barbaridad.

—Ir tachando vivencias de su larga, larguísima lista. Esta noche va a tachar

una que tiene pendiente desde hace demasiado tiempo —informó con tranquilidad—. ¡Y la estamos ayudando a que se suelte el pelo! —exclamó con alegría mientras le servía otro par de cervezas.

—Y ¿de qué se trata?

—Tener un ligue de una noche —dijo mientras le guiñaba un ojo—. Lo necesita para volver a retomar su relación con Fabio, para ella es importante dar ese paso... —añadió alzando los hombros como si con esa acción le confesara que no entendía a su prima.

De malas maneras, Landon cogió las cervezas y se fue a la mesa donde estaba esperándolo su amigo, sin dejar de observar cómo Alba y Martina no paraban de brindar por cualquier tontería haciendo que Idalia bebiese más de la cuenta.

—Nos conocemos lo suficiente como para saber que me ocultas algo —comentó Maurizio.

—Puf... —resopló Landon, sabiendo que era imposible seguir engañando a su amigo. Como él había dicho, lo conocía demasiado bien como para saber que le ocultaba algo—. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió hace un año en España?

—Sí, claro —dijo acercándose a él al percibir la importancia de aquella conversación.

—La prima de Alba, Idalia, es la chica del accidente... —murmuró bajando la mirada.

—¡No jodas! —soltó Maurizio, girándose de nuevo para verla.

—Te aseguro que a mí me sorprendió más que a ti —añadió Landon mientras se acariciaba la barba en un reflejo nervioso.

—Joder, pero ¿cómo es posible? —preguntó perplejo ante aquella revelación.

—No tengo ni idea, Mau...

—Pero ¿tú sabías que su prima era Alba?

—¡Qué va! No tenía ni idea, hasta que las oí hablar una noche y lo supe...

—Me cago en la hostia... —bufó incrédulo sin saber qué pensar de esa extraña situación—. Qué casualidades, ¿no?

—Puf... Sí —repuso con resignación.

—¿Ella lo sabe?

—No, ¡qué va! —soltó drásticamente.

—¿Por eso estás tan raro?

—Por eso y porque me he encaprichado de ella... —susurró abatido, confirmando lo que llevaba días intentando desechar de su mente—. Lo he intentado de todas las formas, sobre todo cuando me enteré de que era *ella*, pero no hay manera, no me la quito de la cabeza, siempre vuelve con más fuerza...

—Son cosas que pasan, Landon. Está claro que sorprenden y que te dejan con cara de imbécil, pensando en si estamos a salvo del destino o todo es una treta por parte de él.

—Buf... Jamás he creído en el destino, pero si esto es por su culpa, menudo cabroncete, ¿no?

—Pues sí. Pero vamos, que una cosa no quita la otra, si te gusta, intenta ligártela, ¿qué puedes perder?

—No lo sé, Maurizio, no lo sé... —dijo cogiendo el botellín y dándole un largo trago, tratando de saciar el malestar que le ocasionaba hablar de aquel día y, sobre todo, de aquella extraña coincidencia.

Siguieron hablando de otros temas, ya que Maurizio sospechaba que ése no le hacía especial gracia a su buen amigo. El tiempo transcurrió entre risas y miradas a las camareras, hasta que Tiziano los informó de que el bar iba a cerrar y que debían marcharse. Ya en la calle, Maurizio se despidió de él hasta el día siguiente, y Landon se quedó en la acera, observando cómo se marchaba con su coche familiar a su casa.

—Creía que no me esperarías nunca —susurró Martina pegándose a la espalda de Landon, haciendo que sus pechos rozaran su cuerpo, para que éste notara que iba sin sujetador.

—No lo estaba haciendo —repuso dándose la vuelta para observar la mirada seductora de la mujer.

—Hummm... —ronroneó ella acariciándole el torso con las yemas de los dedos—. Una pena... Si quieres, puedo subir a tu casa e intento perdonarte tu falta de atenciones hacia mí si descubres de qué color llevo las braguitas —susurró con picardía sin dejar de tocarlo.

—Ambos sabemos que no llevas braguitas desde hace tiempo.

—Me pones cachondísima, Landon —soltó con lascivia sin detener sus caricias.

—No insistas, Martina, tú y yo no podemos tener nada —declaró con dureza apartándose de ella.

—Porque tú no quieres.

—Exacto —replicó con seguridad.

—¡Martina, venteeeeeeeeeeeeee! —exclamó Alba saliendo del bar mientras daba un salto para colgarse del brazo de su camarera.

—Sí que iré, al final mis planes se han ido al garete —soltó sin dejar de mirar a Landon, dándole a entender que éstos estaban centrados en él.

—Ayúdame a enseñarle a mi prima la fiesta que hay en Verona. La podemos llevar a ese local tan divertido donde conocimos a esos alemanes —comentó con alegría observando cómo Idalia salía del bar, casi balanceante por la ingesta de alcohol, y se acercaba a donde estaban ellas.

—¡Sí! —exclamó Martina mucho más animada—. Menudos hombres hay allí, dispuestos a no dejar sola a una mujer como nosotras y a cumplir cada uno de nuestros deseos —comentó con toda la intención de molestar a Landon, aunque éste sólo estaba pendiente de los movimientos vacilantes de Idalia.

—¿Queréis que os acerque? —preguntó Tiziano observando cómo la persiana bajaba y cerraba el bar.

—¡Sí! —exclamaron las dos mujeres, haciendo que Idalia sonriese divertida.

—¿Te vienes, Landon? —preguntó Alba al percatarse de que éste no se

había movido un centímetro de donde estaba.

—No, me voy a casa —informó sin dejar de mirar a Idalia, pero ésta estaba más pendiente de su prima y de Martina, como si intentase no mirarlo directamente.

—Es una pena, allí hay zonas oscuras donde pasarlo muy muy bien — insinuó Martina, haciendo que él se sintiera extrañamente protector con Idalia al saber en el acto dónde iban a llevarla esas dos mujeres.

—¡Nos vemos! —exclamó Alba despidiéndose de él para encaminarse a donde tenía Tiziano el coche.

Landon se quedó quieto, observando cómo Idalia sonreía tímidamente mientras las seguía, trastabillando con sus altos tacones y moviendo sus caderas enfundadas en aquella falda corta que sería un imán para cualquier hombre que tuviera un par de ojos. Se dio la vuelta y entró en el edificio, maldiciendo a cada paso, ansiando propinar puñetazos a quien hubiera tenido la idea de que Idalia abandonase España para viajar a Verona, detestando aquella loca ocurrencia de tachar vivencias de una lista lejos de él... Pensar eso lo hizo sentirse peor de lo que ya estaba y, sin darse opción a saber las razones por las que iba a hacer lo que se disponía a hacer, se subió a su moto y se dirigió hacia el lugar donde esas mujeres iban esa noche, haciendo rugir el motor de su Harley y notando el fresco aire de aquella noche de julio en los brazos.

Conocía el local, había ido muchas veces precisamente a encontrar una chica para una noche, un desahogo, un momento de confidencias y sexo, poco más. Aparcó un poco antes de llegar al famoso local y entró pendiente de verlas para situarse a una distancia prudencial y que ninguna de las tres supiera que estaba allí, vigilándolas. Alba y Martina arrastraron por el local a Idalia, que reía divertida, contagiándose de éstas, y se bebieron un par de chupitos más en la barra para después contonear sus caderas en la pista de baile. No tardaron mucho en acercarse los primeros hombres, algo lógico cuando se trataba de un reducido grupo de mujeres de buen ver. Los contoneos

subieron de tono, los hombres comenzaron a aproximarse más a sus cuerpos, y Landon tuvo que apretar los puños para no plantarse delante de aquel rubio que le ponía las manos encima a Idalia, atrayéndola hacia sí para que sintiera su fibroso cuerpo. El tipo se acercó a su oído y le dijo algo que ella contestó con una sonrisa nerviosa. A continuación, el hombre e Idalia se dirigieron a la barra y él la invitó a tres chupitos más mientras la furia de Landon comenzaba a subir de nivel. De nuevo, más susurros al oído, más risas por parte de Idalia, que comenzaba a tambalearse por culpa de los efectos del alcohol, un toqueteo casual en el trasero para atraerla hacia sí, una carcajada con un traspié de ella, otra vez unas palabras susurradas al oído y una imperceptible afirmación por parte de ella. El rubio, más alto que Landon, la cogió de la mano y se la llevó a una zona reservada del local, donde se iba para intimar, lejos de las miradas pero lo suficientemente visible para que alguien echara un ojo... Sin darles una orden a sus pies, éstos lo llevaron a donde se encontraban ellos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Idalia con inocencia, arrastrando las palabras por culpa del alcohol. Incluso borracha era adorable.

—En un sitio donde lo vamos a pasar muy bien —comentó el rubio con un marcado acento alemán.

—¿Ah, sí? —susurró tambaleante mientras le ponía las manos sobre el torso.

—Relájate, nena —aconsejó él, levantándole la mandíbula con el dedo—. Lo vamos a pasar muy bien.

—Como se te ocurra tocarla, te arranco la mano —soltó Landon con toda la furia que sentía en esos momentos, plantándose al lado de ellos y retándolo con la mirada.

—¡Landon! —exclamó Idalia asombrada por su presencia.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó el rubio.

—Alguien capaz de romperte la cabeza de un solo movimiento —replicó dando un paso más hacia él, demostrándole que su mayor altura no lo hacía flaquear, al contrario, se estaba creciendo.

El hombre lo miró y percibió la convicción en sus palabras, además de su imagen: brazos fuertes y tatuados, ojos fulgurantes de odio, aplomo y peligro. Tragó saliva, pensando en sus opciones.

—Bah... No merece tanto la pena —soltó dejándolos solos. No quería acabar la noche con la nariz rota, y todo apuntaba a que, si se enfrentaba a ese duro hombre, ocurriría precisamente eso.

—¿Qué leches haces, Landon? —preguntó Idalia escandalizada por aquel enfrentamiento.

—Vamos a casa —dijo él cogiéndole la mano para arrastrarla fuera del local.

—¡No quiero irme a casa! Yo quería... —protestó retándolo con la mirada mientras se zafaba de su agarre.

—¿Qué querías, Idalia? ¿Que ese tío te follara aquí para después marcharse dejándote con las bragas en el suelo? —preguntó de malas maneras, haciendo que ella se irguiese orgullosa.

—Y ¿a ti qué más te da? A lo mejor era lo que quería, lo que necesitaba —declaró tartamudeando por culpa del alcohol, que le dificultaba poder contestarle como era debido.

—¿Cómo vas a querer eso? Tú no eres así —replicó con la mandíbula apretada—. Tú no eres como tu prima o como Martina. Tú eres una dulce damisela que está esperando a que Romeo la enamore con flores y bombones —concretó Landon.

—¡No me digas que soy una damisela! —exclamó ella enfadada mientras lo miraba con arrojo—. Yo quería que ese hombre me follara para saber lo que era tener un rollo de una noche con un desconocido. ¡Algo que jamás he hecho!

Landon la miró sin entenderla, sin comprender que esa mujer que pensaba que era la imagen personalizada de la pureza y la rigidez quisiera practicar sexo en un lugar como ése con un desconocido, como si necesitara vivir esa experiencia para sentirse viva...

—Ven aquí —dijo cogiéndola de la mano y arrastrándola a un lugar más apartado.

—¿Qué quieres ahora, Landon? Déjame, que voy a intentar hablar otra vez con Björn. Espero que no lo hayas molestado demasiado y quiera seguir donde lo habíamos dejado —susurró convencida de que eso era lo mejor para ella.

—Ese gilipollas sólo se iba a satisfacer a él mismo, sin importarle que tú disfrutaras —replicó clavando su mirada azul, que refulgía con un destello en aquel lugar oculto por las sombras—. Dime, ¿era eso lo que querías? ¿Que te utilizara sin más?

—Yo... yo quería saber qué era tener sexo sin compromiso —murmuró un poco más lúcida. No había pensado que ese hombre al que acababa de conocer y que le regalaba los oídos sólo se preocuparía por satisfacerse a sí mismo, dejándola a medias...

—¿De verdad es eso lo que deseas? ¿Sexo y nada más? —preguntó Landon con seriedad.

—Sí —contestó ella con rotundidad, convencida de que eso era precisamente lo que necesitaba.

—Sabes que como se entere el del Mercedes a lo mejor no le hace tanta gracia como tú crees y esa amistad que habéis apalabrado puede romperse —

declaró Landon para que ella fuese consciente de lo que deseaba a hacer y sus consecuencias.

—Él y yo no somos novios y puedo hacer lo que me apetezca. ¡Y esto es lo que quiero! —exclamó con determinación.

—Y ¿por qué no se lo has pedido a tu ahora amigo Fabio? —quiso saber observando sus gestos.

—Porque sé que él y yo no podríamos tener nada sin compromiso y todo avanzaría todavía más rápido. ¡Y me niego! —exclamó convencida de sus palabras—. Necesito vivirlo todo, y esto es algo que siempre he querido probar.

—Y ¿por qué no has venido a mí? —preguntó con dureza, observando sus gestos.

—No lo sé... —murmuró Idalia mordiéndose nerviosa el labio inferior—. Yo... Tú... Nosotros... —titubeó sin saber cómo decirle que no sabía cómo abordar aquel tema con él ni con nadie, además de no saber dar el primer paso.

—Muy bien, Idalia, ya me he dado cuenta de que eres una experta en recitar pronombres —soltó Landon simplemente para picarla un poco.

—¡Eres un borde! —exclamó retándolo con la mirada, algo que él ansiaba observar por parte de ella, esa fuerza que siempre aparecía en su presencia.

—Abre las piernas —pidió con seriedad.

—¿Qué? —inquirió con una nota estridente en la voz.

—¿No querías sexo sin complicaciones? —preguntó Landon con chulería y esa sonrisa socarrona innata en él que la revolucionaba sin remedio.

—Sí, pero...

—Escúchame, Idalia —dijo acercándose a ella mientras ponía ambas manos a cada lado de su cuerpo, apoyándose en la pared y aproximándose salvajemente a ella—. Dime que pare y pararé. Si quieres follar aquí, hagámoslo, yo no te voy a hacer daño. ¡Yo no te voy a utilizar como ese tipo! Al contrario, disfrutarás, te correrás del gusto, haré que gimas una y otra vez

hasta que caigas rendida entre mis brazos. Quiero demostrarte que puedes volver loco a cualquiera, que puedes disfrutar del sexo de una manera enloquecedora, para que, así, te sientas segura de una vez contigo misma y dejes de hacer tonterías, como buscar sexo en un local como éste.

—Pero, pero... ¡eres nuestro vecino! —soltó ella sin dejar de mirarlo, excitada por sus palabras y aquel cambio de planes mucho más tentador.

—Mejor aún... Así sabrás quién se mete entre tus piernas —susurró con voz ronca mientras acariciaba sus muslos y subía de una manera terriblemente excitante su falda—. Dime, ¿quieres que te folle aquí, Idalia? Es sexo sin compromiso, yo no quiero casarme contigo ni quiero regalarte flores ni bombones, como tampoco quiero regalarte los oídos debajo de tu balcón...

—Ah —gimió al sentir aquel sutil roce sin apartar la mirada de esos increíbles ojos azules que fulguraban ahora de deseo y placer—. Sí, Landon.

Sabía que estaba loca por querer practicar sexo en un lugar como ése con un hombre como Landon, tan indecentemente peligroso y desquiciante, pero había anhelado llegar precisamente a ese punto con él después de que la hubiera vuelto loca en varias ocasiones. Sin embargo, después de todo lo que había vivido con Fabio, de percatarse de que con él no había sentido lo mismo que con ese hombre que tenía delante, tan turbador y sexy, capaz de conseguir que su piel se erizara tan sólo con su mirada azul, supo que debía cambiar su manera de gestionar su vida y se propuso hacer lo que le viniera en gana. Era cierto que a quien deseaba desde un principio era a Landon, pero no sabía cómo dar ese primer paso para conseguir su propósito. ¡Estaba tan verde en esos temas!, por eso se había dejado llevar por la alocada idea de Alba de ligar esa noche, así Idalia podría desprenderse de aquella vergüenza y aquel temor que no la dejaban avanzar y perseguir lo que de verdad quería. ¡Una locura!, lo sabía, pero parecía que se le daba mejor hacer cosas absurdas y enrevesadas que afrontar de raíz el problema. La mirada fulgurante de Landon hizo que se concentrara en aquel momento, su sugerente tacto causó que sus pezones se endurecieran de una manera jamás vivida. Aquel hombre era

terriblemente seductor y aquel halo de peligro la excitaba como jamás pensaba que lo haría. Era cierto que había descubierto cuando fueron al parque de atracciones una parte de él que le había gustado, pero jamás se le habría pasado por la cabeza acabar así ese día, en el que en teoría debería estar paseando con Fabio por Roma: él pegado a ella, mirándola de una manera en que jamás ningún otro hombre lo había hecho antes, sintiendo cómo se humedecían sus braguitas simplemente con el sutil roce de los dedos de Landon recorriéndole el muslo. Tragó saliva mientras abría despacio las piernas, aceptando aquella locura que le había sugerido. ¡Qué más daba!, quería vivirlo todo y lo quería con él. Se aproximó a su boca e Idalia abrió los labios con anhelo, dispuesta a besarlo, a volver a sentir aquella vorágine de sensaciones que echaba en falta, pero él, a pocos milímetros de ella, se desvió para recorrer con una parsimonia enloquecedora su cuello. Aquella barba, suave al tacto —algo que la sorprendió y a la par la excitó— le hacía cosquillas y, cuando su lengua comenzó a lamerla, estuvo a punto de alcanzar el clímax con aquel roce. Gimió como una colegiala al sentir aquella mano juguetona que seguía ascendiendo por sus muslos, tentándola, excitándola como jamás pensó que llegaría a excitarse. Landon sonrió al notar el cuerpo de Idalia temblar bajo sus manos, al percibirla tan receptiva, tan abierta. Lo estaba volviendo loco y tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no romperle las bragas y penetrarla con todas sus fuerzas. ¡Jamás pensó que esa mujer lo excitaría tanto!

—Joder, Landon, ¡bésame! —exclamó ella exasperada, cogiéndole la cabeza para acercarlo con un certero y decidido movimiento a su boca.

Él sonrió al observar su iniciativa mientras sus labios se juntaban en un beso repleto de ardor, de deseo, de desesperación. Idalia volvió a gemir entre los labios magistrales de él, entre aquella lengua que tentaba a la suya, que recorría sus terminaciones nerviosas, que la volvía loca con su tacto y su sabor y, a la vez, sintiendo cómo las yemas de sus dedos bordeaban las braguitas y notando cómo su sexo se contraía receptivo, desesperado por

sentirlo. Ella lo cogió de los hombros para acercarlo más a su cuerpo, dispuesta a llevar a cabo aquella locura, sintiendo que era capaz de todo.

—Dime qué quieres que te haga, Idalia —murmuró en su oído sin dejar de tentarla pero sin tocar aquel punto que ella anhelaba.

—Quiero que me folles, Landon —gimió fuera de sí.

—Me vuelve loco que hables así de claro. Jamás dejes de hacerlo — confesó sacando de su cartera un preservativo y rasgando el envoltorio con la boca bajo la atenta mirada de Idalia.

A continuación, se separó lo justo de ella para poder bajarse la cremallera del pantalón vaquero y sacar su magnífica erección. Idalia abrió los ojos sorprendida, ¡era descomunal! Landon percibió el nerviosismo de ella y, cuando se puso el preservativo, la besó con deseo.

—Relájate.

—Hace tanto tiempo que no... —susurró nerviosa.

—No te preocupes, sé lo que hago —indicó mientras le guiñaba picaresco el ojo—. Esto sobra —dijo bajándole las braguitas, que se deslizaron por sus piernas sinuosamente, en un gesto tan terriblemente excitante que Idalia notó una punzada de deseo en su sexo que presagiaba todo lo que iba a ocurrir a partir de entonces.

—Yo... —titubeó sintiendo cómo él la ayudaba a desprenderse del todo de aquella prenda íntima.

—Mírame, Idalia —pidió Landon mientras le cogía una pierna para que ésta lo abrazara con ella.

Ella hizo lo que le pedía, observando sus ojos, sintiendo cómo sus dedos comenzaban a recorrer con delicadeza su pubis depilado, notando cómo uno de ellos se adentraba en busca de su clítoris, rozándolo, para llenarla de calor.

—Ah —gimió abriéndose para él, sintiendo un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo.

—Eso es, Idalia, disfruta de todo, disfruta de esto —anunció con voz ronca mientras llevaba con delicadeza su pene hacia la humedad de su sexo.

placer mientras la recorría un placentero orgasmo—. Mierda, yo también me corro —añadió mientras le lamía el cuello, vaciándose en varios movimientos y sintiendo cómo el cuerpo de ella se relajaba y recibía con gusto su excitación.

Se quedaron unos segundos mirándose, escuchando el frenético latir de sus corazones galopar en sus pechos, sus respiraciones entrecortadas y sus sexos todavía unidos.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Idalia casi en un susurro, todavía unida a él.

—Ahora, tú y yo nos vamos de aquí —dijo él mientras salía de su interior y la dejaba en el suelo.

—Pero las chicas...

—Las chicas no te han buscado cuando te han visto marcharte con ese rubio. No te preocupes, que ellas estarán haciendo lo mismo que hemos hecho nosotros, pero en otra esquina del local —comentó Landon mientras se vestía y observaba cómo Idalia volvía a ponerse las braguitas.

—No sabía que este bar tuviese tantas esquinas para hacer esto...

—Este bar es famoso precisamente por eso —replicó Landon de buen humor mientras la cogía de la mano y la llevaba lejos de allí, a la calle, lejos de la mirada de todos aquellos hombres dispuestos a hacerle lo que él había tenido el gusto de hacer.

—¿Has venido en moto? —preguntó haciendo una mueca de disgusto al verla.

—¡Claro! No tengo un Mercedes para llevar a una delicada damisela como tú —replicó socarrón.

—Qué obsesión te ha entrado con lo de que soy una damisela. ¿No te acabo de demostrar que no lo soy? —dijo ella cruzándose de brazos, ofendida por sus palabras.

—No, Idalia... Yo te he demostrado que puedo hacerte vibrar —indicó mientras sonreía guasón y se subía a la moto.

—Se me va a ver todo —exclamó cogiendo el casco que éste se había

llevado para ella y señalándose la corta falda que llevaba esa noche.

—Hummm... —soltó con un magnífico humor—. Ven, sube delante —dijo mientras se echaba hacia atrás para dejarle sitio.

—¡Yo no sé llevar una moto! —replicó asustada.

—No la vas a llevar tú, te lo prometo. ¡Demuéstrame que no eres una damisela! —Landon no esperó a que ella le contestase, pues ya lo hizo su mirada: con ese arrojo que sólo demostraba delante de él—. Quítate las braguitas y sube.

—¡Así se me va a ver todo de verdad! —exclamó ofendida sintiendo que su fuerza se disipaba de golpe.

—Confía en mí, Idalia. Te va a gustar —apremió con una sonrisa tentadora.

Ella titubeó mirando a su alrededor. No había nadie por la calle y, sintiendo una determinación que jamás había pensado que tenía, deslizó seductora sus braguitas para desprenderse de ellas bajo la atenta mirada de Landon. Él se las cogió y las guardó en el bolsillo de su pantalón vaquero, observando los movimientos de ésta al montar en la moto, maravillándose de cómo la falda se le subía indecente por los muslos. A continuación, puso la moto en marcha, sintiendo cómo su pene se endurecía al saber que la tenía abierta para él, dispuesta a demostrarle que no era una chica buena, como él pensaba, sino una chica traviesa que se había atrevido a practicar sexo en un bar y a dejar su sexo al aire. Idalia se agarró con todas sus fuerzas de las increíblemente fuertes piernas de Landon, notando el fresco viento que estimulaba su sexo de una manera innovadora, haciendo que sólo con aquello estuviese, de nuevo, excitada. La moto aminoró un poco la velocidad cuando llegaron a la calle donde se encontraba su edificio y sintió la mano de Landon recorrerle el muslo lentamente, con una suave caricia que la puso de nuevo en alerta mientras ascendía hasta alcanzar su sexo, haciendo que se excitase de golpe, ansiando más pero a la vez temiendo que alguien los observase.

—Me gustas así —susurró Landon en su oído, lo que hizo que Idalia se aferrase con más fuerza a sus piernas, notando su dura erección contra el

trasero.

El roce se detuvo cuando más estaba disfrutando, pues había optado por dejarse llevar aunque hubiese público que pudiese verlos, las caricias de Landon nublando su razón. Pero él, con una sonrisa que ocultó tras el cabello de Idalia, llevó esa mano exploradora al mando que abría el garaje para poder meter la moto. Bajaron por la oscuridad del sótano hasta detenerse en su plaza y apoyaron las piernas en el suelo para estabilizar el vehículo.

—Me sorprendes, Idalia —gruñó excitado mientras volvía a acariciarla como antes, primero ascendiendo por su muslo para después llevar sus dedos a esa parte de la anatomía de ella que se encontraba, de nuevo, húmeda y receptiva.

—Ya te he dicho que no quiero ser una damisela —gimió al sentir cómo aquel dedo comenzaba a estimular su endurecido clítoris, activándola de nuevo y ansiando que éste no detuviese sus caricias bajo ningún concepto.

—Entonces no te comportes como tal —susurró él sin dejar de tentarla, sin dejar de trazar círculos sobre aquella parte de su cuerpo tan sensible, que ansiaba más y más.

—Joder, estoy a punto, Landon... —gimió enloquecida al sentir muy próximo el orgasmo mientras se apoyaba sobre el pecho de él para absorber todas aquellas sensaciones que le provocaba con sus caricias.

—Puedo parar y dejarte cachonda, al borde del orgasmo, para saber de qué eres capaz, o puedo seguir y hacer que te corras encima de mi moto... —murmuró en su oído, sin dejar de mover el dedo y sintiendo cómo ésta comenzaba a moverse inconscientemente, buscando su propio disfrute.

—No pares, por favor, no pares —susurró enloquecida, echando la cabeza hacia atrás y abriendo todavía más las piernas para que Landon pudiera tener mejor acceso a su sexo.

—Dilo, Idalia —farfulló ralentizando sus caricias para provocar que ésta dijese lo que él tanto ansiaba oír de sus labios.

—Quiero correrme en tu moto —jadeó ella, boqueando y sintiendo cómo su

sexo se humedecía todavía más si cabe.

—Hummm... Hoy te complaceré, pero otro día te lo tendrás que ganar —gruñó muy cerca del cuello de ella mientras aceleraba su contacto, sintiendo cómo Idalia gemía sin control y alcanzaba un orgasmo que la sacudió por completo e hizo que él le lamiese aquella zona con lujuria.

—Joder... ¡Jamás me había corrido dos veces casi seguidas! —exclamó casi con un hilo de voz, sintiendo su cuerpo temblar y su sexo contraerse complacido.

—Eso es porque no habías elegido bien a tus conquistas —dijo Landon levantándose de la moto para que ella también lo hiciera—. Vamos.

Cuando hubo puesto el candado con los dos cascos unidos, subieron al ascensor en silencio, observándose detenidamente. Landon se fijó en los labios rosados de ella, en su respiración todavía alterada y pesada, en cómo su piel estaba hipersensibilizada por haber alcanzado el orgasmo, y no pudo evitar imaginársela sin esa ropa, sólo Idalia al natural, con el cabello cayéndole en una cascada por la espalda, sobre esa piel inmaculada y tan increíblemente suave que pasaría toda la eternidad recorriéndola con la yema de sus dedos y con su lengua. Mientras tanto, ella lo observaba a él, su pose segura, su sensualidad salvaje, esa manera que tenía de llevarla al límite con destreza, haciendo que lo viviese todo como si fuera la primera vez, como si fuera una novata en el sexo... Se encontraba agotada, era cierto, pero a la vez se sentía más viva que nunca, como si viese por primera vez con claridad los colores y percibiese los diferentes matices de las luces. El ascensor se detuvo en el piso donde vivían y salieron uno detrás del otro.

—Descansa —susurró Landon acompañándola a la puerta de su apartamento.

—Tú... —señaló casi en un susurro mientras observaba la tremenda erección que ocultaba sus pantalones vaqueros.

—¿Qué es lo que quieres, Idalia? —preguntó con una sonrisa canalla que la hizo sentir una punzada de deseo en su sensibilizado sexo, haciendo que se

sorprendiese por aquel repentino anhelo cuando acababa de alcanzar un maravilloso orgasmo que la había dejado temblando.

—Quiero saber si soy capaz de tener otro orgasmo esta noche —confesó mirándolo a los ojos, deseando descubrir si tal cosa era posible, algo que jamás había ocurrido anteriormente, deseando saber cuál era su límite.

Landon sonrió de nuevo de aquella manera tentadora que Idalia había descubierto que la excitaba sin ponerle siquiera un dedo encima, llevándose la mano al cabello para intentar peinárselo sin dejar de mirarla, observando que los efectos del alcohol habían desaparecido y que ésta se encontraba lúcida. Barajó las posibilidades que tenía: podía obligarla a que entrara en su apartamento, para después arrepentirse de haber hecho tal cosa, o podía hacer realidad sus deseos y los propios metiéndola en su cama. Por tanto, tragó saliva sabiendo que era absurdo negarle algo así mientras la cogía de la mano y la arrastraba hasta su apartamento. Al verlo, ella sonrió con dicha y expectación: ¡no quería que esa noche acabara!

Se despertó sintiendo el brazo tatuado de Landon envolviendo su abdomen con posesión. Tragó saliva al recordar lo que había sucedido en aquella cama, en cómo ese hombre que ahora mismo dormía plácidamente a su lado la provocaba sacando a relucir una parte de ella que creía que no existía pero que siempre había ansiado poseer. Se levantó casi a cámara lenta, apartando con cuidado ese brazo que la cogía con firmeza; no sabía qué hora era, pero sabía que debía salir de allí cuanto antes. Esa noche había cometido demasiadas locuras con ese hombre, que le había descubierto un mundo nuevo, muy placentero y seductor, que la había hecho alcanzar el clímax un par de veces más, pero aquello, como bien habían acordado antes de que sucediese, era sexo sin compromiso y, como tal, tenía una fecha de caducidad muy reducida, a veces unos minutos. Para su suerte, fueron unas cuantas horas de total disfrute. Cogió su ropa y salió del dormitorio de Landon de puntillas para poder vestirse en el salón y abandonar a aquel hombre tan cautivador que le había enseñado explícitamente el significado de la pasión desmedida y del sexo placentero. Cerró la puerta casi sin respirar para que él no se despertase y se metió en su apartamento casi a la carrera, observando a su paso la hora en la que llegaba, tan sólo un par antes de que amaneciese. Al caer en su cama, volvió a dormirse, todavía vestida y con una sonrisa resplandeciente en el rostro al pensar en todo lo que había descubierto con un hombre como Landon.

Abrió los ojos sintiendo que su cuerpo se resentía por todo lo vivido la noche anterior, y su retrógrada conciencia la culpó de cada uno de los instantes pasados con el vecino de enfrente. Se levantó como pudo de la cama y fue directamente a la ducha, anhelando que el agua la ayudara a despejarse un poco, desprendiéndose, de paso, de aquella culpabilidad con la que se había levantado y que le hacía un flaco favor. ¿Cómo se le habría ocurrido que tener sexo sin compromiso con Landon era buena idea? Al terminar se dirigió a su dormitorio y el olor del café le llegó de golpe, haciendo que su corazón latiese desbocado. ¿Estaría él en la cocina? Cerró los ojos maldiciendo a quien hubiera inventado el alcohol y a los hombres tatuados con sonrisa perniciosa y más tentadores que un postre de chocolate, que hacían nublar la mente de mujeres cándidas y con poca experiencia como ella... Se vistió rápidamente con unos pantalones vaqueros muy cortos y una camiseta de tirantes amarilla y salió con el cabello todavía envuelto en la toalla.

—Buenos días —dijo Landon nada más verla aparecer por la cocina.

—Eh... Buenos días —susurró observando que él se hallaba sin camiseta, desayunando como si nada—. ¿Está mi prima? —preguntó intentando frenar su alocado cuerpo, que comenzaba a prepararse al tenerlo delante.

—No, se ha ido hace una hora al gimnasio —comentó éste, observando que Idalia se encontraba cohibida delante de él—. ¿Te arrepientes? —soltó sin más preámbulos.

—Eh... —susurró ella mirándolo de reojo mientras se le acercaba vacilante—. No, no me arrepiento, pero es raro mirarte a la cara cuando...

—Cuando mi lengua ha recorrido tu cuerpo —acabó la frase por ella con aquella voz ronca tan varonil que provocaba en Idalia un estado de preexcitación que comenzaba a escandalizarla. ¡Ella no era así, ¿no?!

—Sí, es una manera de decirlo —susurró con una tímida sonrisa.

—Mírame a la cara, Idalia —pidió Landon levantándose del taburete para acercarse a ella con aquella seguridad aplastante que siempre envolvía su ser, para que así ella pudiera hacer lo que le había pedido, sintiendo de nuevo a

escasos centímetros la piel de ese hombre con el que había disfrutado tantísimo. Sus sugerentes tatuajes le reclamaban con energía que deslizase la mano por ellos para ir descubriéndolos a su paso, algo que no hizo, pero sí que pensó—. Jamás te avergüences de nada. Tú y yo seguimos siendo los mismos, no ha cambiado nada entre nosotros, sólo hemos disfrutado de nuestros cuerpos, nada más.

—Ya, nada más... —Chasqueó la lengua—. Pero no quiero que Alba se entere de que tú y yo... —murmuró avergonzada. Se temía que si se enteraba no le haría especial gracia que su prima pequeña se dejara embaucar por un hombre como Landon.

—Si tú no quieres, no se enterará, te lo prometo. No me gusta alardear de a quién meto en mi cama —repuso con seriedad.

—Mejor —añadió un poco más segura—. Yo..., bueno, esto es nuevo para mí. Jamás he tenido que enfrentarme a una situación así, tan... embarazosa y difícil de catalogar.

—No te agobies y no le des vueltas a la cabeza. Lo que sucedió ayer ya pasó. Sólo céntrate en el ahora —dijo hundiendo la nariz en su cuello, haciendo que ella se quedase sin respiración por su inesperado contacto, tan sutil como excitante—. Me gusta el olor que deja el gel en tu piel...

—Eh... —titubeó sin saber qué decir, mirándolo fijamente, embebiéndose de su porte y su mirada segura y sintiendo un cosquilleo latente donde él había hundido la nariz y sin comprender nada de lo que hacía.

¿No se suponía que lo que habían tenido era sexo de una noche? Y, lo peor de todo, ¿cómo era posible que se excitara con aquel roce, ansiando más, cuando la noche anterior ya había saciado su apetito por una buena temporada?

—Bueno, te dejo, voy a abrir el estudio —dijo Landon cogiendo su camiseta y, de paso, aproximando su cuerpo al de ella, rozando con su torso la espalda de Idalia y distanciándose lo justo para colocársela y que ésta no se perdiera ni un solo movimiento suyo.

—Nos vemos, Landon —susurró sin dejar de apartar la mirada del

magnífico cuerpo de éste mientras se sorprendía de cómo su propio ser se quedaba desolado al verlo marchar, como si ansiara más, mucho más...

Oyó cómo la puerta se cerraba y dejó salir todo el aire que había retenido inconscientemente en los pulmones. ¡Verona la estaba volviendo loca! Con esa frase repitiéndose en su mente, se echó a reír mientras desayunaba, pensando en el fabuloso y tentador cuerpo de Landon, en sus magistrales manos, en cómo la había hecho disfrutar como jamás había imaginado que lo haría, y en cómo su propio ser se había excitado al verlo de nuevo sin camiseta en la cocina, en cómo la olía de aquella manera tan gutural y salvaje, en cómo su vello se había erizado cuando lo sintió pegado a ella para coger la camiseta. El sonido de su teléfono móvil interrumpió aquella erótica imagen de su mente: Landon desnudándola, Landon lamiéndola, Landon haciéndola gemir de placer una y otra vez, con sus dedos, con su lengua, con su sexo...

—¿Sí? —preguntó sin comprobar quién era, ya que la excitación que sentía en aquellos momentos la había cegado por completo.

—Hola, bella dama —saludó Fabio, haciendo que Idalia titubease y se esfumase de un plumazo toda aquella sensación erótica que la había envuelto.

—Hola —dijo con una tímida sonrisa. Si supiera en qué estaba pensando antes de que él llamara...

—¿Qué haces hoy?

—Fabio... —susurró en tono recriminatorio.

—Somos amigos, ¿no? —preguntó él, consciente de por qué había utilizado ese tono.

—Sí.

—Los amigos también quedan para verse, Idalia —anunció con aparente inocencia.

—Ya, pero...

—Pero nada. Otra cosa es que tuvieras algo que hacer, pero si tú estás libre y yo también lo estoy, ¿por qué no compartir esta espléndida mañana juntos?

—¿No será raro quedar tan pronto después de nuestra conversación de

ayer? —preguntó ella nerviosa. No sabía si aquello era una buena idea, sobre todo teniendo tan reciente la noche con Landon.

—No, no lo será, te lo prometo —aseguró con convicción.

—De acuerdo, pero hoy no puedo... —dijo intentando encontrar una razón para declinar su oferta. No se veía con fuerzas de mirarlo a la cara, pues aún sentía su piel erizarse cuando Landon la miraba—. Mi prima, ya sabes, me ha pedido que la ayude...

—Claro. Bueno, pues en otra ocasión quedamos, ¿vale?

—Claro, ¡eso está hecho! —exclamó sintiéndose fatal consigo misma—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien —contestó un poco más animado—. Hablé con mi hermana y me hizo ver que había pretendido ir demasiado rápido contigo, algo que me ayudó a distinguir este nuevo estado como una oportunidad.

—¿Una oportunidad? No quiero darte falsas esperanzas, Fabio. Ya sabes que me resultas un hombre fascinante y que en otra situación no estaríamos en este punto, pero mis circunstancias ahora mismo no me dejan tener una relación formal...

—El accidente que sufriste, ¿no? —preguntó él.

—Sí... Todo cambió después de aquello y no sería justo, ni para ti ni para mí, seguir como estamos.

—Sobre aquello que me comentaste de vivir experiencias nuevas, yo puedo ayudarte a realizarlas. Los amigos están para eso, ¿no?

—Claro, y te lo agradezco enormemente —dijo Idalia con una sonrisa. Ese hombre era una bellísima persona.

—Si quieres, el próximo día que quedemos, puedes elegir tú el lugar que visitar. Desde que te conozco siempre he sido yo quien te ha llevado a sitios, y jamás te he preguntado si deseabas visitarlos.

—Me ha encantado todo lo que he visto contigo y todo lo que hemos hablado, no quiero que pienses que no ha sido así.

—Me alegra oír eso —dijo un poco más relajado—. Bueno, Idalia, me

encanta hablar contigo, pero no quiero que llegues tarde. ¿Me llamarás?

—Por supuesto. Adiós, Fabio.

—Hasta pronto, bella dama —se despidió de ella finalizando la llamada.

Idalia se quedó con el teléfono móvil en la mano, sintiéndose culpable porque un buen hombre como él la estuviera esperando sabiendo que hacía unas pocas horas había estado desnuda con otro, uno que la hacía sentir viva, uno que la trataba de una manera distinta, que la tentaba y la llevaba al límite de la locura... No obstante, debía ser fiel a sí misma, ir en busca de lo que quería en cada momento, y precisamente esa mañana sólo podía pensar en los ojos azules de Landon observándola desnuda, en sus jugosos labios besando cada resquicio de su piel, en su aliento haciéndole cosquillas, en su voz ronca cuando la animaba a ser más atrevida, más ella... Recogió la cocina y salió del apartamento animada. Ese día sería el primero de su nueva vida. Dejaría aparcada a la Idalia temerosa y daría paso a la Idalia capaz de subirse a una montaña rusa, de practicar sexo en un lugar público y de quitarse las braguitas para montarse en la moto de Landon. Esa Idalia era mucho más divertida y disfrutaba de cada segundo. Ésa era la que quería ser.

Descubrió rincones maravillosos de Verona gozando de la soledad, de sus pensamientos y de todo lo que la rodeaba. Se detuvo a admirar el río Adige, observando las vistas de la ciudad sobre aquel precioso puente que unía una orilla con la otra, para después continuar con su paseo, y comenzó a sentirse bien consigo misma. Lo necesitaba con urgencia, ya que después de la recuperación había intentado volver al trabajo que había desempeñado años antes, pero ella ya no era la misma —el accidente y lo acontecido después la hicieron abrir los ojos a la realidad—, por lo que empezó a agobiarse por la cantidad de horas que malgastaba en aquel cubículo gris, en todo lo que se estaba perdiendo descubrir mientras repasaba las cuentas de su jefe y pensaba

las razones por las que había fallado su relación... Por eso, le pidió una excedencia, lo justo para poder volver al trabajo sin aquella sensación de que su vida estaba vacía, por eso mismo había hecho las maletas y se había plantado en aquella ciudad, pensando en todo lo que había dejado en España: su madre, sus familiares, unos compañeros que simplemente la saludaban y un jefe que le exigía cada día más, por no hablar de un ex que ya había rehecho su vida casi al instante de dejarla y que no se escondía para demostrarle a su nueva pareja lo enamorado que estaba de ella... En aquel momento, cuando estaba pasando junto a la Arena de Verona, se dio cuenta de que se había dejado el teléfono móvil en el apartamento de su prima. Encogiéndose de hombros, pensó que era la mejor manera de desconectar, así no tendría la tentación de llamar a la oficina para saber si las últimas cuentas habían cuadrado...

Sin dejar de caminar, y disfrutando de todo a su alrededor, pasó cerca de una oficina de turismo y pensó en aprovechar para hacer una escapada a otra ciudad.

—Buenos días —dijo Idalia al entrar.

—Buenos días —saludó un hombre fornido con una camisa negra que se le ceñía demasiado al cuerpo sin dejar de observarla con atención—. ¡Yo te conozco! —exclamó con entusiasmo.

—Yo creo que no —masculló ella confundida mirando a su alrededor. ¿Cómo era posible que la conociera? ¡Si jamás había entrado allí y llevaba en aquella ciudad dieciocho días!

—Sí... Tú eres la prima de Alba. Yo soy Maurizio, el amigo de Landon. Estuve con él anoche en el bar de tu prima y te vi tras la barra. ¡Cuando se lo cuente a mi amigo...! —soltó con alegría, como si verla allí fuera lo mejor que le había ocurrido ese día.

—Ahora que lo dices, sí que me suena tu cara —terció más relajada al recordar la noche anterior, antes de que Landon fuera a buscarla al otro local.

—Dime, ¿quieres hacer un viajecito? —preguntó de buen humor.

—Sí, quiero aprovechar que estoy aquí unos meses para visitar otras ciudades, como, por ejemplo, Venecia.

—Oh... ¡Venecia! —exclamó con entusiasmo mientras comenzaba a buscar unos folletos en su mesa—. Irás acompañada, ¿verdad?

—No, en principio iba a ir sola —contestó con una sonrisa.

—¡Pero Venecia es muy romántica para ir sola, muchacha! ¿Por qué no le dices a Landon que te acompañe?

—Eh... Dudo que quiera —titubeó. No sabía cómo decirle al amigo de Landon que pensaba que éste se negaría en rotundo a acompañarla; al fin y al cabo, era lógico, ellos dos no eran nada.

—¡Anda! —soltó dando una palmada en el aire que la hizo abrir los ojos con asombro—. Te digo yo que sí. Mira, yo, si quieres, lo llamo ahora mismo y le pregunto. Pero sé de buena tinta que querrá, porque a él le... —Maurizio carraspeó al darse cuenta de lo que iba a decir— gusta viajar mucho —improvisó sintiéndose orgulloso de haber salido con soltura de aquel tropiezo.

—Ya se lo comentaré cuando lo vea —repuso Idalia intentando que éste le diese la información que había ido a buscar y que dejara de hablar de Landon, ya que su piel se sensibilizaba al oír su nombre, algo curioso, lo sabía, pero era lo que le ocurría—. De momento, dime cómo puedo hacerlo para ir de aquí a Venecia y si puedo quedarme una noche, por lo menos, a dormir allí.

—¡Claro! —terció con ganas, comenzando a explicarle todos los paquetes que tenía disponibles.

—Pues muchísimas gracias, Maurizio —dijo Idalia después de un buen rato hablando de todo lo que podía contratar para aquella escapada—. Te digo algo el lunes, ¿de acuerdo?

—¡Claro! El lunes espero tu contestación. Disfruta del fin de semana —se despidió tendiéndole la mano.

—Igualmente —susurró cogiendo los folletos y saliendo de la oficina.

Comenzó a andar hacia el apartamento de su prima, pensando en cuál elegir de todas las opciones que le había mencionado Maurizio. Llegó al portal y subió en el ascensor sintiéndose cada vez más libre y más segura de sí misma.

—¡Al fin! —exclamó Alba en cuanto la vio entrar—. ¿Dónde estabas? ¡Te he estado llamando toda la mañana!

—Me he dejado el móvil aquí —murmuró dejando los papeles en la mesa de centro.

—¿Qué has hecho? —preguntó observándola con atención—. No habrás quedado con el alemán... El sexo sin compromiso es eso, Idalia, sin compromiso de volver a verlo.

—No he quedado con nadie, Alba —dijo mientras se sentaba a su lado.

—Bueno, cuenta, ¿al final hubo tema anoche? —preguntó su prima levantando las cejas.

—Sí —dijo mientras negaba con la cabeza divertida y omitía que había cambiado el candidato por uno que vivía en la puerta de enfrente y que la había hecho disfrutar como nunca antes.

—¡Bien! Así me gusta. Hay que hacer siempre lo que a uno le plazca. Y con Fabio, ¿qué vas a hacer? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé, Alba. Es un hombre maravilloso —susurró con cariño al hablar de él, al fin y al cabo, no era problema suyo que ella ansiara algo más de lo que éste estaba dispuesto a dar.

—Pues, chica, ya que has matado el gusanillo, queda otra vez con él. ¡Quién sabe! A lo mejor ahora la cosa cuaja —alegó mientras le guiñaba un ojo—. ¿Qué es todo eso? —preguntó al ver los papeles que Idalia había dejado sobre la mesa.

—He pensado en hacer una escapada a Venecia. Llevo ya un tiempo aquí y no he salido de Verona...

—¿Sola? —preguntó arrugando la nariz, consciente de que su prima no era muy valiente para según qué cosas.

—Sí —repuso Idalia con una amplia sonrisa, sintiéndose orgullosa de haber afrontado ella sola aquel escollo—. Y muy feliz de haber decidido viajar sola.

—¡Di que sí! —exclamó al ver aquella actitud tan alejada de su prima—. Y ¿cuándo tienes pensado marcharte?

—Aún no lo sé, supongo que la semana que viene... —susurró—. ¿Necesitas que me quede para ayudarte en el bar?

—¿Cómo?! No, no —comenzó a negar también con la cabeza—. Sólo era para saberlo —argumentó mientras le mostraba una sonrisa.

—¿Has estado en la piscina? —preguntó Idalia observando sus ojos.

—¿En la piscina? ¿Por qué lo dices? —dijo cauta.

—Tienes los ojos rojos... —declaró fijándose en ellos.

—Eh... Sí, después de la clase me he metido un rato en la piscina. ¡Ya sabes! Para apaciguar el calentón que he sentido cuando he visto a Piero sin camiseta... ¡*Mamma mia*, Idalia! —soltó mordiéndose el labio inferior y gesticulando con los brazos—. Con decirte que, al salir de la piscina, lo he visto y le he pedido que almorzáramos juntos.

—¡No me digas! —soltó con entusiasmo.

—Oh, sí... Y ha aceptado, así que me voy ya a pasar el día con Piero. A lo mejor me salto el almuerzo y me lo como a él —indicó mientras guiñaba un ojo con picardía y se levantaba de un salto del sofá, alejándose apresuradamente de su prima.

—Disfruta mucho, Alba.

—Ay, sí... Espero que no sea un muermo y me deje probar esa tableta de chocolate que guarda debajo de la camiseta y que me ha dejado casi bizca cuando la he visto. ¡Ñam! —terció haciendo sonreír a su prima.

Idalia la observó marcharse y cogió de nuevo los folletos para decantarse por un paquete u otro. Cuando le entró hambre se dirigió a la cocina a prepararse algo rápido. Era un gusto tener el apartamento para ella sola, sin la influencia seductora de Landon, que la había llevado a rozar el éxtasis la

noche anterior, y aunque era tentador saber que lo tenía en la casa de enfrente, sabía que esa tensión sexual ya había sido resuelta y que volver a caer en lo mismo sería poner en peligro su amistad. Después del almuerzo, se tumbó en el sofá y puso la televisión, pero al rato se quedó dormida, agotada de todo lo acontecido la noche pasada.

Se despertó prácticamente de noche. ¡Había dormido muchísimo! Observó a su alrededor por si su prima le había dejado alguna nota al verla dormida, pero no vio nada. Dio una vuelta por la casa, para ver algún indicio de que Alba había estado allí y se había marchado, pero todo estaba como ella lo había dejado. Cogió su teléfono móvil y la llamó, pero no se lo cogió. Miró la hora por enésima vez consecutiva y observó estupefacta que ya era hora de bajar a abrir el bar... Cogió las llaves y se fue abajo, pensando que a lo mejor su prima había abierto directamente, sin subir al apartamento, pero al llegar a la calle, el bar se encontraba cerrado.

—¿Y Alba? —preguntó Tiziano al verla mirando a ambos lados de la calle con el teléfono móvil en la mano.

—No lo sé. La estoy llamando, pero no me lo coge...

—¿En serio? —preguntó apretando la mandíbula mientras sacaba del bolsillo trasero de su pantalón vaquero su teléfono y marcaba veloz los dígitos del de Alba—. ¡Mierda! —maldijo al poco al ver que no le respondía.

—¿Esto es normal, Tiziano? —susurró asustada.

—Lo ha hecho alguna que otra vez... —respondió con dureza, callándose de golpe.

—Y ¿dónde está para no poder contestar al teléfono? —apremió Idalia con el corazón en un puño.

—Oficialmente, no sé nada, ella es bastante reservada en ese tema, aunque puedo sospechar dónde está y con quién...

—¿Con quién? —soltó cada vez más nerviosa.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella...

—¡Maldita sea, Tiziano! ¡¡Es mi prima!! —exclamó harta de tantas incógnitas.

—¿Qué hacéis en la puerta? —preguntó Martina acercándose a ellos—. ¿Qué hace el bar cerrado? ¿Y Alba?

—No lo sabemos —dijo Tiziano mirándola fijamente a los ojos para que ésta se diese cuenta de lo que él temía que ocurría para que su jefa no estuviera allí.

—¡Otra vez no! —soltó Martina cerrando los ojos y maldiciendo por dentro al observar la mirada intencionada de Tiziano y dar con lo que pasaba—. ¡No lo entiendo! —bufó negando con la cabeza por la conducta de su jefa y amiga.

—¿No, qué? Mira, me estáis poniendo los dos histérica. Decidme de una vez por todas qué le pasa a mi prima y por qué no coge el teléfono.

—Está con Marco, Idalia —dijo Martina con el rostro visiblemente serio.

—¿Con su ex? —preguntó sin entender nada.

—Bueno... Su ex o no, depende del día en el que se encuentre, de su estado de ánimo y de las copas que lleve encima...

—¡No digas nada más, Martina! No nos concierne a nosotros contárselo —terció Tiziano con dureza, haciendo callar a la italiana.

—¡Es su prima, es normal que quiera saber! —exclamó aquella molesta por reprimirle el gusto de ser ella quien se lo contase, para que, así, comenzase a ver a su prima de distinta manera y no como lo hacía hasta el momento, casi venerándola.

—No entiendo nada. Y ¿qué pasa si está con Marco? —inquirió. Tampoco era tan grave que volviese con su expareja...

—¡Cállate, Martina! —exclamó con dureza Tiziano, haciendo que ésta cerrase de golpe la boca, lo mirara con rencor y se alejara de ellos sin decir

nada mientras gesticulaba con los brazos maldiciendo y balanceando sus caderas sensualmente.

—Tiziano —llamó Idalia para que él la mirase—. Por favor, necesito saber qué ocurre.

—Vete a casa, Idalia. No podemos hacer nada hasta que Alba venga, ella es la única que tiene llaves del bar... No te preocupes, que tu prima volverá, tal vez hoy o dentro de unos días... Y, cuando esté aquí, que ella misma te lo explique todo —dijo con rotundidad para después dar media vuelta y dejarla sola, sintiendo un nudo en el estómago y la dura certeza de que su prima la había engañado.

Subió a la carrera de nuevo al apartamento, preocupada por Alba, se sentó en el sofá observando el angustioso silencio de aquel lugar y se levantó de allí dispuesta a ver a la única persona que tenía cerca y que podría darle alguna pista de qué le ocurría a su prima para que no le cogiera el teléfono. Llamó al timbre y esperó a verlo aparecer. Sus ojos azules la miraron con una chispa divertida al tenerla delante de él, pero, al percatarse de su gesto, cambió aquella sonrisa de perdonavidas por un rostro preocupado y serio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Landon sin más.

—¿Puedo pasar? —inquirió Idalia.

—Sí, claro —dijo dejándola entrar.

Idalia se percató —ya que la noche anterior estaba más pendiente de todo lo que ansiaba sentir que de echar una ojeada al apartamento de ese hombre— de que el piso de Landon era el hermano gemelo del de su prima, la misma distribución y los mismos acabados, lo único que los diferenciaba era la decoración: la de Landon era más masculina y de tonos neutros; en cambio, la de Alba era mucho más alegre.

—Tú conoces a mi prima, ¿verdad? —soltó nerviosa.

—Sí, claro, desde que vino a vivir al piso de enfrente.

—Y ¿sabes por qué desaparece?

—¿Desaparece? —soltó sin entender nada.

—Sí... No ha venido a casa desde que salió esta mañana, supuestamente, a almorzar con su profesor de defensa personal. He bajado al bar y no está abierto; la he llamado cientos de veces y no me coge el teléfono, y Tiziano me ha dicho que esto ya ha ocurrido varias veces... Según Martina, mi prima está con Marco, su ex...

—¡No jodas! ¿Está otra vez con él? —inquirió extrañado.

—Eso me han dicho... —bufó Idalia dejándose caer en el sofá de él—. No lo entiendo, Landon. Mi prima jamás me ha mentado, no sé por qué ha tenido que hacerlo en esta ocasión... ¿Qué me esconde? ¿Tú lo sabes?

—Sé poco: lo que tu prima me ha contado y lo poco que he podido yo saber

por amistades que tenemos en común. Sin embargo, he oído hablar de Marco y creo que Alba no ha contado nunca la verdad de por qué se separaron.

—¿Qué has oído? Dímelo, por favor —apremió angustiada.

—Lo que he oído no es bueno, más bien desbarata la historia perfecta que siempre cuenta Alba de él... —susurró Landon—. Hace poco estuvo en la cárcel.

—¿En la cárcel?! —bramó asustada—. Pero entonces ¿qué hace con él? No lo entiendo —añadió sin dar crédito y cada vez más preocupada por su prima.

—Idalia, tu prima es mayorcita y sabe lo que se hace —informó con seriedad.

—Entonces ¿qué puedo hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados hasta que vuelva? —soltó nerviosa.

—Sí... No se puede hacer nada más. Si supiera dónde está, te lo diría... Pero no lo sé, Idalia —murmuró intentando sosegarla.

—Cuando la coja, me va a oír... —bufó con preocupación.

—Ten paciencia y, sobre todo, deja que te lo explique...

—Ya... Bueno, perdona por haberte molestado, seguramente tendrás cosas que hacer... —dijo levantándose del sofá con los ánimos por el suelo y sintiendo que su prima no confiaba en ella—. Gracias por escucharme.

—Si me necesitas, para lo que sea, estoy aquí.

—Lo sé —susurró ella alicaída.

—¿Quieres quedarte esta noche en mi piso?

—¿Aquí? —preguntó extrañada por su ofrecimiento—. Sería extraño, ¿no?

—¿Por qué? —soltó divertido.

—Bueno, nosotros..., anoche... ¡Ya sabes! —exclamó nerviosa, sin poder poner nombre a lo que había ocurrido.

—¿Por qué das tantas vueltas a las cosas, Idalia? —inquirió él mientras negaba con la cabeza con esa sonrisa canalla que la revolucionaba por completo.

—No lo sé... Supongo que no quiero que esto pase a otro nivel —confesó con un hilo de voz.

—Conmigo no pasará, te lo aseguro —dijo con una sonrisa perniciosa que la azotó de la cabeza a los pies.

—Ya... Bueno, me voy a casa —susurró obligándose a salir de allí, si no, acabaría saltándole al cuello a ese hombre tan terriblemente tentador, algo que no debería ocurrir, pues no quería que aquello se volviese más complicado de lo que ya era.

—De acuerdo —dijo Landon acompañándola a la puerta.

Idalia entró en su apartamento y se fue directamente al cuarto de baño sin dejar de pensar en qué estaría haciendo su prima para desatender su negocio —hasta tal punto de no dejarle, siquiera, un juego de llaves para que ella abriese—, sin dignarse a contestar al teléfono, preocupándola por su repentina desaparición. Después de una ducha que no la relajó en absoluto, se quedó frente al espejo, con la toalla anudada al cuerpo y el cabello pegado a la espalda. Se observó el rostro compungido y sus ojos desolados le devolvieron la mirada. Algo en su interior le decía que su prima no se encontraba bien, ya que, de repente, se agolparon y encajaron en su mente todos los pequeños indicios que la avisaban de que algo le ocurría: ojos rojos de haber llorado, rostro ceniciento y ojeras bajo sus párpados. Y, mientras, ella preocupada por no saber si ir a Roma con Fabio o liarse la manta a la cabeza y tener sexo sin compromiso con Landon... Sin previo aviso, un sollozo se le agolpó en la garganta haciendo que cerrase los ojos y, al fin, liberó aquel temor por Alba rompiendo a llorar sin consuelo, volcando allí la frustración de no saber dónde ni con quién estaba su adorada prima.

—Abre —apremió Landon intentando abrir la puerta, pero el pestillo lo detenía.

—Estoy... bien... —dijo entre hipidos y llantos.

—Abre, Idalia —repitió con fiereza.

Ésta deslizó el pestillo y notó cómo él la abría de golpe para observarla

con preocupación. Idalia lo miró con los ojos anegados en lágrimas y sintió a ese hombre tan fuerte y con esa apariencia en principio peligrosa abrazarla con una ternura que la reconfortó al instante. Sin dejar de estrecharla contra su pecho, la llevó hasta el dormitorio de ella y la sentó encima de sus piernas, permitiendo que se desahogara en su hombro, sin dejar un segundo de abrazarla. Poco a poco se dejó caer en la cama, tumbándola a un lado de él, con su brazo envolviéndola y observando sus ojos rojos, de los cuales todavía se deslizaba alguna lágrima.

—Ahora tendrás más razones para llamarme damisela —dijo Idalia un poco más calmada.

—Conmigo nunca lo has sido —confesó con una sonrisa.

—¿No? —preguntó enarcando una ceja al sorprenderla aquella afirmación.

—Sólo lo has sido con Fabio...

—¡No lo has llamado *tu Romeo*! —exclamó dándose cuenta de ese detalle.

—Ya no lo es... —murmuró sin perder detalle de todos sus gestos.

Idalia sonrió mientras se fundía en sus ojos azules y observó de cerca sus labios, tan tentadores que la llamaban a gritos, enmarcados por aquella barba oscura que los hacían el foco de atención junto con sus increíbles iris. Sin darse cuenta, se humedeció sus propios labios, anhelando probarlos de nuevo y volver a sentir aquella explosión de sensaciones jamás experimentada antes, que la reconfortaba y la llevaba a rozar el éxtasis con las yemas de sus dedos.

—No lo pienses y hazlo —la apremió Landon al intuir lo que estaba pensando.

Idalia rio divertida mientras se mordía el labio inferior. ¡Aquel hombre seguía tentándola y a ella le encantaba! Se acercó titubeante, seguía sin acostumbrarse a dar el primer paso, pero sabía que él le facilitaría las cosas, ayudándola a realizarlas con éxito y de una manera natural. Con Landon todo era más sencillo. Posó sus labios en los de él, que la recibieron con ganas. Poco a poco, aquel tímido beso se volvió más excitante cuando ella paseó su lengua por los labios de él, haciendo que gruñera y comenzara a deslizarse su

mano por la zona más baja de la espalda de Idalia, anhelando alcanzar el borde de la toalla y acariciar su suave trasero.

—¿Esto no complicará más las cosas entre tú y yo? —preguntó ella, separándose un poco al sentir cómo Landon acariciaba sus piernas mientras jugueteaba con el borde de la toalla.

—No, para nada. Si los dos sabemos que es sólo sexo, no habrá complicaciones —repuso con determinación.

—No quiero una relación amorosa, Landon —indicó con seriedad.

—No la tendrás, Idalia —dijo mordisqueándole los labios—. Ven, nena, vamos a hacer que las horas cuenten —susurró mientras le quitaba de un movimiento la toalla para dejarla completamente desnuda delante de él y poder observarla al natural.

A continuación, comenzó a besarle el cuello, a lamérselo, a saborear cada centímetro de su inmaculada piel y, poco a poco, con una lentitud asombrosa, deslizó sus caricias hacia abajo. Alcanzó sus pequeños pechos y gruñó de satisfacción al meterse uno de sus pezones en la boca, oyendo cómo gemía Idalia con sus lametones. Lentamente bajó sus besos hacia el estómago, llegando al borde de su sexo depilado. Sin tocarla ya sabía que estaría húmeda y eso lo excitó todavía más de lo que ya estaba. Hundió sin contemplaciones la lengua en el sexo de ella, que gimió mientras se arqueaba de placer y lo cogía del cabello.

—Qué bien sabes, nena —susurró.

Y le tentó con su lengua el clítoris, haciendo que moviese las caderas fuera de sí, al borde del orgasmo.

—Fóllame, Landon —apremió enloquecida por el placer.

Él levantó la cabeza de entre sus piernas y le sonrió con su mejor sonrisa de pirata canalla para después buscar en el bolsillo trasero de su vaquero un preservativo, rasgar el envoltorio con la boca y bajarse el pantalón y los calzoncillos en un movimiento rápido y preciso. Cuando lo tuvo puesto, la miró de nuevo, tumbada sobre la cama, con el cabello esparcido, sus labios

entreabiertos y las piernas separadas, esperándolo y anhelando aquello como él lo anhelaba. Tragó saliva, nervioso al percibir algo que jamás había sentido mientras clavaba la rodilla en la cama, se quitaba la camiseta y se tumbaba encima de ella, llevando su pene erecto hacia la cálida hendidura de la mujer. Los dos jadearon a la vez cuando sus sexos encajaron a la perfección. Landon comenzó a moverse en el interior de Idalia observando cómo ésta cerraba los ojos a causa del placer, y él se sintió tan bien como si hubiese encontrado su hogar, ese que jamás había buscado...

—Mírame, Idalia —apremió haciendo que ella hiciera lo que le había pedido.

—Joder, Landon —gimió con placer al sentir cómo él le cogía el trasero para abrirla más y que sintiera mejor su pene.

—Estaría toda mi puta vida follándote —confesó sin detener sus movimientos.

—Pues no pares, no lo hagas nunca.

—Dime que te gusta que te folle.

—¡Me encanta que me folles, Landon!

—Joder, Idalia, eres mi puta inspiración. Cuando estoy en tu interior sólo pienso en hacer que gimas cada vez más fuerte, que descubras lo sexy que eres y lo que me provocas.

—Oh, sí... ¡Haz todo eso, Landon! Uf... Estoy cerca, muy cerca... —jadeó al sentir que alcanzaría en breve el clímax—. ¿Por qué paras? —preguntó observando cómo él la miraba risueño sin mover ni un músculo de su espléndido cuerpo.

—Te dije que a la próxima te dejaría con las ganas —susurró, poseyendo de nuevo su boca con fervor y haciendo que ella gimiese totalmente excitada—. Quiero ver de qué eres capaz.

—¿Yo? —preguntó observando cómo salía de su interior y se tumbaba a su lado.

—Sí —contestó sin dejar de mirarla, observando la preocupación en su

rostro—. No pienses y actúa.

Idalia se puso de rodillas, dejando caer su cabello todavía húmedo por su espalda y sus pechos, y comenzó a acariciar el increíble cuerpo de Landon, deslizando las manos por su torso musculado, deteniéndose en sus tatuajes, recorriéndolos con veneración con la yema de los dedos. Lo miró a los ojos y se puso a horcajadas encima de él mientras lamía cada uno de esos dibujos que la volvían loca. Notó las manos de Landon acariciarle el trasero, animándola a que diese el siguiente paso y dejara ese temor, arriesgándose, apartando definitivamente el miedo de su vida. Se levantó un poco, lo justo para coger el pene rígido de Landon con la mano y guiarlo hasta su sexo. Éste no apartaba la mirada de cada gesto que hacía ella, de sus labios entreabiertos, de su respiración entrecortada, de su mirada excitada, de su cuerpo tembloroso. Poco a poco fue bajando, percibiendo en su interior cómo su sexo cobijaba el de él y sintiendo algo que jamás había sentido: poder. Comenzó a marcar el ritmo sin dejar de mirarlo a los ojos, sin dejar de notar las manos de él, que acariciaban su cuerpo con devoción, disfrutando de su suavidad y de cómo se le erizaba la piel por el contacto.

—Vuélvete loca, Idalia —la apremió Landon haciendo acopio de fuerza para no eyacular con los sensuales movimientos de ella.

Idalia jadeó terriblemente excitada al saber que a él le estaba gustando lo que le estaba haciendo y que, además, ella estaba disfrutando como nunca de algo que había sido siempre un mero trámite en su anterior relación. En cambio, con Landon el sexo era diversión, era juego, era morbo, era tentación, era único y explosivo. Notó, con sorpresa, cómo él le acariciaba con uno de sus dedos el ano, suave, tentador, mientras con la otra mano comenzaba a rozarle el clítoris.

—Has nacido para volver locos a los hombres, Idalia —gruñó sintiendo tan cerca el orgasmo que ansiaba que ella lo alcanzara lo antes posible—. Me encantaría que ahora mismo te vieras, cabalgándome, con tus pechos balanceándose, provocándome un placer indescriptible, teniéndome

empalmado y cachondo con tu cuerpo, con tus movimientos, con tu estrechez... Joder, Idalia, has nacido para follarme, para volverme loco —jadeó él observando cómo ésta aumentaba sus movimientos y sus gemidos.

—Oh... Sí, sí, sí —jadeó ella alcanzando el clímax sin detener sus movimientos, marcando su propio ritmo, ese que había logrado que se encontrara jadeante y húmeda.

—Córrete, preciosa, éste va a ser el primero. Voy a hacer que te corras unas cuantas veces más para que entiendas cómo me excitas, cómo me pones sólo con tenerte al lado —informó sin dejar de acariciarle el clítoris y el ano, con suavidad y rapidez, maravillándose con su mirada y sus gestos, que le decían lo cerca que se encontraba.

—¡Síiiiiiiiiiiiiii! —gimió ella.

—No pares, Idalia, que yo también me corro.

Landon sintió cómo ésta alcanzaba el orgasmo, cómo echaba la cabeza hacia atrás, disfrutando de aquella corriente que le cruzaba el cuerpo, mientras le dejaba ver su maravilloso cuerpo y sus pechos balanceantes, y él la contempló de una manera que jamás lo había hecho con otra mujer. «¿Por qué no puedo quitarte de mi puta cabeza si ya debería haberme cansado de ti?», pensó observando el rostro relajado de Idalia, que lo miraba con una preciosa sonrisa, sin dejar de moverse, tentándolo a él para que alcanzara también el orgasmo. De inmediato, él lo hizo con una desesperación brutal; se vació en su interior sintiendo una paz que lo llenó de golpe, haciendo de aquello algo difícil de explicar para un hombre que estaba acostumbrado a tener relaciones esporádicas.

Se despertó sintiendo la respiración relajada de Idalia a su lado, abrió los ojos y la miró. Dormía pegada a él, mientras Landon la cogía con posesión, abrazando su estómago para que ésta no huyera como hizo la primera vez que acabaron compartiendo cama. Al final se habían quedado a dormir en la habitación de ella, después de hacer que llegase al orgasmo otras cuatro veces más y de alcanzar él de nuevo un clímax tan descomunal que lo dejó exhausto y totalmente saciado de la piel de la española. Luego, mientras hablaban entre susurros, se quedaron profundamente dormidos... Mientras percibía la respiración sosegada de ella, pensó en la posibilidad de contarle que ya la conocía de antes, pero temía su reacción, ¿cómo explicarle que él había estado allí? Y, sobre todo, ¿cómo reaccionaría ella al enterarse? Por tanto, prefirió callárselo. Además, ahora mismo Idalia ya tenía un frente abierto que la mantenía muy preocupada y no deseaba añadirle otro más...

—Buenos días —dijo cuando vio que ella abría los ojos y lo observaba con aquella aparente candidez.

—Hola... —susurró Idalia con una sonrisa—. Al final nos quedamos durmiendo —añadió estirándose como una linda gatita.

—Sí... —asintió mientras le daba un beso en el hombro que la hizo sonreír, pues le agradó el carácter íntimo de ese gesto.

—No ha venido mi prima, ¿verdad? —preguntó ella al recordar aquel tema que aún la agitaba.

—No he oído nada —contestó Landon observando cómo ella se levantaba de la cama aprisa, completamente desnuda, y salía del dormitorio para

asegurarse de que su prima no estaba.

—No... No ha venido —informó volviendo a la cama y dejando que él se recrease en sus curvas suaves y armoniosas—. Voy a intentar llamarla, a ver si ahora me coge el teléfono —dijo mientras cogía su dispositivo móvil y marcaba el número de su prima.

Landon observó la desesperación en su rostro al comprobar que Alba seguía sin cogerle el teléfono y memorizó cada palmo de su piel, de esa tonalidad tan clara, con esa textura tan suave y tersa, con esas curvas marcadas en su trasero respingón.

—Cuando ella quiera, te llamará y volverá —dijo Landon intentando centrarse en aquel asunto que tanto le preocupaba.

—Y ¿qué hago mientras tanto? —preguntó desesperada.

—Ahora mismo vamos a desayunar y luego nos vamos a ir a dar una vuelta —informó con decisión.

—No tengo humor para ir a ningún sitio, Landon —bufó desganada mientras se detenía a admirar el espléndido torso de él, que parecía esculpido, centímetro a centímetro, para hacerla suspirar, añadiendo atractivo a aquellos tatuajes por los que había deslizado su lengua, ansiando memorizarlos para recordarlo cuando fuera una anciana y evocar aquellos alocados e intensos días vividos con un hombre como él.

—Dime, ¿qué vas a hacer aquí? ¿Esperar a tu prima? ¿Y si no viene hasta mañana o hasta el martes?

—Puff... —resopló Idalia tumbándose boca abajo en la cama, hundiendo la cara en la almohada, desesperada por aquella situación, anhelando una explicación de la repentina desaparición de su prima.

—Vamos, levanta, gandula —dijo dándole un suave cachete en el trasero que hizo que ella levantara la mirada con una sonrisa asombrada—. Te espero dentro de cinco minutos en la cocina. No tardes, si no, vendré a por ti y será peor.

—¿Por qué?

—Yo de ti no me arriesgaría a saberlo —dijo él con una seriedad que provocó que a ella se le contrajera el estómago por la excitación y por el riesgo de probar a qué se refería con esa amenaza tan provocadora.

Landon se puso los calzoncillos negros estilo bóxer y se dirigió a la cocina a preparar el desayuno. Estaba de buen humor, despertarse con una mujer como Idalia entre los brazos animaba el día a cualquiera, y ahora mismo tenía en mente hacer que desapareciera momentáneamente aquella preocupación de su mente. No podía hacer nada hasta que Alba volviese, así que, por lo menos, la haría disfrutar del tiempo libre. Al poco la oyó aproximarse a la cocina y, cuando levantó la vista, se la encontró totalmente desnuda delante de él, con esa sonrisa entre tímida y osada que lo volvía loco. Landon la miró con lascivia, recorriendo con la mirada cada palmo de su cuerpo, sin poder siquiera pensar en cansarse de contemplarla de aquella manera, tan atrevida, tal como él siempre la había visto, sin aquella obsesión continua por ser correcta.

—¿Vienes a provocarme, Idalia? —preguntó con voz ronca, dejando las tazas de café sobre la barra de desayuno.

—¿Lo he conseguido? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—¿Tú qué crees? —soltó mientras señalaba su pene embutido en los calzoncillos.

—No sabía que podía tener ese poder en los hombres —añadió asombrada de que él se excitara sólo con observarla.

—Connmigo lo tienes —dijo acercándose a ella con aquella seguridad aplastante tan característica en él—. Ven —apremió cogiéndola de la mano.

Landon la acercó a la encimera, la cogió en brazos con una facilidad asombrosa, como si no pesase nada, y la sentó sobre ésta, haciendo que sintiera sobre sus desnudos glúteos el fresco del material de la misma.

—Dame un segundo. Sé que tu prima tiene condones en su habitación, voy a por ellos y vuelvo —indicó dejándola allí para ir donde había dicho, mientras

ella sonreía divertida por saber qué razones lo habían llevado a dejarla sentada precisamente allí.

Al poco volvió, triunfante, con el preservativo en la mano, mientras Idalia seguía donde la había dejado: sentada sobre la encimera, maravillosamente desnuda, esperándolo con aquella sonrisa expectante que lo excitaba como nunca.

—Desde que te vi en ropa interior he deseado hacerte esto —confesó mientras se bajaba con presura los calzoncillos.

—¿Te gustó verme así? —preguntó con curiosidad, observando cómo él se colocaba rápidamente el preservativo.

—Joder, sí —contestó con rotundidad—. Cuando vi aquella gota deslizarse por tu estómago, quise cogerte y follarte aquí mismo —dijo mientras llevaba su pene al sexo de Idalia, sintiendo cómo se deslizaba con facilidad debido a la excitación de ella—. De esta manera. Subiéndote a la encimera y haciendo que gimas una y otra vez.

—El momento más erótico de mi vida fue cuando te lamiste el dedo y me limpiaste —repuso ella entre jadeos, notando cómo Landon entraba y salía de una manera enloquecedora. ¿Cómo podía no cansarse de sentirlo en su interior? Era tan fascinante todo lo que sentía con él que parecía nuevo, como si fuese la primera vez.

—Estuve a punto de no utilizar el dedo y lamerte directamente —soltó mirándola a los ojos para que se diese cuenta de cómo lo afectaba su presencia.

—¡Joder, no me digas eso! —jadeó clavando su mirada enloquecida en él.

—¿Por qué?

—Porque si lo hubieses hecho, me habría corrido sin que me tocaras. ¿Por qué eres tan endiabladamente excitante?

—¿Y tú por qué eres tan cándidamente erótica? —soltó devorando sus labios con necesidad, sin dejar de embestirla con fiereza, ahogando sus

gemidos y sintiendo que ella se abría más a él, pudiendo sentirla así más profundamente.

Se besaron sin cesar, lamiéndose, mordisqueando sus labios jadeantes, sin parar de devorarse, de sentirse, como si no hubiese un mañana, como si el tiempo se pudiera detener precisamente en aquel tórrido instante. Ellos dos solos, en aquella cocina donde empezó todo, completamente desnudos, saciando aquel apetito que volvía cada vez con más fuerza, algo tan ilógico pero igual de tentador que los hacía volver a unirse para volver a disfrutar de aquel momento tan único. Un gemido de Idalia le hizo embestirla con más fuerza, sabiendo que estaría cerca del clímax. Landon no se cansaba de observar cómo disfrutaba con lo que él le hacía, gozando más si cabe del placer que le proporcionaba que del suyo propio.

—Cada vez que te he visto sin camiseta en esta cocina... —jadeó Idalia, deleitándose en esos maravillosos ojos azules que la observaban sin tapujos.

—¿Sí? —preguntó él mientras deslizaba su lengua por el cuello de ésta, haciendo que cerrara los ojos, extasiada por aquel contacto que la enloquecía.

—¿Me estabas provocando?

—Por supuesto —gruñó cogiéndola del trasero para atraerla más hacia sí y poder moverse con más fiereza en su interior—. Quería que fueras tú quien me asaltara. Que te quitaras la ropa sin venir a cuento y me pidieras que te follara. ¡Joder, Idalia! Sólo pensaba en metértela. En hacer que te corrieras, en hacer que disfrutaras de tu cuerpo conmigo.

—Joder, sí, Landon. ¡Sigue, no pares, no pares! —jadeó cogiéndose de sus hombros con fuerza.

—Tócate los pechos, Idalia, y mientras me miras a los ojos pellízcate un pezón —pidió excitado. Ansiaba verla de un modo distinto de aquella imagen que siempre había exhibido ante a los demás, para demostrarle todo de lo que era capaz.

Ella hizo lo que le pedía y sintió un poder que la excitó todavía más, haciendo que cerrase los ojos mientras Landon no cesaba en sus envites y ella

continuaba acariciándose como él le había pedido, sintiendo cómo el placer recorría cada centímetro de su piel, cómo la excitación lo llenaba todo, cómo su ser se fundía con el de él.

—Me vuelves loco —gruñó Landon sin dejar un segundo de mirarla—. Ahora acaríciate el clítoris. Mastúrbate con tu mano mientras yo te follo.

Idalia jadeó cuando sintió su endurecido clítoris en la yema de los dedos. ¡Jamás se había proporcionado placer a sí misma! Y aquello, junto con la mirada penetrante de Landon observando sus movimientos y sus envites enloquecedores, la hizo gritar cuando alcanzó un orgasmo tan intenso que la dejó temblando.

—Sí, sí... Joder, Idalia, ¿qué coño me has hecho? —soltó jadeante él al observar cómo ésta había alcanzado el clímax.

A continuación, la devoró con la boca y, absorbiendo los últimos gemidos de ella, se vació de unos pocos movimientos más, sintiéndose un perdedor en aquella batalla que él mismo había provocado.

—Y, ahora, vamos a desayunar —dijo Idalia con una amplia sonrisa, haciendo que a él se le quedase grabada a fuego aquella sensación extraña que lo recorrió por completo.

Salió con cuidado de su interior y la ayudó a bajar de la encimera. Tiró el preservativo y desayunaron hambrientos sin dejar de mirarse, con una sonrisa en los labios, sintiendo que conectaban de una manera incomprensible, que, juntos, el sexo no era algo normal, sino extraordinario.

Cuando terminaron de desayunar recogieron la cocina y Landon fregó los platos mientras ella le acariciaba juguetona sus vistosos tatuajes.

—Quieta —decía él cada vez que Idalia lamía un dibujo al azar—. O tendré que follarte otra vez y al final no vas a poder levantarte.

—Llevaba mucho tiempo sin hacerlo, es normal que ansíe más y más —susurró mientras seguía con aquel juego tan divertido de tentar a Landon y verbalizaba la razón por la que creía que no se cansaba de practicar sexo con él, ya que antes, con Arturo, jamás había sentido aquella necesidad, pero,

claro, con su ex era puro trámite, como si de algo programado se tratase, y con el vecino era toda una aventura.

—Tienes que dejar que me recupere. ¡No soy una máquina! —exclamó él de un humor excelente.

—¿No lo eres? —soltó en broma, lamiéndole otro de los tatuajes y observando cómo su pene comenzaba a izarse bajo el calzoncillo—. ¡Mierda! Mi teléfono —soltó de pronto al oír la melodía que provenía de su dormitorio.

Idalia corrió hacia allí y lo cogió casi sin aliento. Cuando vio quién la llamaba, dejó escapar el aire con brusquedad.

—¿Sí? —contestó al aceptar la llamada.

—¡Hola, bella dama! —exclamó Fabio.

—Buenos días, Fabio —dijo observando cómo en ese momento Landon entraba en la habitación y la miraba con dureza.

—¿Qué planes tienes hoy? Había pensado en ir esta tarde a la ópera..., ¿qué te parece?

—Lo siento, Fabio, suena genial, pero no puedo. Mi prima está enferma y tengo que cuidarla... —improvisó mirando a Landon mientras le hacía un gesto de circunstancias que a él lo relajó de golpe, ya que no le hacía gracia que aquel Romeo de imitación siguiera llamándola.

—¡Qué pena! Bueno..., espero que se mejore.

—Muchas gracias, Fabio —dijo Idalia.

—Nos vemos, bella dama —se despidió él mientras ésta daba por finalizada la llamada.

—¡Vamos a vestirnos, *bella dama*! —exclamó Landon socarrón.

—No tiene gracia —dijo sacándole la lengua.

—Confiesa que sí tiene un poco. ¡Parece que ese tipo no se acuerda de tu nombre! —soltó sin entender por qué no dejaba de llamarla así.

—Tú a veces me llamas «nena» y sé que sabes mi nombre —replicó Idalia intentando defender a Fabio—. Y él es así, adulator y romántico.

—Todo lo contrario de mí.

—Sí, todo lo contrario, por eso estoy aquí desnuda contigo y no con él — confesó Idalia encogiéndose de hombros—. Si hubiese querido una relación formal, estaría ahora mismo arreglándome para ir de paseo con Fabio.

—Pero como sólo quieres sexo, te vas a vestir y nos vamos de paseo — comentó Landon con una maravillosa sonrisa pernicioso.

—¡No! Quiero quedarme en casa por si viene mi prima.

—Eso ya lo hemos hablado, Idalia. Cuando ella llegue, te llamará. Es una tontería que te quedes aquí encerrada, dándole vueltas a lo mismo, sin tener las respuestas que sólo ella puede darte. Por tanto, hazme caso, vístete y nos vamos a pasar el día por ahí.

—¿Adónde? —preguntó sabiendo que tenía razón, su prima no llegaría antes aunque ella se quedase todo el día encerrada en el apartamento. Al menos, el tiempo pasaría más rápido si lo compartía con Landon.

—Es una sorpresa —dijo él mientras le guiñaba el ojo, animándola a aceptar su invitación.

Después de ducharse cada uno en su piso y de vestirse, salieron del edificio en la moto de él. Landon sentía las manos de Idalia abrazarle con fuerza el torso, dejándose llevar por aquella urgencia repentina de que se distrajesse y de que no perdiera el tiempo con aquel italiano que se había fijado en ella... Durante una hora y media se sintió el hombre más canalla y afortunado del mundo por tener a una mujer como ella para él solo, sabiendo que Idalia había declinado la oferta del perfecto caballero para quedarse con él.

—Vamos a hacer la primera parada —informó deteniendo la Harley.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella observando a su alrededor.

—En Malcesine —dijo quitándose el casco para que ésta hiciera lo mismo—. Nos vamos a subir a un teleférico.

—¡No! —exclamó con entusiasmo mientras bajaba rápidamente y observaba cómo él ataba los cascos y la moto con el candado.

—¿Preparada? —preguntó comenzando a andar hacia el lugar por donde se

accedía al teleférico.

—¡Sí! Jamás he subido en uno.

—Pues con éste vamos a poder ver el lago desde arriba y, además, durante un tramo, gira 360 grados para poder verlo todo.

—¡Ya lo estoy deseando! —exclamó con emoción.

Tuvieron la suerte de subir en una cabina en la que prácticamente estaban solos. Idalia observaba por las ventanas cómo el aparato subía mientras Landon no le quitaba el ojo de encima: parecía una niña delante de un juguete nuevo, y se alegró de verla entusiasmada por algo. Desde que su prima había desaparecido, su gesto se había endurecido y aquello, por increíble que le pareciera, lo estaba matando. ¡Necesitaba verla bien!

—¡Qué impresión da verlo todo desde tanta altura! —exclamó Idalia percatándose de la distancia que los separaba del suelo.

—Sí, pero las vistas son increíbles —contestó él acercándosele un poco y rozando con toda la intención su pierna contra la suya mientras aproximaba su rostro al de ella simulando ver mejor así la panorámica, aunque la realidad era que ansiaba provocarla.

—Sí... —susurró sintiendo aquel contacto que la hacía vibrar y mirándolo a la cara, a pocos centímetros de la suya.

—Idalia —la llamó en un susurro ronco.

—¿Sí? —titubeó dejándose llevar por aquel influjo que desprendía su cuerpo y que la llamaba con una fuerza incapaz de ignorar, dejando todo lo que hubiese a su alrededor en un segundo plano.

—Mira por la ventana —indicó Landon señalándola y haciendo que Idalia dejase de mirarlo para observar el paisaje, mientras él sonreía complacido por saber que a ella le ocurría lo mismo, que su cuerpo lo arrastraba hacia él.

—¡Esto es precioso, Landon! Me quedaría aquí toda la vida —declaró cuando bajaron del teleférico.

—Vamos, que quiero enseñarte otro sitio más —apremió éste mientras la cogía de la mano y la llevaba lejos de la moto.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin entender hacia dónde iban sin la Harley.

—A coger un ferri que va a la otra orilla del lago —informó mientras le señalaba el barco en el que se disponían a embarcar. Idalia sonrió entusiasmada, ¡iba a navegar por el lago de Garda!

El trayecto duró poco menos de media hora, durante la cual Landon e Idalia no pararon de hablar de la belleza sin par de esa tierra, mientras se tentaban con caricias y palabras, ya que era imposible evitar no tocarse con cualquier excusa, hasta que llegaron al extremo noroeste del lago.

—¿Dónde me has traído?

—Estamos en Limone Sul Garda —explicó con una sonrisa mientras se alejaban del barco—. Espero que te guste el sitio a donde te voy a llevar y que confíes en mí.

—Ay..., ¡miedo me das! —exclamó mirándolo con terror, ya que sabía que ese hombre no tenía gustos precisamente tranquilos.

—Te va a gustar, ya lo verás —rio divertido al ver el miedo en sus ojos, ese que ansiaba arrancar del ser de Idalia, para que pudiese disfrutar plenamente de todo.

Landon se detuvo delante de un local donde se ofrecía la práctica de deportes acuáticos, habló con la persona encargada y al poco salió sonriente.

—¡Vamos! —dijo volviendo a cogerla de la mano para llevarla cerca del lago.

Al llegar, Idalia observó un pequeño barco, en el cual subieron, capitaneado por un amable lugareño que les decía todo lo que iban a ver.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en un susurro, observando cómo se adentraban de nuevo en el lago.

—Un curso de buceo —dijo Landon en voz baja al ver su expresión de sorpresa y miedo—. Tranquila, no es la primera vez que lo hago y sé que te va a encantar. Ahora quítate la ropa y ponte el traje de neopreno que te van a dar.

—¡Me has vuelto a liar! —soltó molesta de que siempre la arrastrase a hacer cosas que en un principio no deseaba.

—Si lo hubieras sabido desde un principio, no habrías venido —comentó conociéndola lo suficiente como para saber que habría sido así.

Idalia se levantó y se quitó la camiseta de tirantes y los pantalones cortos para dejarse el bikini que llevaba —el cual se había puesto por petición de Landon—, para después enfundarse en un traje de neopreno que le tendió el capitán. Mientras, observaba cómo Landon también se desprendía de su ropa, dejando ver su bañador y su magnífico cuerpo tatuado, para después ponerse otro traje de buceo. Ya preparados, el capitán y el instructor les comentaron lo que tenían que hacer y lo que no, también les dieron las indicaciones oportunas para que supieran cómo utilizar la botella de oxígeno y, si ocurría algo en la inmersión, cómo pedir ayuda.

—Vamos, Idalia, ¡al agua! —exclamó Landon metiéndose con gracia.

Ella titubeó, jamás había pensado que algún día haría algo así. Llenó de aire sus pulmones, cerró los ojos y se dejó caer al agua, sintiendo cómo Landon se acercaba enseguida hacia donde estaba ella y el instructor hacía lo propio para comenzar con el curso.

—Ponte la boquilla en la boca, empieza a respirar para acostumbrarte y, cuando lo hayas hecho, comienza a hundirte —indicó Landon, mirándola con atención para que se diese cuenta de que él jamás haría algo que pusiera en peligro su vida.

Idalia cerró los ojos, sintiendo cómo la boquilla le llenaba de aire los pulmones, relajándose para no respirar más de la cuenta. Cuando estuvo preparada, le hizo una señal a Landon y comenzaron a adentrarse en las profundas aguas de aquel lago, notando al instructor cerca de ella para asegurarse de que todo fuera bien. Tuvo que hacer varias pruebas, salía y volvía a entrar en las profundidades, hasta que se acostumbró a respirar con la botella. Jamás pensó que disfrutaría tanto de aquello. Landon empezó a mostrarle, con gestos, las truchas, las tencas, los lucios y las anguilas que nadaban alrededor de ellos. Poco a poco, Idalia comenzó a encontrarse más segura y disfrutó todavía más de la riqueza de aquellas aguas al contemplar los

lechos, los cañones y las reliquias históricas que se encontraban en el fondo de aquel maravilloso lugar.

—¿Cómo estás? —preguntó Landon cuando emergieron del lago después de pasar un buen rato en sus profundidades.

—¡Todavía más enamorada de este rincón del mundo! —exclamó emocionada, haciendo que él riera complacido.

—Vamos a quitarnos esto y a almorzar —dijo nadando hacia el barco.

—¡Sí! —exclamó visiblemente más animada.

Mientras el barco los llevaba de nuevo a la orilla, se secaron y se pusieron su ropa. Después se dirigieron a un restaurante cercano para almorzar.

—¿Qué te ha parecido la experiencia? —preguntó Landon observando cómo el camarero les ponía la bebida en la mesa.

—Para repetirla. ¡Jamás pensé que me gustaría tanto! —exclamó ella emocionada.

—Idalia, dime una cosa, ¿por qué has tenido tanto miedo de hacer cosas? Podías bucear también en España o montarte en una montaña rusa... ¿Por qué no lo has hecho?

—Como te dije, el miedo me impedía hacerlo... Sé que es una excusa absurda, pero es la verdad. Siempre he sido muy miedosa... Era mi prima la que me animaba a hacer cosas, a que me soltara, y, cuando ella se vino a aquí, me quedé sin esa fuerza que me ayudaba a perseguir mis sueños sin tener miedo de lo que ocurriría.

—Pero debes hacer las cosas por ti misma, Idalia. No puedes pretender que siempre haya alguien que te anime a hacer algo.

—Lo sé... —susurró pensativa—. Landon, dime, ¿tienes hermanos?

—No. Mi padre murió antes de que yo lo conociera. Sólo tengo a mi madre... —comentó dándole vueltas a su cerveza.

—¿Tu madre vive aquí?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Es la mejor madre que he podido tener. Trabajadora incansable, paciente y comprensiva.

—¿Vive sola?

—No, vive con mi tía. Hace unos años se quedó viuda y se ha ido a vivir a casa de mi madre. Así, dicen, no se sienten tan solas al hacerse compañía mutuamente.

—Pues sí...

—¿Y tú? Cuéntame algo de ti.

—Hay poco que contar. Soy hija única como tú, mi prima es como mi hermana, ya que mi tía y mi madre son vecinas y prácticamente hemos crecido juntas —explicó con una sonrisa—. Mis padres siguen casados, con sus más y sus menos, pero llevan toda la vida juntos, supongo que eso es lo normal...

De repente el sonido de su teléfono móvil rompió aquella conversación tan natural y amena. Idalia lo sacó y abrió los ojos expectante al ver quién llamaba.

—¡Es ella! —informó a Landon.

Él asintió mientras observaba cómo ella respondía la esperada llamada.

—¿Estás bien? —preguntó Alba en cuanto Idalia contestó la llamada.

—Sí, yo estoy bien, ¿y tú? —inquirió ella intentando controlar sus nervios para que no le jugasen una mala pasada.

—Bien... —murmuró en un tono que a su prima le pareció, de repente, muy sospechoso. ¿Eran figuraciones tuyas o estaba disimulando?

—¿Estás en casa?

—No... —dijo Alba en voz muy baja, casi en un susurro—. Siento mucho no haberte llamado ayer... Te habrás vuelto loca de preocupación al ver que no llegaba a casa...

—Imagínate —repuso Idalia cerrando los ojos, serenándose, intentando apaciguar aquella necesidad de gritarle que había vivido los peores momentos de su vida al no saber nada de ella—. Te he llamado cientos de veces y no sabía nada. ¿Dónde has estado?

—Uf... —resopló incómoda—. Ya sabes cómo soy, Idalia —comenzó a decir con aquel tono de broma que tan bien conocía ella, aunque esta vez pudo apreciar que lo forzaba, como si, así, consiguiera que ella dejara de preocuparse. Supuso que esa táctica la habría utilizado en más de una ocasión sin que ella se hubiese dado cuenta—. Piero me enseñó la tableta de chocolate y tuve que zampármela entera —rio sardónicamente, haciendo que Idalia cerrase los ojos, intuyendo que le estaba mintiendo.

—¿Aún estás con él? —preguntó apretando los dientes, ¡odiaba que le mintiesen tan descaradamente!

—Sí... Hasta mañana por la tarde no volveré, Idalia. ¡No te preocupes por

mí! Estoy bien. Necesitaba tener unos días para mí, ya sabes...

—Claro, claro —murmuró desganada, temiendo no conseguir que su prima se sincerase por teléfono.

—¿Dónde estás tú?

—He ido a pasar el día con... —empezó a decir Idalia mientras barajaba la posibilidad de mentirle a su prima o no—. Landon —soltó procurando ser consecuente y dar lo que ella misma estaba pidiendo: la verdad.

—Y ¿qué haces tú con Landon? —exclamó Alba.

—Hacer un poco de turismo. Estaba sola en casa, preocupada por ti, y él me ha ayudado a que no me volviese loca —contestó con dureza y, en el acto, se arrepintió de haberlo hecho. Intuía que su prima lo estaba pasando mal, ¡jamás le había mentido!

—¡Me cago en el turismo y en mi vecino! Dile que, como te trate mal, lo cojo y le afeito la barba a mordiscos —soltó haciendo que Idalia sonriese mientras negaba con la cabeza. Así era realmente su prima, por eso le extrañaba tanto que se hubiese ido sin avisar, escudándose en mentiras.

—De acuerdo, yo se lo diré... —dijo con una sonrisa.

—Y ¿por qué no estás con Fabio? —preguntó extrañada.

—Bueno... Ya sabes que ahora somos amigos y, claro..., no quiero que se haga ilusiones cuando sé que de momento no podemos tener nada —susurró Idalia.

—Es verdad, pero recuerda que es un buen hombre... Bueno, tengo que dejarte, ya sabes, Piero... Sólo te he llamado porque sabía que estarías preocupada por mí, y además quería saber si estabas bien. Dile a Landon de mi parte que lo castro como se propase contigo.

—Vale, yo se lo diré... —repuso negando con la cabeza—. ¿Alba?

—Dime.

—Cuídate, por favor.

—¡Claro! Siempre me cuido, ¡no te preocupes por mí! Mañana ya estaré de nuevo por ahí, dándote guerra —dijo ella casi en un susurro para después

finalizar la llamada y dejarla con el teléfono en la mano, pensando en que su prima le había mentido descaradamente y no sabía con qué fin.

—¿Y bien? —preguntó Landon al observar su rostro afligido.

—Creo que ha vuelto a mentirme... —susurró Idalia dejando el móvil sobre la mesa—. Me ha dicho que está con su profesor de defensa personal y que hasta mañana no volverá. No cuadra con lo que me dijo Martina de que estaba con Marco...

—¿Por qué no le has dicho que sabías que estaba mintiendo?

—Porque prefiero hablarlo cara a cara con ella...

—¿Sigues pensando que detrás de esto hay algo más? —inquirió con seriedad.

—Sí... —susurró al observar cómo el camarero depositaba los platos sobre la mesa—. Es tan impropio de ella que haga estas cosas.

—Habla con ella. No la acuses de nada que aún no sepas... A ver si quiere sincerarse contigo y te explica por qué sigue viendo a Marco, si es que de verdad lo está haciendo... Además, piensa que, a veces, las personas cambian, a lo mejor tu prima ya no es la misma que conociste...

—No lo sé, Landon, a ver qué se me ocurre —bufó consternada.

—Dime, cambiando de tema —soltó él intentando animándola—. Después de comer y del café, para que no te duermas en plena acción, ¿nos tiramos en parapente? —preguntó con aquella sonrisa canalla marca de la casa.

—¿¿Qué?! —exclamó haciendo que él riese a carcajadas ante su reacción desmedida.

Se abrazó con fuerza a la espalda de Landon, sintiendo cómo su cuerpo se encontraba totalmente relajado después de un maravilloso y distinto día con él. Estaban volviendo al apartamento, después de haberse tirado en parapente — ya que él no bromeaba cuando se lo había propuesto— y de gritar con todas

sus fuerzas, para después disfrutar como una niña. Con ese hombre estaba descubriendo nuevas maneras de diversión que la hacían enfrentarse directamente a sus miedos, esos que le impedían vivir al máximo. Después de aterrizar con soltura —gracias al instructor que tenía pegado a ella—, cogieron de nuevo el ferri para alcanzar de nuevo la otra orilla del lago.

—¿Estás cansada? —preguntó Landon cuando bajaron de la moto, ya en el interior del garaje de su edificio.

—Sí —susurró agotada.

—Vamos —dijo mientras la cogía de la mano. Ese acto tan natural e íntimo que él había utilizado durante todo el fin de semana la reconfortaba y la hacía sentirse segura.

Bajaron del ascensor en su planta y entraron directamente en el apartamento de Alba. Landon hizo que Idalia se sentara en un taburete situado junto a la barra de desayuno para, después, ir a abrir la nevera.

—Tendrás hambre, ¿verdad?

—¡Sí! —asintió Idalia con efusividad.

Landon sonrió mientras sacaba unas verduras de la nevera y comenzaba a cortarlas con destreza sobre la encimera.

—No sabía que supieras cocinar —indicó Idalia sin perder detalle de sus movimientos.

—Mi madre me enseñó —comentó mientras ponía una plancha en la vitrocerámica para pasar las verduras por ésta.

—No te pega —dijo haciéndolo reír.

—Y ¿qué me pega? —preguntó divertido.

—Salir a cazar mamuts con un cuchillo en la boca —soltó con seriedad, lo que hizo que él volviese a reír a carcajadas.

—¿Tan cromañón parezco?

—Un poco sí —confesó levantando los hombros con resignación, ya que era la primera imagen que se veía de él, ese halo de peligro y brusquedad; en cambio, le estaba demostrando que únicamente era eso, la apariencia.

—¿Sólo un poco? Vaya, sí que lo estoy haciendo mal —soltó en broma sin dejar de cocinar.

—¿Has estado alguna vez en España? —preguntó Idalia de repente, haciendo que él se quedara helado.

—Sí... —susurró sabiendo que no podía mentirle.

—¿En serio? —preguntó con alegría—. ¿Dónde fuiste?

—A Madrid.

—¡Yo vivo allí! —exclamó con emoción—. ¿Te gustó?

—Sí, mucho —dijo sin levantar la mirada de la plancha, concentrado en que la verdura no se le quemase.

—¿Sólo conoces Madrid?

—Sí...

—El resto de España es precioso también, ¿sabes? Deberías visitar más ciudades porque te encantarían.

—No lo dudo —comentó un poco más tranquilo mientras batía unos huevos con destreza.

—No tienes un nombre muy italiano... —susurró pensativa—. Yo tampoco tengo uno muy español, la verdad... A mi padre le encanta la cultura griega, ha leído muchísimo sobre ésta, y tenía claro que si tenía una hija la llamaría con un nombre griego —informó ésta.

—Me llamo así por mi padre. Él era americano... Cuando nací, mi madre no dudó en ponerme su nombre —indicó echando los huevos batidos en una sartén.

—Es un legado muy bonito, llevar el nombre de tu padre... —comentó observando cómo él sonreía fugazmente, haciendo que a Idalia se le contrajera el corazón al apreciar una sutil emoción en su rostro.

—¡Ya está la cena! —exclamó Landon con entusiasmo volcando la tortilla en un plato y llevándolo todo a la barra de desayuno.

—¡Qué buena pinta! —dijo relamiéndose ante aquel delicioso festín.

—¿Tienes pensado volver a España pronto? —preguntó él mientras

observaba cómo Idalia se metía un trozo de tortilla en la boca.

—Aún no lo sé... —confesó cuando tuvo la boca vacía—. Ahora mi prima me necesita, lo sé. Aunque ella no me lo diga, yo lo siento así y, además, quiero seguir descubriendo nuevas experiencias —comentó sonriente mientras le guiñaba el ojo.

—¡Pero si siempre te escandalizas cuando te propongo algo nuevo! —soltó Landon entre risas.

—Pero al final accedo y descubro lo equivocada que estaba.

—Tienes que ser más atrevida y ser tú la que proponga cosas. Yo siempre las aceptaré.

—¿En serio? —preguntó asombrada de su seguridad.

—Sí.

—¿Harías eso por mí?

—Claro. Somos amigos y vecinos, ¿no?

Idalia sonrió con ganas mientras pensaba la suerte que había tenido al encontrar a un hombre como él, capaz de hacer locuras e ir poniéndolas en práctica para ir descubriendo de lo que era capaz. Sin preguntar siquiera, simplemente aceptándolas. Ahora quedaba la parte más dura: saber qué quería hacer. ¡Era una novata en la vida!

Después de cenar y recoger la cocina, se fueron al sofá a ver la televisión. Idalia se acomodó sobre el hombro de Landon mientras él le acariciaba el cabello y, poco a poco, sin poder evitarlo, los párpados comenzaron a pesarles demasiado y ambos cayeron en un profundo sueño.

Se despertó en la cama y buscó con la mano el cuerpo de Landon, pero se encontraba sola. Se incorporó y observó a su alrededor intentando averiguar qué hora era. Al verla en su teléfono móvil, maldijo por dentro: ¡era tardísimo! Seguramente Landon estaría ya trabajando y ella, mientras tanto,

había estado durmiendo como una marmota. Se levantó y sonrió al ver que él le había quitado la ropa y la había dejado sólo con la interior. Después se dirigió a la cocina, donde encontró el desayuno hecho y una nota al lado del café:

Me ha costado horrores no despertarte esta mañana para hacerte gemir antes de irme a trabajar, pero estabas tan cansada que me ha dado pena hacerlo.

Nos vemos luego. ¡Distráete y no pienses mucho!

LANDON

Con una sonrisa, deslizó las yemas de los dedos por aquella letra inclinada, notando algo en su interior a lo que no pudo poner nombre pero que la hizo sentirse extraña y nerviosa. Dejó la nota sobre la mesa, desechando esa sensación, y se tomó el café, parcialmente tibio, pensando qué haría esa mañana.

Después de ducharse, se acordó de que había quedado con Maurizio para decidir qué días visitaría Venecia, pero con el tema de su prima tan latente, decidió aplazar la escapada para más adelante, cuando todo el asunto estuviese aclarado y ella segura de que Alba no la volvía a engañar. Además, no quería dejarla sola, algo en su interior le decía que a su prima le ocurría algo para estar así de ausente y extraña... Con aquel plan cerrado, se vistió y salió del apartamento con una alocada idea en mente que la hizo sonreír pensando que esa Idalia, la que estaba descubriendo en esos días, le gustaba mucho más que la de antes.

—Hola —saludó nada más entrar en el estudio de tatuajes mientras miraba a su alrededor, pues no había ni rastro de Landon por ningún lado.

—Un segundo —dijo él desde el interior.

Idalia observó de nuevo las paredes, donde se exhibían en marcos varios bocetos de tatuajes, admirando la destreza de quien los había dibujado, ya que contenían muchos detalles, y pensó si eran obra de Landon o simplemente de otro artista. Al acercarse un poco a ellos se percató de la rúbrica que firmaba cada dibujo y sonrió con orgullo al darse cuenta del gran artista que era su vecino. Al poco lo notó detrás de ella y se giró lentamente para mostrarle una amplia sonrisa.

—Idalia —pronunció su nombre de una manera tan enloquecedora que ella sonrió al sentir cómo su cuerpo se preparaba para recibirlo.

—¿Estás ocupado? —preguntó de manera inocente sin dejar de mirar la camiseta azul que combinaba a la perfección con sus ojos.

—Estoy terminando de tatuar a un amigo... —Señaló una puerta negra que había al lado—. ¿Necesitas algo?

«A ti», se dijo Idalia, asombrándose al pensar tal cosa. ¡Ella no era así!

—Quiero hacerme un tatuaje —soltó como si nada, dándose media vuelta para admirar de nuevo los cuadros—. Y quería que me asesoraras... —susurró con indiferencia, como si fuese lo más normal del mundo que ella pensara tal cosa.

—Dame diez minutos y estoy contigo —indicó mostrándole una sonrisa resplandeciente que escondía la incredulidad de que ella fuese capaz de llegar a hacérselo.

Idalia observó su fuerte espalda y su trasero prieto con detenimiento mientras él se daba la vuelta para dejarla sola. Sabía que estaba loca por atreverse a hacerse un tatuaje... ¡¡Ella, con el terror que les tenía a las agujas y al dolor!! Sin embargo, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que se le antojase, y desde que había visto los maravillosos brazos de Landon y sus pectorales tatuados, no había dejado de pensar en tener uno, en un lugar sexy que la hiciera seductora, algo que la ayudara a desprenderse de su antiguo yo, algo que fuera el inicio de su nueva vida, esa que estaba descubriendo y que tanto le estaba gustando. Deambuló por el estudio observando cada dibujo que

se exhibía por las paredes, pero no vio ninguno que le gustara especialmente como para llevarlo el resto de su vida, por tanto, se sentó en el sofá negro de piel a esperar a que Landon acabase. Al cabo de diez minutos, un hombre alto y fornido le sonrió divertido mientras salía acompañado de él.

—¡Hola, Idalia! —saludó éste con alegría.

—Anda, hola, Maurizio —dijo ella levantándose del sofá para saludarlo—. ¿No trabajas esta mañana?

—No, voy de tarde... ¿No te lo han dicho en la agencia? —preguntó con curiosidad.

—No, no he ido... Creo que lo dejaré para más adelante —dijo ella.

—¿Y eso? —soltó extrañado—. Pásate otro día y te explico otros paquetes más económicos que a lo mejor te puedan interesar más.

—Maurizio —lo llamó Landon viendo que éste no pretendía irse pronto del estudio.

—O a lo mejor otro destino más acorde... —continuó sin prestarle atención a su amigo, que lo miraba fijamente con la intención de hacerle una señal para que se fuera.

—Mau... —volvió a llamarlo Landon.

—Claro, ya me pasaré un poco más adelante —comentó Idalia con una sonrisa.

—Incluso tenemos un viajecito por la Toscana que es una maravilla —siguió hablando sin hacer caso de los continuos gestos que le hacía Landon para que se callase.

—¡Mau! —llamó finalmente este último levantando la voz para que se diera cuenta de que quería que se marchara de una vez—. Me has dicho que Rosetta te está esperando, ¿recuerdas? —soltó remarcando la última palabra con fuerza.

—Ay, es cierto —exclamó de manera teatral—. Bueno, Idalia, cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Maurizio —dijo ella de buen humor.

—Amigo, nos vemos —indicó Maurizio mientras se acercaba a Landon y le daba un fuerte golpe en la espalda a modo de despedida.

—Sí, cuídate —masculló él deseando que éste los dejara solos.

—Nos vemos —dijo antes de salir del estudio para echarles otra mirada a los dos y cerrar la puerta tras de sí.

—Qué simpático es —comentó Idalia cuando estuvieron solos.

—Sí, pero no capta una indirecta ni a la de tres —soltó echándose a reír mientras se acercaba a ella—. ¿Qué significa eso de que quieres hacerte un tatuaje? —preguntó clavando sus ojos repletos de intención en ella.

—Pues eso, que quiero que me tatúes... Lo que pasa es que aún no sé el qué —murmuró pensativa.

—No te pega —soltó Landon con seriedad.

—Lo sé, por eso mismo quiero uno —repuso convencida de que quería dejar atrás a su antiguo yo.

—¿Dónde lo quieres? —preguntó dando un paso hacia ella.

—Quiero hacérmelo en un lugar... sexy —susurró sosteniéndole la mirada y observando cómo él sonreía divertido por haber utilizado ese adjetivo.

—Sexy —repitió con una sonrisa ladina.

—Sí —susurró ella con coquetería—. No sé si hacérmelo aquí —dijo señalándose con delicadeza la zona más baja del estómago—, o aquí —indicó de la misma manera seductora el contorno de su pecho—, o tal vez aquí —musitó tocándose la nalga derecha, haciendo que él no perdiese detalle de todos sus movimientos.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Idalia? —preguntó con voz ronca.

—He venido a provocarte, Landon. ¿Lo he conseguido? —inquirió con una maravillosa sonrisa.

—¡Joder, sí! —exclamó él cogiéndola de la nuca para besarla con ardor.

Idalia se agarró a su cuello para poder recibir mejor aquel beso que la llenaba de calor y excitación, sintiendo cómo las manos de él comenzaban a adentrarse bajo su camiseta, acariciando su piel, dejando a su paso un

hormigueo de placer y haciendo que sintiese, con todo lo que significaba esa palabra.

—Espera a que cierre —dijo entre beso y beso.

Idalia observó cómo se alejaba de ella haciendo que sintiera frío, casi desolación, por verse desprovista de sus fuertes brazos y su gran magnetismo. Lo vio cerrar con presura, y con aquella sonrisa fantástica la cogió de la mano para llevarla tras aquella puerta negra que escondía un aséptico espacio donde realizar los tatuajes con una camilla central y una silla con ruedas para trabajar él. Landon no se detuvo ahí, sino que la hizo pasar a una sala privada situada detrás de otra puerta, con un sofá cómodo y una pequeña mesa acompañada de una silla. A ella no le dio tiempo a observar mucho más, ya que él comenzó a desnudarla con pasión y deseo, sin dejar de besarla y lamerla, haciendo que se olvidase de todo lo que sucedía a su alrededor y sólo estuviera pendiente de aquel hombre que la llevaba a rozar el nirvana con cada una de sus caricias, con cada beso y con cada promesa susurrada al oído.

—Has tardado mucho —murmuró Landon observándola desnuda delante de él.

—¿En qué? —preguntó Idalia deslizándose sus manos por su maravilloso torso desnudo y tatuado.

—En venir a provocarme —dijo abordando sin contemplaciones sus labios, que lo recibieron con un gemido audible mientras ella se agarraba con desesperación de sus fuertes hombros.

—Tenía que silenciar a mi mente, que me decía que tú no me convenías —jadeó sintiendo cómo Landon la cogía en brazos para dejarla tumbada con delicadeza en el sofá.

—Tu mente es lista: no te convengo —gruñó mirándola con fervor antes de introducirse un pezón en la boca, haciendo que ella arquease la espalda por el placer que le proporcionaba.

—Lo sé, y me da igual. Es un pequeño precio que tendré que pagar para poder sentirme así —jadeó acariciándole el cabello sin que él dejara de

succionar sus pezones.

—Y ¿cómo te sientes? —preguntó levantando la cabeza para clavar la mirada en ella.

—Sexy —susurró con franqueza.

—Es que lo eres, Idalia —murmuró lamiendo su estómago y trazando un camino sinuoso hacia abajo—. Soy un cabrón con suerte por tenerte así —gruñó al pasar su nariz por el sexo depilado de ella—, tan húmeda, tan cachonda, tan abierta para mí —informó para después hundir su lengua en él.

—Jo... der —balbuceó al sentir la destreza de su lengua recorrerle sus pliegues y jugar con su endurecido clítoris.

—Me quedaría toda la vida aquí, entre tus piernas —confesó cogiéndola de los glúteos para hundir más la lengua en su sexo.

Idalia cerró los ojos sintiendo una vorágine de sensaciones que siempre experimentaba cuando estaba con Landon, sintiéndose capaz de todo, percibiendo que con ese hombre el sexo alcanzaba un plano más importante, más enloquecedor y excitante. Y sintiéndose, por primera vez, deseada de verdad y capaz de hacer cualquier cosa.

No podía dejar de tocarla, de acariciarla. Aunque ambos estuviesen plenamente satisfechos, sus manos tenían voluntad propia y recorrían cada centímetro de aquella maravillosa piel blanca. Idalia lo observaba con una espléndida sonrisa mientras le acariciaba los tatuajes que tenía en el brazo, memorizándolos con su mente y su tacto.

—Jamás pensé que me atraería tanto un hombre tatuado —confesó en voz baja sin dejar de tocarlo.

Landon sonrió.

—No te pongas romántica, Idalia, esto es sólo sexo —susurró como si nada, simplemente ansiando provocarla. ¡Se estaba convirtiendo en su pasatiempo favorito!

—¡No me estoy poniendo romántica! —exclamó ofendida, haciendo que él sonriese divertido por haber conseguido su propósito.

—Sé que es difícil para una damisela como tú separar el amor del sexo, pero... —volvió a la carga Landon. ¡Le encantaba picarla!

—¡Yo no soy una damisela! —replicó incorporándose para mirarlo a la cara ceñuda—. ¿No te lo he demostrado ya? —preguntó con orgullo.

—¿Sólo eres capaz de hacer esto? —inquirió socarrón, haciendo que ella le propinase un suave puñetazo en el hombro y que se levantase del sofá, dejando que la viese completamente desnuda. ¡No podía parar de mirarla! No se cansaba de ella y eso le preocupaba, pues jamás le había sucedido nada parecido...

—¡Por supuesto que no! Pero ¿qué quieres? —soltó envalentonada, lo que

hizo que él le prestase mayor atención.

—Que te relajes y que dejes de pensar que no eres capaz. ¡Tú puedes con todo! Nunca lo olvides.

—¡Tatúame! —soltó con una amplia sonrisa mientras se sentaba a horcajadas encima de él.

—¿Es eso lo que quieres o lo que crees que yo quiero? —preguntó Landon recorriendo con las manos los suaves muslos de ella, sin dejar de mirarla con atención.

—¡Es lo que quiero! —exclamó frunciendo el ceño. ¿Por qué le encantaba provocarla?

—Y, dime, ¿qué quieres que te tatúe? ¿Un unicornio, un arcoíris con nubes de algodón alrededor o, tal vez, una flor de lis? —preguntó socarrón, haciendo que ella lo mirase molesta.

—¡Ninguna de esas cosas! —exclamó ofendida—. Quiero algo fuerte y sexy que me haga recordar cómo quiero ser y olvidarme de cómo era... —enumeró sin dejar de mirar su rostro divertido ni de sentir sus fuertes manos acariciando cada resquicio de su cuerpo.

—Pero no sabes aún el qué —concluyó Landon.

—No...

—Mejor. Así me aseguro de que de verdad quieres un tatuaje. Cuando lo sepas, me lo dices y te aseguro que te lo haré, ¡es más!, te lo regalaré —indicó propinándole un suave cachete en el trasero—. Ahora levanta, vistámonos y vayamos a almorzar.

Idalia sonrió mientras se levantaba y comenzaba a vestirse. Con él todo era tan natural y simple que a veces resultaba asombrosamente extraño. Jamás había sentido aquella comodidad, aquella tranquilidad de ser natural, de ser ella misma, con un hombre. Ni siquiera cuando estuvo con Arturo se sintió jamás así de a gusto, pudiendo mostrarse desnuda delante de él, sin tapujos, tanto por fuera como por dentro, sabiendo que Landon la miraba de una manera que ningún otro hombre lo había hecho antes, como si cada centímetro

de su piel fuera un lienzo en el que a éste le gustaría hundir su lengua, como si fuera alguien tan fascinante que debiera escuchar cada palabra que pronunciase, como si ella fuese más de lo que jamás había pensado que era.

—¿Has pensado ya qué quieres hacer para borrar experiencias de esa lista ficticia? —preguntó Landon mientras esperaban a que el camarero les sirviera los platos que habían solicitado previamente. Se encontraban en un restaurante cercano a la casa de Julieta, un lugar maravilloso para degustar la comida típica local.

—No... —dijo Idalia mordiéndose el labio inferior, preocupada por no tener imaginación para ese tipo de cosas.

—¿Sabes patinar? —preguntó de repente.

—¡No! —rio mientras negaba con la cabeza, temiendo que con él aquello cambiaría en un breve período de tiempo.

—Yo tampoco, pero nos lo podemos pasar bien intentándolo, ¿qué me dices? —preguntó con aquella sonrisa traviesa que la incitaba a seguir cada locura que se le ocurriese.

—Aunque te diga que no, lo vamos a hacer igual —indicó con resignación. Le estaba gustando que él la provocara a que hiciese cualquier cosa que se le ocurriera, ya que con cada idea descubría una nueva versión de sí misma que le encantaba.

—Por supuesto. El miedo hay que afrontarlo, Idalia —añadió Landon con seriedad.

—¡Ya sé qué quiero que me tatúes! —soltó de golpe, haciendo que él riese a carcajadas al comprobar que no había abandonado la idea.

—A ver, ¿el qué? —inquirió sin dejar de observar la alegría que había aflorado a su rostro al dar con la solución a ese enigma.

—Una frase que leí hace años en mis clases de latín y que siempre me ha

gustado.

—¿Cuál? —preguntó con visible curiosidad.

—*Sine metu* —recitó como si fuera un mantra—. «Sin miedo» —tradujo mientras le guiñaba el ojo.

—Me gusta —indicó haciendo que ella mostrara una sonrisa todavía más amplia—. ¿Dónde la pondrías?

—En el contorno de mi pecho izquierdo —comentó con decisión, haciendo que él le mostrara aquella sonrisa que la tentaba.

—Muy bien... Mañana te lo volveré a preguntar: si me sigues diciendo lo mismo, te lo haré.

—¡Quiero que me lo hagas hoy! No me voy a arrepentir, Landon. Sé que quiero tatuarme esa frase que me ha acompañado durante toda mi vida, porque quiero recordarme que el miedo no sirve de nada y que hay que afrontarlo —argumentó Idalia.

Él sonrió mientras la observaba. Había cambiado muchísimo en esos días, había pasado de ser una mujer temerosa y frágil a ser fuerte y decidida, y le encantaba que al final sacara su verdadera personalidad, esa que había ido mermando por culpa de las circunstancias, esa que él mismo había atisbado en sus conversaciones.

—De acuerdo, te lo haré —dijo sabiendo que era imposible no acceder a su petición. Se la veía tan segura de sí misma, tan capaz de hacer cualquier cosa que no podía negarse a nada que le pidiera.

—¡Genial! —exclamó ella con entusiasmo, mostrándole una sonrisa de plena felicidad.

—¿Idalia? —oyeron de pronto a su lado.

A la joven le desapareció súbitamente del rostro aquella expresión de espontaneidad que le había provocado la amena conversación con Landon, mientras que a él se le endureció el gesto, preparándose mentalmente para contestar como era debido.

—Fabio... Hola —titubeó al verlo de pie, delante de la mesa que ocupaba,

mirando tanto a ella como a Landon.

Iba perfectamente vestido, como era costumbre en él. Una camisa blanca y unos pantalones vaqueros le daban ese aspecto de hombre inalcanzable del que se había quedado prendada la primera vez que lo vio. Era tan extraño para Idalia verlo al lado de Landon, tan natural y cotidiano, con sus vaqueros desgastados y una camiseta negra con un estampado en blanco con las letras de un famoso grupo de rock, que no supo cómo reaccionar ante la embarazosa escena.

—Hola —dijo Fabio sin dejar de mirar a Landon, que se había recostado en la silla, contemplándolo con su mejor mirada amenazadora y haciendo que éste se irguiese analizando aquel casual encuentro.

Idalia volvió a observarlos a ambos, uno tan resplandeciente, tan elegante, tan hombre perfecto, y el otro tan siniestro, tan oscuro, tan peligroso, como si Landon fuera una fruta prohibida y Fabio el *David* de Miguel Ángel, tan inalcanzable como atrayente.

—¡Qué casualidad! —exclamó nerviosa al no saber cómo abordar aquel momento tan incómodo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a comer con un compañero de trabajo... —siguió manteniéndole la mirada a Landon, que había optado por cruzarse de brazos para que éste admirase sus tatuajes y sus músculos—. ¿Y tú?

—¿Yo? —soltó sin saber qué decir, mirando tanto a uno como al otro—. He venido a comer con mi vecino. ¿Te acuerdas de Landon? Estuvo en Riva del Garda con mi prima y sus amigos.

—Sí, claro que me acuerdo —repuso Fabio sin dejar de observarlo detenidamente, cómo éste lo estaba intimidando con la mirada, cómo intentaba decirle con los ojos que se olvidase de Idalia, algo que lo disgustó y a la vez lo puso en guardia—. Bueno, yo ya me iba... —dijo volviendo la atención hacia ella y apartando la vista de Landon—. ¿Haces algo esta tarde? —preguntó con tranquilidad.

—Sí —contestó Idalia con una sonrisa. ¡Esa tarde tenía muchas cosas que

hacer!

—¿Y mañana? —inquirió de nuevo Fabio, sin abandonar la idea de volver a quedar con ella.

—Mañana... —repitió casi en un susurro, intentando pensar rápidamente qué decirle a ese hombre que tan bien se había portado con ella.

—Mañana también estará muy ocupada —terminó Landon la frase por ella con dureza, haciendo que Idalia lo mirase a los ojos, molesta y asombrada por su intromisión.

—¿Contigo? —preguntó Fabio mirándolo con fiereza, encarándose con aquel hombre que lo observaba desafiante.

—Por supuesto —indicó Landon con tranquilidad mientras le mostraba una expresión divertida y aquella sonrisa ladina marca de la casa, lo que hizo que Fabio se irguiera y lo observara con inquina.

—Pero... —soltó Idalia confusa mirando directamente a Landon, ya que no entendía por qué había hecho tal cosa—. Hablamos por teléfono, ¿de acuerdo? Me ha gustado volver a verte —dijo levantándose de la silla para despedirse de él y dejar a su vecino fuera de aquella conversación, que se había tornado más incómoda de lo que había sido en un principio.

—Lo mismo te digo, Idalia. Espero esa llamada —reiteró mirándola a los ojos fijamente para después cogerle la mano y depositarle su habitual beso, que ya había dejado de impactarla y se había convertido en algo rutinario que éste siempre hacía a modo de despedida.

—Claro —repuso con una sonrisa mientras observaba cómo se marchaba, para después sentarse en su sitio y mirar a Landon, que se encontraba serio—. Pero ¿qué leches ha sido eso?

Él cogió su cerveza con brusquedad y le dio un largo trago sin dejar de mirarla a los ojos, pensando cómo explicar su comportamiento.

—¿El qué? —inquirió con gran disimulo. ¡No sabía qué decirle! Jamás se había comportado de esa forma, nunca le había importado que sus conquistas tuvieran otros amigos aparte de él; en cambio, con Idalia...

—¡Lo que acabas de hacer! ¿Quién eres tú para decirle que mañana estoy ocupada? —soltó ella con arrojo sin achantarse lo más mínimo.

—Nadie, Idalia, no soy nadie —dijo levantándose de la silla mientras tiraba la servilleta de malas maneras en la mesa.

—Por supuesto. ¡¡No somos novios ni somos nada para que te entrometas en mi vida!! —exclamó cabreada mientras lo observaba alejarse de ella, dejándola sola y echa un lío. ¿Qué había pasado?

Se quedó allí sentada, esperando a que les sirvieran la comida, sin entender qué había ocurrido para que Landon se comportara de aquella manera. Sí, sabía que era un hombre intimidante, pero se había excedido en asegurar algo que la atañía sólo a ella, con aquella prepotencia y aquel tono amenazador que había hecho titubear a Fabio.

Terminó de comer, pagó y se fue directamente al estudio de Landon. Aquello no podía quedar así. ¡Debían hablar! Y dejar las cosas claras. Al llegar, se lo encontró cerrado y se dirigió a su apartamento, seguramente estaría allí. Delante de su puerta, llamó al timbre y esperó pacientemente, pero no obtuvo respuesta. ¿Dónde se habría metido? Sin más, se metió en el apartamento de su prima a esperar a que éste abriese el estudio o volviese de allí donde estuviera. Se sentó en el sofá y encendió la televisión, aunque no estuviese pendiente de la programación y sí de los sonidos del exterior. Al rato oyó cómo el ascensor subía hasta su planta y esperó a oír el sonido de las llaves de la puerta de enfrente, pero, para su sorpresa, la puerta que iban a abrir era la suya. ¿Vendría Landon dispuesto a hablar?

—¡Wilma, ya estoy en casa! —exclamó Alba con sorna imitando el saludo de Pedro Picapiedra al encontrarse con su prima observando con atención la puerta de entrada.

—¡Alba! —soltó ella con alivio mientras se levantaba del sofá para darle un abrazo.

—Anda, anda, ¡que sólo he estado un par de días fuera! —exclamó restando importancia a su repentina desaparición.

—¡Me tenías muy preocupada, Alba! —comentó cogiéndola de la mano para arrastrarla al sofá sin dejar de mirarla a la cara por si adivinaba algo con sólo observarla, con lo mala que era ella para esas cosas...—. ¿Dónde has estado?

—Ya te lo he dicho, con Piero... —respondió incómoda por la manera con que su prima la miraba—. ¡Menudo festín me he dado con tanto chocolate!

—No me mientas, Alba —pidió Idalia con seriedad, ignorando la recomendación de Landon y dejando libertad a su preocupación. ¡Eran familia! No podía disimular que no sabía nada.

—No te mien... ¿Qué sabes? —preguntó con su mejor mirada instigadora.

—No es lo que yo sepa, sino lo que tú no me cuentas, y me duele tanto que sea así... Antes nos lo contábamos todo, lo bueno y lo malo. Éramos las hermanas que nunca habíamos tenido y, de repente, sé que ya no soy así para ti, y me duele.

—Las circunstancias cambian, Idalia. Yo ya no soy la que era, ni siquiera tú lo eres. Cambiamos, evolucionamos y tenemos nuevas prioridades.

—Entonces ¿me has estado engañando estos días?

—No quiero hablar de esto —soltó Alba levantándose del sofá y dejándola sola en el salón.

—¿Cómo que no quieres hablar de esto? —preguntó siguiéndola hasta su dormitorio—. Has estado dos días fuera, a saber dónde y con quién, me has tenido preocupada, y ahora me dices que no quieres hablar de esto. ¡Estoy viviendo aquí contigo! —exclamó exasperada.

—Te recuerdo que soy mayor que tú, Idalia. No puedes pretender que te dé explicaciones de mi vida. Además, ya te comenté por teléfono antes de que te autoinvitaras que yo estaba muy ocupada para atenderte como era debido —declaró con dureza en la voz.

—Has estado con Marco, dímelo y acabemos con esta farsa —añadió Idalia con rotundidad, obviando que le echase en cara que había viajado hasta allí siendo consciente de que se encontraría la mayoría del tiempo sola.

—¿Quién te lo ha dicho?! —soltó Alba, encarándose con ella con una fuerza que jamás le había visto, haciéndola titubear ante su dureza.

—Eso es lo de menos, pero ya con tu actitud me has confirmado esa duda —susurró observando su mirada fría y determinante. En aquellos momentos no parecía su prima, esa que había adorado por encima de muchas cosas, sino una extraña—. Y dime, ¿por qué no me lo has contado antes? ¿Por qué tienes que esconderme que te estás volviendo a ver con tu ex?

—Porque tengo una relación complicada con él —masculló bajando la mirada al suelo— y no me apetece oírte decir que lo deje, porque, simplemente, no me apetece ni quiero dejarlo —añadió Alba mucho más sosegada.

—Pues muy bien, no lo dejes —replicó ella sin entender su comportamiento—. Entonces ¿sigues enamorada de él?

—Nunca he dejado de quererlo, Idalia... —bufó con desesperación.

—Y ¿qué has hecho estos días?

—Estar con él...

—Y ¿tan importante era que yo no supiera que estabas con él? Porque, de verdad, ¡no lo entiendo! —exclamó visiblemente ofuscada por todo aquello, que escapaba a su comprensión.

—Es difícil, él... —susurró mirando a los lados, como intentando encontrar una vía de escape por la que salir indemne.

—¿Sí?

—... él está casado, Idalia. Yo soy su amante —soltó desviando el rostro del de su prima, que la observaba fijamente, sus movimientos inseguros, su temblor de manos, sus titubeos...

Ella, que siempre había sido el fiel reflejo de la seguridad, le estaba demostrando ahora que ese tema la afectaba y la hacía ser distinta, tanto que Idalia apenas si la reconocía.

—Su amante —repitió consternada.

—Sí... Hace unos días me llamó y me dijo que quedaríamos... ¡No sabía

cómo decírtelo! —exclamó rehuendo el contacto visual, algo que en principio no le extrañó a Idalia. Seguramente se sentiría avergonzada por su actitud y no por otras circunstancias.

—Te está utilizando, Alba —repuso con cariño, intentando que su prima la mirase a los ojos, ya que ésta no lo había hecho desde que habían empezado a hablar de ese hombre.

—Lo sé. Sé que me utiliza sólo para el sexo, sé que no se va a divorciar de su mujer, porque desde que lo conozco no ha hecho el menor gesto por hacerlo. Sé que debería enviarlo a la mierda, dejar esta relación insana que me da más disgustos que otra cosa, pero... no puedo —gimoteó con dolor y algo más a lo que Idalia no supo poner nombre.

—Entonces ¿por qué me dijiste que lo habías dejado con él?

—Porque no sabía cómo decirte que había aceptado estar a la sombra en esta relación.

—Yo nunca te juzgaré, Alba —susurró con sinceridad, cogiéndola de la mano para que ésta viese que no mentía y que podía confiar en ella.

—Pero soy tu prima mayor, tu referente... Y sé que no estoy haciendo bien las cosas —añadió al fin, mirándola fijamente y haciendo que Idalia se percatase de todo el calvario que estaba pasando.

—No soy una niña, Alba... Si sabes que estás haciéndolo mal, pon punto y final a esto. ¡Acaba con esta relación! —indicó con determinación.

—¡No puedo, yo lo amo! —exclamó cerrando los ojos exasperada, una lágrima deslizándose de rabia por su mejilla.

Idalia la observó consternada. Se notaba que estaba sufriendo, que incluso le ocultaba información, y no supo qué hacer para que confiara en ella, para que se abriera y dejara salir todos sus miedos. Ella era su prima, su amiga, casi su hermana, ella siempre la apoyaría, pasara lo que pasase.

Idalia observó la pelea interior que libraba su prima. Intuía que deseaba contarle la verdad, quitarse aquel yugo invisible que había provocado tantas mentiras. Aunque Alba se había esforzado en aparentar normalidad durante todos esos días, ahora Idalia sabía que había estado forzando aquella felicidad, aquellas bromas, para que ella no se preocupase, para que no la interrogase como lo estaba haciendo en aquellos momentos tratando de sonsacarle qué le ocurría para no poder dejar de una vez por todas a ese hombre que la estaba utilizando.

—Me enamoré locamente de Marco sin saber cómo era él realmente — comenzó a decir Alba en voz muy baja, secándose las lágrimas con las manos y mirándose las, como si tuviera vergüenza de mirarla a ella a la cara—. Supongo que nos pasa a todas, idealizamos el amor, creemos que todo es maravilloso y no vemos las señales claras de que algo no funciona como debería, pero sólo nos fijamos en lo bonito que es querer y creer que te quieren... Al principio todo fue idílico, como habrás deducido, y yo estaba entre nubes de algodón rosa, disfrutando de la felicidad y de un hombre que creía maravilloso. Poco a poco, sin darme cuenta, nuestra relación fue cambiando. A veces él se ausentaba por un período corto de tiempo o no podía quedar conmigo cuando a mí sí que me habría gustado hacerlo. Hasta que lo supe... —Pronunció esa última frase cerrando los ojos—. Al principio me lo intentó negar por activa y por pasiva, diciéndome que eran imaginaciones mías, pero yo sabía que tenía a otra. Ilusa de mí, pensaba que tenía una amante, pero al final resultó que la amante era yo... Cuando me enteré de que estaba

casado con una mujer de alta alcurnia me quedé destrozada. Sabía que él no la iba a dejar, ella tenía tanto dinero, tanto poder, que yo no era nadie que pudiese estar a su altura. Pero, Idalia..., ¡yo lo amaba! Y él comenzó a decirme que no podía dejarme, que no podía vivir sin mí y tampoco sin ella, que nos amaba a las dos —confesó mientras negaba con la cabeza sin mirarla a los ojos, pendiente de sus manos temblorosas—. Te prometo que intenté dejarlo varias veces, alegando que no podía compartirlo con nadie y que me sentía muy rastrera sabiendo que yo era la otra... Pero él... él no quiso escuchar nada de lo que yo le decía...

—Y seguiste con él —afirmó con seriedad.

—Sí... Sin darme cuenta, él me llamaba y yo acudía sin vacilar. ¡No puedo arrancármelo del corazón, Idalia! —soltó mirando al techo en un gesto de desesperación.

—¿Me estás contando toda la verdad, Alba? —preguntó dudosa de la sinceridad de su prima, ya que le había mentado una vez y podía hacerlo de nuevo.

—Sí, Idalia, toda... —suspiró sin mirarla a los ojos, todavía pendiente de sus manos.

—Entiendo que te sientas mal por ser la amante de ese hombre, aunque no comprenda las razones por las que me lo has ocultado.

—No quería que pensaras que tu prima mayor era una buscona.

—Jamás pensaré eso de ti, Alba. Te conozco lo suficiente como para saber que has intentado hacer lo correcto, aunque no has podido porque lo sigues amando.

—Sí... —susurró cerrando los ojos.

—Deberías habérmelo contado antes, Alba. No sabes el sufrimiento que he sentido durante este fin de semana. ¡Creía que me iba a volver loca! Menos mal que Landon ha estado a mi lado.

—Ahora sé que debería habértelo contado... —dijo con una sonrisa, mucho más calmada al ver la reacción de su prima—. Y ¿qué has hecho con Landon,

Idalia? —preguntó mirándola de arriba abajo, agarrando con fuerza aquella oportunidad de que la conversación girase en torno a su prima y no a ella.

—Ay, Alba... —dijo con una sonrisa, sintiéndose un poco más tranquila al saber qué le ocurría a ésta—. Meterme en un berenjenal.

—¡No, Idalia! —exclamó negando con efusividad con la cabeza—. No me digas que te has acostado con él.

—Sí —susurró con resignación. Era absurdo ocultarle algo cuando ella le había pedido que fuera sincera—. Él me provoca de una manera que jamás he sentido y me hace ser diferente, como siempre he querido.

—Él no es bueno para ti, Idalia. Él no es de los que se enamoran, y al final acabarás con el corazón roto y perdiendo la oportunidad de estar con un hombre como Fabio por cuatro revolcones con Landon.

—Lo sé, Alba. No te preocupes por eso. Sé que lo que tengo con él es puramente sexual, nada más. Y Fabio... Bueno, ¡nunca se sabe!

—Ten cuidado. No querría que te hiciera daño —dijo con preocupación.

—No lo hará, porque sé perfectamente que lo nuestro no puede ir más allá —confesó con una sonrisa.

—Como lo coja, al final lo castro —terció jocosa, mejorando de golpe su humor y demostrándole a su prima que seguía siendo la misma bromista de antes.

—No digas eso —replicó entre risas—. Necesitaba sentirme así, y él lo ha conseguido.

—Por lo menos, has disfrutado —murmuró poco convencida de que lo mejor que le hubiese pasado a su prima fuera acostarse con el vecino, el cual sabía por los años que hacía que lo conocía que jamás duraba mucho con sus conquistas, yendo de flor en flor como si nada.

—¡Ya te digo! —exclamó Idalia con efusividad.

—Ay, no me digas nada, si no, no podré volver a mirarlo a los ojos —comentó chistosa mientras ponía cara de asco.

—¡Qué exagerada eres!

—Bueno, me voy a duchar y a descansar. ¡Estoy hecha polvo! —exclamó mucho más tranquila de que su prima hubiese dejado de preguntar sobre Marco y su vida y que se centrara en Landon o en Fabio; a ella le daba lo mismo, lo único que ansiaba era que no se entrometiera en sus asuntos.

—Descansa, yo ahora vengo —dijo Idalia con una sonrisa.

—De acuerdo.

Mucho más tranquila después de haber hablado con su prima y de comprobar con sus propios ojos que se encontraba bien y que sus suposiciones eran equivocadas —¡había visto demasiadas películas policíacas!—, Idalia se dirigió al estudio de aquel hombre que la hacía sentir una mujer poderosa, capaz de cualquier cosa si se lo proponía.

—Hola —saludó nada más entrar.

Landon se encontraba tras el mostrador y sonrió ladinamente cuando la tuvo enfrente.

—Hola... Yo... —comenzó a decir, observando cómo ella se le acercaba con aquella fuerza que siempre resurgía cuando él se encontraba enfrente.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando...

—Necesitaba pensar... —susurró sin dejar de observar cómo ella se acercaba a él.

—¿Qué ha pasado hoy en el restaurante? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho y mirándolo con seriedad.

—Nada —dijo sosteniéndole la mirada—. Lo único que me pasa es que no soporto a ese tío, con ese aire de superioridad y esos modales forzados... Lo siento, pero no puedo con él.

—¿Te molesta que yo quede con él? —preguntó tanteando aquella cuestión con tacto, ya que no sabía por qué se había molestado tanto, hasta el punto de dejarla sola en el restaurante.

—Por supuesto que no. Puedes hacer lo que te dé la gana —informó con rotundidad—. Nosotros no somos pareja ni nada, Idalia. De eso ya hemos hablado y tanto tú como yo sabemos que esto es puramente sexual.

—De acuerdo... —dijo convencida de sus palabras—. Espero que no vuelva a repetirse una situación así. No me gusta que nadie dé por hecho algo que yo no he elegido, ¿vale?

—Me parece bien —concluyó Landon con una sonrisa. Ésa era la Idalia que le gustaba: rotunda y decidida, y no la modosita en que se convertía en presencia de ese italiano estirado.

—Vengo a que me tatúes —indicó con una sonrisa, dispuesta a llevar a cabo aquella cuestión.

—¿Aún sigues con esa idea en la cabeza? —preguntó mostrándose mucho más relajado al haber abandonado aquel tema que lo hacía sentir extraño, sin poder pensar en las razones por las que había hecho algo así, percatándose de que con ella todo era distinto.

—¡Sí! Y no me iré de aquí hasta que me lo hagas.

—Tienes suerte, no tengo ninguna cita esta tarde. Dame unos segundos, que cierre el local, y así puedo estar centrado en tu blanquísima piel inmaculada —soltó con sorna mientras se acercaba a la puerta y echaba el cierre.

Idalia observó cómo él se daba la vuelta después de cerrar el estudio y la miraba de aquella manera que tanto le gustaba. Con una sonrisa, ésta se dirigió hacia la sala que escondía la puerta negra, sintiendo cómo Landon la seguía de muy cerca. Al llegar a la sala, se dio la vuelta para enfrentarse a esos ojos azules, traviosos y tentadores, que la miraban sin pestañear. Sin vergüenza alguna, ya que con él de eso empezaba a carecer, se desprendió de la camiseta de tirantes que llevaba esa mañana y la colocó sobre una silla que había al lado de la camilla, sin dejar de percatarse de cómo lo afectaba a él esa acción y la siguiente, cuando ella se desprendió del sujetador dejando sus pechos al aire. Landon se mordió el labio inferior y se acercó hambriento.

—Primero el tatuaje —rechistó Idalia, frenando de golpe su aproximación al suponer sus tentadoras intenciones.

—Cuando te tatúe no querrás que te toque aquí —dijo acariciándole con una suavidad sorprendente el contorno de su pecho izquierdo, provocando que

su piel se erizase y ahogase un gemido.

—Pero me podrás tocar donde tú quieras —murmuró acercándose a él seductora mientras le daba un beso arrebatador en los labios, dejándolo con ganas de más.

—Si no me dejas que me centre, dudo que me salga bien el tatuaje —comentó con voz ronca al sentir sus manos deslizarse por sus brazos desnudos, deleitándose con su piel y sus maravillosos músculos.

—Seguro que habrás tenido que tatuar a más de una mujer exuberante que te habrá puesto cardíaco —dijo tumbándose en la camilla y observando cómo él no le quitaba la vista de encima.

Landon sonrió sin poder decir nada, sintiendo un nudo en el estómago al pensar que con ella todo era distinto y a la vez aterrador. «Si supieras que eres la primera mujer que hace que no pueda dejar de pensar en volver a tenerte entre mis brazos, no estarías aquí, mostrándome tu maravilloso cuerpo, ni tentándome con esa inocencia tan eróticamente hechizante, sino que correrías a los brazos de tu perfecto Romeo para alejarte todo lo posible de mí... Si pudiera, si consiguiera no ser tan egoísta, yo mismo te lo recomendaría. No soy bueno para ti, Idalia... Yo no sé amar como lo hace tu Romeo de imitación, yo nunca he sentido la necesidad de volcarme al cien por cien con una mujer, siempre he sido un alma libre, centrado sólo en mi propio disfrute, en mi persona, sin permitir que ningún sentimiento exterior me desviara de lo que siempre he ansiado: la libertad», pensó él mientras cogía un bloc de papel y un lápiz afilado y comenzaba a escribir aquella frase en latín con diferentes tipos de letra, para que ella eligiera la que deseaba tener grabada para siempre en su piel. «Por lo menos, cuando acabe todo esto tendrás algo mío en tu cuerpo, algo que yo mismo te he hecho, algo que espero que ese hombre odie para que sólo sea tuyo y mío... Pero ¿qué me pasa contigo, Idalia? ¿Por qué pienso en estas gilipolleces? ¿Por qué no puedo apartarte de mi mente? ¿Por qué ansío verte sonreír, pero no a él, sino a mí?», se dijo cerrando los

ojos para después abrirlos y encontrarse con la sincera mirada de ella, que lo observaba con atención.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó dándole a elegir el tipo de caligrafía y centrándose en aquel momento y no en todo lo que sentía cuando Idalia estaba cerca.

—Éste —indicó eligiendo uno con el trazo más elegante, parecido a la caligrafía realizada con pluma—. ¿Crees que debería poner algo más? Quiero decir..., algún detalle, un dibujito...

—Eso ya depende de ti. Es tu piel, eres tú la que decide.

—Siempre me han gustado los dientes de león, poder coger uno y soplar fuerte para observar cómo se esparce por el aire. Mi madre siempre me decía que pensara un deseo antes de soplar alguno, y yo siempre pedía ser más valiente, más segura de mí misma —comentó Idalia con añoranza al recordar aquellos años de su infancia en los que había sido una niña tímida y retraída que se centraba en estudiar y leer, dejando las fiestas, los amigos y la diversión para su prima, hasta que, poco a poco, ésta comenzó a animarla a que saliera con ella...

Sin decir nada, Landon comenzó a trazar debajo de aquellas dos palabras un diente de león con multitud de vilanos flotando, creando una espiral que enmarcaba esa frase que tanto significado tenía para Idalia. Cuando lo tuvo listo se lo tendió para que le diese el visto bueno.

—¡Me encanta! —exclamó ella con gran emoción al haber unido con éxito la frase con aquella planta—. ¡Házmelo!

—Me alegro de que te guste —dijo poniéndose unos guantes de látex y comenzando a preparar la máquina.

A continuación, cogió un bote de antiséptico y una gasa y, antes de desinfectarle la zona que debía tatuar, pasó la lengua por el seno de Idalia, haciendo que ella jadeara sorprendida y excitada, ya que no se esperaba ese contacto tan íntimo y provocador.

—No he podido resistirme —anunció divertido al ver la chispa de

excitación en los ojos de ella mientras le desinfectaba la zona—. Y ahora, bella damisela en apuros, vamos a hacerte una mujer perversa —soltó haciendo reír a Idalia con su afirmación—. No te muevas, y aguanta.

Ella cerró los ojos al notar el primer pinchacito, sintiendo que podría aguantar sin problemas. No obstante, cuando ya llevaba unos cuantos pinchazos más comenzó a ponerse nerviosa, sabía que dolía, pero no tanto...

—Aguanta, nena —susurró Landon, concentrado en hacerle un tatuaje perfecto que la hiciera sentir sexy y segura de sí misma.

Cerró los ojos pensando en el resultado, sin importar le el ratito que estaba pasando. Al abrirlos observó la dedicación de él, la concentración y la destreza de ese hombre que era tan distinto de todos los que había conocido que la confundía con su manera de ser, a veces hosca y oscura, otras amable y divertida, otras atrevida y seductora, y otras sexual e irresistible. Landon levantó los ojos y se encontró con los suyos. Acto seguido, sonrió con aquella sonrisa que la excitaba sin remedio, de esa manera tan pretenciosa y pernicioso que le era imposible no imaginarse cómo acabarían esa noche... Sólo de pensarlo comenzó a excitarse. ¡Ella, que suponía que era una frígida en esos temas! Pero con Landon todo se potenciaba al máximo, incluso realizándole aquel tatuaje sentía sus dedos recorrerle el contorno del pecho, haciendo que se le erizase el vello y ansiara que éste acabara para poder notar sus fuertes manos sobre su cuerpo desnudo mientras ella recorría con las suyas todo su ser.

—¡Ya está! —dijo después de un buen rato, pasando una gasa por la zona que había tatuado—. Espera, que te voy a traer un espejo para que te veas —informó levantándose para coger uno que tenía cerca.

Le tendió el espejo e Idalia lo observó maravillada.

—¡Me encanta! —exclamó con gran emoción al observar el trazo seguro y elegante de esa frase que la acompañaría el resto de su vida y percatándose de los pequeños detalles del diente de león, su elegante tallo, la corona

parcialmente completa, con varios vilanos repartidos en dirección ascendente a su pecho y salpicándolo de una manera que le pareció provocadora.

—A mí también me gusta, estás arrebatadora —confesó él sin dejar de observarla—. Ahora te lo voy a cubrir para que no se infecte —explicó mientras le ponía una especie de plástico protector en la zona tatuada—. ¡Lista!

Idalia sonrió al descubrir cómo él no paraba de mirar el tatuaje, y ese hecho le gustó incluso más que el propio diseño. ¡Eso era lo que ansiaba! Que la mirasen de esa manera, que pensasen que ella era capaz de todo y, como decía la frase, sin miedo.

—Ahora llevarás tu deseo en la piel —susurró Landon refiriéndose al tatuaje. Idalia sonrió orgullosa de haber sido capaz de hacerlo—. Vístete, que nos vamos —apremió levantándose de la silla para guardar y limpiar los aparatos utilizados.

—¿Adónde?

—A patinar, por supuesto —dijo como si fuera lo más lógico del mundo.

—¿A estas horas? —preguntó mirando el reloj que había en la pared.

—Seguro que encontramos un lugar donde hacerlo —indicó guiñándole un ojo.

Idalia sonrió mientras se ponía la ropa con cuidado de no tocar aquella zona que se encontraba especialmente sensible y siguió a Landon hacia la calle, para después dirigirse a por la moto y poner rumbo a cualquier lugar donde pudieran hacer realidad aquella promesa que pensaba que se le había olvidado. No obstante, parecía que él estaba dispuesto a que ella viviese al máximo, algo que a Idalia le encantaba.

Entre risas, caídas, abrazos, besos robados y caricias furtivas, disfrutaron de una noche diferente en aquella pista de patinaje sobre hielo. Idalia jamás

pensó que fuera tan divertido patinar, como tampoco pensó que se le daría tan bien, para ser la primera vez. Landon la apremiaba con aquella seguridad aplastante a que fuera más rápido y ella, más temerosa en esos aspectos, intentó desechar aquella sensación aguafiestas de su mente para hacer lo que él le pedía. Después de allí se dirigieron a cenar a un restaurante, sin dejar de hablar de lo divertido que había sido patinar y, sobre todo, de lo gratificante que era hacer algo novedoso.

—¿Te molesta? —le preguntó Landon en referencia a su tatuaje mientras bajaba de la moto después de estacionarla en el garaje del edificio, tras una deliciosa cena y una divertida conversación.

—Un poco —dijo ella con una amplia sonrisa, sintiendo cómo él la cogía de la mano para dirigirse al ascensor. ¡Le encantaba que la cogiera con esa naturalidad!

Esperó a que las puertas se cerraran para abalanzarse sobre él y besarla con fervor, mientras deslizaba las manos por debajo de su camiseta. Landon gruñó de satisfacción al ver que ella había dado el primer paso —¡y sin sugerírselo!— y la cogió del trasero para que enlazara las piernas alrededor de su cintura y, así, tenerla más cerca de él.

El sonido del ascensor al arribar a la planta seleccionada hizo que pararan de besarse, pero Landon no consintió en dejarla en el suelo. Con ella cogida a su nuca, llegaron a la puerta de su apartamento, sintiendo cómo Idalia le besaba el cuello y no detenía sus caricias, imposibilitándole la sencilla tarea de abrir la puerta.

—Joder, como no dejes de besarme así, al final tendré que follarte en el rellano —gruñó excitado al sentir la juguetona lengua de ella recorrerle todo el cuello de una manera que lo enloquecía.

—Hazlo, Landon... —jadeó excitada.

—Otro día, cuando lleves falda, lo haré... Ahora mismo no podría. No quiero que nadie te vea esa piel que ansío lamer —dijo abriendo al fin la puerta de su piso.

Rápidamente se metió en él, para después, al cerrar, apoyar a Idalia contra la misma y devorar sin contemplaciones esos labios que le pedían que los besara. Entre jadeos, ella comenzó a quitarle la camiseta para poder pasar las manos por aquellos tatuajes que la enloquecían y después lamerlos bajo la mirada de él. Landon la dejó unos segundos de pie en el suelo, el tiempo suficiente como para desnudarla sin contemplaciones y admirar su obra de arte. Ella sonrió al ver que le miraba el tatuaje. Con un rápido movimiento, él la cogió otra vez en brazos, se llevó el pecho derecho a la boca y succionó con ganas, haciendo que Idalia gimiese sin control, agarrando con fuerza su cabeza, completamente excitada. Pocas palabras bastaron en aquellos momentos en los que sólo ansiaban sentirse de esa manera en la que conectaban como jamás habrían creído poder hacerlo. Landon se puso un preservativo rápidamente y, cuando se deslizó por el sexo de Idalia, creyó poder morir en aquel instante de placer. Comenzó a embestirla con fiereza, sintiendo cómo ella se abría más y más, oyendo sus gemidos enloquecedores, observando su rostro de placer, que le pedía más profundidad y más velocidad. Sin decir nada, Idalia se llevó una mano a su sexo y empezó a acariciarse el clítoris, lo que lo hizo enloquecer al verla. ¡Jamás lo había excitado tanto una mujer como lo hacía Idalia! En su piso sólo se podían oír los jadeos de ambos y el ritmo perfecto de sus cuerpos al encajar, una y otra vez, hasta alcanzar un orgasmo que les nubló la razón y los hizo mirarse fijamente a los ojos sin decir nada, simplemente embebiéndose de aquel momento tan difícil de explicar, donde todo eran sentimientos contradictorios, tan fuertes como misteriosos.

Se llevó las manos al cabello y se lo echó para atrás, en un acto reflejo que daba a entender lo que sentía en esos momentos. La noche anterior había sido tan magnífica que temía recordarla. Idalia estaba tan ansiosa por vivir nuevas experiencias que aquella ilusión se la traspasaba a él, haciéndole imposible no ansiar estar a solas para tenerla desnuda entre sus brazos y hacerle cada cosa que se le ocurriera. Llevaban cinco días sin parar de tocarse, de besarse y de buscarse para poder acostarse juntos. Cinco días que para él eran todo un récord, ya que jamás había repetido más de dos veces con la misma mujer. En cambio, con Idalia... Miró de nuevo su estudio. Aquella tarde no tenía clientes citados y sólo podía pensar en ella, en cuando la tuvo allí y le hizo aquel tatuaje, que sólo con verlo ya lo empalmaba. Pero... ¿por qué su cuerpo seguía arrastrándolo hasta ella? Cogió el bloc que tenía en el mostrador y comenzó a dibujar sin pensar, simplemente dejando libertad a su inspiración. Después de un buen rato trazando líneas, sonrió al ver su creación: era una ninfa del bosque, armada con un escudo y una espada, con el cabello cayéndole salvaje por la espalda y con esa sonrisa que tanto adoraba presenciar... Para él, así era Idalia, tan frágil como decidida, tan sensual como provocativa, tan etérea como sexual... Sin vacilación, cogió el boceto y se fue a la sala donde tenía sus aparatos para tatuar. En el brazo izquierdo, en la cara interna de su muñeca, deslizó la plantilla de aquel dibujo con cuidado y comenzó a tatuárselo. Ansiaba tener aquel recuerdo eterno en su piel de una mujer que lo había hechizado con su manera de ser y que no podía arrancársela de la mente ni... Miró hacia la puerta sin comprender qué le ocurría. ¿Sería posible que lo

que sintiera fuera amor? No... ¿Amor? ¿Él? ¡¡Imposible!! Él jamás se había enamorado de nadie, no servía para vivir aquello, ya que en sus treinta y tres años no había experimentado ese sentimiento que con tanto ahínco ensalzaba su ciudad natal. Así pues, tras haber pasado por numerosas relaciones puramente sexuales sin encontrar ni una pizca del mismo, supo que él no era de los que se enamoran, que su corazón tendría algún fallo y era incapaz de procesarlo. Desechando ese pensamiento, continuó tatuándose a esa ninfa delicada y luchadora, siguiendo aquella necesidad que había sentido de golpe por tenerla en su piel. Tras un buen rato, deslizó una gasa por el tatuaje y sonrió orgulloso. ¡Estaba deseando que Idalia acariciara ese diseño que le recordaba a ella!

Después de limpiarlo todo y cerrar, salió del estudio en su busca. Se dirigió al bar, que se encontraba ya abierto —al desear acabar con su tatuaje esa misma tarde, al final había salido después de lo habitual—, y supuso que la encontraría allí, tras la barra, volviendo loco a todo el personal masculino con esa sonrisa franca y esa manera de ser que encandilaba a todos sin darse cuenta.

—¡Hombre, vecino! —exclamó Alba con efusividad cuando lo tuvo delante—. ¿Qué te pongo?

—De momento, nada. ¿Dónde está Idalia? —preguntó sin vacilación, pues era absurdo andarse con rodeos.

—Está con Fabio... ¿No te lo ha dicho? —susurró ella al ver la expresión seria que se le había quedado a Landon.

—No... ¿Sabes dónde está? —inquirió con dureza.

—No me lo ha dicho. Sólo que se iba a pasar la tarde con él y que a lo mejor cenaban juntos...

—Gracias, Alba —dijo dándose media vuelta para salir de allí.

—¿Qué le pasa al buenorro de tu vecino? —preguntó Martina con curiosidad acercándose a ella.

—Que le ha molestado que mi prima esté con Fabio... —susurró pensativa

al comprobar la reacción de éste a sus palabras. Intuía por su cambio de expresión que no le había sentado muy bien que Idalia estuviese con aquel hombre.

—Y ¿por qué se molesta? —curioseó Martina sin entender.

—No digas nada, pero Idalia y Landon... —dejó la frase sin acabar y le guiñó un ojo, dándole a entender lo que quería decir.

—¡No! —exclamó casi en un grito, asombrada por aquel hecho tan inverosímil para ella.

—Sí y, por lo que dice mi prima, lo han pasado muy bien juntos —soltó con una sonrisa divertida mientras negaba con la cabeza. Al final, Idalia había conseguido lo que siempre había anhelado: una relación esporádica con un hombre espectacular.

—No me lo creo... ¿Landon se ha acostado con tu prima?!

—Sí —asintió reafirmando su contestación.

Martina guardó silencio y se quedó observando cómo Landon salía del bar para dirigirse a su apartamento, sintiendo en su interior cómo la furia se agolpaba y la envidia la cegaba.

Landon dio un portazo al llegar a su casa, sintiendo una rabia que no comprendía. ¡Idalia y él no eran nada para estar tan cabreado! Pero entonces ¿por qué no dejaba de pensar que ella estaba con ese hombre y no con él? Gritó de furia mientras lanzaba los cojines de su sofá contra el mismo, sintiendo aquella frustración incomprensible que no lo dejaba respirar, que le nublaba la razón y que lo quemaba en el pecho.

—¡Joder, ¿qué me pasa?! —soltó en un alarido sin comprender su estado de ánimo.

Se miró el tatuaje y maldijo por dentro, recriminándose hacerlo sin pensarlo antes. Ahora llevaría un tatuaje en su piel que le recordaría

eternamente que había conocido a una mujer con la que conectaba de una manera única, y no sólo a nivel sexual... Con resignación, se tumbó en el sofá, esperando a que Idalia volviese a saber de dónde, con aquel hombre que ansiaba enamorarla como él no sabía y no podía hacerlo.

—Y ¿por qué me preocupa eso? ¡¡Que se enamore de una vez de su Romeo y que me deje en paz!! —soltó con resquemor, arrepintiéndose al momento de haberlo pronunciado, ya que lo que menos deseaba era que ocurriese precisamente eso.

Las horas pasaban tortuosas sin saber qué estaría haciendo, consciente de que no podía pedirle explicaciones cuando llegara, ya que ellos dos no eran nada, sólo unos vecinos que se acostaban juntos sin compromiso alguno... Cerró los ojos e intentó relajarse.

Se despertó sobresaltado al darse cuenta de que se había quedado dormido. Maldijo por dentro cuando vio la hora. ¡Era de madrugada! Y no sabía si Idalia había vuelto o no. Preocupado por que Alba se despertase, se metió en el apartamento de las españolas descalzo para no hacer ruido. Cuando vio que Idalia se encontraba profundamente dormida en su cuarto, sonrió de alivio y, sin querer evitarlo, ya que ansiaba sentirla, se aproximó a su cama y se sentó a su lado. Cerró los ojos y acercó la nariz a su cuello. Olía a ella, a aquel dulce aroma que lo embriagaba y lo llenaba de paz. Un suave ronroneo lo animó a tumbarse a su lado. Landon comenzó a recorrer sus piernas desnudas con las manos, deleitándose con su suavidad y dando gracias porque esa mujer utilizara camisión, porque, gracias a eso, pudo llevar sus caricias hasta su trasero, enfundado en unas braguitas que de repente lo entorpecieron. Otro ronroneo más, pero más pesado, le dio pie a seguir acariciándola y a comenzar a besarla con cuidado, primero en el cuello, y después deslizó aquellos besos por sus hombros y sus brazos.

—Hummmmm —susurró Idalia, y Landon sonrió complacido de que a ella le gustase que él la estuviera acariciando, aunque estuviese dormida—. Landon... —dijo todavía con los ojos cerrados.

Su pecho se infló como un pavo al oír su nombre, y deslizó una mano por la cara interna de sus muslos, sintiendo cómo ella se abría para darle acceso a aquella parte de su anatomía que lo enloquecía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Idalia en un jadeo al percatarse de sus tórridas caricias.

—He venido a follarte, Idalia —gruñó, sintiendo bajo sus dedos las braguitas mojadas de ella.

—Alba está en la puerta de al lado —susurró mirándolo a los ojos, sintiendo cómo la excitación la recorría por completo.

—Pues no haremos ruido —murmuró besándola con ardor mientras le bajaba las braguitas con urgencia.

—Jamás me han despertado así —gimió sintiendo cómo sus hábiles dedos le acariciaban el clítoris.

—Has elegido muy mal a tus conquistas, nena —susurró él, desprendiéndose del pantalón y de los calzoncillos rápidamente—. Yo te despertaría todos los días así.

Idalia sintió el pene erecto de Landon cerca de sus glúteos e, instintivamente, comenzó a moverse, haciendo que él se aproximara más a ella, mordisqueándole el hombro sin dejar de tocar aquel endurecido botón que la hacía jadear. Idalia ahogó un grito cuando sintió su miembro deslizarse por su sexo de una manera tan maravillosa como tentadora.

—Joder, cuánto te he echado de menos —gimió Landon cerrando los ojos y notando cómo el sexo de ella envolvía su erección de una manera única.

—Me encanta —jadeó ella sin prestar atención a lo que éste le había confesado, simplemente sintiendo cómo salía y volvía a entrar, sin dejar de acariciarle el clítoris, sin dejar de besarla y de mordisquearle el hombro.

Los jadeos llenaron el reducido espacio mientras ellos sólo sentían cómo

aquella pasión se extendía por su piel. Idalia se abrió más a él, colocando una pierna por detrás, para que éste tuviese mejor acceso a su sexo. Esa acción lo volvió loco y comenzó a embestirla con fiereza, sin dejar de trazar círculos en su endurecido clítoris.

—Me corro, Landon —gimió fuera de sí.

—Córrete, nena —gruñó aguantando su propia excitación—. Córrete para mí, sólo para mí.

—Sí, síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii —gimió sintiendo un orgasmo tan enloquecedor que la hizo temblar de la cabeza a los pies.

—Joder, voy sin condón —recordó de golpe, saliendo de su interior y vaciándose en su perfecto trasero.

—¡Estás loco! —exclamó Idalia en voz baja mientras éste cogía su calzoncillo y la limpiaba con cuidado.

«Por ti», pensó Landon inconscientemente, y la miró sorprendido por haber pensado tal cosa. Idalia le dio un beso y lo abrazó. Él se quedó tumbado boca arriba, sintiendo el cuerpo de ella pegado al suyo y aquella frase que había pensado inconscientemente retumbándole en la mente. «Joder, ¡estoy loco por ella!», recapacitó con temor.

No pudo dormir, pues su mente no dejaba de dar vueltas a aquella cuestión que lo había abordado sin previo aviso. Cuando sintió que Idalia comenzaba a moverse y la vio sonreír al percatarse de que él ya estaba despierto, supo que estaba perdido, pero de verdad.

—Buenos días —dijo ella dándole un pequeño beso en los labios.

—Buenos días.

—Me gustó mucho lo de anoche... —susurró juguetona mientras deslizaba las manos por sus brazos—. Me sorprendiste mucho y me pusiste muy

cachonda. —Detuvo sus caricias cuando vio el plástico que ocultaba el tatuaje que se había hecho la tarde anterior—. ¿Es nuevo?

—Sí... —susurró Landon sintiendo un cosquilleo por todo el cuerpo—. ¿Te gusta? —preguntó aguantando la respiración mientras ella observaba el dibujo atentamente.

—Es muy bonito —afirmó con una sonrisa, observando con detenimiento aquel dibujo tan lleno de detalles—. ¿Por qué una ninfa? —preguntó sin percatarse del gran parecido que compartía con el dibujo.

—Me he dado cuenta de que me gustan mucho —murmuró sin poder decirle la verdad, una que acababa de descubrir él y que era toda una novedad en su vida.

—Es tan distinto, tan fuerte, tan sensual... —comentó sin dejar de mirarlo con atención, deteniéndose en los detalles, en el cabello ondeante, en la mirada decidida y a la vez tierna, en la postura sensual de aquella ninfa que demostraba la gran fuerza que poseía. Era un gran tatuaje, y no supo cómo preguntarle el significado del mismo: ¿alguna ex, algún amor fallido, o tal vez su mujer ideal?

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Landon intentando desviar la conversación de aquel nuevo tatuaje que tanto significado tenía para él.

—No lo sé... —susurró ella.

—Vayámonos.

—¿Adónde? Si tú trabajas hoy... —comentó Idalia con una sonrisa divertida.

—Puedo tomarme el día libre cuando quiera —dijo mirándola a los ojos de una forma jamás utilizada para mirar a nadie.

—No podría hacer que cerraras para irnos de excursión. Si quieres, después de tu jornada, podemos hacer algo juntos —indicó con una sonrisa.

—Ya... —resopló él de malas maneras, levantándose de la cama.

—¿Qué te pasa? —preguntó sin entender ese cambio en su comportamiento.

—Nada. ¿Desayunamos? —inquirió él con seriedad mientras se ponía los

pantalones.

—¡Claro! —exclamó de buen humor, levantándose y saliendo de la habitación en camisón mientras él iba sólo vestido con los pantalones vaqueros.

Entraron en la cocina y comenzaron a preparar el desayuno. Idalia estaba de buen humor, y empezó a darle suaves cachetes en el trasero a Landon que lo animaron y lo hicieron sonreír, logrando que abandonase aquel nuevo estado en el que le afectaba todo lo que tuviera que ver con ella, frustrándolo el hecho de no poder reclamarle nada, ya que su relación supuestamente era tan sólo sexual. Poco a poco, los suaves cachetes dieron paso a apasionados besos que los excitaron sin remedio, dejando a un lado el hambre que sentían por otra que les urgía mucho más.

—¿Está tu prima? —susurró Landon notando la mano de Idalia deslizar la cremallera de sus vaqueros hacia abajo, para después introducir una mano por dentro y abarcar su erección.

—No lo sé —musitó ella entre risas mientras él se acomodaba en un taburete y ella se sentaba encima a horcajadas.

—¿Qué haces, Idalia? —preguntó observando cómo ella sacaba su erección con facilidad, ya que no llevaba los calzoncillos puestos, y la dirigía a su húmedo sexo, que se encontraba sin ninguna prenda íntima entorpeciendo.

—Dejarme llevar —gimió al sentir cómo se deslizaba en su interior.

—¿Y si entra? —preguntó Landon al comprobar cómo ella comenzaba a balancearse sensualmente encima de él, volviéndolo loco en más de un sentido.

—Disimularemos —jadeó entre risas, sintiendo la mano de él introducirse por debajo del camisón para abarcar su pecho mientras le pellizcaba con delicadeza el pezón.

—Buenos días —saludó Alba nada más entrar—. ¿Besos de buena mañana? —soltó con cara de asco al ver a Idalia de espaldas mientras besaba con efusividad a Landon.

Ella se giró con una sonrisa al ver a su prima, que no había adivinado que no estaban sólo besándose.

—Mira, mejor os dejo a solas, que ya se me han quitado las ganas hasta de desayunar —añadió Alba saliendo de la cocina con prisas.

Idalia y Landon comenzaron a reír a carcajadas mientras se miraban de una manera tan íntima como sexual, oyendo cómo ésta cerraba la puerta del apartamento, dejándolos a solas.

—Mi prima va a pensar que me estás pervirtiendo —jadeó ella, volviendo a moverse sobre su erección.

—Está equivocada: eres tú quien me está pervirtiendo a mí —gruñó Landon cogiéndola de la nuca para besarla con tanto anhelo como fervor.

El timbre de la puerta interrumpió de nuevo aquel momento tan excitante. Idalia lo miró a los ojos con resignación, se levantó y se dirigió corriendo a abrir.

—¡Como sea mi prima, me la cargo! —soltó entre risas antes de llegar al telefonillo del portero automático—. ¿Quién es?

—Hola, Idalia, ¡soy Fabio!

—¿Fabio? —preguntó sin entender qué hacía allí.

—Sí, ¿puedo subir?

—Ehm... Claro, claro... —susurró mientras oprimía el botón, calculando el tiempo que tardaría en llegar en el ascensor para ir a su dormitorio y ponerse algo decente encima.

A continuación, salió corriendo a su dormitorio, se quitó el camisón de un movimiento y se puso a una velocidad de vértigo un vestido de licra de color gris. Mientras se lo bajaba, fue al cuarto de baño a coger una goma del pelo y atarse el cabello en una altísima coleta.

—Hummmm... ¿Por qué tardas tanto? —preguntó Landon, pegándose a su espalda y subiéndole el vestido.

—Está subiendo Fabio. Tienes que marcharte —dijo rápidamente mientras comenzaba a empujarlo hasta la puerta y se bajaba el borde del vestido con

rapidez.

—¿No le has hablado de mí? —preguntó de repente, haciendo que ella frunciera el ceño sin entender a qué se refería.

—Y ¿qué quieres que le diga? —soltó sin comprender por qué no cooperaba para salir y hacía de aquel trámite algo sencillo.

—Podrías empezar con un: «¿Sabes que me acuesto con Landon? Sí, ese hombre tan atractivo con el que me viste la otra noche, sí... Pues me la mete de una manera que me hace gritar como creía que no podía» —soltó él, imitando una posible conversación con el italiano estirado.

—¿Cómo quieres que le diga eso? Anda, Landon, por favor, márchate o escóndete. ¡Pero él no puede verte! —pidió oyendo cómo el ascensor se detenía en su planta y sobresaltándose al oír el timbre.

—Claro, Idalia —dijo él con una sonrisa ladina mientras se dirigía a la puerta con esa seguridad aplastante y abría con el torso desnudo, despeinado y descalzo, y con el pantalón vaquero desabrochado, que no conseguía ocultar la erección, que comenzaba a menguar—. Hombre, Romeo... —soltó en cuanto lo tuvo delante—. Pasa, hombre, pasa, aquí está tu Julieta. Te la he dejado un poco cansada, pero, ¡macho!, no he podido evitarlo, ya sabes que es imposible resistirse a una mujer como ella —declaró desafiante mientras miraba a Idalia y desaparecía del apartamento para meterse en el suyo, propinando un fuerte portazo a modo de despedida.

—¿Qué significa todo esto, Idalia? —preguntó Fabio, haciendo que ella cerrase los ojos mientras maldecía por dentro.

¿No podría haberse marchado sin más? ¿Tenía que montar la escenita delante de Fabio? Idalia maldijo para sus adentros, intentando pensar rápido con tal de afrontar aquella peliaguda situación.

Fabio la miró sin comprender nada, sintiendo que le estaba ocultando algo y que todo apuntaba a que ese hombre tan distinto de ella tenía mucho que ver en ese cambio que ya había percibido días atrás, mucho antes de habérselos encontrado almorzando juntos, cuando ese tipo tan intimidante lo miraba desafiante, como si quisiera enfrentarse a él. Si hubiera sabido lo que significaba Idalia para él no lo habría mirado de esa manera...

—Entra, por favor —pidió ella casi en un susurro, con el rostro ceniciento y visiblemente nerviosa—. ¿Qué haces aquí? Creía que estarías trabajando...

Fabio entró observando detenidamente a Idalia: sus labios estaban hinchados de besar, su respiración agitada y su cuerpo tembloroso...

—Ya estoy de vacaciones... Pero no cambiemos de tema, dime, ¿qué significa todo esto? —apremió él, queriendo abordar el asunto que ella intentaba eludir.

—¿Qué quieres que te diga, Fabio? —soltó con una sonrisa de resignación.

—¿Lo que dice ese hombre es verdad? ¿Te acuestas con él? —preguntó él con seriedad.

—Sí —respondió con un hilo de voz, haciendo que él se sorprendiese de su confesión.

—¿Por qué? —preguntó sin entender las razones que la habían llevado a hacer tal cosa con un hombre como ese motero peligroso y maleducado, si él le daba mil vueltas.

—Porque necesitaba sentirme deseada, y él... me hace sentir así.

—¡Yo también te deseo! —exclamó Fabio confesando, al fin, sus

sentimientos, esos que había descubierto de golpe, haciendo difícil la tarea de mantenerse a raya con esa mujer—. Y si yo hubiese sabido que necesitabas dar ese paso, yo...

—Pero no es que tú tengas que acceder a practicar sexo conmigo porque yo lo necesite... Lo que ansiaba era sentir la pasión desmedida, ese anhelo irracional que hace que no puedas frenar el impulso de juntar tu cuerpo con el mío y viceversa —explicó mientras comenzaba a pasear por el salón, visiblemente nerviosa por hablar de ese tema con Fabio. ¡Jamás había hablado de sexo con él y no sabía cómo abordarlo!—. Fabio, me encantas como hombre. ¡Te lo aseguro! Ayer disfruté muchísimo pasando el día contigo, viendo lugares maravillosos, escuchándote hablar de la historia y las costumbres antiguas... Eres un hombre fascinante y sé que podría enamorarme de alguien como tú con facilidad. Pero ahora mismo no necesito amor. ¡Ansío lo que él me da!

—¿Sexo? —soltó molesto consigo mismo por no haberse dado cuenta antes de que había otro hombre que se había fijado en ella. ¡Qué vanidoso había sido al creer que ella estaría pendiente de él hiciera lo que hiciera!

—No es sólo eso. Él... él me da la vida —contestó frunciendo el ceño, como si la sorprendiese lo que acababa de verbalizar—. Me hace disfrutar, reír y superar mis miedos. Me tienta, me provoca y me vuelve loca en muchos sentidos. No es sólo sexo sin compromiso, es algo indescriptible...

—¿Estás enamorada de él? —preguntó apretando los puños, intentando encontrarle lógica a todo eso.

—No, no es amor. Él y yo sabemos que lo nuestro es esporádico...

—¡Joder! —exclamó mientras se despeinaba de un movimiento, alborotando su perfecto cabello con ese gesto nervioso, que lo convirtió, por primera vez desde que ella lo conocía, en un ser humano capaz de ser imperfecto—. Yo pensaba que tú y yo habíamos conectado de una manera única, de una manera que jamás había experimentado, haciéndome dudar de... —dijo deteniendo su explicación—. ¡Congeniamos tan bien...!

—Lo sé, y no sabes cuánto lo siento, Fabio. No quería hacerte daño, por eso te pedí que fuéramos sólo amigos cuando me di cuenta de que esa atracción que necesitaba sentir no la sentía contigo... Por eso he intentado que no te hicieras ilusiones hablándote con franqueza. Es cierto que nunca te he hablado de Landon en este aspecto, pero lo nuestro no es formal, ambos sabemos que es eventual y, al no tener una relación seria, simplemente me lo callé... —susurró sintiéndose mal por haberle hecho pasar aquel mal trago a aquel hombre que siempre se había portado como un caballero con ella.

—Entonces ¿él y tú no sois pareja ni nada parecido? —inquirió tratando de comprender todo aquello que le estaba explicando.

—No, sólo somos dos amigos que se acuestan de vez en cuando, nada más...

—Y, dime, cuando te hubieras cansado de tener sexo esporádico, ¿qué habrías hecho? —soltó Fabio expectante de sus gestos nerviosos.

—No lo sé... —susurró encogiéndose de hombros, ya que esa respuesta no se la podía dar porque, simplemente, no se le había pasado todavía por la cabeza.

—De acuerdo —bufó molesto mirando hacia el suelo, incapaz de comprender por qué había elegido a ese hombre cuando podía tenerlo a él.

—¡Intenté que fueras tú! —dijo ella de repente, señalándolo con el dedo, sincerándose por completo con él, como si le hubiese leído la mente—. Pero no quisiste... Era como si no te gustara físicamente, como si no te atrajera en ese aspecto, y me frustré tanto...

—¡Claro que me gustas! Sería un necio si pensara lo contrario. Pero no podía dejarme llevar en ese sentido. Te

aseguro que me resultó muy complicado mantener las manos alejadas de ti, porque eres muy apetecible, Idalia, pero no podía hacerlo...

—¡¡No te comprendo!! ¡Si ni siquiera me besabas! —exclamó sin entender aquella confesión que la había cogido por sorpresa, la cual no solventaba sus dudas, sino más bien las acrecentaba.

—No quería precipitar las cosas. No quería perder el control... ¡Soy un hombre, Idalia! Yo también siento deseo, y cuando te tenía cerca... —susurró mientras negaba con la cabeza, dándose cuenta de que no podía sincerarse todavía con ella, aunque rogó poder hacerlo en otra ocasión, aunque sólo fuera para que supiera la verdad, esa que se había ido callando a medida que conocía la gran persona que era esa mujer—. Es una pena acabar así...

—Si te hubiese conocido hace dos años...

—Ya, pero no fue así —concluyó con ironía.

—Eres un hombre maravilloso, Fabio, y sé que hallarás el amor verdadero pronto.

—Claro... —Chasqueó la lengua con disgusto, observándola detenidamente por última vez, anhelando un cambio de parecer, alguna pista que pudiera darle esperanzas, ¡algo!, pero no halló nada en aquellos ojos marrones que lo miraban con tristeza—. Espero que te vaya genial, Idalia, y que encuentres lo que has venido a buscar. Si necesitas a un amigo, ya sabes dónde encontrarme. Mi puerta siempre estará abierta para ti —comentó sintiendo un especial cariño por esa mujer con la que había vivido tantísimas cosas, todas ellas alejadas del ámbito sexual, toda una novedad para un hombre como él.

—Lo mismo te digo, Fabio —dijo con una sonrisa acompañándolo hasta la salida y observando cómo se marchaba de su apartamento y de su vida.

Idalia cerró la puerta y se quedó apoyada contra la misma, sintiéndose la peor persona del mundo por haberle hecho daño a un hombre como él. Esperaba firmemente que hallara la felicidad al lado de alguien que supiese valorar la gran persona que era él, y ella... Ella estaba hecha un lío por todos los sentimientos encontrados que experimentaba, sin saber cuál era el correcto, notando que cada día que transcurría aquello se liaba más, como una madeja de lana en manos de un pequeño felino. Le encantaba la manera de ser de Fabio, esa galantería innata en él, esa manera de hablarle, su rica cultura y sus perfectos modales, pero también la atraía el aire salvaje y canalla de

Landon, esa forma que tenía de provocarla, de tentarla y de hacerla sentir viva... Se dirigió hacia el sofá y se sentó, pensando en la reacción desmedida de Landon, en cómo éste había mirado a Fabio, en la crueldad de sus palabras. ¿Por qué había hecho algo así? No debería estar molesto porque Fabio o cualquier otro hombre fueran a verla, ellos no eran nada más que unos amigos que se acostaban, ¿no? Miró al techo sin comprender nada de lo que le estaba sucediendo, ansiando encontrar la solución que la ayudase a resolver aquel rompecabezas que cada vez se complicaba más.

Consultó la hora en su teléfono móvil y dedujo que Landon ya se habría ido a su estudio a trabajar, así que, sin mucho más que hacer ese día, y aprovechando que tenía el teléfono en la mano, llamó a su madre.

—¡Hola, mamá! —saludó cuando oyó su voz.

—¡Idalia! —exclamó su madre con efusividad—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... ¿Y vosotros?

—Como siempre, ya sabes. Tu padre, en el sofá, que parece que no lo suelta ni con agua hirviendo, y yo de aquí para allá con la tía. ¿Y Alba? ¿Cómo lleváis la convivencia?

—Bien. Alba sigue igual de loca, mamá. Me lo paso muy bien con ella —comentó con ternura al hablar de su prima, omitiendo el extraño suceso vivido el fin de semana anterior.

—Eso es bueno... Por cierto, ayer fui a poner al día tu cartilla, como me pediste que hiciera, y hay varios movimientos de mucho dinero, hija... No te vuelvas loca en Verona comprando, que luego vendrán las vacas flacas y veremos a ver qué haces —comentó su madre con cariño.

—¿Movimientos de mucho dinero? —preguntó extrañada—. ¿De cuánto?

—Espera —dijo. A continuación se oyó cómo su madre buscaba la cartilla de Idalia para decirle exactamente la cantidad—. Hay varias transferencias: una de quinientos euros, otra de setecientos, otra de quinientos y otra de dos mil euros, todas a un tal M. M., que supongo que serán unos grandes almacenes de Verona... En total, tres mil setecientos euros.

—¿Qué?! —soltó Idalia incorporándose del sofá—. Mamá, yo no he gastado prácticamente nada desde que estoy aquí, y mucho menos he hecho ninguna transferencia a ningún sitio...

—¡Ya me extrañaba a mí, con lo ratoncita que tú eres para el dinero, que te hubieses gastado tanto...! Pero, hija, sé que también necesitas darte algún que otro capricho, por eso no te dije nada ayer.

—Pero eso es muchísimo dinero, prácticamente todos mis ahorros... —comentó preocupada—. Voy a investigar, mamá. Luego hablamos.

—De acuerdo, hija —dijo su madre dando por finalizada la llamada.

Idalia entró en la aplicación que tenía de su cuenta bancaria en el teléfono móvil y observó que su madre decía la verdad. Allí estaban las transferencias con las cantidades que le había comentado su madre extraídas en días alternos. Hizo memoria, ella no se había dejado el monedero en ningún sitio para que le robaran la tarjeta de crédito, ni tampoco había perdido el móvil para que entraran en la aplicación para realizarlas, sólo cuando... ¡No podía ser! Era imposible que Landon, que tenía las llaves del apartamento de su prima, le hubiese cogido la tarjeta de crédito para poder sacarle dinero. ¡No! Él jamás haría algo así... Pero, si no había sido él, ¿quién podría haber sido? Sin más dilación, llamó a la sucursal bancaria para explicar el caso, pero en aquel momento no obtuvo mucha ayuda. Debía denunciar ante las autoridades y presentar reclamación en la entidad para esperar la devolución, si así procedía, de la cantidad sustraída. Por si acaso, lo que sí hizo fue bloquear su cuenta, solicitar una nueva tarjeta y el bloqueo de la suya, así como una nueva clave de acceso a la aplicación. ¡Debía evitar que siguieran robándole! Con los nervios a flor de piel, se dirigió a la ducha para luego vestirse, sin dejar de pensar quién podía estar detrás de todo aquello.

—Idaliaaaaaaa —llamó su prima nada más entrar en el apartamento.

—Estoy en el cuarto de baño —dijo ella depositando el peine sobre el lavabo para dejarse el cabello suelto para que se secase.

—¿Tienes algo que hacer hoy?

—No, nada de nada.

—¡Genial! —exclamó Alba con emoción—. Vamos a tener un día de chicas, que ya nos hace falta.

—Pues sí, porque menuda mañana llevo...

—Anda, tontorrón, no te hagas la mártir, que te he dejado comiéndole la boca a nuestro vecino y no veía que sufrieras —soltó con soniquete.

—Ha sido la única parte dulce de la mañana, porque, al poco de irte, me ha pasado de todo. Me he enterado de que alguien ha estado entrando en mi cuenta bancaria y me ha sustraído dinero, además, ha venido Fabio sin avisar, ha encontrado aquí a Landon y, ¡tachán!, ya sabe que me acuesto con él —resumió casi sin respirar, volcando toda la frustración que sentía en esos momentos con su perorata.

—¿Le has dicho tú que te acuestas con él? —inquirió Alba, centrándose en aquel peliagudo tema.

—Claro, justo después de que Landon se lo dejara entrever con mucha sutileza —soltó con ironía al recordar el incómodo momento.

—Y ¿cómo ha hecho eso? —preguntó con curiosidad y asombro.

—Le ha dicho que me había dejado cansada porque es imposible resistirse a una mujer como yo... —bufó con resignación mientras negaba con la cabeza, desaprobando ese acto por parte de su vecino.

—¿No puede ser! ¿Landon?

—Sí.

—¿Nuestro Landon? —soltó cada vez más sorprendida.

—Sí —contestó de nuevo Idalia, sin entender adónde quería llegar su prima con tanta pregunta repetitiva.

—¿Nuestro vecino Landon le ha dicho eso a otro hombre? —inquirió casi al borde del grito.

—Sí, Alba. ¡No sé cómo decírtelo ya! ¿Te lo escribo en arameo para que lo entiendas? —exclamó exasperada de que aquel bucle interminable y repetitivo no llegara a nada.

—Ver para creer... —soltó negando con la cabeza, incapaz de imaginar tal cosa viniendo de su vecino.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Idalia con curiosidad.

—Landon jamás, y cuando digo jamás es ¡jamás!, ha hecho nada parecido delante de otro hombre refiriéndose a una de sus conquistas. Es más, a él le importa bastante poco lo que hagan éstas con sus vidas y, para ser sincera, le duran un par de días como máximo, mientras que contigo, ¿cuánto lleva?

—Me besó por primera vez hace ocho días...

—¡Ocho días! Debes de ser su récord de aguante —soltó atónita—. Me parece tan extraña esa rivalidad con Fabio, algo tan alejado de cómo se comporta él normalmente que no lo entiendo... Porque lo que está claro es que lo ha hecho para que éste se entere de que te acuestas con él y así conseguir que se aleje de ti... —susurró pensativa, intentando entender aquella reacción tan extraña en Landon.

—No sé por qué se ha comportado así, Alba. Lo que sé es que no me ha gustado que lo hiciera... ¡Él y yo no somos pareja para que monte esa escenita!

—Claro... —susurró sin dejar de pensar—. Y ¿a ti te gusta? —preguntó con visible curiosidad.

—¿Quién?, ¿Landon?

—¡Claro!

—Por supuesto, si no me gustara, no me habría acostado con él.

—Pero ¿quieres algo más con él?

—¿Te refieres a si quiero que se enamore de mí y yo de él? —inquirió tratando de saber qué quería preguntarle su prima.

—Sí.

—No, me basta con lo que tengo.

—Por el momento... —sugirió Alba con una sonrisa, pues la conocía lo suficiente como para saber que dentro de un tiempo ese pensamiento podía cambiar—. Y ahora, dime, ¿qué sientes por Fabio?

—Creo que es el hombre ideal, con el que me habría casado sin titubear y con el que habría tenido hijos —confesó Idalia.

—Pero, a pesar de lo que me has dicho, has preferido saber lo que es estar con un chico malo, aunque sepas que con él no vas a poder tener un futuro tan ideal como con Fabio.

—Eso parece... —dijo con una sonrisa mientras negaba con la cabeza—. Cómo somos, ¿verdad? Siempre nos quejamos de que los hombres así nos llevan por el camino de la amargura, pero cuando se nos cruza uno bueno...

—... ¡nos aburre! —soltó Alba terminando la frase por ella—. Nos va la marcha, para qué disimular.

—Sé que lo mío con Landon acabará pronto, es más, debe acabar pronto...

—¿Por?

—Porque no quiero enamorarme de él —confesó con un hilo de voz.

—Ya... —murmuró sabiendo a lo que se refería—. ¿Lo vas a dejar?

—No quiero, Alba. No tengo ganas de que se acabe lo que tengo con él, aunque sé que es sólo sexual... Pero esto debe tener un fin, y lo más próximo posible porque si no... —bufó temiendo tener sentimientos hacia él.

—¿Lo quieres?

—No... —murmuró frunciendo el ceño.

—Idalia, conozco a Landon desde hace años, sé que es un buen amigo de esos con los que siempre puedes contar cuando lo necesitas, pero nunca lo he visto con ninguna mujer de manera oficial o formal. Sé que él no quiere casarse jamás, que no quiere ser padre y no quiere atar su vida a nadie. Piensa bien lo que haces...

—Ya, lo sé... Si no, me romperá el corazón.

—En varios cachitos imposibles de juntar —susurró Alba con cariño—. Venga, dejémonos de tantas charlas y vayamos a prepararnos —concluyó

dejando aparcado aquel tema que le había parecido tan peculiar, sobre todo viniendo de un hombre como Landon, al que le resultaba indiferente todo lo que tuviera que ver con una relación. Esperaba que pudieran acabar la suya sin que ninguno de los dos se viera afectado emocionalmente.

Salieron del piso hablando de todo lo que iban a hacer esa mañana e Idalia sintió que aquella preocupación se aliviaba a medida que transcurría el día. Siempre le venía bien estar con su prima, y en esa ocasión no fue diferente. Ésta siempre tenía un chascarrillo preparado para hacerla sonreír y veía la vida de una manera tan sencilla que parecía un juego de niños. Después de ir de compras, de tomarse un aperitivo, de ir a hacerse la manicura y de dar una vuelta por la zona más cara de Verona —simplemente para soñar cómo sería comprarse aquellos preciosos vestidos de diseñadores italianos—, volvieron al apartamento y se prepararon para trabajar aquella tarde. ¡Las horas pasaban volando cuando se disfrutaba!

—Hola —dijo Landon entrando en el salón y observando el trajín de las dos chicas.

—Te espero abajo —informó Alba mientras le guiñaba el ojo a Idalia y le daba un suave apretón en el brazo a Landon, para después salir rápidamente del apartamento.

—¿Qué quieres? —preguntó Idalia mientras se acercaba a él.

—Hablar contigo y pedirte perdón por lo de esta mañana... —comentó con seriedad—. No sé qué me pasa contigo, Idalia. ¡Jamás me he comportado así! —exclamó con desesperación.

—Creo que lo nuestro comienza a complicarse, Landon, y debemos ponerle fin... —dijo con resignación.

—¿Es lo que quieres? —inquirió apretando la mandíbula y observando sus gestos.

—No se trata de lo que quiera o deje de querer, sino de lo que debemos hacer para que esto no se nos escape de las manos —susurró abatida. Aunque no lo deseara, era lo que debían hacer.

—Ya... —resopló mientras se despeinaba con nerviosismo—. Supongo que tienes razón y lo más sensato sería dejar de vernos de manera íntima.

—Sí... —musitó sin ganas—. No me ha gustado cómo te has comportado con Fabio esta mañana, Landon. Tu comentario malintencionado ha estado fuera de lugar, y él...

—Supongo que se ha enfadado contigo, ¿no?

—Sí, pero es tan buen hombre que aún quiere seguir siendo mi amigo...

—¡El hombre perfecto, ¿verdad?! —soltó él con ironía.

—Sí... —susurró mirando al suelo.

Landon se acercó a ella y le levantó la cabeza con el índice para que sus ojos se encontraran con los suyos y ver así la verdad que destilaban sus pupilas.

—Voy a echar de menos acariciar esta piel —murmuró deslizando con delicadeza las yemas de los dedos por la clavícula de Idalia—. Observar cómo tu cuerpo me pide más.

—Landon... —susurró ella intentando frenar aquello, aunque en realidad no deseaba que él se detuviera.

—Sé que es lo más sensato, pero nuestros cuerpos no quieren escuchar a nuestras mentes, Idalia..., ¿no lo ves?

Ella asintió. Sabía a lo que se refería, su cuerpo la arrastraba a estrecharlo con fuerza para que no se escapara jamás, para seguir sintiendo esa pasión recién descubierta, ese anhelo que lo llenaba todo, esa necesidad de acariciarse y de besarse.

—Deja que te bese por última vez —murmuró él con voz áspera y afectada—. Que mis dedos recorran tu piel, que mis labios puedan explorar cada centímetro de tu cuerpo, que mi ser pueda despedirse del tuyo.

—Landon, no es buena idea... —gimió al sentir cómo él le besaba con

dulzura el cuello, cegándola con el cosquilleo latente que se desplazaba por todo su cuerpo.

—Lo sé, Idalia, pero no puedo callar esta necesidad —dijo mientras la miraba a los ojos y le cogía el rostro con ambas manos, intentando que viese en lo más profundo de sus ojos lo que él sentía por ella, ese sentimiento que era incapaz de verbalizar porque, simplemente, no sabía cómo hacerlo. ¡Aún estaba asombrado de poder siquiera sentirlo!

—¿Qué nos pasa, Landon? —gimió Idalia a pocos centímetros de los labios entreabiertos de éste—. ¿Por qué no podemos parar esto?

—No lo sé, pero te juro que me da igual. Sólo quiero que nunca acabe —confesó posando su boca sobre la de ella y sintiendo cómo ella se cogía con fuerza de sus hombros para acercarlo más a su cuerpo.

Se despertó consciente de que aquello comenzaba a complicarse cada vez más y, aunque sabía que su corazón corría peligro, era tan tentador dejarse llevar que hacía oídos sordos a su mente, que le gritaba de una manera ensordecedora que detuviera aquella relación sin sentimientos, porque éstos, inevitablemente, comenzaban a surgir de una manera lenta pero peligrosa, como una leona acechando a su presa, y, cuando se diera cuenta, ya sería demasiado tarde para escapar. Miró a Landon a su lado, estaba durmiendo en su cama, con el brazo descansando sobre su estómago, su respiración haciéndole cosquillas en el cuello y su cuerpo ceñido al suyo. La noche anterior al final no bajaron al bar, sino que se quedaron allí, saciando aquel apetito voraz que les nublaba la razón y les hacía imposible no tocarse, no lamerse y no fundirse en un solo ser, como si fuera la última noche, como si fuera la última vez y, en verdad, Idalia no sabía si ésa era la manera que tenía Landon de despedirse de sus conquistas, no tenía la más remota idea de si continuarían como si nada o de si volverían a esa relación sin complicaciones que cada vez se enredaba más.

—Buenos días —susurró él dándole tiernos besos en el hombro.

—Hola... —dijo ella con una sonrisa, sintiendo, de repente, algo que no debería sentir.

—¿Desayunamos y nos tomamos el día libre? —propuso él con buen humor.

Idalia se volvió y lo miró a los ojos, tan azules como un mar en calma, tan enigmáticos como lo era el propio mar, tan atractivos como el ronroneo de las

olas.

—Hoy trabajas.

—Soy mi propio jefe, Idalia —repuso con una amplia sonrisa.

—Como tal, debes mirar por el beneficio de tu empresa y no por el tuyo propio —susurró ella observando la incertidumbre en su mirada.

—Has quedado con él, ¿no? —soltó entonces Landon sin venir a cuento.

—¿Cómo? —preguntó ella sin saber a quién se refería.

—¡Da igual! —exclamó enfurruñado mientras se ponía los calzoncillos de dos movimientos bruscos y buscaba la ropa por la habitación.

—No he quedado con Fabio, si es eso lo que me has preguntado antes. No quiero que dejes de hacer cosas por estar conmigo, porque tú y yo...

—Ya, está claro, Idalia. Ya lo hablamos ayer —replicó poniéndose la camiseta bajo la atenta mirada de ésta, desechando con sus bruscos movimientos aquella frustración que le nublabla la razón—. Nos vemos —dijo mientras le echaba una última mirada y salía del dormitorio con urgencia.

Idalia dejó escapar la respiración cuando se encontró sola, maldiciendo por dentro que su mente siempre se entrometiera en los momentos más dulces, como ése... Sin un ápice de ganas, se levantó y se dirigió a la ducha, sintiendo que la cabeza le iba a explotar de tantas vueltas que le daba a todo.

—¿Qué tal va el mundo tórrido de los amantes de Teruel? —soltó con sorna su prima más tarde al verla entrar en la cocina con el rostro ceniciento.

—Puf... —resopló sin saber qué responder a esa pregunta.

—¿Tan mal va? —inquirió extrañada.

—Va a ratos, Alba... No sé qué ocurre con nosotros, pero todo se está yendo al garete.

—Pues, prima, ¡aborta misión pero a la de ya! —exclamó con gracia.

—Sí... Eso es lo que tengo que hacer, aunque me duela.

—Uy, yuyui... ¡No, Idalia! No me digas que sientes algo por Landon —repuso mientras negaba con la cabeza.

Ella simplemente se encogió de hombros y cerró los ojos con resignación.

—Lo que sé es que no es como antes...

—Y ¿él qué dice?

—Que quiere seguir como estábamos...

—Hasta que se canse —terció Alba negando con la cabeza como si viera el final de aquella relación.

—Supongo.

—Los hombres como él no cambian, Idalia, eso tenlo claro —comentó con cariño.

—Ya...

—¿Te vienes al gimnasio? —preguntó levantándose del taburete para dejar la taza en el fregadero.

—No, hoy no me apetece.

—De acuerdo. Luego nos vemos, y no te preocupes: todo tiene solución.

Idalia sonrió con timidez mientras observaba a su prima salir del apartamento con alegría y pensaba cómo podía volver a estabilizar su vida. El sonido de su teléfono móvil interrumpió sus pensamientos.

—Hola, mamá —saludó al ver quién la llamaba.

—Hola, cariño, ¿has podido solucionar lo del banco?

—Más o menos, ya he cambiado las contraseñas y el número de tarjeta... Ahora me toca esperar a ver si me indemnizan... —bufó con malestar al acordarse de aquel peliagudo tema que aún no había solucionado.

—A ver si lo hacen pronto... ¿A que no sabes con quién me he cruzado hoy? —preguntó desvelando la verdadera razón de su llamada.

—No, pero seguro que tú me lo vas a decir —repuso con una sonrisa. Su madre era única contando chismes.

—A Arturo —dijo en voz baja esperando la reacción de su hija.

—Ah... Muy bien —bufó con indiferencia.

—Hemos estado hablando, Idalia, y ¿sabes lo que me ha dicho? Se va a casar con su novia dentro de unos meses... —susurró lentamente, temiendo cualquier reacción desmedida por parte de su hija.

—Me alegro por él —bufó con mala cara.

—Me ha contado que gracias a ti ha comprendido muchísimas cosas que lo han ayudado a ser feliz con esa muchacha.

—Ajá —resopló Idalia incómoda por hablar de su ex en esos términos.

—Me ha dado pena que al final no fueras tú la indicada para Arturo... Hacíais tan buena pareja, erais tan perfectos el uno para el otro —susurró su madre con melancolía—. Se ha alegrado mucho al verme y me ha preguntado cómo estabas...

—La perfección está sobrevalorada, mamá. No quiero volver a estar atada a una persona que no me haga sentir viva, y con él me ocurría eso. Todo era tan monótono, tan simple, tan previsible, tan individualista... Yo no quiero eso en mi vida —susurró dándose cuenta de lo que estaba diciendo y sintiendo algo en su interior que la puso en alerta sin saber por qué.

—Haces bien en pensar eso, cariño. Hay que seguir adelante, nunca se sabe... Fíjate en Arturo, él ya ha encontrado a la mujer de su vida —susurró su madre—. Ay, a ver si encuentras a otro Arturo por Verona y te lo traes —añadió.

—¿De verdad me estás sugiriendo que busque a alguien que se le parezca cuando él me abandonó convaleciente en el hospital a pocos meses de casarnos? ¿De verdad crees que eso es lo que necesito para ser feliz? ¡Arturo nunca me quiso, mamá! Y lo último que deseo es a un hombre que se le parezca lo más mínimo, ansío todo lo opuesto a él, alguien que no me lo recuerde, porque ha sido el peor error de mi vida.

—Perdóname, hija. Yo creía que habías sido feliz con Arturo. Nunca me habías dicho lo contrario y, además, vi cómo te quedaste cuando él te dejó y supuse que aún lo querías...

—No lo quiero, y llevo mucho tiempo sin sentir el amor que hizo que me uniera a él. Ahora sé que no era feliz con Arturo, mamá. Pensé que era normal sentirme vacía, percibir que todo era igual que el día anterior, notar que mi vida no tenía mayor aliciente que ir a trabajar y volver a casa, hasta que llegué

aquí y me di cuenta de todo lo que me había perdido por centrar mis fuerzas en mantener una relación que ya estaba condenada a morir...

—¿Has conocido a un hombre? —preguntó con curiosidad su madre al imaginarse el motivo de su cambio de opinión.

—Sí —susurró pensando en la cara que se le quedaría a su madre si alguna vez conociera a Landon, tan distinto de Arturo en tantísimos aspectos.

—¡No me lo habías dicho!

—Nos estamos conociendo, mamá, pero él... Él me hace sentir que cada minuto es importante —confesó sintiéndose liberada al verbalizar lo que Landon la hacía sentir.

—¡Qué ganas tengo de conocerlo! A lo mejor un fin de semana nos vamos todos para allá a veros y, de paso, nos lo presentas —comentó su madre con emoción.

Idalia hizo una mueca al oírla. Aquello sería imposible de cumplir, ellos dos no eran nada para llegar al extremo de presentar a sus respectivos padres.

—Claro... —bufó sin saber qué contestar.

—Bueno, te dejo, que acaban de llamar a la puerta —informó su madre.

—De acuerdo. Adiós, mamá

—Cuídate, hija, y sé feliz.

Idalia se quedó con el móvil en la mano pensando en lo que le había confesado a su madre. Era cierto, con Landon había descubierto un mundo nuevo, no sólo carnal y sexual que hacía que se le erizase el cuerpo entero, sino que con él estaba aprendiendo a encararse con sus miedos y estaba visualizando a la verdadera Idalia, esa que había sido silenciada por culpa de aquel hombre que su familia creía tan perfecto. No obstante, sabía que la culpa de esa imagen idealizada que tenía su familia era suya, por encubrirlo, por hablarles siempre bien de él, cuando la verdad era otra muy distinta, una muy alejada de lo que reflejaba de cara a la galería. ¿Cómo decirles que había vivido en la sombra por culpa de él? ¿Cómo iba a atreverse a confesar que había tenido que cambiar su personalidad para agradarle? ¿Cómo podía

revelar a sus progenitores que con él jamás se había sentido feliz? ¿Cómo defender que había estado a punto de casarse con semejante persona? Idalia cerró los ojos sintiéndose mal consigo misma, culpable de dejarse mangonear por él, por permitirle que siempre se saliese con la suya sin tener ninguna represalia, sintiéndose una estúpida por creer que eso era el amor... Ahora, mirando hacia atrás, sabía que no lo era, pero cuando estaba con él siempre defendía su comportamiento, creyendo que era normal en una relación duradera. «¡Menos mal que Arturo se fijó en su compañera de trabajo!», pensó con alivio, si no, ahora estaría casada con una persona con la que no podría ser jamás feliz, atrapada en una relación que le restaba, siendo infeliz y temerosa de abandonarla por creer que no encontraría nada mejor...

Pasó el día encerrada en el apartamento de su prima, sin ganas de ver a nadie y sin que nadie fuese a verla a ella, cosa que agradeció. No tenía ánimos para nada.

—Menuda cara tienes —soltó Alba en cuanto entró en el apartamento.

—No tengo un buen día... —bufó levantándose del sofá para comenzar a prepararse para bajar a trabajar.

—Quédate aquí si no te apetece trabajar.

—Creo que hoy me vendrá bien la distracción... —susurró observándola detenidamente— ¿Has llorado? —preguntó de repente al ver los ojos rojos de su prima.

—¿Cómo? ¿Llorar? No, qué va. Hoy he estado nadando en la piscina —explicó Alba mostrándole una sonrisa.

—Pero a la piscina habrás ido esta mañana y, con la hora que es, el enrojecimiento debería haberse ido ya... —murmuró sin dejar de observarla—. ¿Qué te pasa, Alba?

—Nada, no te preocupes. Hoy tengo el día tonto.

—¿Es por Marco?

—No, no... —dijo forzando una sonrisa.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó Idalia, que no se creía el

buen humor que intentaba mostrarle su prima.

—No te preocupes, estoy bien. ¡Voy a ducharme y nos vamos! —exclamó escapándose velozmente al cuarto de baño para no tener que contestar a sus preguntas.

La observó impasible, sabía que su prima le mentía, otra vez, y sólo deseaba que ese tal Marco no le hiciera daño...

Idalia miró a su prima, que se encontraba en el lado opuesto, observando sus gestos nerviosos, su mirada entristecida, su sonrisa forzada y esos chascarrillos que soltaba a cada segundo para que nadie advirtiera que le ocurría algo. Acababan de abrir el bar de copas y éste comenzaba a llenarse de gente. Alba no había querido hablar del tema y ella tampoco sabía cómo abordarlo sin que ésta se pusiera a la defensiva —era la primera vez que la veía tan sensible, tanto que había cambiado hasta tal punto que Idalia no era capaz de reconocerla—, por tanto, optó por esperar el momento indicado para exponerlo y saber qué la preocupaba. Al poco, observó cómo Landon entraba en el local y la buscaba con la mirada. Al verla, sonrió de aquella manera que a ella la volvía loca mientras se le acercaba con paso seguro, haciendo que todos los presentes —sobre todo, el público femenino— lo miraran y que a Idalia le resultara imposible no suspirar por tenerlo delante, con esa fuerza arrolladora, con ese magnetismo que la arrastraba hacia él, que la hacía querer más y más, aun sabiendo que debía ponerle freno. Su cuerpo sólo ansiaba saltar la barra y desprenderlo de esa camiseta negra de manga corta que se pegaba a su escultural cuerpo para hundir las manos en su piel y recorrer cada uno de sus tatuajes con la lengua.

—Hola... —susurró Landon cuando estuvo delante de ella.

—Hola —dijo intentando mantener a raya las hormonas que la arrastraban hacia él.

—¿No puedes escaparte hoy? Quiero hablar contigo —indicó clavándole su mirada azul y haciendo que desapareciese todo cuanto la rodeaba.

—Hoy está el bar a tope, tengo que echarle una mano a mi prima —comentó deseando echar a toda esa gente del local para poder irse con él a cualquier parte.

—Voy a hablar con Alba, a ver si la convengo —informó Landon mientras le guiñaba un ojo y se dirigía al lado de la barra donde se encontraba Alba.

—No te hagas ilusiones. Los hombres como él no cambian jamás —soltó Martina con retintín, de repente, al lado de Idalia, mientras observaba con el rabillo del ojo cómo Landon hablaba con Alba.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella sin entender a qué se refería.

—No te hagas la tonta, Idalia, sé que tú y él os habéis enrollado y que en tu fuero interno deseas que se enamore de ti para vivir un romance de película en la ciudad del amor. Pero, lo siento, querida, eso no ocurre con los hombres como Landon, acostumbrados a tener a cualquiera, cuando sea y las veces que desee —añadió con malicia.

—No voy a entrar en tu juego, Martina —replicó con una sonrisa, intuyendo que ésta iba a provocarla. Sabía que había ido detrás de Landon durante mucho tiempo y no debía de haberle hecho mucha gracia saber que Idalia había conseguido lo que tanto le estaba costando a ella.

—A lo mejor la que ha entrado en su juego sin darse cuenta has sido tú... ¿Ya te ha contado que la nota que encontraste en el hospital la escribió él? —soltó con una tranquilidad inquietante mientras observaba los gestos de Idalia al digerir lo que acababa de confesarle.

De repente, la música cesó, la gente desapareció de su vista e Idalia centró su atención en las palabras de Martina.

—¿Qué has dicho? —preguntó sintiendo los latidos ensordecedores de su corazón retumbándole en los oídos.

—Vaya... —dijo con fingida disculpa—. Por lo que veo, *tu chico* no te ha contado toda la verdad —soltó con tanta maldad que sólo faltaba que saliera

veneno de cada una de sus palabras.

—Él no es mi chico, Martina. ¿Quién te ha dicho eso? Te lo has inventado, ¿verdad? —preguntó tratando de dar con una explicación coherente.

—No, Idalia, no me lo he inventado. Me lo ha confesado Maurizio, su mejor amigo. Con un par de cervezas y un buen escote, te cuenta hasta cuántas veces se tira a su mujer —soltó con rencor mientras se daba media vuelta y se alejaba de ella, contoneando su escultural cuerpo y dejando a Idalia pálida y temblorosa.

Ésta miró de nuevo a Landon, que se encontraba observándola con atención mientras seguía hablando con Alba. Al percatarse de su gesto, serio e incrédulo, comenzó a aproximarse hasta ella, pero Idalia negó con la cabeza con decisión y le señaló con brusquedad la calle. Quería oír de sus labios que aquello era mentira, que no era verdad, porque, si no, si él le declaraba que era cierto, no sabría cómo reaccionaría...

Landon la miró de reojo, pensando en el nefasto día que había pasado sólo imaginándose la posibilidad de que ella estuviese con Fabio, suponiendo las mil florituras que habría utilizado aquel italiano estirado para enamorarla mientras él se encontraba atado de pies y manos en su estudio, ansiando que las horas pasaran y con miedo de aparecer en el apartamento de las españolas y ver con sus propios ojos que su hipótesis había sido acertada. Por eso había almorzado aquel día con su madre, hablando con ella, intentando serenarse, poner nombre a lo que le ocurría, intentar ver con otros ojos lo que sucedía entre ellos dos, y la verdad lo azotó con tal violencia que lo dejó todavía peor de lo que se encontraba en un principio. La tarde, como era de esperar, había sido todavía peor que la mañana, ansiando cerrar el estudio de tatuajes para ver si ella estaba en el bar, con esa sonrisa que le ensanchaba el alma y que hacía desaparecer de un plumazo todas sus preocupaciones y sus miedos. Cuando al final la vio sonreírle supo que debía hablar con ella, abrirle su corazón, aunque éste estuviera oxidado y sin estrenar. Le daba igual meter la pata, o no decir lo que se suponía que tendría que decir, simplemente deseaba desnudar su alma delante de esa mujer que lo había cambiado todo con su existencia. No obstante, ahora, esa mirada dulce del principio se había endurecido, su porte se había crispado y no sabía qué había ocurrido para presenciar, en tan sólo unos minutos, un cambio tan radical en Idalia.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó cogiéndole la mano, pero ella automáticamente se la retiró con dureza y frialdad, haciendo que le extrañase todavía más su actitud.

—¡Dime la verdad! —pidió con la voz rota, afectada por aquella confesión que anhelaba que fuese tan sólo una invención de Martina...

—Siempre he sido sincero contigo... —añadió él sin entender a qué se refería.

—No, Landon... Dime, ¿me conocías de antes?

Él cerró los ojos al oír su pregunta. ¿Qué le habría dicho Martina? Los volvió a abrir y se enfrentó a la mirada cristalina de Idalia, que le reclamaba la verdad, una que no sabía cómo abordar. ¿Cómo explicarle que la conocía de hacía un año?

—Sí —dijo dando un paso hacia ella para intentar cogerle, de nuevo, la mano y estrechársela con fuerza. Sin embargo, ella le negó de nuevo el contacto que ansiaba para que pudiera comprobar la sinceridad en sus ojos.

—¡No puede ser! ¿Tú...? —titubeó intentando controlar sus emociones, que comenzaban a desbordarla, impidiendo que pensara con tranquilidad y dejándose llevar por un cúmulo de sentimientos contradictorios que la arrastraban al límite de sus fuerzas.

—Sí, yo estuve en el hospital visitándote, pero jamás pensé que tú fueras la prima de Alba y...

—¡No puede ser! —exclamó Idalia ahogando un lamento, sintiendo que su mundo se desmoronaba a su alrededor, sin poder creer que ese hombre en el que había confiado ciegamente la hubiese engañado.

—La nota que hallaste la escribí yo —soltó sincerándose al fin con esa mujer con la que empezaba a sentir algo tan fuerte que le daba miedo verbalizar.

—¡No! —exclamó tapándose la boca para frenar su llanto—. ¿Tú...? —intentó decir ella, pero las emociones se le agolparon en la garganta, impidiéndole hablar.

—No sabía cómo decírtelo, Idalia. Es complicado de explicar, yo mismo me asombré al reconocerte después de tanto tiempo... El primer día que te vi

no supe que eras la misma chica, fue días después cuando comprendí que tú eras *ella*...

—¿Quién más lo sabía? Parece que he sido la última en comprender que ya me conocías, que ya me habías visto. ¡Qué risas, ¿eh?! —soltó con afilada ironía.

—No, Idalia... Sólo lo sabía Maurizio, ¡nadie más! No entiendo cómo ha podido enterarse Martina... Ella quiere hacerme daño, ¿es que no lo ves? —preguntó con desesperación al darse cuenta de la táctica de la camarera para que Idalia desconfiara de él y así conseguir alejarla.

—Lo que veo es que me has mentado, Landon. Que no has sido sincero, que has estado jugando conmigo y no sé con qué fin... —soltó con arrojo encarándose con él, sacando de su interior una entereza y una fuerza que creyó que no existían.

—Nunca he jugado contigo, Idalia, yo...

—¡Cállate! —soltó mientras lágrimas de rabia se deslizaban por su rostro, arrastrando consigo la frustración de ver que alguien en quien confiaba la había traicionado de esa manera—. Sabía que eras un hombre intimidante, pero jamás pensé que serías tan mala persona como para acercarte a mí con la intención de seducirme, cuando fuiste *tú* —dijo señalándolo con un dedo con rabia y dolor— quien me atropelló y salió corriendo dejándome malherida en mitad de la calle...

—¿Cómo? —soltó Landon asombrado por su acusación—. No, Idalia, ¡escúchame! —exclamó tratando de que ella lo dejara hablar.

—No quiero escucharte. ¿No lo entiendes? No quiero saber nada de ti. ¡Me has mentado y me has utilizado a tu antojo!! Tú y yo hemos terminado para siempre —dijo dándose la vuelta y volviendo de nuevo al bar.

—Idalia, por favor, escúchame. Eso que dices...

—¡Que te calles! —soltó enfurecida sin dejar de caminar hacia el interior del bar, el dolor que sentía en esos momentos cegándola, sintiendo cómo su ser se marchitaba y todo carecía de significado, notando cómo en su pecho

crecía una desolación que le impedía respirar y le nublaba la razón, simplemente hundiéndose en aquel descubrimiento que la había hecho pasar de la dicha más maravillosa al desengaño más absoluto—. Tiziano, no dejes entrar a Landon —le indicó al portero con dureza, sin dejar de caminar.

Éste simplemente asintió mientras se parapetaba frente a la puerta y ella se dirigía hacia la barra, sintiendo que aquello no podía ir peor de lo que ya iba, ansiando una escapatoria, una señal que la ayudase a darle explicación a aquel descubrimiento que había azotado con una crueldad asombrosa su relación con Landon.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alba acercándose a ella al verla llorosa y trémula.

—Landon fue quien me escribió la nota en el hospital, él fue quien chocó contra mí y se dio a la fuga —explicó entre lágrimas.

—¡No puede ser! —soltó su prima con asombro sin dejar de observar a su vecino, que intentaba acceder al bar pero Tiziano lo detenía—. ¿Te lo ha confesado él?

—¡Claro! ¿Cómo explicas que supiera que estaba allí y que me dejara aquella nota? —preguntó Idalia sin dejar de llorar por la frustración, sintiendo cómo su prima la abrazaba con ternura, intentando calmar el dolor que sentía en esos momentos.

—No lo sé, pero Landon no es de los que huyen... —susurró observando cómo éste se marchaba cabizbajo y una sonriente Martina volvía a servir copas con alegría, percatándose de que su plan había salido mejor de lo que pensaba.

—Él me ha mentado, Alba, sabía quién era yo... y...

—Tienes que hablar con Landon, dejar que se explique; no toleres que una suposición lo desbarate todo.

—¿Para qué? ¿Para que siga mintiéndome? No, Alba, no puedo volver a confiar en él, me siento tan estúpida...

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó cogiéndola por los hombros para

que la mirara a los ojos, dándose cuenta de que estaba obcecada con algo que ella imaginaba imposible.

No obstante, tampoco entendía por qué su vecino había sabido que su prima se encontraba en aquella habitación de hospital, a tantísimos kilómetros de Verona. ¿Sería cierto lo que decía Idalia? ¿Habría sido él el causante de aquel accidente que hizo que la aparente estabilidad de su prima se truncase?

—Me voy a marchar, Alba. No quiero hablar con él, no quiero volver a verlo y, si regreso al apartamento, él vendrá y yo no puedo... —gimoteó desolada.

—Pues llama a Fabio y quédate con él —indicó Alba visiblemente afectada por los acontecimientos.

—Sí, lo haré... —susurró cabizbaja, viendo que la única escapatoria que tenía por el momento era recurrir a él.

—Piensa las cosas fríamente esta noche. Mañana hablaré yo con Landon e intentaré sonsacarle la verdad.

—Vale —dijo sin barajar otra posibilidad para no tener que verlo de nuevo.

Salió del bar casi parapetada por Tiziano y anduvo por las calles animadas de turistas y lugareños sintiendo que todo lo que había vivido con Landon había sido una mentira confeccionada por él, notando cómo se ahogaba en un mar de desolación al intuir que Landon pudiera estar involucrado en aquel accidente que le había hecho dar un vuelco drástico a su vida, dejándola desamparada y abandonada, teniendo que volver a reconstruirla sin tener nociones de cómo hacerlo, ya que había estado demasiado pendiente de formarse para alcanzar un trabajo donde la valorasen y centrándose en ser la mejor novia para Arturo, nada más... Cuando se vio lo suficientemente alejada del bar de su prima, cogió el teléfono móvil con manos temblorosas y llamó a ese hombre que esperaba que no le guardara ningún rencor. ¡Qué tonta había sido al sucumbir al placer antes de razonar qué era lo mejor para ella!

—¿Idalia?

—Yo... —balbuceó como pudo al oír su voz.

—¿Qué te pasa?

—Yo... —sollozó rompiendo a llorar.

—Dime dónde estás.

Idalia miró a su alrededor para saber dónde la habían llevado sus pies.

—En la casa de Julieta —confesó entre gimoteos.

—No te muevas de ahí. Voy a por ti —oyó mientras finalizaba la llamada.

Idalia se quedó allí, delante de aquella casa donde su prima pidió aquel deseo que la había hecho conocer a dos hombres, con los que había vivido tantísimas cosas tan dispares como asombrosas, haciendo que con cada uno se sintiera una Idalia distinta, sin saber aún cuál de las dos era realmente. ¿Era la dulce y modosita Idalia que adoraba escuchar a Fabio o era la atrevida y lasciva Idalia a la que le encantaba provocar a Landon? No sabía la respuesta a tal pregunta, lo único que sabía era que esos dos hombres eran tan distintos entre sí que con cada uno había disfrutado de una manera u otra, y que, aun sabiendo que Fabio era el indicado para ella, había realizado la peor elección, dejándose arrastrar por el mundo terrenal y no por el sentimental... Maldijo por dentro mil veces, pensando que Julieta se estaba burlando de ella, demostrándole así que siempre tropezaba con la misma piedra, que aunque tuviera delante a esa persona capaz de hacerla feliz de verdad, ella elegía siempre al que le hacía daño...

Fabio no tardó mucho en aparecer con su flamante coche. Se apeó rápidamente para abrirle la puerta del acompañante y volvió a subir observándola con seriedad.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó casi en un susurro antes de arrancar, escudriñando sus facciones por si veía algún signo que evidenciase su peor sospecha.

—Me ha mentado... —confesó mirándose las manos, muerta de vergüenza por haberse comportado tan mal con ese hombre que le había abierto su corazón desde el principio.

Fabio la miró y arrancó. Mientras conducía por las calles de Verona, observaba de reojo el sufrimiento por el que estaba pasando Idalia y maldecía por dentro al saber que había más personas que le mentían. Pero ¿qué podía hacer él ante eso?

No había podido dormir nada en toda la noche. Pensando en Idalia, en lo que estaría haciendo en esos momentos y en todo lo que debía decirle cuando la tuviera delante. Se levantó de un salto antes de que sonara el despertador, se duchó rápidamente y se metió en el apartamento de las españolas con la esperanza de verla en la cocina, con ese camisón que lo volvía loco y esa sonrisa que le ensanchaba el alma, pero a quien se encontró fue a Alba, decaída y ojerosa, mirándolo con una seriedad no muy común en ella mientras le daba vueltas a su taza intacta de café.

—Idalia no está —suspiró Alba.

—¿Dónde está? Necesito verla...

—No quiere hablar contigo, Landon —susurró con tristeza.

—¡Me da igual! Yo sí que quiero verla —soltó enfadado—. Dime dónde está, por favor.

—No está aquí —dijo con pesar.

—Ya... Eso ya me lo he imaginado. Joder, Alba, ¡necesito explicarle por qué estaba allí! —exclamó angustiado.

—Nunca me lo habías contado... ¿Qué hacías allí y de qué la conocías?

—No la conocía, Alba. Fue todo una casualidad, una que me llevó a volver a encontrármela aquí, y yo... —resopló angustiado porque la verdad hubiese hecho que Idalia se alejara de él.

—Las casualidades no existen, Landon, fue el destino, uno muy bromista y cabroncete, el que te hizo reencontrarte con ella —susurró con dejadez—. Deberías habérselo contado antes, o incluso a mí, yo podría haberte ayudado.

Ahora ella se siente traicionada, piensa que... —Negó con la cabeza mientras se callaba lo que iba a decir—. Le he dado mi palabra de que no te diría dónde se quedó anoche a dormir. Lo siento, Landon.

—Alba, por favor —suplicó él aferrándose a la oportunidad de poder hablar con ella y sincerarse—. Necesito que sepa que yo no haría nada parecido, necesito saber que está bien...

—Si no lo veo, no lo creo... —susurró Alba observando las facciones de su vecino, su preocupación, su dolor por querer hablar con su prima—. El gran Landon, conquistador nato de mujeres, el hombre sin sentimientos, el macho que no quiere emparejarse, ¿enamorado?! —replicó ella asombrada de estar presenciando algo tan peculiar en él, algo que creía que no sucedería jamás, porque los hombres como él no solían cambiar.

Landon cerró los ojos y asintió derrotado con la cabeza al darse cuenta de que era eso lo que le sucedía. Se había enamorado perdidamente de Idalia y no sabía cómo hacer para que ella sintiese lo mismo por él...

—Sí, Alba... La quiero como nunca he querido a nadie y, aunque sé que estaría mejor con Fabio o con cualquier otro Romeo que la tratara como a una princesa, soy tan egoísta que la quiero en mi vida, sólo conmigo, para hacerla reír y para ayudarla a que se enfrente a sus miedos —confesó alicaído, viendo aquella posibilidad cada vez más remota.

—Dale tiempo, Landon. Ahora está muy afectada, ella cree que tú...

—¡Pero no es así! —exclamó con efusividad. Deseaba que alguien lo creyese.

—Lo sé... —musitó con dolor—. Lo sé, Landon —dijo intentando reprimir las lágrimas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, extrañado al oír su tono seguro cuando él aún no le había explicado qué hacía allí justo en aquel momento.

Alba sonrió tímidamente mientras negaba con la cabeza, sin querer confesarle que ella confiaba ciegamente en él porque lo conocía lo suficiente

como para saber que era imposible que hiciese algo así y se levantó del taburete para dejar la taza del café en el fregadero.

—Deja que el tiempo pase y que cada cosa se ponga en su lugar —dijo mientras fregaba con tranquilidad los cacharros—. Idalia es una buena chica, es racional, no como yo, y sabrá que eres incapaz de matar una mosca. Cuando lo comprenda, te dejará hablar y podrás explicarle la verdadera razón por la que te encontrabas precisamente en ese lugar.

Landon la observó sin entender nada, e intuyó que algo le ocurría a su vecina para estar tan afectada y triste, tan divagadora, como si quisiera decirle más de lo que verbalizaba.

Salió descalza de la habitación de invitados y vio a Fabio, que se encontraba desayunando en una moderna y amplia cocina, vestido con un vaquero negro y un polo rosa palo que parecía hecho a medida. Al verla aparecer, sonrió mientras se levantaba para invitarla a desayunar en aquella espaciosa isla, junto a la que había varios taburetes altos. Aquella cocina podría ser el sueño de cualquier persona: era funcional, moderna e impecable.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Fabio mientras le servía café y le ponía delante varias tostadas en un plato.

—Más o menos bien, gracias —dijo Idalia sintiéndose avergonzada de que éste hubiera aguantado estoicamente el monólogo entre llantos en el que le había explicado por qué lo había llamado a esas horas de la noche.

—¿Vas a volver al apartamento de tu prima?

—No lo sé... No tengo ganas de volver a verlo, de oír sus mentiras... Me siento tan engañada, casi sin fuerzas... —resopló con angustia— que lo único que deseo es coger un avión y marcharme a casa.

—Siempre nos quedan fuerzas guardadas en algún rincón de nuestro ser. Eres fuerte, Idalia, pero no crees en ti...

—Eso era lo que siempre me decía Landon... —recordó con tristeza.

—Debes hablar con él. No puedes dar por hecho algo que él ni siquiera te ha corroborado. Todo este tema es muy raro y debe de haber una explicación coherente que te dé la información necesaria para que todo encaje.

—No puedo volver a verlo... Él...

—¿Qué?

—No lo sé, Fabio. Es extraño..., ¡todo! —bufó con pesar—. ¿Por qué te portas tan bien conmigo? —preguntó observándolo detenidamente.

—Porque sé que lo estás pasando mal y porque sigues siendo mi amiga... —susurró con una sonrisa franca.

—Eres demasiado bueno, Fabio... —comentó con emoción.

—No tanto como crees —susurró él eludiendo su mirada. Le estaba resultando difícil no sincerarse con esa mujer a la que, poco a poco, había cogido especial cariño al apreciar la bondad y la inocencia que residía en ella.

—Si yo hubiese sido lista... —titubeó con pesar mientras se miraba el regazo.

—Estas cosas no se pueden controlar, Idalia —dijo con una maravillosa sonrisa—. A veces nos enamoramos de la persona equivocada, pero el corazón es el que manda, ¿no? Sé que es eso lo que te ha pasado a ti con ese hombre. Vi cómo os mirabais, cómo te observaba cuando tú creías que no te miraba, cómo te hablaba...

—No, Fabio, te equivocas. Landon y yo no estamos enamorados el uno del otro.

—¿En serio? Parecía que sí... Y ¿tú tampoco lo estás? —inquirió con curiosidad.

—¿Yo?... ¡No! —exclamó con rapidez mientras negaba con la cabeza, como si al hacerlo corroborara su contestación—. Él me hace reír, me hace sentirme viva y disfrutar, me anima a que sea más valiente y a que me desprenda de mis miedos, pero no estoy enamorada de él —susurró, autoconvenciéndose de que era así.

Fabio sonrió mientras le daba el último sorbo al café, observando sus gestos contrariados y su mirada confundida.

—Enfréntate a tus problemas —apremió cambiando de tema.

—¿Por qué no nos vamos juntos a Roma? ¡O, mejor aún, a Venecia! —dijo Idalia cambiando de tema, intentando dilatar aquel momento lo máximo que

podiera.

—Me encantaría ir a cualquier lugar contigo, pero antes tienes que solucionar todo ese caos que ha hecho que no quieras dormir en casa de tu prima. Además, para irnos a cualquier sitio deberás disponer de ropa, y la tienes toda allí —comentó con seriedad—. Si te sientes más segura, puedo acompañarte al apartamento y estar a tu lado.

—Puff... —resopló ella mirándolo a los ojos—. ¿Por qué no me he enamorado de ti, Fabio? ¡Eres tan perfecto, tan bueno!

—Eso mismo me pregunto yo... —susurró con una sonrisa divertida mientras se levantaba del taburete y comenzaba a recoger los platos.

—Y yo... —dijo con un hilo de voz, pensando en lo distinta que habría sido su vida si no hubiese sucumbido al placer que le proporcionaba Landon.

—¿Por qué tienes tanto miedo, Idalia? —preguntó él de repente, observándola con detenimiento.

—¡No tengo miedo!

—Sí... Tienes miedo de que los demás te fallen, como si, al hacerlo, ya perdieran tu confianza para siempre. Eres demasiado exigente con las personas. Parece que no les permitas que tengan errores o fallos, ¡que sean humanos!, como si todo tuviese que ser perfecto e ideal, y la vida es de todo menos perfecta.

—¿Tú crees que soy demasiado exigente? —inquirió con interés. Sabía que siempre había sido exigente, primero consigo misma y después con los demás, pero nunca lo había visto como algo negativo, sino como una manera de ser mejor.

—Tú misma me has dicho en multitud de ocasiones que soy perfecto, pero, aun así, no lo soy para ti... —repuso él con una sonrisa.

—Es verdad... —susurró consternada al darse cuenta de eso. Desde un primer momento había visto que Fabio era ideal para ella, pero, aun así, no fue suficiente como para que se enamorara de él—. Es posible que vuelque mis miedos en las demás personas. Porque yo tampoco quiero fallarle a la gente

que me importa y por eso me exijo ser mejor, pero a la vez les exijo que sean mejores conmigo...

—¿Por qué lo haces?

—No lo sé... —susurró pensativa—. Es posible que sea por Arturo, mi ex. Él era muy exigente conmigo, deseaba que yo fuera perfecta en muchos sentidos. La mejor cocinera, la mejor conversadora, la mejor novia, la mejor nuera, la mejor amante... Pero nunca llegaba a ese nivel que me pedía, siempre requería más esfuerzo por mi parte, para, después, cuando yo más lo necesitaba, abandonarme por otra mujer alegando que nunca había estado a su altura...

—Y eso te ha hecho sentirte insegura y volcar todas esas dudas en las demás personas, como si ellas te estuvieran evaluando como lo hacía él —informó Fabio con cariño—. Ese hombre no te quería como eres, quería transformarte en otra Idalia, otra bastante alejada de lo que eres en realidad...

—Sí... Por eso me vine aquí, para reencontrarme. Había pasado tanto tiempo viviendo con él, haciendo las cosas que él me pedía que hiciese, que había olvidado por completo cómo era en realidad y me sentía extraña en mi propio cuerpo.

—Cierra los ojos y dime lo que ves —apremió Fabio acercándose a ella.

—¿Cómo? —soltó riéndose nerviosa.

—Hazme caso. Ciérralos y dime qué ves.

—Veo a una mujer miedosa, sin carácter, incapaz de hacerle frente a nada ni a nadie —susurró con los ojos cerrados y sintiendo un nudo en la garganta que le dificultaba hablar.

—Mentira. Eso es lo que tu ex te ha hecho creer durante todos estos años, para tenerte a su lado. Tu anterior pareja era una persona tan carente de autoestima que te destruyó la tuya para tenerte a su merced —declaró observando cómo ella lo miraba a los ojos con seriedad, escuchando con atención lo que él le estaba diciendo, esclareciendo sus dudas acerca de por

qué Arturo se había portado así con ella—. Vuelve a cerrarlos y dime de verdad qué ves.

—Veo a una mujer capaz de subirse a una montaña rusa, de montar en moto, de bucear, de tirarse en parapente, de patinar, aunque creía que no era capaz de hacer nada de todo eso por miedo —susurró al rato de tener los ojos cerrados, dándose cuenta de todo lo que había hecho desde que había llegado a Verona, de todos los miedos a los que había ido enfrentándose.

—Pero las hiciste —afirmó él con rotundidad.

—Sí —asintió mientras lo miraba fijamente. Desde que lo conocía era la primera vez que hablaba con él de esa manera tan sincera, desnudando su alma.

—¿Por qué las hiciste? —inquirió con curiosidad.

—Porque Landon estaba a mi lado y él siempre ha creído en mí —susurró quedándose callada al haber verbalizado aquella confesión que la sorprendió al darse cuenta de todo lo que él había hecho por ella.

—Al final me va a caer bien ese hombre y todo —dijo Fabio mientras le mostraba una maravillosa sonrisa.

—Pero me ha mentido —reiteró Idalia volviendo al meollo del asunto.

—A veces creemos que es mejor omitir la verdad por temor a la reacción de la otra persona. Además, tú no le has dejado que te explicara las razones por las que lo hizo.

—Es cierto, pero tenía miedo de oír de sus labios que él era el causante del accidente.

—Y ¿es mejor quedarse con la duda, Idalia?

—No lo sé... —susurró hecha un lío.

De repente el sonido de su teléfono móvil rompió aquel silencio repleto de dudas. Ella le echó una ojeada y negó con la cabeza.

—Es él.

—¿A qué esperas para contestarle? —preguntó Fabio, animándola a que hablara con él.

Idalia se mordió el labio dubitativa, observando el nombre de Landon en la pantalla de su teléfono. A continuación, con lentitud, deslizó el dedo para rechazar la llamada y esperó a oír la reprimenda de Fabio, que no tardó en aparecer.

—¿Por qué lo has hecho? ¿No hemos hablado de que hay que tomar las riendas de la vida, Idalia? —preguntó él contrariado por su actitud temerosa—. No podemos quedarnos al margen mientras la vida pasa por delante de nuestras narices. Debemos plantarnos delante de ésta y domar las situaciones, y no al revés —comentó con seriedad—. ¡Vamos! —apremió tomando el mando de la situación.

—No quiero —soltó ella con tozudez.

—¡No te comportes como una niña, Idalia! Sé una mujer y plántales cara a tus problemas de una vez por todas. La vida es a veces dura, a veces incomprensible, pero no se arreglará por arte de magia si tú no haces nada —argumentó con dureza, haciendo que ella cerrase los ojos sabiendo que tenía razón, pero sintiendo que su cuerpo se paralizaba por culpa de ese miedo que siempre había sentido por todo.

—Es que no sé si podré mirarlo a los ojos, Fabio.

—¿Por qué? —apremió con una seguridad tan aplastante que a Idalia la sorprendió viniendo de él. Fabio siempre le había mostrado una cara más dulce y leal, y no esa fuerza y ese carácter que ahora mismo vislumbraba.

—Porque sé que, si vuelvo a verlo, yo...

—¿Sí? —animó a que siguiera.

—No podré echarle nada en cara... Yo creo...

—Dilo, Idalia.

—No lo sé —confesó con dolor, hecha un lío y sin saber qué pensar de todo el barullo que sentía y que la hacía contradecirse a cada instante.

—Entonces, con más razón, debes hablar con él para que te explique qué hacía allí.

Idalia asintió sabiendo que tenía razón. No obstante, tenía miedo de saber

la verdad, de comprobar que su suposición era cierta, porque, si era así, ¿qué debía hacer? ¿Perdonarlo? ¿Marcharse? Se levantó del taburete y salió de la casa con Fabio pegado a ella, pendiente de sus movimientos, de su bienestar. ¡Qué sencillo habría sido todo si se hubiese enamorado de él!

—¿Quieres que suba? —preguntó él cuando detuvo el coche en la puerta del edificio.

Idalia negó con la cabeza. Iba a enfrentarse ella sola a aquella situación, aunque le doliese, aunque sintiese que sus manos temblaban solas, aunque tuviese un nudo en el estómago que le impidiese hablar con coherencia, pero debía aprender a hacerlo, ya no era una niña y debía portarse como la adulta que era.

—Estaré aquí, ¿de acuerdo? Por si me necesitas.

—Gracias, Fabio —susurró abriendo ella misma la puerta del acompañante, por primera vez desde que había conocido a ese hombre tan tremendamente caballeroso, para salir del coche.

Subió en el ascensor oyendo cada latido frenético de su corazón, pensando en cómo podría mirarlo a los ojos y escuchar la verdad. Salió del mismo y caminó directamente hasta la puerta de Landon, llamó al timbre y esperó a oír su áspera voz avisando de que iba a abrir... Pero eso no sucedió. Miró la hora en su reloj de muñeca y supuso que se encontraría trabajando en su estudio, por lo que, mucho más relajada, abrió la puerta del apartamento de su prima, posponiendo aquella conversación para luego, pues tampoco era cuestión de abordarlo en su lugar de trabajo.

—Alba —llamó Idalia mientras cerraba la puerta y se adentraba en el piso —. ¡Alba!

Buscó por todas las habitaciones, pero no la encontró. Sin darle mucha importancia a ese hecho, ya que su prima por las mañanas solía estar fuera de

casa, le envió un mensaje de WhatsApp a Fabio para informarlo de que se hallaba sola y que iba a aprovechar para ducharse y cambiarse de ropa. Al poco, él le dijo que subiría para hacerle compañía. Idalia se dirigió a la puerta y la dejó entreabierta, para después dirigirse a su dormitorio y poder cambiarse de calzado. Sobre su cama, algo llamó su atención y, con curiosidad, se acercó a un folio doblado donde se podía leer en letras mayúsculas su nombre.

—Idalia —oyó la voz de Fabio y después la puerta cerrarse.

—Estoy aquí... —murmuró con el folio en la mano—. Al final del pasillo, la última puerta de la izquierda.

—¿Qué es eso? —preguntó él al poco, quedándose justo en la entrada de su dormitorio mientras la observaba. Estaba impasible, de pie, sin dejar de mirar aquel papel entre sus manos temblorosas pero sin atreverse a leerlo.

—Una carta de mi prima... —informó Idalia con extrañeza al identificar la letra de Alba.

—¿Qué dice? —preguntó Fabio visiblemente preocupado pasando al interior del dormitorio.

Ella se encogió de hombros, desdobló el papel y comenzó a leer:

No sé por dónde empezar, Idalia, todo es tan complicado de explicar que me cuesta plasmarlo en unas cuantas líneas, pero te aseguro que prefiero sincerarme aquí que delante de ti, mirándote a los ojos y sabiendo que te he fallado en tantos aspectos que me avergüenza siquiera pensarlo... ¿Cómo decirte que te he engañado cuando tú y yo nos hemos querido como hermanas? ¿Cómo explicarte que todo ha sido una farsa y que te he manejado a mi antojo? ¿Cómo confesarte que, aunque sé que te va a doler lo que vas a descubrir, volvería a repetirlo mil veces?

No te he contado la verdad sobre Marco, del que te dije que era mi ex, por esa burda excusa que me inventé sobre la marcha, pero ¿cómo decirte que es un vil ladrón y, aun así, lo amo con todas mis fuerzas? Ésa es la

verdad. Él no está casado ni yo soy su amante, soy su novia desde que lo conocí, aunque lleve un año diciéndole a todo el mundo que él y yo ya no estamos juntos, porque no sé cómo explicar que lo estoy esperando... Marco está en la cárcel por robar un banco, y no fue su primer atraco, ya que antes de estar juntos había cometido unos cuantos, y lo hizo porque quería tener una vida conmigo, Idalia. Él robó esa gran cantidad de dinero para poder marcharnos de Verona a algún paraíso donde sólo existiéramos él y yo, y donde poder vivir sin trabajar, simplemente centrándonos en nuestro gran amor, pero lo arrestaron y me quedé desamparada, sin saber qué hacer. ¡Él era mi motor, mi vida, mi todo! No ha sido fácil seguir como si hubiese roto con él, porque me avergonzaba decirlos que mi amor, el hombre de mis sueños, estaba entre rejas... Qué cobarde he sido, ¿verdad? Me habría encantado tener tu fortaleza, Idalia, y poder decírtelo a la cara, que yo ya había encontrado a mi Romeo y que sólo ansiaba que éste saliese de la cárcel para seguir con nuestra bonita historia de amor... ¿Te acuerdas de cuando te conté que me habían atracado en la puerta de mi casa? Fue un amigo suyo, un compinche que tenía para cometer el atraco y que escapó justo a tiempo y pedía una compensación por haber hecho el trabajo y no haber cogido su parte. ¡Como si nosotros sí la hubiésemos cogido! Me quitó la recaudación de ese día, y gracias que se contentó...

Cuando me marché aquel fin de semana sin avisarte, lo hice porque le habían dado el primer permiso para salir de la cárcel y me había llamado para vernos. Compréndeme, no podía decirte la verdad, te había engañado desde el principio haciéndote ver que llevaba mucho tiempo sola y que deseaba enamorarme, ¡incluso hice el paripé delante de Julieta para que te creyeses esta farsa que me ha acompañado durante un año!, cuando la realidad era que yo ya estaba locamente enamorada de Marco y contaba los días para tenerlo entre mis brazos... Sé que hice mal en ocultártelo, pero no deseaba que pensaras que tu prima mayor estaba loca de remate por querer estar con una persona como él, sabiendo cómo era y, aun así, importándome

muy poco a lo que éste se dedicaba, simplemente dejándome llevar por este sentimiento tan fuerte que siento... Nadie sabía la verdad, eso es cierto, pero sé que Tiziano y Martina comenzaban a intuir que yo me veía con Marco, aunque no supieran con certeza que, cuando me marchaba sin decir nada, iba a verlo a la cárcel...

Pero eso no es todo, Idalia: la persona que te ha estado sustrayendo dinero de tu cuenta he sido yo, y me siento tan mal por haberlo hecho... ¡Pero era preciso! Tú lo tenías ahí guardado, sin utilizarlo, y nosotros lo necesitábamos tanto... No fue difícil hacerlo, sigues utilizando las mismas claves que antes, los mismos números para desbloquear el teléfono y para acceder a la aplicación del banco de tu móvil. Me vino bien conocerte y que fueras tan previsible... Espero que me perdones, no he querido utilizarte, incluso te recordaré que intenté que no vinieras a verme, aunque te encabezonaste en pasar una temporada conmigo. ¿Cómo me iba a negar en rotundo si eras como mi hermana? ¿Cómo podía decirte que estaba preparando la huida con mi novio si sabía que necesitabas despejar tu mente de todo lo que te había ocurrido? Lo siento tanto, Idalia, pero yo ya no soy la misma persona que tú conociste. He cambiado, y lo único que anhelo es una vida plena con Marco, le pese a quien le pese.

Voy a aprovecharme una vez más de tu buen corazón para pedirte un favor: no le cuentes esto a nadie, no quiero que mis padres se preocupen por mí. Estoy bien, ¡te lo aseguro! Diles que los quiero y que soy feliz. Y, aunque no vuelvan a verme, ni tampoco a saber de mí, quiero que sepan que estoy haciendo realidad la vida que siempre he anhelado con la persona que más quiero en el mundo. Sé que te extrañará y comenzarás a darle mil vueltas a esa cabecita pensadora que tienes para saber las razones que debo de tener para escaparme con él y dejarlo todo. Pero es sencillo, Idalia: el mundo es para los valientes y el tiempo es efímero y nosotros no podemos esperar a que a Marco le den la libertad para disfrutar de nuestro amor; por eso, se

ha escapado de la cárcel y me está esperando en un lugar donde nadie nos encontrará y donde podremos vivir como siempre hemos deseado. No ha sido fácil, te lo aseguro, he tenido que hacer cosas durante este año de las que no me siento especialmente orgullosa. Con tal de que él pudiera tener los contactos necesarios para que lo ayudasen a escapar de la prisión, he tenido que pagar muchísimo dinero, pero no me arrepiento de nada de lo que he hecho, cuando sé que dentro de unas horas volveré a tenerlo a mi lado para siempre. No te preocupes por mí, querida prima, estaré bien y quiero agradecerte tu cariño incondicional dejándote el bar y el piso. Los contratos de alquiler están en mi dormitorio, por si tienes algún problema o por si quieres finalizarlos; además, te he dado un poder notarial para que hagas lo que consideres oportuno sin tener mi firma. Sé que, decidas lo que decidas, estará bien hecho, eso es lo que siempre he envidiado de ti, esa capacidad de analizar las situaciones e intentar darles solución. Yo, como sabes, soy más visceral en ese aspecto: antes de actuar, no pienso, simplemente me dejo llevar...

Antes de despedirme definitivamente de ti, quiero hacer algo bien, ¡ya me tocaba! Idalia, escucha a Landon, dale la oportunidad de explicarte qué hacía allí y después toma la decisión que veas más oportuna. Dale la posibilidad de sincerarse, de hablarte. Jamás lo había visto tan afectado por alguien. A lo mejor me he equivocado y los hombres como él a veces cambian...

Te ruego, Idalia, que les digas a Martina y a Tiziano de mi parte que siempre recordaré los buenos momentos vividos y que los echaré de menos, como te echaré de menos a ti...

¡Y ya está! Ésta es la verdadera Alba, una mujer capaz de mentir sin despeinarse sólo por amor, una mujer a la que no le ha temblado el pulso a la hora de robarle a su querida prima, una mujer que va tras lo que realmente desea sin importarle no saber qué le deparará el futuro, una

mujer que ha dispuesto a su antojo y ha hecho lo necesario para salirse con la suya. Pero ¡qué más da! Sólo tenemos una vida, vivámosla al máximo. Piensa eso, Idalia, recuerda esas palabras, al final lo que nos quedará son los recuerdos de lo que hemos vivido. Crea los mejores para ti, porque te los mereces, prima.

Un beso muy grande, y perdóname por haber sido tan egoísta...

ALBA

—Oh, Fabio —sollozó Idalia sin mirarlo a los ojos—. Mi prima...

Sin pronunciar palabra, él la estrechó en sus brazos, intentando protegerla de todo aquello que la había hecho llorar y de todas las mentiras con las que había convivido.

—¡Idalia! —oyó ella de pronto una voz áspera que la hizo levantar la cabeza y enfrentarse a los fieros ojos de Landon, que los miraba con los puños cerrados.

«¿Qué coño hace el Mercedes del Romeo de imitación frente a mi edificio? ¡No! Joder, ella está aquí», pensó Landon mientras salía del estudio cerrando casi a la carrera. Subió la escalera de dos en dos, sin dejar tiempo a que el ascensor bajase, pensando en Idalia, en poder hablar con ella y también en qué hacía ese hombre con ésta, sintiendo cómo se le contraían las entrañas sólo de imaginar que hubiese estado todo ese tiempo con él, a su lado, en su casa... Entró en el apartamento como siempre hacía, sin llamar y utilizando sus llaves. Oyó susurros que provenían del dormitorio de la española y, temiéndose lo peor, se acercó sintiendo que su corazón se detenía por completo. Dejó incluso de respirar, esperando encontrarse alguna tórrida escena que provocase que su corazón, recién estrenado, se rompiera en mil pedazos. Lo que vio allí — Fabio estrechando con fuerza a Idalia, ésta cerrando los ojos y disfrutando de aquel contacto íntimo y cómo sus cuerpos se encontraban pegados el uno al otro— hizo que estuvieran a punto de salirse los ojos de las órbitas mientras apretaba con fuerza los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos, sintiendo dolor, desesperación y furia. Había pasado una noche y un día penosos, pensando en ella, queriendo saber dónde se encontraba para poder hablar con sinceridad, sin tener miedo de mostrarse vulnerable, desnudando su alma —como le había aconsejado su madre con cariño y emoción al ver que se había enamorado por primera vez—, y encontrárselos así no ayudaba a que su imaginación le corroborase que la noche anterior ella la había pasado con él.

—Landon... —susurró Idalia, sintiendo todavía los brazos de Fabio

rodearla con posesión y cariño.

—Vaya, veo que no has perdido el tiempo. Mientras yo intentaba buscarte para hablar, te has decantado ya por Romeo —soltó con la voz afectada, ya que sus sentimientos no lo ayudaban a mantener aquella frialdad característica en él.

—¿Quieres que te deje a solas con él? —preguntó Fabio en voz baja.

—Uy, ahora habláis hasta en susurros. ¡Sí que va viento en popa vuestra relación! —exclamó con dolor.

Idalia lo miró con inquina mientras negaba con la cabeza en dirección a Fabio para que éste se quedara justo donde estaba, sin que se moviera un ápice de su lado.

—Eso es lo de menos, Landon. Dime por qué me conocías de antes —replicó, abordando aquel tema con dureza mientras sentía que Fabio entrelazaba su mano con la suya, dándole su apoyo, y aquello la reconfortó.

En cambio, esa inocente acción hizo que Landon odiase más y más al italiano a cada segundo que pasaba pegado a ella.

—¿Tengo que hablar delante de este hombre? —preguntó de malas maneras, observando lo cerca que se hallaba de Idalia y la poca intención que tenía de moverse. Parecía que disfrutara restregándole por la cara que él estaba allí, cerca de ella, mientras Landon se encontraba a demasiada distancia.

—Sí, Fabio me está ayudando a soportar todo esto —susurró todavía embriagada por los acontecimientos.

—¿No te fías de mí, Idalia? —soltó Landon con sonrisa ladina, intentando encontrar alguna razón plausible para que ella no quisiera hablar con él a solas.

—Si te soy sincera, ahora mismo no me fio ni de mi sombra... —bufó consternada por haberse dado cuenta de las mentiras que se había tragado de parte de su prima.

—Como quieras. Te contaré la verdad delante de tu Romeo, pues —dijo

dando un paso hacia ellos para poder mirarla a los ojos y que viera la sinceridad en su mirada—. Hace un año fui a Madrid para asistir a una feria sobre las nuevas tendencias en tatuajes. Una de las tardes, cuando finalizó el evento, tenía unas horas libres y decidí hacer un poco de turismo. Entonces, por casualidades de la vida o como quieras llamarlo, presencié el accidente... Estaba a pocos pasos de donde sucedió, pasó todo muy deprisa, tanto que me dejó noqueado unos segundos. Un coche negro de alta gama impactó contra tu pequeño utilitario blanco, dejándote malherida mientras se daba a la fuga. No vi la matrícula, fue imposible por la velocidad del vehículo. Lo único que pude hacer fue correr hasta ti con todas mis fuerzas, y cuando te vi... Joder, Idalia, todo se desvaneció —contó con seriedad—. Tenías los ojos cerrados y murmurabas incoherencias, tu cabeza reposaba sobre el airbag prácticamente desinflado y un hilo de sangre surcaba tu preciosa piel... Comencé a gritar las pocas palabras que sé en español para que alguien llamara a un médico, lo único que ansiaba era que te sacaran de ese coche y te llevaran a un hospital —dijo con la voz afectada por los recuerdos que lo habían perseguido durante todo ese tiempo—. No me separé de ti hasta que te vi dentro de la ambulancia y, antes de que se fueran los médicos que te asistieron en el momento, les pregunté a qué hospital te iban a llevar. Al día siguiente tenía que volver, coger el avión y dejar Madrid, pero no podía, quería saber cómo te encontrabas. Después de vagar durante muchas horas por el hospital donde estabas ingresada, te encontré. —Tragó saliva mientras cerraba los ojos, recordando aquel dulce pero amargo momento—. Te vi tan pálida, tan débil, tan joven... que sólo deseé que te recuperaras pronto y..., en un acto de egoísmo puro, te escribí esa nota para que supieras que había estado allí y que ansiaba que vivieras.

—¿Por qué no me lo contaste cuando me conociste? —preguntó sensible al recordar aquel fatídico día y percatarse de que Landon la había ayudado en un momento tan crítico como aquél y no como había supuesto inicialmente, culpándolo a él del accidente.

—Porque cuando te conocí no supuse que fueras aquella chica que dejé convaleciente en el hospital, y cuando lo averigüé aquel día que entré en vuestra casa porque acababas de tener una pesadilla, yo... ¡no supe cómo decírtelo! No quería que pensaras de mí cualquier cosa que pudiera afectar a nuestra amistad...

—Esto es una locura... —resopló Idalia sin dar crédito, asimilando aquella extraña coincidencia.

—Lo sé... Lo mismo pensé cuando me di cuenta de que tú eras *ella* —informó Landon todavía extrañado de aquella coincidencia que, según Alba, había sido culpa del destino, que lo llevó a encontrársela antes.

—Tu nota me ayudó tanto, Landon... —susurró ella con emoción, sintiendo cómo Fabio le acariciaba el hombro con cariño al observar que se le volvían a empañar los ojos a causa de las lágrimas—. Fue el desencadenante de que yo reaccionara y comenzara a valorar mi vida.

—Ya... —masculló sin poder evitar mirar cómo Fabio seguía acariciándola y sintiendo cómo crecía su furia, ansiando apartarlo de Idalia para poder ser él quien la abrazase y la reconfortase, y no ese hombre que había ocupado su lugar.

—Alba se ha marchado, Landon... —murmuró ella afectada por la revelación que acababa de descubrir.

—¿Cómo que se ha marchado? —preguntó él dando un paso hacia ellos, frenando las ansias de empujar a Fabio para que dejara de tocarla.

—Ha huido con Marco y no va a volver... —susurró alicaída—. Me ha dejado esta nota en la que me lo explica todo y... Me ha mentado, me ha utilizado, y no sé qué pensar... ¿Ella te ha hablado de algo de esto? —preguntó con la vana esperanza de que su prima se hubiese sincerado con su vecino.

—No... —dijo Landon negando con la cabeza—. Esta mañana la he visto llorosa, muy afectada, pero pensé que era por ti...

—¿Estaba llorando? —inquirió con un hilo de voz, compungida al saber

que su prima lo había pasado mal, sin ella percatarse de nada.

—Sí... Le pregunté qué le ocurría y sólo me dijo que te cuidara y que te diera tiempo para sopesar todo lo ocurrido. Nada más.

—Me ha defraudado tanto, Landon... Yo creía que conocía a mi prima, que sabía cómo era, pero me he dado cuenta de que sólo conocía una parte de ella, no todo... —susurró Idalia consternada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Landon observando su rostro compungido.

—No lo sé... Supongo que tendré que irme.

—¿Irte? —soltó él, sintiendo que su ser se paralizaba tan sólo de pensar en esa opción.

—Si quieres puedes quedarte conmigo todo el tiempo que te haga falta —añadió Fabio sin dejar de acariciarla.

—¡O conmigo! —exclamó Landon, intentando pelear hasta el último momento por ella.

Idalia los miró a ambos y sonrió lacónicamente. Desde fuera se percibía que no sabía qué hacer, que la partida de su prima la había sorprendido tanto que no tenía un plan B, que no tenía ni idea de cómo retomar su vida tras ese descubrimiento.

—Gracias a los dos por prestaros a acogerme en vuestras respectivas casas, pero ahora mismo necesito estar sola. Pensar en todo lo que me ha escrito mi prima, ver lo que hago con el bar y con su piso y, sobre todo, saber qué haré a partir de ahora... —susurró con una sonrisa, acariciando con cada mano a esos dos hombres que la habían hecho ver diferentes aspectos de sí misma, todos ellos novedosos y que la acercaban a la verdadera persona que era, esa que había olvidado por un amor tóxico y por ese temor absurdo de ser ella misma.

—¿Estás segura de que es eso lo que deseas? —preguntó Fabio mirando de reojo a Landon.

—Sí —susurró con determinación.

—Como quieras. Cualquier cosa, a la hora que sea, llámame y vendré

enseguida —terció él con aquella galantería que Landon odiaba.

—Gracias por todo, Fabio —dijo Idalia observando cómo éste se acercaba a ella para darle un beso en la mejilla que hizo que ella lo mirase extrañada. ¡Jamás le había dado un beso así, y mucho menos delante de nadie!

—Os acompaño a la puerta —anunció mientras salía del dormitorio para que ellos la siguieran.

Abrió y esperó a que salieran del apartamento. Los dos hombres se quedaron en el rellano sin que ninguno de ellos quisiera marcharse el primero, lo que hizo que Idalia no comprendiera a qué estaban esperando.

—Yo... —murmuró Landon mirando de reojo a Fabio.

—No hace falta que digas nada ... Creo que los dos sabemos que ya no podemos volver a estar como estábamos —susurró ella con pesar mientras se encogía de hombros con resignación—. Adiós, chicos —añadió, y cerró la puerta dejándolos a ellos fuera para poder volver a su dormitorio y releer aquella carta que le había descubierto a la verdadera Alba.

—¿Qué problema tienes? —preguntó Landon de malas maneras enfrentándose a Fabio, que lo miraba con seguridad—. ¿No te das cuenta de que podría marcharse a España y no la volveríamos a ver?

—Si es lo que ella decide, tendremos que apoyarla y aguantarnos...

—Y ¿ya está? ¿Nos conformamos y listo? ¡Me parece increíble que Romeo acepte sin más que su Julieta se marche! —soltó con sarcasmo.

—¿Yo soy Romeo? —inquirió tratando de encontrar alguna lógica a lo que éste le decía.

—Por supuesto. Has estado enamorándola desde que la conociste, agasajándola, mimándola, para que ella se quedara prendada de ti y llevártela a tu castillo —replicó Landon con dolor.

—Y ¿crees que me ha servido de algo todo eso? Parece mentira que hayas

tenido algo más con Idalia, me estás demostrando que no la conoces lo suficiente como para saber que a ella no le gustan esas cosas, que no le importa las veces que le abra la puerta del coche o la manera en que la trate. ¡Ella no quiere eso!

—¿Cómo que no? ¡Ha pasado la noche contigo y no conmigo! —acusó Landon, sintiendo cómo su ser se marchitaba al pensar lo que habría sucedido aquella pasada noche con ese hombre.

—¡Porque creía que tú habías provocado el accidente! —alegó Fabio señalándolo acusador.

—¡¡Pero ella no me dejó explicarme!! —bramó fuera de sus casillas.

—A lo mejor no quería oír que su suposición era real y prefería vivir con la duda.

—Pero ¿cómo puede pensar que yo podría haber hecho algo así? Yo...

—¿Tú, qué? —inquirió Fabio de malas maneras, enfrentándose a ese hombre que no dejaba de marear a Idalia.

—A ti te lo voy a decir —bufó con malestar, dirigiéndose a la puerta de su apartamento.

—Idalia se merece a alguien que la ame como es ella, que la trate bien, que la respete y que la haga feliz. Piensa eso —alegó Fabio con tranquilidad—. Ella ya sabe lo que es estar con un hombre que sólo piensa en sí mismo, ahora se merece un amor de los de verdad.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres?, ¿su puto guardián del amor? —masculló Landon, apretando los dientes y mirándolo con fiereza.

—Ante todo, soy su amigo, uno que ha estado a su lado mientras lloraba sin consuelo al creer que tú la habías utilizado, uno que ha estado cerca de ella cuando se ha enterado de que su querida e idealizada prima la ha estado engañando durante tanto tiempo, usándola a su antojo y dejándola casi sin blanca para llevárselo todo a un lugar perdido de la mano de Dios, para vivir con un ladrón que acaba de escapar de la cárcel y sin pensar ni un segundo en cómo reaccionaría su primita —informó sin achantarse, enfrentándose a ese

hombre que tenía por costumbre intimidar a cualquiera con sus hoscas modales.

—¡Yo jamás podría utilizarla! Ella es... —Cerró los ojos y no pudo terminar la frase.

—¿Qué es? ¡Dilo! Ten el coraje que has demostrado para seducir a una mujer como ella y confiesa qué es para ti Idalia.

—Si te soy sincero, hice un esfuerzo por no seducirla y por no llegar a este extremo con ella. Lo intenté con todas mis fuerzas, te lo aseguro, pero no podía arrancármela de la mente, no podía mirar hacia otro lado cuando sabía que conmigo podía lograr lo que tanto deseaba... Lo que no sabía era que, al arriesgarme a dar ese paso con ella, yo... —confesó frunciendo el ceño sin poder terminar la frase.

—No me lo puedo creer... —indicó Fabio observándolo detenidamente: aquella pelea en su interior, aquel dolor que afloraba en sus ojos azules, aquel rencor que destilaba cada palabra que pronunciaba...—. Tú la quieres.

Landon lo miró con fiereza y dio un paso hacia él, enfrentándose a su mirada curiosa y a esos modales estudiados.

—Querer es quedarse corto: yo la llevo impregnada en la piel —declaró mostrándole el tatuaje que se había hecho, donde había añadido un pequeño corazón negro del que surgía un haz de luz justo en el escudo de aquella ninfa del bosque.

Fabio lo observó con detenimiento y lo miró a los ojos atónito mientras negaba con la cabeza, asombrándose de que un hombre como él se hubiese enamorado de una mujer tan dulce como Idalia.

—Y ¿por qué le has estado mintiendo al decirle que vuestra relación era puramente sexual? —preguntó con curiosidad.

—No le mentí... Al principio fue así, pero poco a poco, sin darme cuenta... —susurró acariciándose aquel tatuaje que le recordaba a ella.

—Te enamoraste —terminó la frase Fabio por él.

—¡Hasta las trancas! Ella ha conseguido que mi oscuro corazón reviva con

su luz —bufó desanimado al no ver solución—. Pero ella no me quiere, y no sé qué hacer para enamorarla... Si yo fuera como tú, si supiese tratarla como un cautivador Romeo, tal vez...

—Son cosas que se pueden aprender, te lo aseguro —dijo Fabio con una sonrisa en la que escondía mucho más de lo que decía—. Lo que es realmente difícil es conseguir lo que has hecho tú, que ella te mirase atentamente como si no existiese otra persona más a su alrededor y esa forma de hablar de ti, casi venerándote, como si tú fueras el responsable de que ella comenzara a vivir...

—¿En serio? —preguntó extrañado de oír aquella confesión por parte de ese hombre, que aparentemente no podía ser más perfecto.

—Por supuesto —rio Fabio divertido, rompiendo de golpe aquella tensión que había provocado su discusión—. Aunque Idalia no deje de decir que soy sublime, te puedo asegurar que no lo soy en absoluto, ¡para nada!, si no, ahora mismo estaría ahí dentro con ella y no aquí contigo...

—Eso es verdad... —indicó Landon pensativo—. ¿Tú crees que ella siente algo por mí?

—Se lo pregunté y me lo negó, pero yo me decanto porque sí...

—¿En serio? —soltó Landon, pensando que todavía tenía una oportunidad para ganarse el amor de Idalia—. ¿Anoche vosotros...?

—Lo más sencillo para mí sería afirmar que pasó algo entre nosotros, para alejarte de ella, para tener yo la oportunidad de intentar conquistarla, porque a mí también me parece tan encantadora y genuina que no puedo quitármela de la mente; pero sé que, si lo hiciera, mentiría para intentar obtener algo que tú ya sientes y temo que ella también siente... —declaró con sinceridad, sabiendo que no era justo para Idalia que él sumara una mentira más a un saco repleto de éstas, por lo que prefirió ser sincero con ese hombre que parecía estar realmente enamorado de ella—. No, Landon, ella y yo jamás hemos tenido nada más que una bonita amistad.

—Al final vas a ser un buen tío y todo —dijo mucho más aliviado al saber que entre ellos dos no había ocurrido nada.

—Bueno, no te creas, a veces las apariencias engañan, si yo te contara...
—bufó mientras negaba con la cabeza.

—Dime, ¿podrías aconsejarme sobre romanticismo? —preguntó Landon, dispuesto a hacer lo que estuviera en su mano para conquistar el corazón de esa española que había vuelto a cruzarse en su vida.

—Eso está hecho.

Ambos sonrieron mirándose más amigablemente.

—Pero siempre y cuando comprendas que yo quiero estar con ella —le recordó Landon antes de estrechar la mano de ese hombre que había odiado con todo su ser, pero que le había demostrado con esa conversación que no era tan mal tío como había supuesto en un primer momento.

—Será ella quien lo decida, no yo, y mucho menos tú —reveló Fabio mirándolo con seriedad.

—Tienes razón, pero no descansaré hasta que Idalia se enamore locamente de mí, como yo lo estoy de ella —repuso mientras le estrechaba la mano.

A continuación, Landon abrió la puerta de su apartamento y le hizo un gesto para que entrara, sin mucho que perder por compartir diferentes puntos de vista sobre aquel sentimiento que era una novedad para él.

«¿Qué hago?», esa pregunta no cesaba de pasar por la mente de Idalia mientras leía de nuevo aquella carta que le había escrito su prima antes de marcharse, sin saber qué decisión tomar después de aquel descubrimiento que la había azotado. Sabía que lo más sencillo sería recoger sus cosas, finiquitar los alquileres y marcharse a Madrid, al cobijo de su familia, al confort de lo conocido, resguardándose de aquel barullo de emociones y sentimientos que le impedían ver con claridad. No obstante, aunque era la decisión más fácil de tomar, algo le impedía llevarla a cabo. Había viajado a Verona para encontrarse a sí misma, para dejar de huir, para retomar su vida, para dejar de sentir miedo por todo y comenzar a tomar decisiones. Ésa había sido la primera, el hecho de viajar hasta allí, porque ansiaba sentir que cada minuto podía merecer la pena...

Miró a su alrededor sintiendo el gran vacío que había dejado su prima. ¡La había engañado en su propia cara y ella ni siquiera se había percatado! ¿Tan sencillo era tomarle el pelo? Resopló abatida, pensando en qué estaría haciendo ella en esos momentos, seguramente reiría complacida, divirtiéndose al pensar en su cara de circunstancias al enterarse de la verdad, recordando el paripé que había hecho ante la estatua de Julieta, donde había pedido un amor para las dos, cuando ella ya estaba enamorada de Marco... Cerró los ojos al pensar en aquel día, el primero que pasó en Verona, justo antes de conocer a Landon y a Fabio, mucho antes de comenzar a temer que su prima no era como pensaba... Sus sentimientos y sus emociones eran un revoltijo de dudas que le impedían pensar con claridad, por eso, cogió las llaves y el bolso y se fue a

pasear. Ansiaba sentir el sol sobre su piel, la gente pasando por su lado. Y pensar que la vida podía ser sencilla si uno así lo deseaba... Como siempre decía Alba, las personas se complicaban innecesariamente, a veces era más fácil tomar una decisión y seguirla hasta el final, pasara lo que pasase... Sus pies la llevaron a la casa de Julieta, donde entró con una sonrisa de resignación, leyendo cada frase de sus muros, ansiando una señal, algo que le dijera qué hacer en un momento tan delicado como ése. ¿Y si escribía una nota y esperaba a que las secretarias de Julieta le dijeran qué hacer? No... Aunque era tentadora la idea, Idalia sabía que debía hacer frente a eso ella sola, aunque fuera casi una novata en tomar ese tipo de decisiones, pues siempre habían sido otros quienes le habían marcado el camino: su madre, Arturo, su jefe, su prima... Se acercó a la estatua de bronce con paso vacilante, la misma que tocaron a la vez Alba y ella, rodeada de turistas que hacían lo mismo... Estuvo a punto de gritar que nadie se acercara a Julieta, porque ésta era una bromista de mal gusto que había hecho que ella viviese un romance a medias, con dos hombres maravillosos, cada uno en su estilo, que le habían aportado cada uno algo tan valioso como efímero, haciendo que todo se complicase todavía más sin saber qué hacer tampoco en ese aspecto de su vida. Estuvo parada delante de la estatua mucho tiempo, demasiado, sin dejar de mirarla, ansiando que ésta le diese la solución perfecta a su problema, pensando qué habría hecho su prima en la misma situación y sonriendo al saber con seguridad que Alba se habría liado la manta a la cabeza y se habría dejado guiar por lo que le dictaba su corazón. Cuando vio que la gente comenzaba a alejarse, se acercó más a la estatua de Julieta y la miró con una media sonrisa llena de ironía y confusión.

—La que has liado, bonita —le recriminó—. Has hecho que conozca a dos hombres, uno que sé que sería el marido perfecto, que si le dijera «¡Vayámonos a la luna!», nos iríamos sin más, porque con él sé con seguridad que todo sería sencillo e ideal. Y otro que me hace sentir viva, me hace sentir la mujer que siempre he deseado ser, pero que no desea tener relaciones

formales, que sólo ansía tener una amiga con derecho a roce y poco más, con el que sé que no voy a tener un futuro, aunque al principio eso me daba igual, pero ahora no sé qué pensar... —dijo haciendo una mueca de disgusto, todavía hecha un lío en ese aspecto—. Y, para rematar tu fantástica ayuda, has hecho que mi prima se marche por amor, engañándome de paso y dejándome sin su punto de vista relajado y aventurero... —bufó todavía consternada por ese hecho—. Y ahora, además, tengo que decidir qué hago... ¿Me quedo o me marcho por donde he venido? —preguntó mirando a la estatua a la cara—. ¿Hago oídos sordos a mis sentimientos contradictorios, que en vez de aclararme me ponen en duda una y otra vez? ¿O intento que funcione mi relación de manual con Fabio? ¿O tal vez trato de seguir con mi relación libertina con Landon hasta que él se canse? ¿O, directamente, paso de los dos y me marcho a España?

Idalia siguió mirándola, ansiando que Julieta le dijera qué hacer, aunque sabía que era imposible dicha empresa para una estatua de bronce. De repente recordó las palabras de su prima al poco de conocer a Fabio con las que le hablaba del destino, de esa fuerza extrasensorial en la que Idalia no creía mucho, pero que comenzaba a ganar terrero en su interior, haciéndole pensar que tal vez pudiera existir. Porque, si no, ¿cómo explicar todo lo que había vivido allí? ¿Cómo interpretar que Landon la conociera de antes, que hubiera sido él el primero en auxiliarla en aquel accidente para después resultar que era el vecino de su prima? ¿Sería culpa del destino, de Julieta o todo era una burda casualidad? Pero si era obra del destino, ¿qué papel desempeñaba Fabio en todo eso? Idalia estuvo pensando y dio con la respuesta, lo que la hizo sonreír al darse cuenta de lo rápido que había sido hallarla. Siempre había sido una mujer exigente y, para ella, encontrar al hombre perfecto era crucial para volver a creer en el amor, por eso había conocido también a Fabio... Debía tenerlo delante para darse cuenta de que no valía de nada ser perfecto si no lo eras para esa persona en concreto. Landon era de todo menos perfecto: era malhablado, provocador, divertido, intimidante, contestón y en

absoluto romántico. Pero ella, aun conociendo todos sus defectos, había vivido una intensa historia sexual con él, dejando aparcado al hombre que reunía todos sus requisitos. ¿Por qué lo había hecho? El sexo sin compromiso era efímero..., pero ellos siempre acababan juntos una vez más, besándose, hablando, desnudándose, riendo, provocándose y sorteando miedos...

—¡Me he enamorado de Landon! —exclamó llevándose una mano a la boca para tapar aquella revelación—. Joder, Julieta, y ¿ahora qué hago? Él no quiere novias, no quiere saber nada del amor, y yo... Yo me he ido a fijar en el chico malo, cuando tenía a pocos centímetros al hombre de mis sueños... Anda, que te lo estarás pasando en grande conmigo, ¿eh, amiga? —le soltó a la estatua de bronce mientras hacía una mueca de disgusto—. No podrías haberme puesto las cosas más sencillitas, guapita, tenías que rizar el rizo haciendo que me enamore del hombre equivocado. Y ¿qué hago? —preguntó esperando la respuesta—. No me ayudas en absoluto, ¿eh? —resopló hastiada, intuyendo que desde fuera debía de parecer una loca hablando con la estatua, pero era una manera de volcar sus pensamientos, verbalizándolos, tratando de hallar con ello una solución que la hiciese sentir bien—. Y ¿cómo no me he dado cuenta antes? Los sentimientos estaban ahí, pero siempre les ponía freno para que no me molestasen, para que no entorpeciesen esa relación que creí puramente sexual, porque, así, pensaba que estaría a salvo... ¿Por qué no me avisaste, corazón, de que ya habías comenzado a latir por Landon, de que la venda que te puse te la habías quitado sin permiso y que amas con todas tus fuerzas al único hombre que te ha hecho sentirte más tú que nadie? —soltó cerrando los ojos, sabiendo ahora lo equivocada que había estado al creer que podía salir indemne de una relación así.

Cuando se cansó de esperar un acto divino que le despejase las dudas, salió de allí, sin poder resistirse a dibujar en el corredor que comunicaba con el patio un pequeño corazón en el que entrelazó dos iniciales, ansiando que Julieta comenzara a hacer las cosas bien y la ayudara en aquella empresa. Después, se marchó de allí y se dirigió a la plaza de Brà para almorzar en una

terraza sin dejar de pensar en aquel embrollo que tenía en mente mientras observaba aquella ciudad que había calado muy hondo en ella. Tras llenar su estómago, paseó tranquilamente por esas calles que la habían acogido con los brazos abiertos, pensando en la posibilidad de dejar todo aquello relegado a unos cuantos recuerdos y volver a su ciudad natal. Sin darse cuenta, llegó a la cafetería que se encontraba delante de la estatua de Dante, la misma que había visitado con Fabio, y se sentó a una mesa observándola, reflexionando sobre la vida del famoso poeta. Sabía, gracias a las conversaciones mantenidas con Fabio, que el famoso escritor se había enamorado de una bella dama llamada Beatriz, a la que dedicaba sonetos y prosa en los que plasmaba su gran amor hacia ella. Ésta, al enterarse, se sintió ofendida por sus palabras —ya que era la esposa de un rico banquero—, y le negó el saludo, aquel que Dante esperaba con tanto anhelo cada vez que se cruzaban. Fue un amor imposible, un amor idealizado y al final trágico, como el de Romeo y Julieta, e Idalia suspiró con congoja ansiando que a ella no le ocurriese algo parecido. Con lo difícil que era hallar el amor verdadero —ese que a ella la había hecho vibrar como nunca antes, que la había hecho sentirse viva, completa y como ella era en realidad— como para que todo se volviese en su contra y se quedase con el corazón roto y sin la posibilidad de poder seguir hacia delante con su amado...

Cuando hubo terminado el café se dirigió al apartamento, pensando en lo que le diría su prima si supiera que estaba enamorada de Landon. Seguramente se pondría como una loca al enterarse de que sentía algo por el vecino, le gritaría algo referente a cortarle la barba a Landon de alguna manera imposible, y luego se reirían al ver que los problemas juntos eran menos problemas.

«¿Por qué me ocultaste tantas cosas, Alba? ¡Éramos primas, éramos casi hermanas! Pero decidiste engañarme, negarme la posibilidad de ayudarte, de intentar comprenderte... De las dos siempre has sido la más visceral y enamoradiza. No me ha extrañado que huyeras con él, lo que me ha dolido es

que lo hicieras sin decirme nada, como si yo te hubiese obligado a que no lo hicieras, como si creyeses que me habría escandalizado por el hecho de que te enamoraras de un hombre que se dedica a robar... Y lo del dinero... ¡Te lo habría dado si me lo hubieses pedido! Pero optaste por quitármelo... Me costará perdonarte, Alba, aunque sé que con el tiempo lo haré. Eres mi familia y, en cierta manera, sin ti, no habría vivido todo esto... ¿Crees que también esto forma parte del destino? ¿Tenía que verme sola para darme cuenta de lo que sentía por Landon? ¿Por qué te has ido sin hablar conmigo, Alba?», pensó mientras entraba de nuevo en el edificio y se dirigía a su apartamento. Dejó las llaves sobre el aparador del recibidor y fue directamente a la ducha. Necesitaba relajarse y sentir sobre su cuerpo el agua para despejarse de toda aquella confusión.

En la ducha, comenzó a enjabonarse sin dejar de pensar en todo lo que había vivido allí, en las risas, en las confidencias, en las nuevas experiencias y en los labios de Landon recorriéndole todo el cuerpo. Sus dedos se deslizaron por el tatuaje que éste le había hecho y lo miró con una sonrisa, sintiéndose orgullosa de haberlo hecho en aquel momento, pensando en aquellas palabras: «*Sine metu*», y en el diente de león, y, con él, sus mayores sueños...

—Pide un deseo —dijo mientras se acariciaba el diente de león y cerraba los ojos, imaginándose que tuviera uno de verdad en la mano—, un deseo que quieras que se haga realidad. Ahora sopla con todas tus fuerzas y haz que salga volando todo ese miedo que anhelas que se desprenda de tu ser —añadió para después soplar un ficticio diente de león mientras se imaginaba cómo se esparcían los vilanos, llevándose consigo todo aquel temor que no la dejaba ir tras lo que de verdad quería—. Ahora, enfréntate a la vida, ¡tú eres capaz de todo! —exclamó abriendo los ojos mientras sentía una fuerza titánica—. ¡Sin miedo, Idalia! Lo quieres, ¿verdad? ¡Pues lucha por él, aunque duela, aunque la respuesta sea negativa, lucha! —indicó sin dejar de acariciar el tatuaje.

Salió de la ducha sintiendo aquella fortaleza que siempre resurgía en su

interior cuando se trataba de él. Se secó rápidamente y fue a vestirse. ¡No quería perder el tiempo! Después de ponerse un vestido de algodón y de dejarse la melena suelta para que se secara, salió casi corriendo del apartamento para llamar al timbre de Landon. Sin embargo, antes de hacerlo, la puerta se abrió, dejándola sorprendida al imaginar que el causante de aquella eventualidad debía de ser aquella fuerza extrasensorial que había sido capaz de avisar a Landon de su presencia. En cambio, para su desdicha, lo que vio la dejó pálida y muy seria.

—Uy —soltó Martina cerrando con cuidado tras de sí, sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Venías a verlo?

—Sí —susurró observándola detenidamente.

Martina sonreía complacida mientras se bajaba el borde de su cortísima falda.

—Espera unos minutos, ahora mismo lo he dejado exhausto, y es que las italianas somos muy fogosas. Lo sabías, ¿verdad? —soltó con malicia contoneando su cuerpo.

—¿Tú y él...? ¿Vosotros...? —titubeó al no querer verbalizar aquella opción que haría que todo cambiase.

—¡Claro, Idalia! Ya te dije que los hombres como él no cambiaban jamás —sentenció con seguridad mientras le mostraba una amplia y maravillosa sonrisa—. Ya se ha cansado de ti y me ha llamado para resarcirse conmigo...

—Claro... —susurró sintiendo cómo toda aquella fuerza que había sentido se desvanecía de golpe, nublándolo todo por culpa de aquella revelación. Landon no la quería, sólo había sido sexo, nada más...

—Hasta luego, Idalia —se despidió Martina sin dejar de moverse de esa manera provocadoramente innata que tenía, dejándola delante de la puerta de Landon, con aquellas palabras retumbándole en la cabeza.

«Aquí está la muestra de lo que le importo a Landon... ¡Eres tonta, Idalia! Él te lo dijo: sólo sería sexo sin complicaciones, sin amor, sin sentimientos, sólo sexo, y tú... ¡tú te has enamorado como una colegiala!», pensó sintiendo

cómo todo carecía de sentido y se hundía en las profundas aguas oscuras de la desesperación.

Entró en el apartamento de Alba para coger su bolso y el móvil y bajó la escalera casi a la carrera, ansiando respirar el aire fresco, sintiendo que aquello era una clara señal del destino para que se alejara de él, para que no le declarara su amor, porque éste no lo valoraría y simplemente lo desecharía con ese temple que poseía. Anduvo por las calles de Verona, pensando en Landon, imaginando cómo habría sido todo si él hubiese sido de otra manera, pero precisamente ella se había enamorado de él por ser así, tan fuerte, tan descarado, tan valiente, tan provocador, tan irresistible, tan distinto... El sonido de su teléfono móvil detuvo sus cavilaciones. Miró la pantalla y sonrió tímidamente.

—¿Dónde estás? —preguntó Fabio cuando Idalia descolgó la llamada.

—Paseando... —susurró pesarosa.

—¿Estás sola? —inquirió deseando que así fuera, ya que ansiaba ser sincero con ella antes de que se enterase por otra persona.

—Claro...

—¿Quieres que vaya a por ti y hablamos?

—Sí... —dijo deseando poder hablar de lo que le había ocurrido con alguien.

—Dime dónde estás y salgo ya.

Idalia se lo indicó y esperó pacientemente a que apareciera el caballero andante que era Fabio con su flamante vehículo para rescatarla... Al poco, el Mercedes se detuvo a su lado y, sin esperar a que él hiciese el amago de abrirle la puerta, entró en el coche y se sentó.

—¿Qué te pasa, Idalia? —preguntó observando la tez pálida de ella y su visible nerviosismo.

—He descubierto que estoy enamorada de Landon —confesó con un hilo de voz.

—¿Y...? —inquirió poniendo el coche en marcha, sabiendo que esa

confesión guardaba algo que la perturbaba.

—Landon se ha acostado con Martina... —bufó intentando que las lágrimas no delatasen el gran dolor que sentía en aquellos momentos.

—¿Lo sabes con seguridad? —preguntó apretando con fuerza el volante. ¡Él había confiado en las palabras de ese hombre!

—Acabo de ver cómo ella salía de casa de Landon y me lo ha dicho... —susurró consternada.

—¿Has hablado con él?

—¿Para qué? —resopló abatida, sabiendo que no merecía la pena oír la confirmación de algo que ya había dicho Martina—. Llévame lejos, Fabio. Necesito estar lejos de él, de los dos, si los veo juntos, yo...

Él la observó: su tristeza, su dolor, la hacían vulnerable. Asintió con la cabeza accediendo a su petición, ya que se lo debía, pensando que Idalia no merecía estar con un hombre como Landon, dispuesto a mentirle a cualquiera para llevarse la exclusiva de tener a varias mujeres babeando tras él. ¡Incluso Fabio lo había creído cuando le había dicho que estaba enamorado de ella! Esa pobre muchacha estaba condenada a vivir entre mentiras, y él no estaba libre de pecado, esperaba que ella lo perdonase cuando le confesara la verdad...

El trayecto duró dos horas, en las cuales no hablaron porque cada uno estaba absorto en sus propios pensamientos, repasando mentalmente todo lo que habían vivido durante esos días, todo lo que habían sentido y lo que habían descubierto. Llegaron a pensar incluso que había pasado más tiempo del que realmente era, debido a la intensidad de los acontecimientos y de todos los sentimientos experimentados. Al fin, Fabio detuvo el Mercedes y la miró a los ojos.

—Sé que deseabas venir aquí desde hace tiempo —dijo rompiendo aquel silencio mientras señalaba a su alrededor con seriedad, ya que le habría gustado haberla llevado allí sabiendo que tenía alguna oportunidad con ella, y

no para intentar animarla al descubrir que la persona que amaba la había engañado...

—¿Dónde estamos?

—En Venecia —dijo haciendo que ella sonriese por primera vez en ese día.

Salieron del coche y anduvieron por aquella ciudad, entrando en las emblemáticas calles repletas de multitud de puentes, cada uno de un estilo, distintos, pero todos ellos mágicos.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Idalia pasando por el gran puente de Rialto y observando a los cientos de turistas que se quedaban embobados como ella por la belleza singular de aquella ciudad—. Gracias por traerme aquí, Fabio —dijo con una amplia sonrisa, mucho más animada al verse lejos de la influencia de Landon y de sus problemas.

Él la miró mientras pensaba lo maravilloso que habría sido todo si se hubiesen conocido en otras circunstancias, teniendo una oportunidad real de enamorarla y demostrándole cómo era él realmente... Tragó saliva mientras proseguían el camino, observando cómo el sol comenzaba a descender lentamente en el horizonte, creando una postal idílica y romántica, y sabiendo, en lo más profundo de su ser, que él no tenía derecho a estar con Idalia en aquella ciudad que ella siempre había deseado visitar, sino que en su lugar debería estar Landon...

—¿Te gustan los tatuajes? —preguntó al darse cuenta de que ella se había detenido delante de un local donde los hacían.

—Sí... —susurró Idalia con una sonrisa—. Tengo uno.

—Nunca lo he visto —repuso con curiosidad.

—Está en un lugar íntimo —informó ella.

—¿Te lo hizo él? —preguntó.

—Sí... —murmuró tímidamente.

Y de repente Fabio se acordó de aquel tatuaje en el antebrazo de Landon, en el que se podía ver a Idalia, su sonrisa, su mirada, convertida en una ninfa del bosque luchadora. Sonrió observándola detenidamente. ¿Qué estaban

haciendo esos dos? ¿No se habían dado cuenta de que estaban enamorados el uno del otro?

—Tengo que hacer una llamada... —indicó alejándose un poco de ella.

Idalia asintió y siguió observando los tatuajes que se mostraban en el escaparate, sin pensar siquiera en la razón por la que Fabio se apartaba de ella para hablar por teléfono, simplemente quedándose allí mientras contemplaba un diseño que le había llamado la atención: un corazón negro de cuyo interior brotaba un haz de luz...

Esa ciudad era especial, Idalia lo sabía, y lo sintió en cada rincón descubierto. Se encontraban en la plaza de San Marco, tan amplia, tan preciosa, que se quedó enamorada con cada detalle, con cada adoquín dispuesto en la calzada, con aquella agua que bañaba su anclaje, con cada paloma que sobrevolaba el cielo anaranjado.

—Vamos —apremió Fabio de repente.

—¿Adónde? —preguntó ella siguiéndolo por la ciudad parcialmente sumergida.

—A montar en góndola, por supuesto —contestó con una amplia sonrisa.

—Siempre he soñado con cruzar el canal en góndola —repuso ella con emoción.

—Pero, antes de subir, quiero ser sincero contigo, ¡al fin! —dijo Fabio caminando a su lado.

—¿Sincero? —inquirió a la defensiva.

—Hice que tu prima me prometiera que no te contaría la verdad porque yo... Bueno, comenzaste a gustarme en serio y quería intentar tener algo real contigo, aunque ya sé que es imposible —comentó con seriedad.

—Joder, Fabio, me estás asustando.

—Eres tan buena, Idalia, creo que fue eso lo que me gustó realmente de ti e hizo que todo cambiase... —susurró con ternura—. Tu prima preparó nuestro, en principio, encuentro casual. Yo la conocía de antes, íbamos al mismo gimnasio y sabía que para ganarme un dinerillo extra ofrecía mi compañía —

explicó temiendo la reacción de Idalia al saber a lo que se dedicaba en sus ratos libres.

—Ay, madre mía... —bufó ella cerrando los ojos ante esa confesión que la había cogido por sorpresa.

—Ella me contrató para que te mantuviera ocupada. Por lo que me has contado, supongo que necesitaba tiempo libre para elaborar la huida con su novio y no quería tenerte en medio por si te enterabas de sus planes antes de tiempo y desbaratabas todo su plan... Sus premisas eran claras al contratarme: tenía que llevarte a conocer Verona, tenerte entretenida, dejarte con la miel en los labios pero sin contacto carnal de ningún tipo, nada que subiera mis honorarios, para que vivieras un tierno romance casi adolescente en la ciudad del amor.

—¿Eres un gigoló? —preguntó con un hilo de voz al darle nombre a lo que él hacía.

—A mí me gusta más llamarlo «chico de compañía» —dijo con una sonrisa divertida—. Las mujeres sois más románticas que nosotros y preferís una cena a la luz de la luna con una interesante conversación que veinte minutos de sexo... Aunque también las hay que buscan precisamente sólo eso, pero son las menos.

—Entonces ¿no eres profesor? —preguntó anonadada por ese descubrimiento. ¿Habría algo de verdad en todo lo que había vivido en Verona o todo había sido una falacia?

—Soy profesor, como te dije, pero estaba sin trabajo desde hacía tiempo. Por eso me vi obligado, en cierta medida, a decantarme por ofrecer este servicio, que me ayudaba a mantener mi nivel de vida y a vivir cómodamente, además de poder estar con bellas damas y no desesperarme en mi casa por ver cómo mi cuenta bancaria se quedaba vacía. Ganábamos todos: ellas, por estar con un hombre como yo, que les daba todo lo que necesitaban, amor, compañía, una persona que las escuchara o una noche de sexo, y yo, por tener una distracción y un dinerillo en mi cuenta. Aunque sigo luchando por obtener

una plaza en la universidad para desempeñar mi trabajo, que es lo que más anhelo en el mundo.

—Y ¿dejarás de ser gigoló?

—Seguramente, aunque no es tan malo como parece, te lo aseguro. He conocido a grandes mujeres, todas ellas increíblemente inteligentes y bellas, que me han tratado mejor que algunos ligues que he tenido en el pasado.

—Así pues, todo lo que me has contado sobre tu vida...

—Todo es mentira, a excepción de cuando te hablé de mis ex. Eso es verdad.

—Entonces... —susurró pensativa—. ¿Por qué querías llevarme a Roma a conocer a tu hermana?

—Alba me pidió que te alejara esos días de Verona: ella necesitaba salir sin que tú lo supieras, y se me ocurrió llevarte a Roma. Por ese entonces, ya comenzabas a gustarme un poco y pensé en que sería buena idea que mi hermana te conociera, para que me diera su punto de vista objetivo y tremendamente sincero. Soy un romántico, Idalia, me enamoro rápidamente pero no soy tan caballeroso ni tan empalagoso como te he demostrado todos estos días. Si por mí hubiese sido, te habría besado y habríamos llegado a más, mucho más, pero quería que acabase mi contrato con tu prima, no deseaba que una cosa solapara la otra, quería que lo nuestro comenzara justo cuando acabara mi compromiso con Alba, para que fuera real y no un mero trámite. Pero llegué tarde, Landon se me adelantó...

—Jo... der —bufó dándose cuenta de que todo era una mentira detrás de otra—. Entonces, si no tenías dinero, ¿por qué no me dejabas pagar nunca?

—Eso también entraba dentro de mis honorarios, piensa que todo lo pagó tu prima para complacerte y yo disfruté tantísimo que casi no me lo podía ni creer: me pagaban por disfrutar de tu compañía, ¿qué más podía pedir?

—Dime que a Landon también le ha pagado mi prima para que me entretuviese y me tiro al canal sin góndola ni nada —añadió Idalia con

seriedad, tan asombrada por aquellas revelaciones que no sabía qué hacer ni qué pensar al respecto.

—No, no —rio divertido—. Todo lo que has vivido con Landon es verídico, te lo aseguro —dijo con cariño—. Idalia, quiero que comprendas, que sepas que me he sincerado contigo porque quiero hacer bien las cosas. Te aseguro que en un principio te lo iba a ocultar, por lo que te he comentado antes de que quería tener algo más contigo... Y aunque desee que conozcas al verdadero Fabio, no al que contrató tu prima, sino al que se esconde tras esa fachada de *gentleman* que sólo te daba besos en la mano, sé también que no sería justo para ti seguir viviendo otra mentira. No te lo mereces y quiero ser justo contigo.

—Te lo agradezco, Fabio —susurró, asimilando todavía aquella nueva e inesperada situación—. La verdad es que no comprendo en qué debía de estar pensando Alba para montar toda esta historia surrealista... Todo por no decirme claramente que no quería que viajase a Italia... Sé que me comentó que estaba ocupada y tal vez debería haber imaginado que era una excusa para que no viniera a verla, pero sólo pensé en mí, en lo que necesitaba en aquellos momentos, y no en ella...

—Tu prima te quería, eso te lo aseguro, por eso permitió que vinieras. Me comentó que lo estabas pasando mal por el accidente y tu reciente separación, y por eso necesitaba que te sintieras como una princesa, que fueses feliz en esos días en los que ella no podría estar pendiente de ti...

—Puf... —resopló Idalia cansada de tanta farsa.

—Ahora quiero que montes en una góndola y que disfrutes de Venecia. Somos amigos, en eso no te he engañado, y espero que sigamos siéndolo por mucho tiempo. Sin más mentiras, sin más engaños, para descubrirte quién es el verdadero Fabio. ¿Me permitirás que te lo presente? Es un poco granuja, ¿sabes? Pero en el fondo es buen chaval.

—Claro. Siempre me he sentido bien a tu lado, Fabio. Pero, como bien has dicho, sin más invenciones, sin más artificios, creo que ya voy bien servida

para el resto de mi vida —dijo ella con una sonrisa. No podía sentir rencor por ese hombre que había tenido el coraje de sincerarse con ella—. Aunque sepa que fue porque Alba te pagaba —añadió, haciéndolo reír.

—Venga, ya estamos cerca de las góndolas. Ya verás qué bonita se ve Venecia subida en una de ellas.

Idalia asintió con la cabeza, aturdida por los nuevos acontecimientos. Aún le costaba pensar que todo aquello había sido urdido por su prima, la cual prefirió montar toda esa artimaña para fugarse con su novio a sincerarse con ella. ¿Tan retrógrada parecía a ojos de los demás? ¿Tanto miedo le daba a su prima contarle la verdad? Ella no habría puesto objeciones a que Alba lo hubiese dejado todo por amor, la conocía lo suficiente como para saber que no abandonaría jamás ese pensamiento hasta hacerlo realidad. Así era Alba, una romántica, una loca enamorada que había tejido una mentira tras otra sin dejar de mostrarle a Idalia esa sonrisa que era su sello personal. Tuvo que refrenar sus pensamientos cuando observó que Fabio se había detenido en un punto donde se concentraban los gondoleros y comenzaba a regatear el precio del viaje, haciendo que ella riese al oír la queja de éste al decir que era italiano y no podía cobrarle tanto dinero por un paseo. Al fin, después de hablar incluso en voz baja, pactaron el trayecto.

—Sube —dijo Fabio ayudándola a que montara en la pequeña barca oscilante.

Idalia se acomodó en un confortable asiento tapizado en terciopelo y lo miró esperando a que subiera, pero, en su lugar, apareció Landon de la nada y se sentó a su lado, dejándola con la boca abierta, sin entender qué hacía él allí.

—Pero... —balbuceó confundida mirando a uno y a otro.

—Idalia, escúchalo y no tengas miedo de nada —dijo Fabio mientras le guiñaba un ojo y apremiaba al gondolero a que saliera del muelle con una sonrisa cómplice.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Idalia apartándose un poco de su lado.

—Él me ha avisado de dónde estabas y me ha dicho por qué habías vuelto a huir de mí —susurró Landon con la voz cansada y muy áspera.

—¿Qué querías? ¿Que me quedara para ver cómo te acostabas con Martina? —soltó con rencor, observando la maravillosa lentitud de la góndola al cruzar el canal.

—Martina te ha mentado, Idalia —susurró él negando con la cabeza, abatido por la obsesión de la italiana con él—. Jamás me he acostado con ella... Martina ha ido a hacernos daño, una vez más, para intentar acabar con lo nuestro... ¿Por qué no has entrado a preguntármelo directamente? ¿Crees que podría haber hecho algo así cuando yo...? —preguntó cerrando los ojos para después clavarlos con decisión en ella.

—¿No te has acostado con ella? —susurró Idalia casi con un hilo de voz mientras contemplaba sus maravillosos ojos azules, que la miraban sinceros.

—Jamás le he tocado un pelo a esa mujer, Idalia —declaró sin dejar de mirarla fijamente—. Ella ha venido a mi casa para hablar de Alba, porque llevaba toda la mañana intentando hablar con ella y ésta no le cogía el teléfono, nada más... Pero, antes de nada, quiero comentarte una cosa que llevo días queriendo decirte, algo que de haber sabido antes te habría ayudado a no dar veracidad a la gran patraña que te ha contado Martina.

—Claro... —murmuró sin dejar de mirarlo, ignorando el paisaje por el que pasaban con la góndola y centrándose en las palabras de Landon. Parecía tan sincero y tan agotado por demostrar su verdad...

—Esto es muy difícil para mí, Idalia. ¡Nunca lo he hecho antes! Pero me he dado cuenta de que no quiero que estés con nadie más que no sea yo —confesó mirándola a los ojos y observando su reacción—. Me moría al imaginar que estabas con Fabio, que podía verte sonreír, que podía acariciarte la mano, que podía besarte... No te imaginas lo que he llegado a pensar cuando te he visto entre sus brazos y he creído que me moría al suponer que lo habías elegido a él. Aunque, si te soy sincero, sé que con él serías feliz, en cambio, conmigo... ¡Yo no sé si sabré hacerlo! —exclamó visiblemente angustiado.

—Landon... —susurró asombrada por aquella confesión, que la había cogido por sorpresa.

—Idalia, jamás he sentido esto y no sé qué nombre darle —añadió cerrando los ojos y los puños—. He intentado luchar contra ello, pensando que me había encaprichado de ti y que sólo me curaría si te besaba; cuando conseguí ese beso, quería más, más de ti, y yo... sin saber por qué accedí a seducirte, a volverte loca, porque ansiaba tu cuerpo, quería poseerte como jamás he deseado hacerlo, creyendo que, así, esto que sentía se disiparía. ¡Pero no! —exclamó con una sonrisa ladina—. No me cansaba de ti y sólo ansiaba estar más contigo, y no sólo para desnudarte, sino para compartir mi tiempo contigo, poder verte hablar, poder afrontar nuestros miedos juntos, poder ver tu sonrisa franca y tus gestos desmedidos cuando algo te emociona. Pero cuando sabía que estabas con él... ¡Joder! Me cabreaba, me enfurecía por no ser yo quien pudiera estar a tu lado, me enojaba si sabía que estabas con él, y lo peor era que me frustraba al sentirme así porque no lo entendía. Por eso me alejaba, me marchaba de tu lado intentando dar un significado a lo que me ocurría. Lo único que sé es que quiero pasar todos los días a tu lado, poder ser yo quien te descubra este mundo maravilloso lleno de posibilidades para disfrutar juntos, poder ser yo quien te haga reír a carcajadas, que te haga sentir viva, que te haga gemir, que te haga sentir dichosa, que te enamore... —murmuró mirándola fijamente mientras se acercaba a ella.

—Pero... —susurró Idalia aturdida por su confesión. ¡Ella pensaba que él no iba a querer saber nada de amor y ahora estaba escuchando una declaración en toda regla!

—Sé que te dije que lo nuestro sería puramente sexual, que los sentimientos no tendrían cabida, pero ahora sé que nunca fue sólo sexo. Lo nuestro era casi una necesidad, cuando nos besábamos, cuando nos tocábamos, era como si todo lo de alrededor dejara de importar... Como si estuviésemos predestinados a estar juntos, ahora lo sé. Cuando te vi en aquel coche, la necesidad que tuve de ir a verte al hospital, el acto de escribirte esa palabra

en un papel, todo me estaba guiando a ti, a que me diese cuenta de que tú eras la única mujer capaz de hacer que mi corazón latiese, la única que me ha hecho sentir ese amor que tantas veces he oído que existía pero jamás he experimentado. Idalia, cuando supe que tú eras esa chica que deseé que se recuperara en el hospital, sin darme cuenta comencé a amarte... —dijo entrelazando su mano con la de ella—. ¿Lo notas? —preguntó señalando su agarre.

Idalia asintió, notando aquella electricidad que siempre sentía cuando él la tocaba, cuando la besaba. Todo su ser se revolucionaba, todo a su alrededor se emborronaba y sólo podía mirarlo a él, sólo a Landon, porque siempre había sido él.

—Quiero estar contigo, Idalia. Tú y yo, nadie más —dijo apoyando su frente en la de ella.

—¿Como tu novia? —preguntó esperando una respuesta negativa por su parte.

—Me da igual qué nombre darle, sólo quiero saber que tú eres mía y yo tuyo —dijo con una sonrisa separándose un poco de ella, lo justo para ver su mirada sorprendida.

—Pero tú no has tenido relaciones formales...

—Lo sé —comentó mostrando esa sonrisa canalla que tanto adoraba—. Tú serás la primera. Tú serás mi primera novia, mi primera mujer, mi primer amor... ¿Qué me dices, Idalia?

Ella sonrió, sintiendo cómo todo su ser comenzaba a florecer como un campo en primavera, percibiendo los colores, los olores de una manera única, tan intensamente que cegaba, dejando atrás aquella confusión por descubrir tantas mentiras, unas detrás de otras, teniendo delante su verdad, la única que había vivido de manera sincera, sin artificios, haciendo que comenzase a valorarse, a crecer como persona, a ser más Idalia que antes. Lo miró, se notaba que estaba nervioso por la reacción de ella, temeroso por lo que ella pudiera contestarle, abatido por aquella mentira dicha por Martina y que había

estado a punto de destruir el principio de algo maravilloso. ¡Si él supiera que ella había ido a su apartamento a hacer lo mismo que él estaba haciendo en esos momentos, comenzarían a reírse por las casualidades que envolvían su atípica historia!

—Sé que me vas a decir que tienes miedo de arriesgarte a tener algo conmigo, ¡con un hombre que jamás ha tenido novia! Y, si te soy sincero, yo también estoy muerto de miedo —soltó Landon con una sonrisa, imaginándose equivocadamente lo que ésta pensaba.

—¿Tienes miedo? —preguntó extrañada al confesarle tal cosa que parecía no tener cabida en un hombre tan seguro de sí mismo.

—Claro —dijo él mientras negaba con la cabeza y le acariciaba la mano, que no había soltado en ningún momento, como si ansiara comprobar que ella estaba a su lado—. Todos tenemos miedos, Idalia. El mío es no saber si estaré a tu altura, no saber cómo enamorarte, no tener ni idea de cómo hacerte feliz... —susurró con sinceridad—. Pero más miedo me da que te enamores de otro que no sea yo, por eso haré todo lo posible por destruir esos miedos y enamorarte.

Ella lo miró asombrada, observando sus ojos azules, que la miraban fijamente, sintiendo cómo su pecho se expandía hacia él y sus labios se estiraban para formar una sonrisa de dicha.

—Eso va a ser imposible, Landon —repuso sin dejar de sonreír.

—¿Enamorarte de mí? —preguntó visiblemente preocupado.

—No —susurró riendo complacida—. Es imposible que me enamore de otro porque estoy loca por ti —confesó observando el gesto de sorpresa de éste.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Sin tener que dar muestras de romanticismo ni nada parecido?

—¿Muestras de qué? —preguntó divertida sin entender nada.

—Esta mañana he estado hablando con Fabio y ya tenía preparado cómo te

iba a confesar mi amor. Iba a llenar mi casa de velas, poner música romántica, preparar una cena especial, para después decirte que te quería —informó haciendo que ella comenzara a reírse a carcajadas.

—Landon, no quiero que te transformes en la versión que Fabio ha demostrado durante estos días —declaró con ternura—. No quiero que cambies, quiero que sigas siendo igual de canalla, de provocador, de divertido y de loco que siempre, porque así, como eres, es como te quiero.

Él sonrió ampliamente mientras se acercaba a ella y la cogía de la nuca.

—Y yo temiendo que te enamoraras de él...

—Siempre has sido tú, Landon, incluso antes de que empezara todo, tú eras el único que tenía cabida en mis sueños, el único con el que mi cuerpo reaccionaba cuando me tocaba, el único que me ha hecho comprender que hay que ser uno mismo para enamorarse de verdad —confesó colocando los brazos alrededor de su cuello.

—Joder, Idalia, ¡te amo! —declaró poseyendo con pasión sus labios, demostrándole con ese beso todo el amor que sentía por ella, sintiendo cómo se disipaba aquel sufrimiento al saber que ella pensaba que se había acostado con Martina. ¡Menos mal que Fabio lo había llamado!, de lo contrario, él jamás habría sospechado que ella se había marchado de su lado creyendo que él era capaz de semejante acción.

—¡Viva el amor! —exclamó el gondolero pasando justo por debajo del puente de los Suspiros.

Idalia sonrió mientras sentía que su cuerpo estaba en paz con su mente, ya que ambos, mente y cuerpo, estaban de acuerdo en seguir aquel impulso loco de enamorarse de alguien tan imperfecto como ella misma.

—¿Sabes lo que significa que nos hayamos besado debajo de este puente justo en este momento? —preguntó Landon entre beso y beso, sintiendo los últimos rayos de sol de aquel atardecer y oyendo a lo lejos el repiqueteo de las campanas de San Marco.

—Sí —susurró Idalia, sintiendo que no podía ser más dichosa que en ese

momento—. Seremos bendecidos con el amor eterno —indicó recordando la famosa leyenda.

—Me encanta cómo suena —musitó Landon colocando un brazo detrás de ella para que se acomodara mientras el gondolero los paseaba por los canales de esa mágica ciudad, sin dejar de besar los labios de ella.

—¿El qué? —preguntó divertida, entre beso y beso.

—El amor eterno... —bufó cogiéndole la mano y alzándola al cielo anaranjado—. Tenemos tantas cosas que vivir juntos, tanto por lo que amarnos, tanto por descubrir... que me encanta la idea de que lo nuestro sea eterno.

Idalia sonrió mientras se giraba para darle un beso, sellando cada palabra pronunciada en una promesa, sintiendo que había vivido una maravillosa historia de amor en una ciudad donde ese sentimiento se respiraba en cada rincón y que había puesto el broche de oro en Venecia, un lugar que siempre había soñado con visitar.

Epílogo

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Idalia observando cómo Landon comenzaba a buscar en el interior del armario.

—¿No te acuerdas? —preguntó él con esa sonrisa que tanto le gustaba—. Hoy Fabio tiene esa charla tan importante.

—¡Ay, es verdad! —exclamó desprendiéndose rápidamente del vestido para quedarse en ropa interior, sintiendo la mirada hambrienta de Landon recorrerle el cuerpo—. Se me olvidó decirles a Martina y a Tiziano que hoy no podía abrir yo el bar...

—No te preocupes por eso, que ya he hablado yo con ellos. Te aseguro que Martina sigue suave como la seda después de tu conversación con ella.

—Claro, no podía dejar las cosas así. Martina tenía que saber que hizo mal al contarme esa mentira y que ahora iba a ser yo la jefa, por tanto, si quería marcharse, que no lo dudase, pero que jamás volviera a hacer nada parecido —expuso con rotundidad.

Landon la miró con orgullo al recordar cómo había demostrado el carácter fuerte que tenía escondido, y supo que Martina había tenido que agachar la cabeza para no quedarse sin trabajo.

—Venga, nena, coopera, que, si no, no llegamos, ya sabes cómo es Fabio para estas cosas... —añadió quitándose la camiseta que llevaba y dejándole ver su magnífico torso tatuado, donde había añadido un tatuaje más, el preferido de Idalia, donde se podía ver el mismo corazón que ella había dibujado en los muros de la casa de Julieta con sus iniciales entrelazadas.

—¿Has hablado hoy con Fabio? —preguntó sin dejar de observar el gesto

de resignación absoluta que Landon tenía en esos momentos al observar su tranquilidad al vestirse.

—No, pero sé que está muy nervioso. Es su primer acto como profesor y temo que, como no nos vea en primera fila, le dé un ataque al corazón.

—Pobre, con lo que ha luchado para obtener esa plaza.

—Mucho no ha luchado, Idalia —dijo él picarón—. Al final le vino bien ser chico de compañía, como decía él, para obtener la ayuda necesaria para entrar en esa facultad.

—Sí que es verdad —susurró con una sonrisa al recordar que éste les contó que la rectora de la universidad había sido su clienta y que lo había ayudado a obtener una plaza—. Lo que no entiendo es qué hace aún solo... Es tan bueno y guapo que debería tener lista de espera y todo —dijo haciendo un mohín divertido.

—¿Es más guapo que yo? —preguntó dejando de buscar la ropa en el armario para acercarse a ella de esa manera tan ruda que tanto excitaba a Idalia.

—No sabría qué decirte —susurró en broma para provocarlo un poco. ¡Le estaba cogiendo el gusto a hacerlo!—. Los dos sois muy guapos a vuestra manera. Él, casi como un adonis, y tú...

—¿Yo, cómo? —soltó cogiéndola entre sus brazos y estrechándola con fuerza contra su fuerte cuerpo.

—Tú, como un salvaje pirata —susurró besándolo en los labios—. Uno que me tienta y me vuelve loca todos los días.

—Joder, Idalia, no me hagas esto —murmuró sintiendo la mano de ella desabrocharle el pantalón vaquero—. Al final no llegaremos a tiempo —masculló entre beso y beso.

—Hoy hace un año que vine aquí —informó sin dejar ni por un segundo de desnudarlo.

—Joder, ¡lo sé! Mañana hará un año desde que te vi en sujetador en la cocina de tu prima, intentando defenderte con una fuente de cristal, con esa

mirada decidida que hacía presagiar cómo eras en realidad —dijo rendido a aquel sugerente plan B.

—¿Quién me habría dicho a mí que encontraría el amor de esta manera? —inquirió bajándose las braguitas con un movimiento tan sensual como hipnótico mientras él la miraba boquiabierto. ¡La había convertido en un monstruo sensual y provocativo!

—Y ¿quién me habría dicho a mí que me enamoraría de la chica que dejé en el hospital? —susurró cogiéndola en brazos para que lo rodease con sus piernas.

—¿Te he dicho alguna vez que lo mejor que he hecho en mi vida es empezar a tomar la píldora? —gimió al sentir cómo Landon se deslizaba en su interior.

—Lo mejor que has hecho en tu vida es viajar a Verona —murmuró embistiéndola despacio, lentamente, sintiendo cómo ella se cogía con fuerza de sus hombros.

—Hummm... ¡Sí! —exclamó extasiada.

Landon se movió cada vez más rápido, observando cómo Idalia gemía sin cesar, volviéndola loca y sintiendo que ese año vivido con ella era sin duda lo mejor que había experimentado en su vida. Había descubierto lo maravilloso que era compartir el día a día con una mujer como ella, descubrir nuevos lugares, provocarse con cualquier excusa, disfrutar de los pequeños placeres de la vida y superar muchos miedos juntos, entre ellos, ir a conocer a los padres de Idalia a Madrid y que ella conociera a su madre y a su tía, todos superados con éxito, haciéndolos sentir más cerca si cabía el uno del otro, como si, al superarlos, aquel amor que había comenzado como un juego seductor se cimentara con fuerza en sus corazones.

—No me cansaría de esto —jadeó Idalia al borde del orgasmo.

—No te canses nunca, nena. Nos queda tanto por vivir, tanto por gozar —murmuró sin dejar de embestirla cada vez con más fuerza y más profundidad.

La miró y supo que no podía ser más feliz de lo que lo era en ese instante, sabiendo que, aunque su relación no había sido un camino de rosas, cada

bache solventado, cada problema arreglado, habían hecho que la conociera todavía más y, aunque pareciera incomprensible para un hombre como él, ese hecho lo hacía enamorarse aún más de ella.

—Oh, sí, Landon —susurró alcanzando el clímax.

Él la besó con devoción sin dejar de moverse, tragándose sus gemidos y absorbiendo su placer. Al poco, alcanzó también el orgasmo cerrando los ojos y sintiendo cómo ella le repartía multitud de besos por el rostro, sintiéndose el hombre más dichoso sobre la faz de la Tierra por tener entre sus brazos a esa mujer que adoraba.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó Landon con una fantástica sonrisa.

—Ahora sí —respondió Idalia de buen humor, bajándose, con ayuda de él, de sus fuertes brazos—. Uy, llaman al timbre... —dijo al oírlo.

Cogió rápidamente un vestido de algodón y, mientras se lo terminaba de poner, se encaminó a la puerta con presura.

—Perdona que te moleste, Idalia, pero han dejado esta carta en nuestro buzón y va a tu nombre —dijo la mujer que ahora vivía en el piso que había sido de Alba.

Desde que habían vuelto de Venecia, ambos habían compartido el piso de Landon, dejando libre el que había sido de su prima.

—Muchas gracias, Bibiana —repuso cogiendo la carta para después observar cómo su vecina volvía al que había sido su apartamento.

—¿De quién es? —preguntó Landon saliendo del dormitorio mientras observaba que ella le daba vuelta a la carta.

—No lo sé... —susurró abriendo el sobre, en el que no constaba el remitente.

Sacó de su interior una especie de postal, con una foto con un paisaje paradisíaco de fina arena blanca y un mar turquesa que resaltaba con fuerza. Justo en el centro de la imagen se podía ver a una mujer de espaldas con el cabello rosa cayéndole por la espalda como una cascada desordenada mientras acariciaba a un bebé tumbado en una toalla fucsia.

—¡Es Alba! —exclamó Idalia al reconocerla.

Landon se aproximó a ella y observó la foto que había sido hecha con tan buen gusto. Con las manos temblorosas, Idalia le dio la vuelta y leyó:

Espero que seas tan dichosa como yo en estos momentos. Ella es Julieta, mi hija, mi amor verdadero...

—¡Le ha puesto el nombre de Julieta a su hija! —exclamó mientras negaba con la cabeza divertida al ver que su prima seguía siendo una romántica empedernida.

—Parece que Julieta ha hecho al final bien las cosas —comentó Landon refiriéndose a la petición que habían hecho las dos primas a la famosa estatua de bronce.

—Sí, y yo que desconfié de ella... —susurró con una sonrisa—. Madre mía, ¡Alba es mamá! —exclamó sin dejar de mirar la postal.

—¿Estás bien por saber de ella después de todo lo que te hizo? —preguntó Landon observando su reacción.

—Sí... Aunque me doliese averiguar que mi prima me engañó de todas las maneras posibles, sé que, sin ella, sin haber pasado por todo lo que pasé, ahora mismo no me encontraría aquí, en Verona, viviendo con mi amor verdadero, sintiendo que tengo las riendas de mi vida y que he conseguido, al fin, volver a vislumbrar a la verdadera Idalia —murmuró sin dejar de observar la espalda de su prima y a ese bebé que sonreía con inocencia y percibiendo que el enfado y la frustración por haber averiguado la verdad de todo lo que le había hecho Alba se disipaban por completo gracias al tiempo transcurrido y a la felicidad que sentía al lado de Landon.

—Siempre he confiado en la fortaleza que escondías entre esos gestos de damisela en apuros —terció él con guasa mientras la estrechaba con afecto y después darle un suave beso en los labios—. Vamos, nena, no podemos llegar tarde.

—¡Es cierto! —exclamó saliendo a la carrera hacia el dormitorio y

poniéndose un vestido mucho más formal, para después maquillarse y peinarse en un tiempo récord—. ¡Ya estoy lista!

Landon la miró y sonrió mientras se subía los puños de la camisa blanca. Idalia tragó saliva, ¿cómo era posible que todavía la afectase verlo así? Era tan atractivo, tan seductor que se le secaba la garganta, y con esa camisa... ¡era una tentación en mayúsculas!

Bajaron rápidamente al garaje y se subieron en la Harley. Idalia ya le había cogido el gusto a ir de paquete, como solía decir él, disfrutando de su espalda y de su aroma, que la hacía sentir tan segura. Incluso había cogido el tranquillo a llevar vestido sin que se le viese nada; sólo era cuestión de elegirlos por encima de la rodilla y con un poco de vuelo, lo justo para acomodarlo subida en la moto entre las piernas. Al poco, llegaron a la universidad donde trabajaba Fabio, aparcaron y se dirigieron a la sala de conferencias.

—¡Habéis llegado! —exclamo él visiblemente nervioso.

—Idalia no cooperaba, macho... —comentó Landon estrechándole la mano.

Ella sonrió consciente de la gran amistad que los unía, algo que al principio le resultó un tanto incomprensible, que había hecho que ambos dejaran de lado disputas y malentendidos para ayudarse mutuamente a ser mejores, dando paso a una bonita amistad.

—Deseadme suerte —dijo Fabio al poco cuando vio que ya tenía que salir a pronunciar su discurso.

Landon cogió de la mano a Idalia y se acomodaron en unos asientos reservados para ellos justo en la primera fila, y, con las manos entrelazadas, escucharon la conferencia de Fabio sobre el amor, Verona y Romeo y Julieta. Ella sonrió con dicha al reconocer ciertas anécdotas, sin dejar de observar a Landon, que no cesaba de acariciarle el dorso de la mano con amor. Después de una hora, todos los presentes se levantaron de sus asientos para aplaudir con efusividad el gran discurso del cualificado profesor, haciendo que éstos se sintieran orgullosos de su buen amigo, que comenzaba a destacar en su profesión

—¡Has estado fantástico, Fabio! —exclamó Idalia con emoción, acercándose a él cuando finalizó la charla.

—¿No se notaba que estaba temblando? —preguntó en voz baja.

—¡Para nada! Has nacido para hablar en público. Me ha encantado la manera de mezclar la realidad con la leyenda, el mito con lo constatado... ¡Eres el mejor! —manifestó Idalia con orgullo.

—Profesor Righetti —los interrumpió una preciosa mujer de poco más de veinticinco años—, lo están esperando para tomar un aperitivo.

—Voy ahora mismo —contestó Fabio con una sonrisa provocadora, haciendo que la muchacha se sonrojase de golpe—. ¿Os venís? —preguntó a Landon y a Idalia.

—No, es tu noche y queremos que la disfrutes al máximo. Nosotros tenemos algo que hacer —dijo Landon tendiéndole la mano para estrechársela.

—Claro —comentó él con una sonrisa cómplice—, ¡nos vemos, chicos! —exclamó dejándolos solos para acercarse donde estaban esperándolo para celebrar la gran conferencia que había dado.

Nada más llegar, se colocó al lado de una mujer de unos cuarenta años, tan elegante y sofisticada que imaginaron que era la rectora, ya que no cesaba de mirar intensamente a Fabio, que sonreía divertido a todas esas muchachas que seguramente estarían locamente enamoradas de su atractivo profesor.

—Y ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Idalia mientras salían de la universidad, sin tener idea de que tenían planes para después.

—Hacer que las horas cuenten —susurró Landon mientras le daba un beso en los labios.

—A tu lado siempre cuentan —indicó ella cogiendo el casco y montando en la moto.

Landon salió disparado por las calles de Verona, sintiendo los brazos de Idalia envolverle la cintura y deseando que ésta accediera a lo que tenía pensado para esa noche. Detuvo la Harley justo delante de su estudio y se bajó mientras ella lo miraba sin comprender nada.

—¿Se te ha olvidado algo?

—Más o menos... ¡Entra! —apremió Landon mientras abría el local y la cogía de la mano para animarla a entrar.

Idalia se dejó arrastrar hasta la sala donde se hacían los tatuajes y observó cómo él la sentaba en la camilla y sonreía divertido, como si fuera un niño pequeño delante de un regalo.

—Recuerdo que cuando viste el corazón que le hice a mi ninfa Idalia me comentaste que habías visto uno muy parecido en Venecia, diciéndome que no podía ser casualidad que te hubieras fijado en el mismo que yo llevaba tatuado y que al final deberíamos creer que todo ha pasado porque el destino así lo ha querido... —comenzó a decir Landon—. También me dijiste que ansiabas tener uno igual, pero con significado, uno que te recordara a mí.

—Sí, pero aún estoy esperando a que me hagas un boceto... —repuso Idalia. Llevaba detrás de él todo ese tiempo, pero Landon siempre alegaba no encontrar la idea perfecta para ella.

—Hace tiempo que lo acabé, pero quería esperar a que llegase este día para mostrártelo —informó con una maravillosa sonrisa—. Aquí tienes —dijo tendiéndole el bloc de dibujo.

Idalia lo cogió y sonrió ampliamente al observar el precioso diseño, un gran corazón con multitud de detalles. En él se podían ver sus iniciales entrelazadas, el puente de los Suspiros, una pequeña Harley, una montaña rusa, unas gafas de buceo, todo perfectamente unido, y, como pieza central, un precioso corazón negro del que salía un haz de luz, iluminando todo el complejo entramado de aquel dibujo que tanto significado tenía para ambos. Lo miró a los ojos y lo vio sonreír sin perder detalle de sus gestos.

—Tú eres mi luz, Idalia, la razón por la que me levanto todos los días, por la que respiro y por la que estaría dispuesto a cruzar un mar de lava sólo para besar tus labios. Jamás pensé que diría estas palabras, porque nunca he tenido la necesidad de gritar a los cuatro vientos lo feliz que me haces. Este tatuaje es

mucho más que tinta sobre la piel, es mi amor, mi ser, todo lo que soy yo; si lo aceptas, tu piel estará impregnada de mí, como yo de ti...

Idalia sonrió, sabía que para Landon su relación era una novedad a diario, y, en cierto modo, para ella también. Jamás se había sentido más ella misma que cuando estaba con él, y nunca había sido más feliz que a su lado.

—Me encanta, Landon. Y estoy deseando que me lo hagas —dijo con gran emoción.

—¿Dónde lo quieres?

—En la muñeca derecha, quiero verlo todos los días, quiero saber que estás en mi piel...

Él sonrió dichoso, le cogió la cara y la besó con devoción. Ni el mejor sueño podría superar lo que sentía en esos momentos, sabiendo que ella había aceptado llevarlo a él en su piel, un trocito de su personalidad, en un dibujo que era una clara muestra de que ansiaba formalizar todavía más su relación.

—Entonces ¿quieres casarte conmigo? —soltó de repente, haciendo que Idalia lo mirase extrañada.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó con un hilo de voz, ya que no esperaba aquella petición.

—Por supuesto. ¡Te he hecho un corazón con mi amor engarzado! —exclamó con esa sonrisa canalla tan característica en él.

—¡Pero si tú estabas en contra de las bodas!

—Hasta que te conocí a ti. Todo lo que pensé antes de ese momento no vale para nada, porque deseo pasar el resto de mi vida descubriendo lo maravilloso que es amar y que te amen.

—Landon, lo quiero todo contigo, este tatuaje, vivir juntos, compartir mi vida, nuestras risas, derrumbar miedos y, por supuesto, casarme contigo —anunció Idalia emocionada mientras se fundía en un dulce y pasional beso sellando todo lo que sentía por ese hombre que había conseguido demostrarle lo fantástico que era ser fiel a uno mismo.

Landon sonrió con alegría mientras preparaba la máquina para tatuarla, le

pasó una gasa con antiséptico por la piel y, antes de apoyar la aguja, se sacó del bolsillo de su pantalón una preciosa alianza de oro blanco con el diseño central de su tatuaje.

—Quiero que me lleves en la piel, pero también en tu dedo —susurró observando el gesto de perplejidad de Idalia al ver la maravillosa joya.

—¡Es preciosa! —exclamó al sentir cómo se deslizaba por su dedo y contemplar el corazón negro, la pieza central de aquella alianza. Era una piedra preciosa que brillaba con la luz, creando una joya única, como lo era su amor.

—No más que tú —susurró enamorado—. Y así fue cómo el corazón oxidado de este pirata comenzó a latir por la bella damisela rebelde —murmuró observándola detenidamente.

—Haciendo que las horas contasen y los miedos se esfumasen —añadió Idalia acercándose a él para devorar sus labios con fervor. Sintiendo en su interior el amor verdadero, aquel que aceptaba su verdadera personalidad, sin ansiar modificarlo de alguna manera, simplemente andando por la senda de la vida cogidos de la mano, ayudándose a crecer como personas, a disfrutar de los instantes que crean los recuerdos eternos, a impregnarse de la dicha de los buenos momentos y a superar con éxito los malos, las mentiras y los recelos.

El amor, como la vida, hay que enfrentarlo sin miedos, sin temor de demostrar la verdadera cara de uno, sin cobardía por dar el primer paso, ya que, así, siendo fiel a uno mismo, se podrá hallar la felicidad como la encontraron Idalia y Landon, superando un mar de líos y temores pero dejando aflorar el verdadero sentimiento que los juntó, haciéndolos increíblemente fuertes y valientes para poder caminar juntos el resto de sus vidas, pensando que el destino había hecho de las suyas, pero que, sin su determinación, no podrían haber llegado a ese maravilloso momento en el que el amor lo llena todo.

Agradecimientos

Esta novela surgió como un reto para mí, ya que desnudar el alma hablando de los temores de una persona siempre da miedo... El personaje de Idalia se compone de trocitos de muchas personas que conozco (entre las que me incluyo), temerosas de salir de ese cascarón donde no ocurre nada, esa zona de confort donde todo está bien, pero que también, al mismo tiempo, ansían poder respirar el aire fresco fuera de esa protección autoimpuesta y poder descubrir de lo que uno es capaz. ¿Cuántas veces el miedo a lo nuevo, a no saber qué ocurrirá, nos ha frenado y nos ha impedido vivir algo extraordinario?

Espero que esta historia —en la que se tratan muchos temas, como las mentiras, la sinceridad, la familia, el destino, los miedos, el amor en varias de sus formas y la lucha incansable por ser uno mejor— y, sobre todo, la lección que la protagonista aprende os haga ver, como me ha hecho ver a mí, que los miedos no sirven más que para entorpecer y distorsionar lo que más importa de la vida: la verdad, el amor y ser fiel a uno mismo.

Como sabéis, en mis agradecimientos siempre nombro en primer lugar a una persona muy especial, que comparte su vida conmigo desde hace unos cuantos años, y que me ayuda a enfrentarme a mis temores casi a diario, alentándome a ser más valiente y capaz de realizar todo lo que me proponga. ¿Qué haría yo sin él? Gracias, mi amor, por comprenderme, por animarme a que persiga mis sueños y a no abandonarlos. Eres la fuerza que hace que mi motor siga adelante. ¡Te amo!

A mis hijos, mis maravillosos hijos, que comienzan a comprender que su

mamá necesita estar en (un relativo) silencio para crear historias, que les encanta dar su punto de vista con el título elegido o con la portada propuesta. ¡Sin vosotros no sería la misma! Os quiero infinito más un millón.

A mi gran y extensa familia, gracias por tanto. ¡Os quiero!

A mis lectores cero, B y C. Sin vosotros esto sería terriblemente difícil. Gracias por vuestros consejos y vuestra sinceridad. ¡Os quiero!

A Rosa, *miarma*, gracias por solucionarme unas dudas sobre la casa de Julieta. ¡Eres un amor!

A mis chicas y chicos del grupo de Facebook de Lectoras/es de Loles López, a mis lectores/as, a mis Cococalas, a mis asturianas, a las mamis del cole, a mis amigas, a las profes de mis hijos, gracias por acompañarme en esta cruzada, gracias por vuestro apoyo y por ser como sois. ¡Sois la caña!

A mi editora Esther Escoriza, gracias por seguir confiando en mí, gracias por tus consejos y tu valiosa ayuda, gracias por todo lo que me das. ¡Eres muy grande!

A todas las personas que forman el sello de Zafiro, Grupo Planeta, gracias por vuestra profesionalidad. Es maravilloso estar rodeada de profesionales. ¡Gracias por tanto!

Y gracias a ti, lector/a, gracias por leer la historia de Idalia, por combatir con ella sus miedos y por suspirar con emoción cuando ella ha entendido (¡al fin!) que lo más importante para enamorarse de alguien es comenzar por amarse a sí mismo.

Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*,

Una irresistible excepción y *El amor se ríe de mí*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

<www.loleslopez.wordpress.com>.

Referencias a las canciones

Valió la pena, Sony US Latin, interpretada por Marc Anthony. *(N. de la e.)*

A partir de hoy, Universal Music Spain, S. L. U., interpretada por David Bisbal y Sebastián Yatra. *(N. de la e.)*

No me avisaste, corazón
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19717-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

